



CUBA Y AMÉRICA LATINA: DESAFÍOS DEL LEGADO REVOLUCIONARIO

Presentación

Elaine Morales Chuco

Delia Luisa López García | Diosnara Ortega González

Leonardo Martín Candiano | Magela Romero Almodóvar | José Antonio Monje

COLECCIÓN BECAS DE INVESTIGACIÓN

 **CLACSO**

**CUBA Y AMÉRICA LATINA:
DESAFÍOS DEL LEGADO
REVOLUCIONARIO**

La Colección Becas de Investigación es el resultado de una iniciativa dirigida a la difusión de los trabajos que los investigadores de América Latina y el Caribe realizan con el apoyo de CLACSO.

Los trabajos reunidos en este libro son el resultado del “*Premio de Ensayos Haydée Santamaría*” llevado a cabo por CLACSO en el año 2014 con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (Asdi).

Los contenidos de este libro fueron evaluados por especialistas externos en un proceso de revisión por pares.

Cuba y América Latina : desafíos del legado revolucionario / Delia Luisa López García ... [et al.] ;

prólogo de Elaine Morales Chuco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2017.

Libro digital, PDF - (Becas de investigación)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-259-3

1. Política Económica Regional. 2. América Latina. I. López García, Delia Luisa II. Morales Chuco, Elaine, prolog.

CDD 320.8

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Cuba / América Latina / Política / Democracia / Salud / Cooperación internacional

Colección Becas de Investigación

**CUBA Y AMÉRICA LATINA:
DESAFÍOS DEL LEGADO
REVOLUCIONARIO**

Presentación

Elaine Morales Chuco

Delia Luisa López García
Diosnara Ortega González
Leonardo Martín Candiano
Magela Romero Almodóvar
José Antonio Monje



CLACSO

Colección Becas de investigación

Director de la Colección: Pablo Gentili

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Pablo Vommaro - Director de Grupos de Trabajo, Investigación y Comunicación

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual:

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web:

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Rosario Conde - Asistente de Programación Informática

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

Título del libro (Buenos Aires: CLACSO, junio de 2017)

ISBN 978-987-722-259-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  **Asdi**

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Presentación Elaine Morales Chuco	9
Cuba: Pensar y hacer su democracia Delia Luisa López García	17
El futuro de Cuba Diosnara Ortega González	73
Representaciones del intelectual (revolucionario) Leonardo Martín Candiano	127
De lo simbólicamente exacto a lo simbólicamente verdadero. Domésticas y Revolución en Cuba: Entre cambios y desafíos Magela Romero Almodóvar	185
Salud de exportación. Economía política del conocimiento, cooperación internacional y modelos alternativos de desarrollo desde la salud pública cubana José Antonio Monje	237

PRESENTACIÓN

Reconocer la extensión y profundidad del legado de la Revolución cubana es un acto de oportuna justicia, pues a la altura de casi sesenta años de iniciada, sus actores gestan un necesario, pero también inquietante perfeccionamiento; en tanto sus detractores pujan por deshacer hasta la memoria. Estamos ante un acto que convoca y distingue a quienes la *hicieron* y la *hacen* a diario. Si además, la revelación de tal herencia se asienta en la figura de Haydée Santamaría Cuadrado, mujer de exquisita sensibilidad, heroína del Moncada, combatiente de la Sierra, fundadora de CASA de las Américas, la evocación conducirá de modo inequívoco a reafirmar y a enriquecer los aportes del proceso iniciado en Cuba en 1959.

Los ensayos concurrentes en este volumen muestran la complejidad de la obra revolucionaria, sus aciertos y desaciertos, ganancias y pérdidas, avances y retrocesos, en correspondencia con la riqueza y variedad de la realidad misma, y de las apropiaciones que cada ensayista ha hecho a partir de sus propias trayectorias en torno a ella. La presencia de autores diversos, según su formación política y profesional, origen territorial, pertenencia generacional y de género, provee a los análisis de perspectivas y enfoques variados, pero coincidentes en el cuidado de los elementos contextuales, históricos, procesuales, que les conduce a exponer con elevado rigor sus reconstrucciones en los tópicos seleccionados.

Más allá de las distinciones académicas, la posición política y el compromiso social sustentan las evocaciones de la huella revolucionaria, sin evadir tópicos controvertidos ni períodos álgidos, haciendo gala

de la libertad y la responsabilidad de la palabra bien fundada y mejor esgrimida. No se trata de elementales panfletos, lineales y uniformes; por el contrario, son vívidas narraciones capaces de sensibilizar y problematizar el futuro del socialismo cubano e incluso sus implicaciones para Latinoamérica.

Tal es el caso del ensayo *Cuba: Pensar y hacer su democracia*, de la doctora Delia Luisa López García, profesora de la Facultad de Ciencias Sociales (FLACSO) de Cuba, dirigido a fundamentar que *la transición socialista es inviable sin su propia democracia*. A lo largo de cincuenta y ocho páginas, la autora reflexiona acerca de la democracia cubana; para ello desbroza un camino tenso, estructurado en varias paradas, yendo desde las cuestiones más generales hasta las más específicas del contexto cubano actual.

En un inicio analiza las teorizaciones acerca de la democracia moderna en tanto constructo del pensamiento burgués; para ello se nutre de los aportes de destacados estudiosos del tema, lo cual le permite criticar reduccionismos y simplificaciones en una temática tan compleja, en especial los abordajes anclados en los derechos humanos de primera generación. Luego abre su mirada a otra visión de democracia, cimentada en la participación social, desde donde examina en extenso la historia más reciente de la sociedad cubana, no sin antes reconstruir de manera sucinta la configuración en la república neocolonial.

La transición socialista y la democracia forjada para lograrla, mantenerla y hacerla avanzar, constituye el centro de sus reflexiones. No dirige una mirada complaciente a los años de Revolución; por el contrario como intelectual – y por qué no, en su condición de protagonista – realiza un repaso riguroso del período fundacional, de su asentamiento y madurez, y de la etapa desatada a partir de la crisis de los noventa, ofreciendo un panorama del diseño y funcionamiento del sistema político cubano, de su correspondencia con las expectativas y necesidades del pueblo para ejercer su poder.

Esto último remite al proceso de participación y a su nexos con una democracia pensada, definida y asumida, de acuerdo con las demandas de la práctica revolucionaria. Reconocer la vitalidad del pensamiento en torno a este tópico, y en paralelo el anquilosamiento de los mecanismos para el ejercicio del poder, conduce a la autora a preguntar(se) y responder(se) cuestiones clave que comprometen el futuro de la democracia cubana en tiempos de transición socialista. Su respuesta –ampliamente compartida– apuesta por el revolucionamiento de la democracia.

No menos importante y retador es el ensayo *El futuro de Cuba*, de la MSc. Diosnara Ortega González, investigadora del Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”, quien escruta las casi seis

décadas de Revolución, con el fin de pensar y decodificar el vínculo entre tiempo y política, su simbólica interinfluencia, así como la relatividad del encadenamiento de pasado, presente y futuro. Todo ello como contexto y pretexto para ahondar en los temas que han caracterizado su trayectoria investigativa: la cultura política y las subjetividades políticas en tanto ejes del futuro de Cuba.

En su disertación sobresalen el rigor y la originalidad en el manejo de sus categorías centrales; hace un recuento por los principales rasgos del tiempo moderno, y entre ellos nos atrapan la *aceleración* y la *división social del tiempo*. A partir de ahí se nos permite comprender la complejidad de la mediación de las experiencias -tanto individuales como colectivas- y de su trascendencia al proveer de sentido a las subjetividades políticas. Deja al descubierto la engañosa linealidad del tiempo y su decisiva circularidad cuando se trata de construir permanentemente procesos revolucionarios; y también asienta que la relación entre pasado-presente-futuro y sus contenidos, está marcado por la diversidad, desde donde impactan la política.

Con tales consideraciones, Ortega examina el período revolucionario, sus emergencias, urgencias y resistencias, sus continuidades y rupturas, con partida en los revolucionadores años sesenta, y llegada en los cuestionados primeros quinquenios del presente siglo. Nos devuelve en términos de sus presupuestos teóricos tempo-políticos los principales conflictos, construcciones, satisfacciones y retos de cada etapa, traducidos en expresiones de certidumbres y confianza o sus contrarios. Enfatiza en la población joven, un sector central según los propios códigos de la política cubana, cuyas distinciones psicológicas propician que la densidad de sus proyecciones se ubique en el corto y mediano plazos, lo que hace característicos sus tiempos en política.

Sus conclusiones tratan de calibrar el peso de certidumbre y confianza requerida para darle a Cuba el futuro que necesita, cada vez más revolucionador y transformador, con una potencia integradora suficiente para conducir a una intergeneracionalidad política, expresada en mayores continuidades que rupturas.

Las elaboraciones ya presentadas, al recordar el itinerario de la Revolución cubana han destacado su fecundidad en los primeros años; justamente en este período se enmarca el ensayo *Representaciones del intelectual (revolucionario)* del doctor Leonardo Martín Candiano. La conexión entre cultura y política durante algo más de la década del 60 (1959-1971) enmarca igualmente su propuesta; se trata de una articulación de profundas raíces en la historia de la nación cubana, en la que buena parte de la intelectualidad del país, no sólo se identificó con alguna tendencia, sino que mostró su arrojo en las manifestaciones políticas más comprometidas en pos de la soberanía y la independencia.

En tal sentido, es sin dudas José Martí el mayor exponente.

Candiano muestra la época inscrita en el debate público sostenido al interior de la intelectualidad, así como entre esta y la dirección del país durante varios encuentros de amplia convocatoria. En efecto, los primeros años de la Revolución constituyeron escenario de compromisos y escisiones, de una marcada polarización en el orden político; y la vida cultural no estuvo ajena a ello. En paralelo, y así lo recoge el texto, los sesenta fueron el espacio para desarrollar una institucionalidad, democratizar la cultura y dignificar todas sus manifestaciones. En consecuencia, quebraron los moldes establecidos, se ensancharon y diversificaron formas expresivas, fuentes de inspiración y sujetos de interlocución. Las configuraciones resultantes condujeron a tendencias y corrientes, algunas de las cuales se extienden hasta la actualidad.

En la reconstrucción de aquel ámbito, Candiano reconoce el impacto favorable del pensamiento de Fidel y el Che, resaltando los pronunciamientos recogidos en *Palabras a los intelectuales* y *El socialismo y el hombre en Cuba*. Del mismo modo advierte y explica la metamorfosis del discurso oficial ante condiciones de asedio y agresión, los conflictos y retrocesos ocurridos en la vida cultural en el transcurso de la década del setenta, que coartaron una parte importante del arte y el pensamiento.

En el proceso de recuperar el debate acerca del merecimiento de la calificación de intelectual y del sentido de la obra producida, transita por el examen de las denominaciones de intelectual *experto, comprometido u orgánico*, para finalmente mostrarse partidario de *intelectuales revolucionarios*, donde articula la altura profesional y política. Se permite entonces, definir así a los legendarios líderes de la Revolución cubana.

Nutrirse de buena parte del pensamiento más fervoroso en el tema, le conduce a desplegar hacia los finales de su exposición un profundo optimismo, que coloca en una perspectiva de honda creación revolucionaria a la intelectualidad cubana de hoy. Su postura nos hace recordar a Fernando Martínez Heredia¹, a quien los episodios de finales de los sesenta y de los sesenta, -y ¿por qué no? de los 90- lo hicieron un *intelectual más revolucionario*, implicado y comprometido con el hacer de su tiempo.

Al igual que los ensayos ya comentados, *“De lo simbólicamente exacto a lo simbólicamente verdadero. Domésticas y Revolución en Cuba: Entre cambios y desafíos”* de la MSc. Magela Romero Almodóvar, escri-

1 Fernando Martínez Heredia (1939-2017), reconocido intelectual cubano –filósofo, historiador, sociólogo- distinguido con importantes premios y condecoraciones -Premio Nacional de Ciencias Sociales y Premio Nacional de Investigación Cultural, entre otros muchos y relevantes. Al momento de su fallecimiento era Director General del Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”, valorado en su estatura humana, académica y patriótica por quienes le conocieron.

ta en una estructura temporal, una cuestión de especial importancia en el proceso revolucionario cubano: la problemática femenina, la cual por mérito propio se ubica dentro del conjunto de aportes a significar; no podía omitirse entonces, en los ensayos inspirados en Haydée Santamaría y en las contribuciones de la obra que ayudó a fundar y a desarrollar.

Con apoyo de conmovedores testimonios y de un detallado recuento de las políticas sociales y de datos censales, Magela Romero coloca la evolución del trabajo doméstico remunerado y de sus protagonistas, como una de las esferas donde se hace más tangible la transformación de la sociedad cubana. Su análisis fija sus raíces en la colonia, deja ver el impacto de la república neocolonial, y luego dedica amplias referencias a develar el comportamiento de esta actividad desde 1959 hasta la actualidad. En esta última etapa presenta las fluctuaciones acontecidas, tanto en las prácticas como en las representaciones y en las legislaciones; de estigmas y prohibiciones a favorables reevaluaciones en términos económicos, es parte del camino recorrido.

De acuerdo con la autora, tal trayectoria está vinculada al diseño y ejecución –desde los primeros momentos de la Revolución– de una estructura de oportunidades dirigida a dignificar la figura femenina, y opuesta totalmente a fórmulas anteriores. Sin embargo, tal empeño no quedó exento del influjo de prejuicios, incomprensiones y simplificaciones de la vida cotidiana, ni de los efectos estructurales causados por las transformaciones económicas –de los noventa y del presente siglo. Al concentrarse en el presente, el nexo mujer-Revolución-trabajo doméstico remunerado, es descrito en toda su complejidad, dejando ver las especificidades que lo diferencian de las etapas anteriores y de otras regiones de América Latina. Así, llama la atención respecto a apropiaciones en torno al ascenso social, unido a las mediaciones raciales, de género y condición territorial.

El compromiso de Romero con el tema se hace explícito en términos de proyecto de agenda investigativa, seguido del reexamen de las políticas sociales requeridas para actualizar el legado revolucionario en esta área clave del socialismo cubano; todo ello anclado en mayor equidad y participación social femenina.

Un recorrido por las contribuciones más significativas del quehacer cubano en los últimos sesenta años, no puede prescindir de las referencias a su sistema de salud pública, pues este conjuga innovaciones diversas. Así lo expresa el Dr. José Antonio Monje en *“Salud de exportación. Economía política del conocimiento, cooperación internacional y modelos alternativos de desarrollo desde la salud pública cubana”*, un ensayo que describe la estructura general, esquemas de funcionamiento y principales resultados, unido a los retos fundamentales del mencionado esquema organizativo en Cuba, con el fin de

fundamentar la superioridad del paradigma de un sistema de salud sustentado desde el estado.

Monje descompone en detalle la institución cubana en sus dimensiones interna y externa; señala tanto los logros como los retos de ambas secciones, comprendiendo su interconexión. En un inicio se detiene en la configuración de los servicios de salud en el país, desde la atención primaria hasta la terciaria; exhibe un cuadro pormenorizado de las instalaciones y del progreso de los indicadores más sobresalientes reconocidos por el Sistema de Naciones Unidas. A partir de ahí se adentra en las peculiaridades de la combinación de recursos tecnológicos y humanos, destacando el valor de estos últimos debido a su formación académica y axiológica.

Dedica especial atención al papel que desempeña la biotecnología en el sistema de salud cubano, derivado de sus múltiples investigaciones y variedad de aportes a los distintos niveles de atención médica. Este renglón Monje lo reconoce como una muestra de las capacidades instaladas en el país, desarrolladas a partir de una explícita voluntad política y de las limitaciones resultantes del bloqueo impuesto por Estados Unidos.

El centro de sus reflexiones lo constituye el despliegue de la dimensión externa del sistema de salud, desde sus comienzos en la década del sesenta hasta el presente siglo, en sus experiencias en África y América Latina con exitosos programas. Resalta en su examen la visión política y a largo plazo de la colaboración médica, en tanto reafirmación del rumbo socialista de la sociedad cubana, y expresión de apoyo a los derroteros progresistas seguidos por otros países. Su lectura de los acontecimientos logra captar y revela el punto de inflexión distintivo en la experiencia cubana, que distanciada de los tradicionales paliativos, ayudas temporales y epidérmicas, se dirige a la transferencia tecnológica, la asesoría técnica y la realización de investigaciones conjuntas que contribuyen a transformar los escenarios de formación de recursos humanos, perfeccionar los procesos de prevención y educación para la salud, y transmitir buenas prácticas, que a la postre resultan una fortaleza para los sistemas sociales en ascenso.

Por último, dirige su mirada a los beneficios económicos que reporta la cooperación internacional, a la especificidad de tales provechos según las condiciones de cada país, de modo que generen beneficios en varios sentidos y niveles, capaces de trascender las relaciones bidireccionales para convertirse en convenios multiactorales.

Monje presenta el esquema de salud pública cubana en calidad de escenario de combate tecnológico, político, ideológico, y económico, con sistemáticas batallas en cada uno de estos campos, que han sido ganadas porque responden a una proyección humanista y están sustentadas en un estado socialista. En estudiar, socializar y extender los procedimientos del sistema cubano de salud pública sitúa una parte

esencial del legado construido por la Revolución cubana.

Al hacer un recuento, vale resaltar en las obras presentadas, su audacia, originalidad y utilidad en el plano académico y político. Han tratado con rigor el devenir e influencia de las políticas sociales en ámbitos cruciales para el desarrollo social socialista, los procesos de inserción y participación social y política, así como la subjetivación de los mismos según los distintos sectores de cubanas y cubanos implicados en ellos. Sus consideraciones apuntan el deterioro que sobrevino hacia los finales de la década del sesenta, con impactos en el orden individual y colectivo, corporeizado en amenazas recurrentes de parálisis o fractura en la sociedad cubana. A pesar de ello, en el subtexto de los ensayos se aprecia la hondura de la identidad—necesariamente cultural y política para ser nacional—beneficiada por el contexto socialista, que emerge ante cada suceso estremecedor o amenazante para la soberanía y la independencia, espolea los mecanismos formales de participación y emite fuertes señales de cohesión social.

A las contribuciones ya citadas es posible añadir otras en diferentes campos y con distinto nivel de visibilidad. Entre ellas es imposible obviar la construcción cultural y política de *ser joven*, que ha emanado de la conjunción de oportunidades y asignación de roles en diferentes esferas y momentos históricos. Tal condición está recogida de manera directa o simbólica en la formulación de cada ensayista, pues solo con la presencia efectiva de las personas jóvenes es posible pensar la continuidad de la obra revolucionaria. Son preocupaciones latentes: los modos en que ellas revolucionan la democracia del período de transición socialista en que viven; la definición y acople de sus tiempos a los pasados, presentes y futuros de otras generaciones; las formas de valorar, implicarse y legitimar las distintas alternativas de inserción en el mercado del trabajo. Estas inquietudes tal vez desencadenen nuevos ensayos.

Precisamente en esta mitad del 2017, se reconstruye y fortalece la unidad, con el fin de rebatir las nuevas embestidas—no por absurdas, menos importantes—de la política del actual presidente de los Estados Unidos de América. Esa comunión no pudiera tener lugar a despecho de los jóvenes, por constituir siempre la expresión de las principales contradicciones de su época y el eje central del parteaguas entre dos tiempos. Recibir y perfeccionar sucesivamente el legado de la Revolución distingue a sus jóvenes. Acompañando este proceso estarán siempre las más claras ideas del pensamiento de Fidel y el Che, y la poesía de Silvio Rodríguez, que recuerdan la necesidad de continuar haciendo posible lo imposible. Así lo expresan los textos.

La Habana, Cuba
Julio, 2017

Delia Luisa López García*

CUBA: PENSAR Y HACER SU DEMOCRACIA

INTRODUCCIÓN

Discutir sobre democracia es situar en el centro de la misma los temas del poder y la dominación; ambos atraviesan la historia de la sociedad desde la descomposición de la comunidad primitiva: poder y dominación de unos hombres sobre otros, de ciertos grupos y clases sociales que alcanzan la capacidad de imponerse al resto de hombres, grupos y clases. Pero también lo ha sido la capacidad de enfrentarse a la dominación, de luchar por contrarrestar el poder de unos hombres sobre otros, de unos grupos sobre otros, de una clase o fracción de ella por sobre el resto: esa ha sido y continuará siendo el motor impulsor de la historia de la humanidad hasta la utopía: la sociedad sin clases y sin explotación.

El ejercicio de la dominación por parte de la burguesía desde los albores de su surgimiento como clase y su ascenso al poder constituye una obra relevante: ha logrado tejer los mantos más encubridores de sus verdaderos propósitos durante siglos y aún lo continúa haciendo de formas cada vez más sutiles y a la vez, brutales. El colonialismo y su hijo contemporáneo el neocolonialismo han sido las variantes de dominación mediante las cuales la burguesía logró expandir universalmente su poderío controlando regiones y pueblos enteros y explotándolos a su favor. Así, fue diseñando el mundo moderno hasta quedar polarizado

* Profesora-investigadora Titular del Programa Cuba de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Cuba) y de la Universidad de La Habana.

en centro y periferia, países controladores y países controlados o como también se les conoce: países desarrollados y países subdesarrollados.

Uno de los mitos contruidos por la burguesía para ejercer su dominación ha sido la democracia; mediante la praxis democrática perfeccionada a lo largo de siglos logró universalizar la creencia de que ella, la burguesía en el poder, representaba el interés general de los ciudadanos. Oponerse y enfrentarse a semejante mito ha sido intentado una y otra vez desde los países del centro y la periferia aunque hacerlo desde la periferia neocolonial constituye una tarea aún más difícil y compleja; el manto cultural burgués es muy profundo, sus múltiples saberes y su ideología son los dominantes a escala planetaria y en las regiones subdesarrolladas esos saberes y esa cultura han permeado los intelectos y las conciencias, han sido y son el espejo en que muchos se han mirado y se miran, el objetivo supremo, el modo de vida al que se aspira. Enfrentar la subjetividad burguesa desde una subjetividad alternativa en construcción es la más gigantesca de las tareas y es por supuesto, una tarea revolucionaria.

El pueblo cubano llevó a cabo la primera revolución socialista de liberación nacional del siglo XX en un país de la periferia del mundo occidental, de ahí que el sistema social creado tuviera que rebasar los límites neocoloniales preexistentes para lograr la libertad, soberanía, democracia y justicia social inscritas en el programa inicial revolucionario.

No es propósito de la autora confrontar las principales posiciones políticas denostadoras de la democracia cubana, en realidad todas tienen un denominador común: cuestionan el sistema político creado y las estrategias y políticas de desarrollo llevadas a cabo por la Revolución Cubana en sus cincuenta y cinco años de vida en un péndulo ideológico que se mueve entre las críticas de extrema izquierda hasta las más retrógradas difundidas en los medios de comunicación al servicio del capital transnacional.

En el ensayo no se muestra el sistema político cubano en su totalidad. Se toma "al toro por los cuernos" -al menos se intenta- y se trata el tema de la democracia. Es un tema difícil por las diversas aristas que presenta: no solo las procedimentales y sustantivas, sino en particular las ideológicas: el reclamo del perfeccionamiento de la democracia cubana suele despertar incomprendiones entre cierto funcionariado asentado en el sistema político. Pero también no deja de ser tabú porque cualquier valoración que asuma sus rasgos positivos es considerada acrítica, desestimándose como una posición oficialista.

El ensayo presenta tres capítulos. Los dos primeros constituyen el marco teórico e histórico que permiten a la autora desenvolver en el tercero su tesis principal sobre el tema: *la transición socialista es inviable sin su propia democracia*. La tesis pretende rescatar el concepto de-

mocracia para la ciencia social marxista contemporánea y en el intento prefigura el de *democracia ad hoc o su propia democracia* para referirse a la democracia de la transición socialista, conciente de que es solo un escalón en el largo camino de la construcción del conocimiento y de la práctica social. En todo momento se evita el espejismo de presentar a la sociedad cubana como un paraíso, por otra parte inexistente en sitio alguno de nuestro planeta.

En la elaboración del ensayo la autora se ha beneficiado del método lógico-histórico de la teoría social marxista.

BASES GENERALES DE LA DEMOCRACIA MODERNA

Las ideas y las prácticas políticas están condicionadas por el contexto histórico y social del cual emergen, de ahí que el concepto moderno de democracia y la democracia como forma de gobierno, cuyos orígenes se remontan a la antigua Grecia, son el resultado de su propia circunstancia: la génesis y expansión del modo de producción capitalista. Joseph Schumpeter afirmó hace más de sesenta años que la democracia moderna es un producto del capitalismo (Schumpeter, 1971: 297).

Son identificables dos corrientes -llamémoslas puras- sobre la democracia en el pensamiento político: una, hace énfasis en los procedimientos, mecanismos y vías para gobernar y la otra, acentúa la importancia de los aspectos sociales en esta forma de gobierno.

La primera de ellas¹, ha sido definida de muchas maneras, una muy aceptada es *el gobierno de las leyes por excelencia*, cuya función sería preservar, en primera instancia, la libertad de las personas frente a la prepotencia real o posible del Estado y de la propia sociedad. Presupone, siguiendo a Norberto Bobbio, el reconocimiento de los derechos individuales y la representación, para lo cual es indispensable el sufragio adulto, igual y universal, el derecho a la opinión y la libre asociación, la adopción de decisiones por mayoría numérica y el derecho de las minorías a ser respetadas. La competencia política se convierte en el núcleo duro de esta concepción sobre la democracia, todo se subordina

¹ Desde la Revolución Gloriosa inglesa de 1688, las revoluciones modernas contra el despotismo aristocrático y el feudalismo constituyeron una parte del impresionante movimiento social que promovió las transformaciones necesarias a la emergente civilización capitalista para la creación de su propia cultura, basada en el individualismo. En Inglaterra, conservadores y liberales [torios y wigs] desplegaron sus ideologías con aquellos propósitos. Estas se expandieron hacia Europa primero y hacia Estados Unidos después de la independencia. Para los conservadores, el factor cohesionador de la sociedad es la autoridad, el conjunto de valores tradicionales [propiedad, familia, orden social] y valores trascendentes como el origen divino de la autoridad. Para los liberales, es la racionalidad que emana de los principios de la libertad de posesión y de la libre concurrencia de los intereses individuales. Ninguna de las dos contempla la igualdad social entre sus preceptos aunque el liberalismo los ha asumido parcialmente en determinados momentos históricos.

a ella y se legitima la existencia de otras posiciones u oposiciones políticas con el fin de garantizarla. Este es el origen de los partidos políticos, los que representan determinados intereses socioclasistas y cumplen la función de proporcionar el escenario adecuado. La elección competitiva de los gobernantes [y/o aspirantes a serlo], afiliados a uno u otro partido político así como la existencia del pluripartidismo se afirman como la única forma válida del ejercicio de la democracia.

En el texto antes citado, Schumpeter aclaraba muy bien qué entendía por democracia. “La democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierne realmente en cualquier sentido [...] democracia significa que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar a las personas que puedan gobernarles [...] la democracia es el gobierno de los políticos [...]. Los partidos tienen un papel central como medios regulatorios, de manera que sus mecanismos de administración, de propaganda y maquinarias políticas no ‘son accesorios’ sino la esencia misma de la política” (Schumpeter, 1971:297-98). De esta forma soluciona la contradicción generada por Michels al formular su ley de hierro de la oligarquía cuando afirmó que políticamente, las masas son incompetentes para ejercer la democracia (Michels, 2008:125)

Es un hecho reconocido que *la democracia realmente existente* no ha podido satisfacer las expectativas de libertad, representatividad y poder de las masas. Ni siquiera Bobbio ha sido capaz de negarlo. En un estudio sobre su obra, Perry Anderson afirma que Bobbio “[...] resume el gravamen total de sus cargos [contra el actual orden político burgués] al hablar de las promesas incumplidas de la democracia representativa: las expectativas de libertad a las que no ha podido hacer honor. Pero al mismo tiempo insiste en que tales promesas nunca se habrían podido satisfacer” (Anderson, 1992: 73).

El esquema clásico de un Estado liberal constitucional, basado en el sufragio universal de los adultos, cuyo modelo se generalizó en toda la zona del capitalismo avanzado después de la Segunda Guerra Mundial, ha estado minado desde sus cimientos por grandes obstáculos. Según Bobbio, la autonomía del ciudadano individual ha quedado eclipsada por el predominio de la organización a gran escala; se ha generado una burocracia hipertrofiada en el Estado y una tecnocracia que concentra el manejo de los avances tecnológicos de las complejas economías, además de la ignorancia y apatías generalizadas y mantenidas entre los ciudadanos por los medios de comunicación y de manipulación política. Asimismo señala: no solo el Estado, las instituciones características de la sociedad civil exhiben una falta virtualmente uniforme de democracia: en fábricas, escuelas, iglesias o familias, la autocracia de uno u otro tipo continúan siendo la regla: “[...] los diversos centros de poder de un Estado moderno, como la gran empresa, o los principales

instrumentos de poder real, como el ejército o la burocracia, no están sujetos a ningún control democrático [...] en una sociedad democrática, el poder autocrático está mucho más difundido que el poder democrático". (Anderson, 1992: 72-73).

El filósofo político estadounidense Cliff DuRand afirma que el centro de la idea histórica de democracia es la posibilidad de tomar colectivamente decisiones sobre acciones colectivas para el bien común. Agrega que sin embargo, ello es opuesto al concepto que predomina en la conciencia popular estadounidense en la cual se entiende la democracia como *la libertad de las personas de decidir sus propias acciones y buscar sus propios objetivos* (DuRand, 1997; énfasis propio).

Para la praxis política burguesa en sus corrientes liberal o conservadora, la democracia implica la creencia de que lo individual es más importante que lo social, esto es, el convencimiento de que los asuntos relativos al reino de la privacidad deben predominar sobre los estatales o del gobierno. Lo estatal-gubernamental se identifica con una indebida intromisión en la vida de las personas y principalmente con el establecimiento de obstáculos para la libre circulación del capital.

Desde que se enfrentó al poderío feudal, la nueva clase social pulió con magnífica destreza los pilares sobre los que asentó su hegemonía: *el Estado-nación, el ordenamiento constitucional y la representación*. Para lograrlo, primero tuvo que inventar al ciudadano, individuo caracterizado por su condición igualitaria, despojado de su determinación como agente económico dentro del nuevo modo de producción capitalista; los ciudadanos no solo son libres sino iguales entre sí; constituyen el pueblo-nación, por lo cual tienen los mismos derechos políticos en los límites de su Estado-nación, construcción geopolítica desde la cual se afianzó el capitalismo desde sus albores. Aquella astucia ideológica ha permitido la aceptación del concepto democracia como forma de gobierno del pueblo-nación, es decir, *de los ciudadanos*, con supuesta independencia del verdadero papel antagónico que ostentan en el modo de producción: como productores o dueños de los medios de producción y sus estratos intermedios². Así, históricamente, la democracia ha sido entendida y practicada como forma de gobierno regulada por leyes emanadas de un poder político sustentado en una estructura socioclasista cada vez más elitista a medida que el modo de producción

2 Nicos Poulantzas explica con precisión esta mistificación. Dice: "[...] esa separación, que engendra en lo económico la concentración del capital y la socialización del proceso del trabajo, instaura simultáneamente en el nivel jurídico-político a los agentes de la producción como "individuos-sujetos" políticos y jurídicos, despojados de su determinación económica y, por lo tanto, de su pertenencia a una clase.". Más adelante aclara: "Este aislamiento es, así, el efecto sobre las relaciones sociales económicas, 1) de lo jurídico, 2) de la ideología jurídico- política, 3) de lo ideológico en general."(Poulantzas, 1969:157-160).

capitalista se ha consolidado; en la contemporaneidad, la plena instauración del libre mercado y la minimización del Estado han contribuido al estrechamiento de aquella estructura de poder.

La segunda corriente del pensamiento burgués acerca de la democracia no desconoce la importancia de procedimientos y mecanismos legitimadores del sistema político y sus gobernantes sino toma en consideración aspectos sustantivos relativos a la justicia social. Se reconoce que sin acceso a la educación, a los servicios médico-sanitarios, a la protección de la integridad física de las personas y la aceptación -al menos teóricamente- de la diversidad, el ejercicio de la democracia constituye una ficción. A partir de estas afirmaciones se han generalizado los derechos humanos de segunda y tercera generación³.

Las declaraciones internacionales sobre derechos humanos están concebidas desde un principio de *precedencia*: unos derechos *predominan* sobre los otros. Coincido con Guanche en que los derechos son integrales -son totales o no lo son- porque la democracia es social y es política, es formal y es sustancial (Guanche, 2010).

3 Durante las luchas de la naciente burguesía inglesa para limitar el poder real fueron aprobados la *Petition of Rights* [1628] y el *Bill of Rights* [1689] que constituyeron base de la Declaración de Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica [1776] y de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada por la Asamblea constituyente francesa en 1789. Su gran repercusión los universalizó y comenzaron a formar parte de las aspiraciones democráticas de la burguesía, ya como clase dominante. Estos son los llamados *derechos de primera generación*, derechos civiles y políticos, también denominados derechos individuales. Terminada la segunda guerra mundial y constituida la Organización de las Naciones Unidas [ONU], el tema de los derechos del hombre dejó de ser exclusivo de cada Estado para convertirse además en un tema de derecho internacional público. En 1948, la ONU aprobó su Declaración Universal de los Derechos Humanos y los formalizó en tratados, pactos y convenciones. En 1966, una vez firmado el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales se afirman los *derechos de segunda generación* que aluden a los derechos económicos y sociales de las personas. Fueron aprobados, por ejemplo, la Declaración de los Derechos del Niño en 1959 y se ratificaron treinta años más tarde; en 1959 tuvo lugar la Convención sobre los Derechos Políticos de la Mujer la cual emitió una declaración al respecto y en 1969 fue aprobado un documento reprobatorio de todas las formas de discriminación de la mujer; En 1974, Naciones Unidas aprobó la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados en la cual por primera vez se reconoció la soberanía de los Estados sobre sus recursos naturales, entre otros aspectos importantes; en 1984, tuvo lugar la Convención contra la tortura y penas crueles inhumanas o degradantes. En 1986, la ONU aprobó el Derecho al Desarrollo. En la actualidad se trata de universalizar los *derechos de tercera generación*, aquellos dirigidos a garantizar la preservación del medio ambiente, el derecho a un mundo multicultural y de reconocimiento de la diversidad étnica, lingüística, religiosa y sexual, etapa aún en construcción y con grandes obstáculos para su universalización debido al gran poder material e ideológico del capital transnacional. Muy recientemente se está abriendo camino el criterio de avanzar hacia una *cuarta generación de derechos humanos* vinculada a la protección de la libre expresión a través de la telemática y el uso del ciberespacio.

Si se examina desde una perspectiva política, el *ordenamiento constitucional* fue fundamental en el triunfo definitivo de la burguesía sobre sus contendientes así como la expansión de las experiencias democráticas desde entonces. La utilidad que ofrece semejante enfoque merecería un tratamiento más extenso del que propongo en este texto.

Los regímenes socioeconómicos clasistas han debido sustentar el poder político en una codificación jurídica o Constitución⁴. Azcuy la define así: “[...] es la expresión o el reconocimiento jurídico de la distribución de poder político existente en la realidad. Partiendo de esta distribución real de poder, expresiva de la correlación de fuerzas entre las clases y grupos sociales, la Constitución organiza, en el orden jurídico formal, los aspectos fundamentales del aparato estatal, determina los derechos y deberes de los ciudadanos y los principios por los que habrá de regirse la formación y vigencia de todo el ordenamiento jurídico. Una constitución es ante todo un problema de poder político y solo derivadamente un problema de Derecho” (Azcuy, 2000:18).

Es decir, el ordenamiento constitucional puede ser comprendido a la vez como la descripción teórica de un orden socio-económico y político dado; como la normación más o menos explícita de ese orden; como la forma de dominación política y como el proceso formativo del orden socio-político (Azcuy, 2000: 4).

El documento normativo que se dio a sí misma la clase burguesa, tiene su fundamento ideológico en la creencia de una naturaleza humana eterna [la “esencia humana”, refutada por Carlos Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* de 1844-45] de la cual deriva, desde el punto de vista filosófico-político el *individualismo* burgués, asentado estructuralmente en el modo de producción capitalista. Con independencia de los variados estilos que adoptan las Constituciones en los distintos Estados nacionales, en la exposición de sus contenidos son identificables al menos tres invariables: el régimen socioeconómico, la forma de dominación política [el gobierno] y sus alcances organizativos e ideológicos; de estos últimos emanan la ética y los valores morales que norman la conducta ciudadana en las formaciones sociales capitalistas.

¿Cuáles son esos valores? Durante el período histórico de la lucha revolucionaria de la burguesía contra el orden e ideología medievales fueron irradiándose determinadas normas de conducta y llegaron a constituirse en *valores universales*, despojados de toda determinación social. Sus pilares básicos son: libertad, igualdad, fraternidad.

Una incongruencia ostensible se origina en el concepto central de individualismo, es decir, entender al individuo como protagonista de la

⁴ Se conoce la existencia de reglamentaciones jurídicas desde los tiempos más remotos de la Antigüedad. En la modernidad se ha extendido el término Constitución.

historia humana pero necesitar, a la vez, de la asimilación universal de esos valores y convertirlos en comportamientos colectivos que hagan viables la explotación capitalista del trabajo: el respeto de la propiedad privada pero, por otro lado la exhortación a una convivencia pacífica y hasta la aspiración a la felicidad de todos: los propietarios de los medios de producción, los productores directos y los sectores intermedios, cada vez más extendidos en la contemporaneidad.

Una vez más: las constituciones legitiman las relaciones sociales, organizan el poder político basado en el ejercicio de la ley, la defensa de los derechos humanos burgueses y la observancia de los valores morales jerarquizados en la ideología de la clase dominante y globalizados a través del tiempo. Una Carta Magna aseguradora del Estado de Derecho y por ende, de la democracia.

Pero, en una sociedad dividida en clases antagónicas, ¿cómo ejercer el gobierno de forma tal que sea asimilado normalmente como poder del ciudadano?

Entonces surgió la noción de la *representación*⁵.

La representación se asienta en dos principios básicos: 1) El representante lo es del conjunto de ciudadanos que forman el Estado-nación; 2) el representante recibe de sus representados la *confianza*. Una simple reflexión nos lleva a identificar varias grietas en esta concepción. Primero, que la igualdad en la que se basa el concepto de ciudadano es abstracta y por ende formal, en tanto existen al interior de la sociedad capitalista contradicciones y/o tensiones de intereses entre los diversos grupos sociales, fracciones de clase, sectores y hasta territorios. El capitalismo genera ostensibles desigualdades económicas y sociales y crea otras diferencias, más aún, verdaderas discriminaciones de diversos órdenes: de raza o etnia, de sexo, culturales, entre otras, y todas ellas tienen un mismo tronco generador: las desigualdades de poder. Los intereses de la clase dominante minoritaria son los predominantes; los derechos del ciudadano común –la mayoría- se expresan en una permanente competencia de intereses –que invisibiliza y/o hace desaparecer a los más débiles- y en la oposición del individuo aislado y enfrentado al Estado.

Al criticar el ejercicio burgués de la representación debe tenerse en cuenta también que tal representación es restringida porque se sostiene solamente en la *confianza* hacia el representante sin que medie compromiso u obligación política, jurídica o moral entre uno y otros; ello permite al representante sustituir y hasta usurpar casi totalmente

⁵ Incluso llegó a pensarse en el ejercicio directo del gobierno por los ciudadanos, como lo hiciera Rousseau en su época, lo que se tornó prácticamente imposible en los cada vez más poblados y complejos Estados nacionales.

a sus representados sin que estos últimos tengan derechos reconocidos constitucionalmente de controlarlos o de revocarlos⁶. Hoy resulta evidente la regresión acelerada de la representación en las democracias del mundo occidental y cristiano y por ende, la progresiva alienación del poder político crecientemente elitista, del resto de la sociedad⁷.

LA DEMOCRACIA BURGUESA EN CUBA

El acta fundacional de la República de Cuba es la Constitución de 1901. Mediante esa suprema norma jurídica los cubanos intentaron avanzar desde una sociedad colonizada durante cuatrocientos años hacia una sociedad formalmente independiente y organizada como república moderna⁸. Elaborada según los patrones políticos estadounidenses, la Constitución de 1901 diseñó una república centralizada, de régimen liberal democrático-representativo, presidencialista en grado sumo y con la clásica división de poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. En decir, un Estado de derecho moderno aunque con un apéndice extranjero, la Enmienda Platt, que la hacía holísticamente dependiente de los Estados Unidos condición reforzada por un Tratado de Reciprocidad Comercial firmado en 1903 que otorgaba preferencias arancelarias a las mercancías provenientes de los Estados Unidos⁹.

Una corriente de pensamiento afirma que entre 1902 y 1959, Cuba fue una seudorrepública. Tal aseveración supone la inexistencia de una república burguesa real. Este punto de vista, bastante utilizado incluso en textos de Historia, ha permitido fundamentar entre ciertos grupos contrarios al proceso revolucionario la restitución de la *verdadera* república burguesa, es decir, el proyecto de república democrática liberal supuestamente clásica, en el cual la burguesía cubana ocupe el

6 En algunas constituciones se expresa el derecho del “*empeachment*” en casos demostrados de corrupción y/o de violación de normas éticas elementales como sucedió en Estados Unidos con Nixon y en Brasil con Collor de Melo.

7 “La representación es la ausencia de la participación y la presencia de una máquina de poder que se organiza de manera nueva frente a las figuras de la deuda, el control del riesgo y los medios de comunicación. En este sentido, no es la vieja crítica a la representación por la burocratización de sus procedimientos administrativos. Hoy no existen esos procedimientos como instancias separadas porque, entre otras razones, los lobbies ya no son algo externo sino que están completamente absorbidos en el gobierno” (Negri, 2011).

8 Después de luchar durante treinta años por su independencia, en la última contienda organizada por José Martí y ya prácticamente ganada la guerra contra España, los Estados Unidos intervinieron en la misma. Derrotada España por la acción conjunta del Ejército Libertador cubano y el Ejército estadounidense, fue ignorado el primero en la firma de los acuerdos de paz y fue decidida la ocupación militar norteamericana en Cuba, la que propició desde 1899 hasta 1901 el establecimiento de las condiciones políticas y económicas para su sujeción neocolonial.

9 En 1934 se firmó otro Tratado de Reciprocidad más oneroso aún para los cubanos.

lugar que le corresponde, frustrado por el triunfo de la Revolución; así aprenderíamos todos a convivir según las normas civilizadas de una democracia moderna pero sobre todo, en una república en la cual se afianzara y expandiera un “capitalismo sui géneris”¹⁰.

Tal enfoque no capta ni explica la naturaleza de aquella república que es su *neocolonialidad*.

Desde el día de la proclamación de la República hasta 1934, Cuba fue en la práctica política, económica y social, una dependencia estadounidense dominada por la oligarquía azucarera asociada orgánicamente al capital financiero norteamericano. Nació como república neocolonial, el primer Estado que ostentó a escala mundial semejante condición¹¹. Una República sumida en un abismo de corrupción en la cual la política era sinónimo de negocio lucrativo y rápida movilidad social.

Sus primeros treinta años [1902-1933] se caracterizaron por un sistema político basado en el predominio oligárquico de familias muy adineradas y emparentadas cuya militancia se dividía entre los dos partidos políticos que se rotaban el poder en la política cubana de la época: el Liberal y el Conservador. Sus modos de actuación a escala de barrios, municipios y provincias eran caudillistas; en las nóminas y directivas de ambos partidos se podían encontrar a antiguos miembros del Ejército Libertador, latifundistas, propietarios, comerciantes, médicos, abogados, todos con ideologías variadas tales como autonomistas, anexionistas, anarquistas -en su mayoría racistas- así como personajillos de poca monta y antiguos bandoleros; otra característica los identificaba: entre las filas de los conservadores se podían encontrar figuras de pensamiento liberal y entre estos últimos, militaban hombres de ideología ultraconservadora (Carreras en Guanache, 2004: 97)

Es una realidad que el pueblo cubano no se resignó ni se echó a la espalda la frustración de una independencia pospuesta; desde los años veinte se alzaron voces y se organizaron movimientos estudiantiles, de intelectuales y populares contra la penetración imperialista y el dominio oligárquico, tanto, que en 1933 fue derrocado el tirano Machado por la movilización popular¹². Las movilizaciones populares

10 Aspiración absurda, carente de asidero científico alguno promovida por una de las “disidentes” más divulgadas por las agencias estadounidenses y sus aliados atlánticos.

11 Las neocolonias forman parte de la periferia del sistema mundo; sus estructuras sociales son las *adecuadas a la función que les ha sido asignada en el sistema*. El neocolonialismo se extendió durante el siglo XX en las antiguas colonias cuando ya no era necesario el control directo sobre las mismas.

12 Desde 1923 se sucedieron un conjunto de acciones tales como la Protesta de los Trece, La Falange de Acción Cubana, el primer Congreso Nacional Revolucionarios de Estudiantes, el Primer Congreso Nacional de Mujeres, entre otros, que propugnaban no solo el adementamiento de la vida pública sino el avance de las ideas y prácticas políticas

o manifestaciones de masas como formas de protesta pública tuvieron en Cuba mucha importancia y pueden rastrearse desde los años de la colonización: los enfrentamientos indígenas, de esclavos, el de los vegueros [cultivadores de la hoja de tabaco] en el siglo XVIII hasta las guerras de independencia fueron todos movimientos de masas contra la dominación extranjera; instaurada la República estas movilizaciones de masas proliferaron contra la Enmienda Platt, contra la prórroga de poderes de los presidentes Estrada Palma y Gerardo Machado así como el derrocamiento de este último (Carreras en Guancho, 2004: 101-102). Durante la dictadura de Batista [1952-1958], las movilizaciones y manifestaciones de masas en las ciudades y pueblos fueron constantes antes y durante la lucha armada revolucionaria organizada para derrocarlo.

Puede afirmarse que la Revolución del 30 operó como una especie de limítrofe entre la república oligárquica de 1902 y el tipo de república democrática burguesa que se estableció después. La sociedad fue sufriendo mutaciones sociopolíticas entre 1934 y 1958; surgieron nuevos partidos políticos como el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) de orientación social reformista y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), de amplio apoyo popular por sus posiciones moralizantes. El Partido Comunista había sido fundado en 1925 y se había dedicado a ganar influencia en las masas obreras por sus reivindicaciones y en pos de la unidad sindical. En 1934 fue derogada la Enmienda Platt como demostración de la combatividad antiimperialista del pueblo; la clase obrera culminó su organización en una central sindical unitaria y se hizo sentir en las relaciones capital-trabajo, surgieron otros partidos y movimientos políticos que reflejaban las aspiraciones de cambio de una clase media con cierto protagonismo desde entonces; el Estado-nación, la civilidad y la democracia burguesa se afianzaron a partir de la Revolución de 1930, hasta tal punto que diez años después, dada una nueva correlación de fuerzas políticas internas y externas se hizo posible la convocatoria a una Asamblea Constituyente que elaboró una nueva Carta Magna¹³.

Para entonces, el capital financiero estadounidense había consolidado la “subsunción real” neocolonial¹⁴, lo que implicaba el asegu-

progresistas contra ese estatus republicano oligárquico y dependiente.

13 La Constitución cubana de 1940 ha sido considerada una de las más progresistas de su época aunque la burguesía obstaculizó la concreción de sus más ansiadas reivindicaciones, como la proscripción del latifundio. Después del golpe del 10 de Marzo, una de las exigencias del movimiento popular fue la restitución de la misma.

14 Carlos Marx en *El Capital* estableció las dos formas históricas de explotación de los obreros por los dueños de los medios de producción; les llamó: la *subsunción formal* y la *subsunción real del trabajo al capital*. Tales conceptos permiten establecer un símil entre

ramiento de las relaciones de dependencia, siempre con la connivencia de la burguesía dominante local. Desde 1934, la economía cubana de base azucarera atravesó un período de estancamiento hasta el punto de considerarse que su estructura había caído en una crisis permanente; la situación social de la época era deplorable: desempleo, subempleo, carencia de servicios médicos y educacionales, pobreza generalizada en los campos y ciudades en contraste con polos de riqueza ostentosa en la capital y ciudades principales acompañada de corrupción económica y política en grado supremo. Ante este escenario complejo las demandas populares apuntaban hacia la necesidad de un nuevo rumbo en la vida nacional. En 1952, el golpe de Estado protagonizado por Fulgencio Batista dio al traste con el orden constitucional republicano neocolonial y se entronizó una dictadura militar altamente represiva y aún más proimperialista.

El enfrentamiento al golpe de Estado del 10 de marzo fue inmediato, los jóvenes universitarios y de los institutos de segunda enseñanza organizaron el velatorio público de la Constitución asesinada y reclamaron su restitución. De nuevo las manifestaciones de masas se lanzaron, ahora desde el recinto universitario habanero; miles de firmas fueron recogidas al pie de su escalinata y en todo el país. El joven abogado Fidel Castro dirigió ante el Tribunal Supremo un recurso de inconstitucionalidad del régimen militar el que fue desconocido. Pronto se hizo evidente que poco quedaba por hacer en cuanto a protestas y movilizaciones de denuncia, aunque estas no mermaron.

El 26 de Julio de 1953, fue el inicio de un cambio de época para Cuba¹⁵. En *La historia me absolverá*, su alegato de defensa por las acciones del Moncada, Fidel Castro definió al pueblo como sujeto de la Revolución, el que se formaría en el proceso de lucha (Castro, 1993: 53-55)¹⁶. En párrafos posteriores caracterizó el amplio espectro de

las dos formas históricas de explotación ejercidas por el modo de producción capitalista y de las que han sido objeto los países subdesarrollados por los países del centro. Mediante la subsunción formal [propia de la etapa premonopolista del capitalismo], las metrópolis ejercen el control directo sobre las colonias; la subsunción real es la conversión de colonias en neocolonias a partir de la penetración del capital monopolista en la esfera productiva de aquéllas lo cual implica la absorción de sus recursos y de su trabajo en el proceso de valorización del capital, convertido en ganancias y otras formas que son transferidas hacia el centro del sistema.

15 El asalto a los cuarteles Moncada de Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo por un grupo de jóvenes bajo la dirección de Fidel Castro, precipitó la última etapa de las luchas por la definitiva liberación.

16 “Cuando hablamos de pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura, cualquier despotismo, postrándose ante el amo de turno hasta romperse la frente contra el suelo”[...] “Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran

sectores socioeconómicos explotados por el capitalismo subdesarrollado cubano¹⁷.

La existencia en la Cuba pre-revolucionaria de un Estado de derecho burgués, pluripartidista es decir, competitivo y por ende democrático, solo transgredido constitucionalmente durante los períodos de gobiernos dictatoriales de Gerardo Machado [1925-1933] y de Fulgencio Batista [1952-1958], quienes por otra parte habían resultado electos en sus primeros mandatos presidenciales¹⁸ se muestra en los siguientes datos: antes del triunfo de la Revolución, en Cuba se celebraron trece elecciones generales presidenciales; el poder legislativo funcionó casi todo el tiempo y siempre lo hizo el judicial. Fueron realizadas quince elecciones parciales para alcaldes, gobernadores y legisladores. Tuvieron vida política treinta y tres partidos a escala nacional y solo en el período de la última dictadura de Batista coexistieron con ese régimen nada menos que catorce partidos políticos (Martínez, 1997:93). Los cubanos por tanto, vivieron en un Estado de derecho, pluripartidista y democrático durante esos años. No se trataba de una seudorrepública sino de una verdadera república neocolonial.

No deseo pasar por alto una circunstancia pocas veces señalada: además de una praxis política alternativa que la atraviesa desde los años veinte, durante la República burguesa neocolonial se logró acumular un desarrollo intelectual que si bien reducido a una minoría, descolló en Latinoamérica y legó a las generaciones posteriores una invaluable herencia de atributos cívicos y patrimonio material e inmaterial. Sobre ella, Eusebio Leal ha afirmado: “[...] toda la historia republicana es muy importante [...] porque se corre el riesgo siempre de simplificaciones,

masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre”.

17 La autora considera que esta definición constituye un aporte a las ciencias sociales de los países de la periferia mundial en tanto se distancia de la tradicional estructura de clases anclada en el pensamiento revolucionario eurocentrista que concibe únicamente al proletariado como el motor de la lucha de clases en la sociedad capitalista.

18 Machado fue elegido en 1925 y se reeligió en 1928. Batista fue electo para el período 1940-1944. Sin entrar a analizar su ejecutoria de terror para eliminar la marea revolucionaria de 1935 y su papel como *hombre fuerte* del Ejército neocolonial hasta 1940, su golpe de Estado en 1952 dio lugar a una opresiva dictadura que cobró miles de vidas de la juventud cubana y jamás fue calificado por el gobierno estadounidense como violatorio de los derechos humanos; todo lo contrario, ese régimen fue mostrado como uno de los pilares de la democracia en América Latina y el propio Batista era reconocido como un fiel aliado de los Estados Unidos en la región.

de reducciones muy mecánicas, en las cuales falta la capacidad de investigar situaciones concretas nacionales e internacionales, el papel de las grandes personalidades en la historia de Cuba, el de las vanguardias políticas y culturales que fueron tan importantes y que borran por completo la imagen del proceso republicano como desierto de virtudes [...] es una coincidencia muy importante en la historia de Cuba, que marca una regularidad de la Revolución, y es la coincidencia de las vanguardias culturales con las vanguardias políticas” (Leal; 2001).

Las virtudes no faltaron y afortunadamente estuvieron bastante concentradas en la enseñanza pública, en escuelitas primarias a veces destartaladas y carentes de atención y recursos pero con maestras –casi siempre mujeres- excepcionalmente dedicadas y sufridas, que supieron trasladar a sus alumnos el amor a Cuba, la secuencia inconclusa de las luchas libertarias y una civilidad basada en la ética¹⁹.

Aquellos jóvenes rebeldes que desde 1952 se lanzaron a enfrentar a una dictadura inhumana comenzaron haciéndolo para restaurar el orden constitucional y democrático perdido, mas a lo largo de la lucha muchos de ellos, la gran mayoría, fueron modificando paulatinamente aquel propósito inicial hasta percatarse de que era necesario cambiar las estructuras de la sociedad cubana para que nunca más surgieran tiranías²⁰.

UNA DEMOCRACIA DE TRANSICIÓN SOCIALISTA

CUBA: UNA REVOLUCIÓN AUTÓCTONA E ININTERRUMPIDA

En sentido general, hay dos tipos de procesos que se dan en todo sistema social: los que tienden a mantener su estructura y los que tienden a cambiarla. Procesos de cambio del sistema social en aras de lograr sus objetivos o en aras de satisfacer las condiciones necesarias para que el sistema sobreviva, han sido asociados a la noción de reforma y al reformismo. El cambio social revolucionario refiere a la modificación estructural de un sistema social: lo que ha sido estable o relativamente inmodificable, cambia. Los cambios estructurales más importantes, es decir, los revolucionarios, tienen consecuencias para el funcionamiento del sistema social. Sin embargo, ni los cambios sociales reformistas ni

19 La autora constató lo que aquí afirma en cincuenta testimonios y dos debates grupales de combatientes de la clandestinidad y el Ejército Rebelde tomados en 2011 y recogidos en dos libros publicados en coautoría con José Bell y Tania Caram.

20 Che Guevara afirmaba en 1960 “[...] para cambiar de manera de pensar hay que sufrir profundos cambios interiores y asistir a profundos cambios exteriores, sobre todo sociales [...]” (Guevara, 1970: 80, Tomo 2). Este postulado marxista es válido también para las generaciones posteriores, que si bien no actuaron en la insurrección contra la dictadura, se incorporaron plenamente al proceso de cambio social después del triunfo.

los revolucionarios se producen por generación espontánea sino por actores sociales interesados/comprometidos en unos u otros.

Procesos de cambio social son las *revoluciones de liberación nacional*, propias de las formaciones sociales periféricas; en teoría, mediante ellas los países colonizados acceden a su autodeterminación política y a la modificación de su estatus dependiente del centro capitalista. Sin embargo, no siempre tales revoluciones han llegado a ser en la práctica verdaderos movimientos anticolonialistas de cambio social; diversas han sido las causas históricas que no lo han possibilitado y deben ser estudiadas en su especificidad. Tal fue el caso de las revoluciones de independencia de los países iberoamericanos en la primera mitad del siglo XIX, en pleno ascenso del capitalismo de libre concurrencia en el centro del sistema.

Para alcanzar su autodeterminación política las revoluciones de liberación nacional del siglo XX han tenido que moverse en un nuevo y más complejo escenario sociopolítico internacional en tanto el capital monopolista ha prevalecido desde entonces en el sistema mundo. Como se ha dicho antes, las estructuras sociales de los países periféricos han sido diseñadas desde hace siglos para funcionar como ruedas muy bien aceitadas del mecanismo de acumulación capitalista mundial y sus oligarquías librecambistas locales así como las élites políticas no están interesadas en la desconexión (Amín, 1988), más bien se oponen a ella. El resultado ha sido el gradual estrangulamiento de los movimientos revolucionarios de liberación nacional y su cooptación en movimientos reformistas de naturaleza neocolonial, estatus dirigido a modernizar/perfeccionar los vínculos de dependencia de las antiguas colonias, lo que se generalizó después de la Segunda Guerra Mundial.

Una revolución de liberación nacional auténticamente antineocolonialista ha de trascender necesariamente la misión antimperialista para cumplir sus objetivos. Una revolución que se plantee quebrar la dependencia tiene que ser además, anticapitalista.

La Revolución Cubana es resultado de un profundo proceso de cambio social surgido desde las raíces históricas de la nación cubana que se desarrolló en un tiempo histórico muy breve primero, como insurrección armada contra la dictadura de Fulgencio Batista [1952-1958], y después, como revolución socialista de liberación nacional.

Varias características identifican el primer aspecto: 1) la capacidad del movimiento revolucionario 26 de Julio para organizar una lucha nacional popular contra la dictadura; 2) la capacidad de ese movimiento para desencadenar una insurrección armada rural y urbana contra el ejército y las agencias represivas de la dictadura; 3) la capacidad para aglutinar a otros movimientos insurreccionales, partidos y asociaciones cívicas antibatistianos y derrotar militarmente a la dictadura así

como los planes proimperialistas para frustrarla; 4) la identificación de la trascendencia de la lucha más allá del derrocamiento del tirano; 5) el relevo total del ejército profesional y todas las agencias represivas del régimen dictatorial por las fuerzas insurgentes después del triunfo, lo que ha garantizado hasta la actualidad su soberanía nacional y la defensa de las transformaciones revolucionarias²¹.

A partir de tales características propias del primer aspecto señalado y estudiando su decurso en perspectiva, asumo una concepción crítica de la revolución como un proceso ininterrumpido de transformaciones de liberación nacional y socialistas lo que significaría un corte epistemológico en relación con la noción de la izquierda tradicional, incluso la cubana, sobre ella²². En los textos marxistas de la época se la considera como un proceso contentivo de dos fases: una inicial, caracterizada como “revolución democrática, agraria y antimperialista”, es decir, una revolución democrático-burguesa desplegada durante su primer año y medio de vida y una segunda fase a partir de 1961, propiamente socialista, una vez nacionalizados los medios de producción, después de la declaración pública sobre el carácter socialista de la revolución y el despliegue de los iniciales mecanismos de educación político-ideológicos para la formación masiva de una conciencia socialista en la población²³.

El criterio de una revolución con dos fases se corresponde con el esquema de clasificación de las sociedades coloniales y semicoloniales como feudales o semif feudales promovido por el movimiento comunista internacional después de la muerte de V.I. Lenin. En él, la burguesía nacional encabezaría una revolución dirigida a crear las condiciones para el desarrollo del capitalismo y así, la futura posibilidad del socia-

21 La soberanía fue y ha continuado siendo una demanda revolucionaria para Cuba en tanto constituye la salvaguarda de su estatus como nación y de su proceso socialista de liberación nacional.

22 Esta concepción es de J.C. Mariátegui. José Bell ha escrito sobre ella en *Cambios mundiales y perspectivas de la Revolución Cubana*. Bell, J., Delia L. López, T. Caram la han asumido en *Documentos de la Revolución Cubana*, serie de siete libros [1959-1965] en la que se encuentra implícita y de forma explícita aparece en los libros de los mismos autores *Cuba: la generación revolucionaria 1952-1961*; *Cuba: las mujeres en la insurrección 1952-1961* y *Combatientes*, libro en proceso editorial cuando se escribe esta nota.

23 Entre 1928 y 1930, J.C. Mariátegui expresó sus ideas más precisas sobre el carácter de la revolución latinoamericana. En el documento “Punto de vista anti-imperialista” presentado en la Conferencia Comunista Latinoamericana de junio de 1929 en Buenos Aires afirmó: “ Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política anti-imperialista [...] Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación anti-imperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera” .

lismo. Una visión etapista, objetivista, determinista del proceso social consolidada después de los años treinta cuando el estalinismo la elevó a su máxima expresión como ideología oficial.

En el caso cubano, la derrota de la dictadura y el consecuente despliegue de la democracia, la realización de la reforma agraria y la aplicación práctica de una política antimperialista por la vanguardia revolucionaria eran elementos suficientes para validar esta concepción, mucho más si la lucha insurreccional contra el dictador no había sido dirigida por el partido marxista tradicional ni la fuerza principal que se enfrentó a aquel, el Movimiento 26 de Julio, estaba vinculado orgánicamente al movimiento comunista internacional²⁴.

La errónea clasificación en dos fases de la Revolución Cubana [revolución democrático-burguesa y revolución socialista] se ha sostenido increíblemente hasta hoy por la total incomprensión de las funciones y el lugar de Cuba en el sistema mundial capitalista, la estructura social a que ello dio lugar, las fuerzas sociales presentes durante los cincuenta y ocho años de República burguesa neocolonial y sobre todo la decisión de la vanguardia revolucionaria de llevar adelante la transformación de la estructura dependiente y subdesarrollada del país.

Destaco los siguientes criterios para la mejor comprensión de la cubana como una revolución ininterrumpida:

- Las funciones monoproducidas asignadas a Cuba en los albores del siglo XX, lo que significó su consecuente ubicación periférica en el sistema-mundo como abastecedora de productos primarios.
- La conversión de Cuba en una neocolonia estadounidense desde los años iniciales del siglo XX, proceso que tuvo lugar desde su ocupación militar por los Estados Unidos en 1899.
- La existencia de una burguesía librecambista en la cúspide de la pirámide social; como burguesía terrateniente compartió junto a los importadores extranjeros -entre otros actores- la condición de élite económica y política; se integró orgánicamente a ellos y desde muy temprano del proceso histórico se convirtió en oligarquía. Su poder social se consolidó basado como siempre en la propiedad del suelo, del subsuelo y en los negocios exportadores

24 El programa del Partido Socialista Popular aprobado en 1958 [nombre que adquirió dos décadas atrás como parte de una táctica de lucha trazada desde la Internacional Comunista para viabilizar la unidad popular frente al fascismo] explicitaba “poner en práctica la política que preconizan los obreros y los campesinos y que conviene a los intereses de los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía de las ciudades y la burguesía nacional” A lo largo de todo el documento se caracteriza la estructura social cubana como semicolonial y semifeudal.

y cada vez más, en su alianza comercial, económica y financiera con el capital estadounidense.

- La incompreensión de que la reproducción capitalista de los socios menores de aquella oligarquía librecambista [mediana y pequeña burguesías] tenía lugar en el seno de esa sociedad neocolonial dependiente y subdesarrollada por lo cual respondían al estatus sociopolítico y económico diseñado para ella. Una burguesía nacional no logró imponerse en Cuba como clase social fundamental de su estructura clasista por lo cual un proyecto de desarrollo endógeno capitalista nunca habría fructificado incluso dentro del proceso revolucionario. Quizás este elemento haya sido el menos comprendido por la izquierda marxista tradicional y en opinión de esta autora tiene un peso definitorio en cualquier análisis sobre las potencialidades de cambio social revolucionario en una formación social periférica. El Programa del Moncada no hubiera podido cumplirse sin la ruptura de las ataduras neocoloniales; la liberación nacional cubana tenía necesariamente que asumir objetivos anticapitalistas y como alternativa consecuente, los socialistas²⁵.
- El hecho de que el liderazgo revolucionario no vaciló en tomar las riendas del gobierno para promover los cambios de envergadura en tanto la correlación de fuerzas políticas durante los primeros días del triunfo había condicionado la formación de un gobierno en el que predominaban representantes de la burguesía local, cuyo inveterado temor clasista ante los acontecimientos provocaban un inmovilismo inaceptable. Ante estas peligrosas circunstancias, el 16 de febrero Fidel Castro asumió el cargo de Primer Ministro y por fin, el 26 de julio, después de su renuncia y denuncia de la reiterada obstaculización hacia los cambios por parte del presidente de la República y la conmovedora movilización popular masiva exigiendo su retorno, la presidencia pasó a manos de un miembro destacado del ala revolucionaria del gobierno.

25 Fidel Castro afirmó en 1961 “Al llegar la Revolución al poder tenía dos caminos: o detenerse en el régimen social existente o seguir adelante; [...] Nosotros teníamos que optar entre permanecer bajo el dominio, la explotación y la insolencia imperialista [...] o hacer una Revolución antiimperialista y hacer una Revolución socialista [...] Ese es el camino que hemos seguido: el camino de la lucha antiimperialista, el camino de la revolución socialista. Porque además no cabía ninguna otra posición. Cualquiera otra posición era una posición falsa, una posición absurda [...] *La revolución antiimperialista y socialista solo tenía que ser una, una sola revolución, porque no hay más que una Revolución.* Esa es la gran verdad dialéctica de la Humanidad: el imperialismo y frente al imperialismo, el socialismo” (Castro en Bell, J., Delia L. López, T. Caram, 2007: 459-465; énfasis propio).

- Una intensa lucha de clases se desplegó en la medida en que el curso revolucionario avanzaba. Se fueron deslindando los campos de actuación de grupos e individualidades cuyos objetivos no rebasaban el derrocamiento del tirano y que en su mayoría pasaron a engrosar la contrarrevolución.

El programa del Movimiento 26 de Julio había establecido desde muy temprano la necesidad de producir las primeras modificaciones en la institucionalidad republicana neocolonial. En carta pública rompiendo el llamado Pacto de Miami de 14 de diciembre de 1957 Fidel Castro aclara este aspecto (Castro en Bell, 2007: 135-136)²⁶. En cumplimiento de ese compromiso, el 7 de febrero de 1959 fue promulgada la Ley Fundamental de la República que habría de normar la vida político-institucional de la revolución²⁷.

La Ley conservó la mayor parte del articulado de la Constitución de 1940, introduciendo modificaciones que la adecuaban a la dinámica inicial del proceso revolucionario. De estas modificaciones destaco las siguientes:

- - Traslado de las funciones legislativas del Congreso de la República neocolonial -disuelto el 3 de enero de 1959 en la primera reunión del Gobierno revolucionario- al Consejo de Ministros [artículo 119], consignándolas como una atribución no delegable [artículo 121].
- -Conversión del cargo de primer ministro en jefe político del gobierno. La redacción de este artículo responde a la condición que estableció Fidel Castro para aceptar el cargo de primer ministro.

26 “[...] El derrocamiento del dictador lleva en sí el desplazamiento del Congreso espurio, de la dirigencia de la CTC [Confederación de Trabajadores de Cuba] y de todos los alcaldes, gobernadores y demás funcionarios que, directa o indirectamente, se hayan apoyado para escalar el cargo en las supuestas elecciones del primero de noviembre de 1954 o en el golpe militar del 10 de marzo de 1952. [...] El nuevo gobierno se regirá por la Constitución de 1940 y asegurará todos los derechos que ella reconoce y será equidistante de todo partidismo político. [...] El ejecutivo asumirá las funciones legislativas que la Constitución atribuye al Congreso de la República y tendrá por principal deber conducir al país a elecciones generales [...] y desarrollar el programa mínimo de diez puntos expuestos en el Manifiesto de la Sierra Maestra. [...]”

27 La Ley Fundamental rigió hasta el 24 de febrero de 1976, fecha en la cual entró en vigor la nueva Constitución de la República. Durante el tiempo de su vigencia fue necesario introducirle reformas para ir adecuándola al desarrollo del proceso revolucionario. El 2 de septiembre de 1960 fue aclamada a mano alzada por más de un millón de cubanos en magnífica concentración la Primera Declaración de La Habana, que podría considerarse el primer documento general que reflejó los profundos cambios revolucionarios de la sociedad. Su apartado sexto tiene un significativo contenido anticapitalista.

Cuando esto sucedió se integró el liderazgo político de la revolución con la dirección ejecutiva de la máxima instancia de gobierno del país (Bell, J., Delia L. López, T. Caram, 2006: 39-113).

De inmediato varias disposiciones fueron aprobadas para la redistribución del ingreso nacional tales como el aumento del salario a sectores de más bajos ingresos [el azucarero especialmente]; la rebaja del 50% de los alquileres de las viviendas [que significaban hasta el 15% del presupuesto familiar en familias con ingresos entre mil y tres mil pesos anuales]; la rebaja de un 30% de las tarifas de la energía eléctrica; la reducción del precio de las medicinas entre 15% y 20%; la reducción de las tarifas del gas [como combustible doméstico] entre 11% y 15%; la reincorporación al trabajo todos los trabajadores/empleados que habían sido despedidos por causas políticas o sindicales (Bell, J., Delia L. López, T. Caram, 2006:126-139).

La Ley de Reforma Agraria fue firmada el 17 de mayo de 1959 por el primer ministro del Gobierno revolucionario en la comandancia general del Ejército Rebelde en La Plata, Sierra Maestra y puesta en vigor el 3 de junio.

En su Artículo primero, la ley proscribió el latifundio y estableció en treinta caballerías [402 ha] el límite máximo de tierras a poseer por una persona natural o jurídica. Se exceptuaron fincas mayores que demostraran un alto nivel de producción y productividad, aunque el límite definitivo para estas fue de hasta cien caballerías. En su Artículo 15, dejó sentado que solo podrían poseer tierras los ciudadanos cubanos o sociedades formadas por ciudadanos cubanos. Estos dos articulados constituyeron un golpe mortal para los terratenientes nacionales y extranjeros, en particular los estadounidenses, que habían acumulado enormes cantidades de las mejores tierras cubanas²⁸. De forma consecuente con su ideario de justicia social y su práctica desde la lucha en la Sierra Maestra la ley decidió la distribución gratuita de tierras a los campesinos no propietarios [arrendatarios, colonos, subcolonos, aparceros y precaristas] y de esa forma aseguró la pequeña propiedad agrícola, al eliminar por primera vez en Cuba los arrendamientos de tierras en dinero y en especie. Aproximadamente doscientas mil familias

28 La ley reconoció, en su Artículo 29, el derecho constitucional de los latifundistas expropiados a recibir indemnización. Para ello, la ley incluyó un articulado específico. Las tierras expropiadas al capital estadounidense estuvieron, por supuesto, contempladas en las indemnizaciones pero el gobierno de ese país, aunque reconoció el derecho de Cuba a nacionalizar su propiedad, exigió que la expropiación fuese pagada de forma justa, pronta, adecuada y efectiva. El Gobierno revolucionario, con un tesoro desfalcado por la tiranía, no podía atender semejantes reclamaciones.

campesinas fueron beneficiadas con la distribución de un poco más de cinco millones de caballerías.

La Ley de Reforma Agraria de 1959 constituyó la primera disposición revolucionaria que inició la transformación de la estructura económica dependiente de Cuba y por lo tanto, el primer paso efectivo en el logro de su autodeterminación. Por esta razón, el gobierno de los Estados Unidos y sus agencias especializadas decidieron desde ese momento iniciar las acciones subversivas. Tales acciones, de múltiple naturaleza, no solo han continuado sino han arreciado hasta la actualidad²⁹.

Uno de los argumentos que comenzaron a ser esgrimidos contra la Revolución desde sus primeras disposiciones, entre ellas el castigo ejemplar de los principales esbirros de la dictadura basado en el debido proceso, las primeras leyes redistributivas y la promulgación y puesta en marcha de la reforma agraria, fue la creciente falta de democracia que estaba en el fundamento de tales medidas. Por supuesto, la falta de democracia se debía a la afectación de los intereses económicos de la oligarquía local³⁰.

Las cuestiones referidas a la libertad y la democracia se habían colocado a la orden del día en la sociedad cubana desde la lucha contra la dictadura; para las fuerzas revolucionarias que actuaron contra ella

29 “La pretensión de Estados Unidos de ejercer su control sobre Cuba ha estado presente y ha influido en los destinos de la isla desde fines del siglo XVIII cuando aquellos surgieron como nación. Se opuso a la independencia de Cuba, a su adquisición por parte de otras potencias europeas y hasta a su posible anexión [...]. En esos años, Washington guió su política por tres criterios fundamentales: la *“Doctrina Monroe”*, expuesta por el presidente homónimo en su mensaje al Congreso de 2 de diciembre de 1823. Planteaba: “Es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político a parte alguna de los continentes americanos sin poner en peligro nuestra paz y felicidad [...] Imposible que nosotros podamos contemplar con indiferencia semejante interposición en ninguna forma”. La *“teoría de la fruta madura”*, expresada en 1824 por el Secretario de Estado John Quincy Adams afirmaba que “Cuba, una vez separada de España y rota la conexión artificial que la liga con ella, e incapaz de sostenerse por sí sola, tiene que gravitar necesariamente hacia la Unión Americana, y hacia ella exclusivamente mientras que a la Unión misma, en virtud de la propia ley, le será imposible dejar de admitirla en su seno. La tesis del “Destino Manifiesto”, concepto ancestral recogido y actualizado en julio-agosto de 1845 en la revista neoyorquina *Democratic Review* por el periodista John L. O’Sullivan: “El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno” (Sánchez Parodi, 2009).

30 Sería muy extenso incluir el listado de las agresiones de todo tipo que se lanzaron contra la Revolución desde 1959. No solo las de tipo mediáticas, un complot con participación del tirano Leónidas Trujillo fue abortada en agosto de ese año. En octubre se produjo el bombardeo aéreo de La Habana y la conspiración del comandante del Ejército Rebelde Huber Matos. Como respuesta, el 16 de octubre fue creado el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, el 26, las Milicias Nacionales Revolucionarias y dio inicio al entrenamiento voluntario del pueblo para la defensa de la Revolución. .

constituían una demanda inmediata, para la mayoría de la población el triunfo de la insurrección -confundida popularmente como triunfo de la revolución- era sinónimo de libertad, las libertades conculcadas por la tiranía se restituían *ipso facto* con el advenimiento del nuevo gobierno revolucionario y el rescate de la constitucionalidad perdida. El año 1959 fue denominado *Año de la Liberación*, entendido por la vanguardia revolucionaria como el restablecimiento de las libertades y derechos individuales asegurados por la recién aprobada Ley Fundamental, y como proceso de cambio social a favor de la mayoría del pueblo.

El 1 de mayo de 1960, en el discurso central del acto y desfile por el día de los trabajadores, Fidel Castro decide referirse al tema de la democracia en la Revolución Cubana, era necesario dejar sentadas las concepciones sobre tan delicado asunto. En él contrapone la democracia formal a la democracia real de la Revolución y en esa contraposición destaca que el deber ser de la democracia revolucionaria cubana es el gobierno de las mayorías³¹. Ese deber ser, en su dinámica, prefigurará el futuro político social del proceso y se materializará por medio de la participación popular.

HACIA LA TRANSICIÓN SOCIALISTA

La historia de Cuba, en particular sus contiendas militares anticolonialistas y las luchas antineocolonialistas, demuestra que la unidad de los diferentes actores es básica en cualquier intento dirigido a lograr la independencia, la soberanía nacional y garantizar la existencia misma de la nación cubana. El desconocimiento de este principio llevó a sucesivas frustraciones populares y a su reconocimiento como ineludible enseñanza a tener en cuenta. Y ha sido precisamente éste uno de los aprendizajes más significativos de la praxis revolucionaria desde los años de la insurrección contra la dictadura.

Después del triunfo, la unidad del pueblo en función del proceso de cambio social que avanzaba se fue construyendo desde las cuadras y barrios en las ciudades hasta los más remotos asentamientos rurales, centros laborales, escuelas, universidades; también los niños y

31 En discurso del 1 de mayo de 1960, Fidel Castro planteó: “[...] Democracia es aquella en que las mayorías gobiernan. Democracia es aquella en que la mayoría cuenta: democracia es aquella en que los intereses de la mayoría se defienden; democracia es aquella que garantiza al hombre, no ya el derecho a pensar libremente, sino el derecho a saber pensar, el derecho a saber escribir lo que se piensa, el derecho a saber leer lo que se piensa o piensan otros. El derecho al pan, el derecho al trabajo, el derecho a la cultura y el derecho a contar dentro de la sociedad. [...]Y eso no quiere decir, que los derechos del resto no cuenten. Los derechos de los demás cuentan en la misma medida en que cuentan los intereses de la mayoría, en el mismo alcance en que cuentan los derechos de la mayoría; pero son los derechos de la mayoría los que deben prevalecer por encima de los privilegios de minorías”.

jóvenes se iniciaron en la práctica de la unidad y la movilización. Más adelante, tareas de solidaridad fueron esenciales para su crecimiento orgánico, con las que también crecieron y maduraron sus integrantes. Una civilidad desconocida asomaba a las puertas de la sociedad cubana en revolución.

Durante el segundo semestre de 1960, fueron concretándose las expresiones organizativas de este singular proceso unitario que se plasmó en la creación de las organizaciones de masas, llamadas así en las tempranas décadas, denominadas también organizaciones populares y más recientemente, organizaciones sociales.

Una de las primeras agrupó a las mujeres; dada la convergencia de sus actividades, las diversas organizaciones femeninas existentes en el país acordaron unificarse en la *Federación de Mujeres Cubanas* [FMC] hecho que aconteció el 23 de agosto de 1960. Un mes más tarde, el 28 de septiembre, en pleno acto de masas frente al antiguo Palacio Presidencial y como respuesta al sabotaje del mismo por la contrarrevolución, Fidel Castro llamó a la población a organizarse en cada calle, en cada cuadra, en cada manzana, en cada edificio y que se constituyeran comités de vigilancia revolucionaria. Así nacieron los *Comités de Defensa de la Revolución* [CDR] la más plural de todas las creadas desde entonces y hasta hoy; la organización de la juventud nació desde la Asociación de Jóvenes Rebeldes la que en su primera plenaria acordó la gradual integración de todas las organizaciones juveniles y el 4 de abril de 1962, dio paso a la *Unión de Jóvenes Comunistas* [UJC]. También un 4 de abril pero de 1961, los niños y adolescentes comenzaron su inédita agrupación voluntaria en la *Organización de Pioneros José Martí* [OPJM] y también nació la *Asociación Nacional de Agricultores Pequeños* [ANAP] para la atención técnica y apoyo del campesinado. La sindicalización se extendió a todos los trabajadores manuales e intelectuales y creció en número y fortaleza la *Confederación de Trabajadores de Cuba* [CTC] con una larga historia de defensa de los intereses económicos de los trabajadores cubanos desde su surgimiento unitario en 1939 -una vez despojada de sus dirigencia batistiana³². La *Federación Estudiantil Universitaria* [FEU], también de largo historial combativo en el escenario de la república neocolonial, asumió las tareas propias de una juventud universitaria en revolución (Bell, J., Delia L. López, T. Caram, 2007 y 2008).

Mas otra unidad era indispensable: la unidad de la dirección revolucionaria. A finales de 1959, Fidel Castro autodisolvió su propia

³² En 1959 se le denominó CTC-R [Revolucionaria] y en su IX Congreso realizado en 1961, se decidió el nombre de *Central de Trabajadores de Cuba*.

organización y sucesivamente lo hicieron las dos restantes³³; una vez logrado esto, fue creada la *Organizaciones Revolucionarias Integradas* [ORI], como un órgano político aglutinador de todos los dispuestos a luchar por la revolución. A mediados de 1961-ya declarado públicamente el carácter socialista del proceso- Fidel Castro exponía que con la ORI se marcharía hacia la formación del Partido Unido de la Revolución Socialista organismo de vanguardia de la Revolución que tendría la tarea de preparar los cuadros, de fungir como escuela de revolucionarios para la construcción del socialismo y establecía que la ideología de ese partido era el marxismo-leninismo.

Al lastrar un peligroso sectarismo la política general de la ORI (Castro en Bell, J., Delia L. López, T. Caram, 1962:197-316), fue aplicado un nuevo método para la selección de los futuros militantes del partido basado en la discusión amplia, directa y sin ambages en el seno de asambleas de trabajadores sobre las cualidades del candidato propuesto como trabajador ejemplar; así, la selección de trabajadores ejemplares se convirtió en el primer paso decisivo para engrosar la militancia del naciente partido. También fue precisándose su papel como *un partido de tipo leninista*³⁴ con la constitución del Comité Central del Partido Comunista de Cuba en 1965; entonces, las organizaciones de masas afinaron sus funciones y se creó el Poder Local en 1966 con un alto componente participativo popular.

La asunción del marxismo por la Revolución Cubana entre 1960-1962, constituyó un duro aprendizaje dado el descalabro que significó la política sectaria aplicada por el sector más conservador del disuelto Partido Socialista Popular como también por la constatación de concepciones y prácticas alejadas de la teoría social marxista originaria en las experiencias socialistas europeorientales y la URSS, los ejemplos a seguir.

En Cuba, en la década de los sesenta se asimilaba la apología de la construcción del socialismo/transición al socialismo y la literatu-

33 Debe recordarse que las fuerzas revolucionarias que lucharon contra la dictadura fueron el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y a mediados de 1958 se integró a la lucha armada el Partido Socialista Popular, el partido marxista cubano.

34 V. I. Lenin formuló la teoría de un partido de nuevo tipo como fuerza revolucionaria, dirigente y organizadora del movimiento obrero que nace para hacer la revolución socialista. En el caso cubano, el partido aglutina a los que aceptan su ideología marxista-leninista y sus raíces martianas, su programa y la disciplina partidista. Considero importante destacar las *raíces martianas* del partido ya que son las propias de la causa de liberación nacional cubana: la necesidad de tener un solo partido para hacer y culminar la revolución, capaz de unir a los cubanos en semejante empeño frente a su más poderoso y cercano enemigo externo y sustentado en los profundos principios éticos y humanistas de su ideario. En el presente texto no se estudia el papel del Partido Comunista de Cuba.

ra marxista más difundida la constituían -entre otros- los manuales de filosofía y de economía política, cuyos contenidos aparentemente didácticos contribuyeron a empobrecer y esquematizar el pensamiento originario y por ende, la práctica revolucionaria. Llegó a afirmarse hasta convertirse en “verdad científica”, que la experiencia de realización del socialismo en la Unión Soviética, su *historia*, era *la ciencia* de la transición al socialismo. Las consecuencias de tal dogmatismo se constatarían años después, retrasándose con ello los avances notables de la conciencia social a escala mundial que habían sido alcanzados desde la década de los cincuenta y en particular de los sesenta (Guevara, 1957-1967: 265, T. II).

Para contrarrestar tal bagaje, los años sesenta se convirtieron en un verdadero laboratorio de praxis revolucionaria; durante esos años se concretaron aportes teóricos y experiencias prácticas dirigidos al tránsito socialista en un país de la periferia mundial. Un socialismo entendido como un camino a recorrer en dirección a su destino final: la sociedad comunista. La vanguardia expresaba públicamente que la sociedad comunista constituía la meta revolucionaria por excelencia³⁵.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO VS TRANSICIÓN SOCIALISTA.

Asumo en el presente texto la concepción crítica del socialismo como una *transición socialista* es decir, como un movimiento histórico entre dos épocas: el capitalismo y el comunismo. Al considerar el socialismo como una transición socialista me apropio del concepto de transición elaborado por Carlos Marx en sus investigaciones sobre el modo de producción capitalista y en particular en su *Crítica al Programa de Gotha* (Marx y Engels, 1974, t.3).

Esta concepción desestima el criterio de la ideología del marxismo-leninismo estalinista sobre la “construcción del socialismo”/transición al socialismo”. Quedó sistematizado que la transición al socialismo constaba de tres etapas, en la segunda se procedía a la “construcción del socialismo” entendido como un modo de producción cuyas relaciones sociales no eran ya capitalistas pero tampoco comunistas (Acanda, 2009). Esta ideología reformista también presentaba la imagen-objetivo del socialismo semejante a un edificio que estaría siendo modificado, en primer lugar en su base, sin la cual ningún edificio existiría; debía con-

35 En muchos discursos de la época Fidel Castro y Che Guevara explicaban al pueblo este destino. Seleccione solo uno de Guevara: “[...] somos relativamente muy jóvenes en la revolución del comunismo que es ya nuestra meta [...]. Estamos en pleno período de transición, etapa previa de construcción para pasar al socialismo y de ahí a la construcción del comunismo. Pero nosotros ya nos planteamos como objetivo la sociedad comunista. Y ahí, a nuestra vista [...] está la sociedad nueva, absolutamente nueva, sin clases, sin dictadura de clases, por consiguiente”.

tar con pilares sólidos, lo demás vendría después. Fue así que la noción de transición al socialismo/construcción del socialismo como modo de producción ganó autoridad, se teorizó y divulgó internacionalmente³⁶ a pesar de la gran contradicción teórica que presentaba: considerar el período de transición como un modo de producción.

El término socialismo tiene una historia en el pensamiento y las experiencias de cambio social revolucionario desde el siglo XIX; hasta finales de ese siglo -antes del descabro de la II Internacional- el término tuvo una connotación anticapitalista aunque el ideario *comunista* era más radical y asentado en las luchas obreras. A esta corriente comunista se adscribieron Marx y Engels desde muy temprano y hasta el final de sus días³⁷. Marx concibió el cambio anticapitalista como un proceso de tránsito del modo de producción *viejo* hacia el *nuevo* que va emergiendo, más bien, haciéndose emerger de las manos de la clase obrera y todos aquellos interesados en él.

El socialismo cubano tuvo que recomponer un complejo entramado de creencias y prácticas establecidas por tal concepción de *transición al socialismo* y en determinado momento las debatió abiertamente entre sus partidarios, sentando propuestas que retomaban el pensamiento marxista originario y se concretaban como disposiciones revolucionarias en el escenario de una formación social subdesarrollada de la periferia mundial³⁸.

Sus exponentes más auténticos son Fidel Castro y Ernesto Che Guevara; Fidel, explicando al pueblo, desde las particularidades de su liderazgo, las proposiciones más avanzadas, educándolo siempre en la ética que debe acompañar a la política revolucionaria socialista y convirtiendo las proposiciones en políticas públicas para el beneficio de las mayorías; Che, nos legó pautas fundamentales para la comprensión de la transición socialista entre ellas, que su atributo fundamental radica

36 En realidad habría que remitirla al *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política* escrito por Carlos Marx en 1859. Allí, Marx dibujó un paralelo entre la sociedad capitalista y un edificio formado por una “base” y una “superestructura”. Esa metáfora ha sido interpretada unilateral y linealmente de forma tal que la economía [la base] adquiere completa autonomía, separada del poder y de la cultura política. Lenin y Gramsci denominaron *economicismo* a esta interpretación del marxismo, ajena al propio Marx y a toda su trayectoria teórica y política.

37 Fue en París, en 1844, que Marx adhirió al comunismo, corriente que agrupaba a sociedades revolucionarias secretas posteriores a 1830. La idea de socialismo estaba asociada a los intelectuales y la de comunismo a la lucha obrera revolucionaria.

38 Un debate excepcional fue la polémica económica, pública, sin restricciones, sobre temas aparentemente económicos promovido por Ernesto Che Guevara. Los artículos fueron publicados en las revistas Nuestra Industria Económica del Ministerio de Industrias y Cuba Socialista. Tuvo lugar entre 1963 y 1964.

en el papel central de la subjetividad³⁹ (Guevara en Bell et al. 2008: 253-259). Enfatizó hasta el cansancio que las estructuras de funcionamiento económico en esa transición deben proponerse la eliminación del egoísmo y el individualismo de la conducta humana; en otras palabras, la generalización de una nueva conciencia es el resultado del proceso gradual de transformación de las estructuras sociales y de la correcta selección de las palancas incentivadoras de la acción humana. *Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer el hombre nuevo* (Guevara, 2005:11).

Las locuciones *transición al socialismo* y *transición socialista* parecerían similares; ambas adscriben terminológicamente a un proceso social; transición al socialismo refiere que el proceso *se dirige* hacia el socialismo, lo que supondría que este se encuentra precisamente en construcción aunque incluso se llegó a afirmar en algunos países socialistas haber rebasado ese estadio.

Transición socialista refiere a que el proceso *es en sí mismo socialista* y que está inmerso en él. No es lo mismo -mucho menos en teoría social- dirigirse a, que estar en.

Estar en transición socialista es concebir la creación de la nueva realidad social con un propósito de profunda transformación holística, es crear socialísticamente la nueva sociedad pensada, ideada, deseada, opuesta y diferente a la capitalista subdesarrollada heredada.

El concepto de transición socialista tiene valor teórico y práctico. Permite recuperar el objetivo comunista en tanto refiere al largo período histórico anticapitalista y concibe ese movimiento histórico contentivo de una meta como utopía -entendida no como fantasía irracional y por tanto, irrealizable- sino como objetivo alcanzable a través de heroísmos, sacrificios y esperanza: la desaparición de la opresión social e individual; sin esa utopía comunista, el socialismo pierde el rumbo, se paraliza, descompone y retrotrae. El concepto de transición socialista recupera la proposición estratégica de la teoría marxista originaria sobre la necesidad de la revolución a escala mundial, mucho más en el mundo actual de capitalismo en expansión desbocada y permite a cada formación social que emprende el tránsito conocer las limitaciones del momento histórico y decidir sobre cuáles posibilidades avanzar y cómo hacerlo para beneficio de las mayorías. Permite llevar a la práctica el marco político que promueva el desenvolvimiento de la conciencia como componente central del proyecto revolucionario libe-

39 “[...]. el comunismo es una meta de la humanidad que se alcanza concientemente [...] Marx pensaba en la liberación del hombre y veía al comunismo como la solución de las contradicciones que produjeron su enajenación, pero como un acto conciente [...] el hombre es el actor conciente de la historia. Sin esta conciencia que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo”.

rador: el hombre nuevo de la Revolución Cubana. Permite, en resumen apretado e inconcluso, trabajar por el cambio cultural que es sinónimo de socialismo-comunismo y sin el cual, jamás existirán; el concepto de transición socialista que se asume necesita un proyecto cultural de desarrollo de la subjetividad para la emancipación social e individual en contraste con los socialismos economicistas prevalecientes en el siglo XX [transición al socialismo/ construcción del socialismo] (Martínez, 2009: 14-41).

La teoría social burguesa se apropió del concepto marxista de transición; presentó credenciales en la pluma del politólogo Juan Linz⁴⁰, quien utilizó como caso de estudio la caída del régimen dictatorial de Francisco Franco en España para extender su teoría sobre las transiciones políticas de regímenes totalitarios y autoritarios a regímenes democráticos.

Con posterioridad Samuel Huntington publicó en 1991, su “Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX”, en cuyo prólogo afirmó que un importante desarrollo político global -quizás el más importante desde finales del siglo XV- se estaba produciendo: la transición de unos treinta países desde un sistema político no democrático a uno que sí lo es y señalaba el inicio de ese proceso a partir de la “revolución de los claveles” en 1974, Portugal⁴¹.

La transición fue entonces concebida como la modernización política que conduce a la democracia; la tercera ola democrática según Huntington (desde 1974 hasta 1991), se trasladó desde el sur de Europa hacia el ámbito iberoamericano -con el fin de las dictaduras de Seguridad Nacional- luego a Asia y finalmente dio cuenta de las dictaduras del bloque soviético entre 1989 y 1991. En el pensamiento burgués de fines del siglo XX, la transición está centrada en su foco delirante: la expansión de la democracia entendida como cambio político basado en la competitividad y la pluralidad de contendientes; en sus referencias al caso de los países socialistas el autor de “La Tercera Ola” afirma que

40 De madre española y padre alemán nació en Bonn en 1926 y murió en New Haven en 2013. Fue profesor de la Universidad de Yale. Se especializó en el análisis comparado, coordinó equipos para el análisis de varios países aunque trabajó con intensidad en el caso español.

41 Es pertinente recordar que la década de los setenta se distinguió por el ascenso de los grupos ideológica y políticamente más conservadores del centro capitalista cuyos objetivos se centraban en arrasar con el Estado de Bienestar. La Comisión Trilateral creada para el análisis de la situación de crisis estructural de la época, hizo recaer en un trío de intelectuales la redacción de su informe final. Unos de ellos fue Huntington. La conclusión decisiva de ese informe fue la de considerar a las democracias existentes en Europa, Japón y América del Norte como ingobernables. Desde entonces se generalizaron los términos gobernabilidad-ingobernabilidad y derivó la gradual elaboración e implementación del neoliberalismo.

el marxismo-leninismo proporcionaba una razón para el arraigo de la dictadura de partido único y para que se gobernara por medio de una pequeña élite burocrática que se perpetuaba a sí misma.

La referida vinculación entre transición y democracia se consolidó definitivamente cuando pasó a formar parte de la política exterior de los Estados Unidos desde los años ochenta del siglo pasado, reforzada después de la destrucción desde adentro de los experimentos socialistas en Europa Oriental y aún más con la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS], contraparte del sistema interestatal bipolar convenido después de la Segunda Guerra Mundial.

A partir de 1948, la política exterior estadounidense se basó en el pertinente uso del concepto de poder a secas, sin lemas idealistas. No hacían falta. Cuatro décadas después, Carl Gershman, presidente de la *National Endowment for Democracy* [NED, fundada en 1983] advertía en la Convención de la *American Political Science Foundation*, de agosto de 1986, que en un mundo de comunicaciones avanzadas y conocimiento en expansión ya no era posible depender únicamente de la fuerza para promover la estabilidad y defender la seguridad nacional. Los Estados Unidos debían mejorar su capacidad de persuasión desarrollando técnicas para llegar a las personas en muchos niveles diferentes. Así, con la promoción de la democracia surgió una verdadera industria para su desarrollo; fueron creadas nuevas agencias gubernamentales y no gubernamentales para programar políticas y ejecutarlas. En años más recientes, la transición a la democracia ha sido esgrimida como el manto ideológico que cubre invasiones, destrucción de países enteros y asesinatos indiscriminados de civiles inocentes. Para el gobierno estadounidense *democracia para los demás* significa democracia neocolonial, que lleva incluida la colocación de políticos sumisos al frente de gobiernos “elegidos” gracias al fuego de las armas restauradoras de la “libertad”. Cuando Estados Unidos y sus aliados descalifican a Cuba como país democrático las pretensiones son las mismas.

LA DEMOCRACIA DE TRANSICIÓN SOCIALISTA EN CUBA.

La transición socialista es inviable sin su propia democracia. Con esta afirmación descarto un acercamiento al concepto y las prácticas burguesas sobre la democracia en tanto son el resultado del desarrollo del capitalismo y en el caso cubano aquella democracia no constituye “un descubrimiento”, ya fue vivida durante los cincuenta y ocho años de República neocolonial. Desde el punto de vista teórico la implementación en la Cuba actual de una democracia liberal moderna constituiría una aberración en tanto la sociedad cubana ha sido objeto de un profundo proceso de cambio social anticapitalista; es una realidad socioeconómica e ideológica diferente.

Un Estado de transición socialista basado en su propia democracia es un proyecto de largo alcance, *una práctica política en ciernes* con múltiples interrogantes a dirimir.

La transición socialista requiere de una praxis democrática que se corresponda con las expectativas y necesidades del ejercicio del poder por el pueblo⁴². El concepto “su propia democracia” toma en cuenta la imposibilidad de su organización como una democracia directa al estilo ateniense, recurre a la burguesa representación a sabiendas de las insuficiencias propias de su concepción y en cambio considera a la participación popular como su pilar fundamental, una relación social en construcción⁴³.

La transición socialista requiere de una *democracia ad hoc*. Se entiende por su propia democracia aquella surgida desde su realidad sociopolítica, democracia como poder del pueblo ejercido para hacer suyos los diversos componentes que la hacen funcionar, democracia como aprendizaje socializador de los actores sociales para el ejercicio históricamente inédito del poder con el propósito expreso de la transformación cultural socialista. Debe pisar terreno firme pues se trata de articular la utopía con la promoción y respeto de los derechos y deberes de las personas de forma tal que renueve sistemáticamente el consentimiento y la legitimidad del poder y la dominación, ahora en manos de la mayoría. Por ello es contradictoria, aspira a la liberación de las personas de toda dominación y por otro, necesita la centralización del poder.

La transición socialista ha requerido de un Estado fuerte para llevar a cabo las numerosas y complejas tareas contra el subdesarrollo, para crear las estructuras materiales y técnicas imprescindibles, para asignar recursos, para procurar el crecimiento sostenido de la riqueza, para distribuir y redistribuirla con equidad, para promover el cuidado del medio y hacer todo ello y más, entre todos: el pueblo en democracia; la transición socialista requiere de un Estado fuerte capaz de imponerse a las oleadas contrarrevolucionarias [de adentro y de afuera, no ajenas unas de otras] que sucesivamente lo conmueven para intentar derrotarlo y retrotraerlo a la situación pre-revolucionaria. Es una de las

42 “El pueblo”, “las masas”, “las mayorías”, utilizados indistintamente en el texto, constituyen referencias explícitas al conjunto de los trabajadores manuales e intelectuales, urbanos y rurales que hacen y son influidos por la revolución. En la Constitución cubana [reformada] de 1992 se define que “Cuba es un Estado socialista de trabajadores...”

43 Participar es formar parte, ser parte y tomar parte; en general, suelen distinguirse varias formas de participación tales como la social, la comunitaria, la participación política y hasta la ciudadana, aunque resultaría difícil deslindar unas de otras. Para Sartori, participar es ponerse en movimiento por sí mismo y no por otros. Esta definición introduce uno de los valores y condiciones de la participación, que son su carácter voluntario y la autonomía para participar; además de distinguir movilización de participación.

disyuntivas más difíciles de afrontar: la necesidad de defender el proyecto socialista de transformación, de mantenerlo vivo y actuante y a la vez, de aceptarlo [y criticarlo] como poder, a sabiendas que su accionar lleva a transgresiones de todo tipo que lo alejan, a veces demasiado, del proyecto originario (Martínez, 2007: 63). Un Estado fuerte de transición socialista se necesita para acometer las complejas acciones de formación de una subjetividad socialista, el hombre y la mujer nuevos sin los cuales la transición socialista-comunista se frustra.

La creación del Estado de transición socialista cubano y de su democracia ha sido el resultado de un largo proceso durante el cual la institucionalidad y las bases del ordenamiento democrático han sufrido cambios. Durante la primera década revolucionaria la conducción política se había basado en una fluida comunicación entre el líder y su pueblo y un alto grado de centralización de la toma de decisiones. Como pieza clave de descentralización desde las bases municipales se transitó por dos experiencias: primero, la creación de las Juntas de Coordinación, Ejecución e Inspección [JUCEI] y después, la fundación del Poder Local. Ambas trataron de concretar formas adecuadas de representación entre las organizaciones de masas que ya habían nacido y las administraciones a escalas municipal, provincial y nacional. De las dos experiencias, el Poder Local tuvo más significación aunque su existencia fue breve. Sin embargo dejó un conjunto de antecedentes que serían reevaluados para incorporarlos al sistema actual.

A finales de los años sesenta se hizo presente en todo su dramatismo la presión de factores internos preexistentes pero latentes y externos, sobre el rumbo de la Revolución Cubana. Destaco los que considero más impactantes: el asesinato de Che Guevara en Bolivia que frustraba, en el corto plazo la imprescindible liberación de otros países latinoamericanos propiciadora de la integración revolucionaria regional; la aplicación entre 1967 y 1970 de inéditos métodos y herramientas de dirección económica que resultarían inoperantes dado el bajo nivel de desarrollo material y subjetivo del momento y en 1970, el fracaso de la producción de diez millones de toneladas de azúcar, que debía generar recursos financieros para materializar con rapidez el proyecto económico revolucionario.

Críticas muy fuertes se produjeron al interior de la dirección revolucionaria las que demandaban “más cordura”, “más sentido común”: exigían reorientar el camino hacia la avenida de las certezas, de la viabilidad evidente demostrada por los índices de crecimiento económico de la URSS y otros países de Europa Oriental. En 1971, como consecuencia del contexto nacional e internacional desfavorable para el desenvolvimiento del proyecto revolucionario original, la tran-

sición socialista cubana enrumbo una trayectoria diferente⁴⁴. Se decidió la institucionalización de todas las estructuras socioeconómicas y la creación de los nuevos órganos representativos del Estado, el *Poder Popular*. Fue imprescindible elaborar una Constitución que recogiera y ordenara jurídicamente los gigantescos cambios producidos por la Revolución. Por vez primera en la historia, las cubanas y los cubanos mayores de dieciséis años debatieron desde sus organizaciones de vecinos, sindicales, campesinas y estudiantiles el anteproyecto de la nueva Constitución socialista. En referendo realizado para su definitiva aprobación participó voluntariamente el 99,3% de la población cubana mayor de dieciséis años y la nueva Constitución fue aprobada por el 98,6% de los votantes⁴⁵.

ALGUNAS CLAVES PARA SU ENTENDIMIENTO

Fue reformulado el Estado integrándolo en tres ámbitos de dominación/gobernanza⁴⁶, pero no como separación de poderes a la usanza tradicional de la democracia burguesa. Estos ámbitos son: un sistema asambleario representativo; las organizaciones populares y el gobierno.

El sistema asambleario es el verdadero cuerpo político creado por la Revolución Cubana desde donde emanan potestades constitutivo-legislativas, de proyección, creación y desarrollo de políticas públicas y, a la vez, desde donde se controlan las estructuras y funciones estatal y gubernamental. Sus miembros [delegados y diputados] son elegidos mediante votación voluntaria, directa y secreta por la población de ahí que son sus representantes en los tres niveles; las Asambleas municipales, provinciales y la Asamblea Nacional.

Este sistema asambleario representativo se constituye de abajo hacia arriba y tiene como condición de su funcionamiento la participación popular. Aquí es donde deben acoplar congruentemente los

44 Un escenario internacional, como ya se ha dicho, en el que comenzaba a predominar un conservatismo creciente en el centro capitalista del sistema.

45 Estuvo lista como anteproyecto en octubre de 1974; a partir de ese momento fue sometida a discusión en todos los barrios y centros laborales, rurales y urbanos. Las observaciones y proposiciones sugeridas que fueron consideradas pertinentes se le incorporaron. El texto fue sometido a consideración del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba celebrado entre el 15 y 22 de diciembre de 1975, se publicó en la Gaceta Oficial de la República el día 27 de ese mes y sometido a Referéndum el 15 de febrero de 1976. Entró en vigor el 24 de febrero de ese mismo año.

46 De "dominación" porque es un sistema clasista diseñado para el ejercicio del poder por el pueblo y de "gobernanza" porque señala el proceso de toma e implementación [o no] de decisiones a partir de actores formales e informales involucrados en aquellas así como en las estructuras, formales e informales para implementar las decisiones. Es un concepto aplicado por el Banco Mundial que se ha generalizado en las ciencias políticas y que la autora se da licencia para usarlo.

vínculos entre la ciudadanía, la representación y la participación, con el sistema electoral. No nos llevemos a engaño: todo sistema electoral tiene un carácter clasista en tanto expresa y consolida los intereses políticos de la clase dominante. En otras palabras, un sistema electoral es manifestación de una de las tantas formas de la lucha de clases. Y el diseño del sistema electoral cubano, garante de la democracia de transición socialista es ni más, ni menos, el de un sistema que expresa su carácter clasista para posibilitar el acceso al poder y su control por la mayoría del pueblo.

La originalidad del sistema electoral cubano reside en el primer momento de todo el proceso, esto es, en la nominación de los representantes a las Asambleas municipales el Poder Popular.

La nominación se lleva a cabo mediante reuniones de vecinos en los barrios de residencia [convertidas en circunscripciones electorales]⁴⁷ quienes proponen a sus candidatos a delegados. Estas reuniones son convocadas por las Comisiones Electorales de las circunscripciones integradas por las organizaciones populares allí radicadas y a ellas concurren por su propia voluntad los vecinos-electores [que en su inmensa mayoría son miembros de esas organizaciones populares] movilizados por aquellas. En este acto de nominación las proposiciones y las votaciones son públicas realizadas por los vecinos-electores a mano alzada; al final, son nominados tantos propuestos como votos mayoritarios alcanzan, entre dos y ocho por circunscripción⁴⁸.

Este primer momento del proceso electoral es decisivo: si la revolución dejara de tener apoyo popular ello se reflejaría de inmediato en estas asambleas de vecinos-electores base del sistema electoral, pues los nominados no serían los revolucionarios sino los de signo reformista o contrarrevolucionario. Entonces, la revolución podría perder las asambleas municipales, no sería mayoría en las provinciales ni tampoco en la Asamblea Nacional. Mermaría o llegaría a desaparecer la hegemonía del poder popular y su legitimidad de origen.

Un analista político imparcial se percataría de que en estas asambleas de nominación las organizaciones populares de hecho reemplazan el papel de los partidos políticos tal y como funcionan en el

47 La circunscripción es una demarcación en que se ha dividido el territorio de cada municipio a los efectos electorales y consta de unos dos mil electores, según la densidad poblacional y extensión territorial de los mismos.

48 No se presenta el sistema electoral completo ni tampoco las estructuras del Poder Popular. Solo se hace referencia a las que se consideran válidas en relación al tema que se trata. Si se desea ampliar consúltense la Constitución [reformada de 1992], la Ley Electoral y la Ley de Revocación de Mandatos.

sistema electoral burgués⁴⁹, de ahí que sea posible considerarlas como otro de los ámbitos de dominación/gobernanza del Estado-nación de transición socialista.

El sistema de organizaciones populares creado por la Revolución Cubana ha viabilizado la participación continuada de todos los sectores de su sociedad en los diversos espacios políticos; su papel e importancia rebasan los límites de cualquier otra experiencia contemporánea y de los enfoques clásicos tradicionalmente derivados de los conceptos rousseaunianos al respecto. La participación política popular ha tipificado a la democracia ad hoc cubana. Del sistema social han emanado las condiciones que la han hecho posible:

- 1- Surgió y se ha desarrollado porque ha descansado en la redistribución de la riqueza social. La transición socialista transformó las condiciones de existencia de las mayorías mediante el acceso equitativo a formas de desarrollo social nunca antes pensadas⁵⁰. Abrió a todos por igual, las puertas del conocimiento, salud, empleos, recreación, cultura; y con ello, la percepción generalizada de una dignidad compartida entre todos y de niveles de solidaridad nunca antes ejercidos.
- 2- Surgió y se ha desarrollado porque ha formado parte de las formas revolucionarias de comprender y hacer política. La Revolución produjo desde su triunfo el mayor proceso de socialización del poder político conocido en Cuba.
- 3- Surgió y se ha desarrollado porque ha formado parte del nuevo modo de vida. La profunda interrelación dialéctica entre la modificación de las circunstancias y la actividad humana ha influido efectivamente en la formación de actitudes, conductas y valores socialistas de las generaciones directamente involucradas en el cambio social.
- 4- Se ha realizado como consenso activo hacia la revolución. Esta participación no solo podría ser identificada como comporta-

49 Un agudo estudio sobre las características revolucionarias del Estado cubano se encuentra en *The nation state and Cuba's alternative state* de Steve Martinot (2012). Me he apoyado en algunas de sus interesantes observaciones.

50 En 1953, el 40% más pobre de la población cubana recibió solo el 6,5% de los ingresos y en 1986, recibió el 26%; también en 1953, el 10% más rico recibió el 38% de ingresos, pero en 1986, la proporción bajó al 20% una de las más equitativas del mundo. A. Zimbalist (1989) midió la distribución del ingreso en Cuba en la segunda mitad de los años ochenta mediante el coeficiente Gini el que determinó en 0,22. El coeficiente Gini es una medida que indica la diferencia entre la distribución efectiva y una distribución equitativamente ideal, en la que cuanto mayor es la proximidad a 1, mayor es la divergencia.

miento político y social de nuevo tipo, sino de hecho ha constituido demostración de consentimiento por medio de actividades prácticas específicas.

La responsabilidad política de las organizaciones populares debería ser en primer lugar la de encarnar los específicos y diversos intereses [económicos, políticos, sociales y culturales] que ellas son capaces de aportar en el sistema asambleario de dominación [municipios, provincias y nacional] aunque ello no es aún reconocido en su real magnitud e importancia. Otras responsabilidades sí las han ejercido con mayor o menor eficacia: facilitar las discusiones y consultas sobre asuntos legislativos y otros que se solicitan a su membresía en su condición individualizada de vecinos-electores.

Según el diseño del actual sistema electoral las nominaciones de los delegados de las asambleas provinciales y diputados a la Asamblea Nacional se realizan mediante participación indirecta. Aunque la ley electoral establece que al menos el 50% de los delegados de circunscripción deben ser miembros de la Asamblea Nacional y asambleas provinciales [lo cual se considera un importante valor democrático], las listas de candidatos son elaboradas por Comisiones de Candidaturas integradas por miembros de las organizaciones populares y presididas por un representante de la Central de Trabajadores de Cuba. Aunque las listas son sometidas a diversas consultas el papel del pueblo en el ejercicio de esta participación política es limitado, lo que deriva en el desconocimiento de los nominados y la indiferencia hacia la elección de unos u otros, y constituye un tema de irremplazable análisis en breve plazo⁵¹.

Una vez electos, los delegados de las asambleas municipales y provinciales eligen de entre su membresía por votación directa y secreta a sus directivos. La Asamblea Nacional elige por votación directa y secreta entre sus miembros al Consejo de Estado, el órgano de la Asamblea Nacional que la representa entre uno y otro período de sesiones, ejecuta sus acuerdos y cumple diversas obligaciones constitucionales. Tiene carácter colegiado y ostenta la suprema representación del Estado cubano. Su presidente es también por disposición constitucional presidente del Consejo de Ministros⁵².

51 Se excluyen de esta afirmación aquellos nominados que son personalidades políticas, de la cultura, la ciencia u otros ámbitos sociales.

52 “[...] nunca fue usual en la historia constitucional cubana -incluyendo la República en Armas- separar la jefatura del Estado de la del Gobierno [véase las Constituciones de Guáimaro, 1869; Jimaguayú de 1895; La Yaya, de 1897, así como las Constituciones republicanas de 1901 y de 1940]. Incluso cuando intentó establecerse una especie de sis-

El control político popular sobre sus representantes se realiza a través de la rendición de cuentas y la revocación de mandatos. Los representantes del pueblo en el sistema asambleario de dominación/gobernanza son mandatarios en sentido estricto es decir, son ejecutores de mandatos. Se deben a quienes los eligieron, en consecuencia rinden cuentas de su gestión por lo que pueden ser revocados en cualquier momento.

La revocación de mandato constituye una de las variables de la democraticidad socialista del sistema electoral. En sentido estricto solo los que confieren un mandato tienen derecho a revocarlo. En cada caso la Constitución de la República remite a la Ley 89 “De la revocación del Mandato de los elegidos a los Órganos del Poder Popular” que en su Artículo 1 señala: “La revocación puede comprender el mandato conferido tanto por los electores, como el otorgado por las asambleas correspondientes”⁵³.

La rendición de cuentas es exclusivamente realizada por los delegados de circunscripción a sus electores en actos convocados al respecto cada seis meses; en ellos, los delegados se encuentran absolutamente solos, respondiendo por su gestión y su ética ante las demandas ciudadanas generalmente centradas en asuntos materiales y asignación de recursos sobre los cuales ellos no tienen responsabilidad ejecutiva alguna. Los delegados no administran ni distribuyen recursos solo trasladan hacia las administraciones de empresas y organismos municipales las demandas de sus electores-ciudadanos. Este es un nudo gordiano a resolver porque las administraciones radicadas en los municipios y provincias no siempre presentan soluciones efectivas a las demandas ciudadanas en los actos de rendición de cuentas. Por otra parte, la autora no conoce rendiciones de cuenta de los delegados provinciales ni diputados nacionales a sus electores, lo cual considera debe ser objeto de análisis con vistas a ampliar el control popular desde la base sobre todos los representantes del pueblo.

Diversas observaciones y críticas pueden y deben realizarse al sistema electoral vigente, una de las bases del ordenamiento político-jurídico del Estado cubano. Sin embargo, sus características democráti-

tema parlamentario por la Constitución de 1940 al crearse la figura del primer ministro, las jefaturas del Estado y del Gobierno quedaron ambas en manos del presidente de la República”. Esta tradición se mantuvo en la Constitución de 1976 y en la reformada de 1992 (Azcu, 2000:106).

53 En su Artículo 6 – a, la ley especifica que solo se reserva a los electores la facultad de revocar el mandato conferido al delegado de su circunscripción. En el Artículo 6-b, se aclara que los delegados a las asambleas provinciales y diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular solo pueden ser revocados por las asambleas de los municipios por donde fueron elegidos. (Artículo 6 – b).

cas se asientan en su naturaleza no elitista; en la concepción totalmente socialista de que los representantes del pueblo en las instancias estatales son miembros de ese pueblo, ciudadanos comunes al servicio de la colectividad a la que pertenecen y se deben. Esta concepción es respaldada por los siguientes elementos:

- 1- No existen las campañas políticas en Cuba; los candidatos (delegados municipales, provinciales o diputados) no hacen propaganda de sí mismos ni tienen aparatos de propaganda. Tampoco son políticos profesionales, trabajan para hacer avanzar el programa de la transición socialista en sus respectivos territorios de forma voluntaria. Por ello el dinero es irrelevante en los procesos de nominación y elección de los delegados o diputados y sus directivos⁵⁴.
- 2- La violencia política, típica de los procesos electorales en el sistema capitalista, es inexistente en Cuba.

En el segundo semestre del 2012 se celebraron elecciones parciales en Cuba con el objetivo de elegir [para renovar o ratificar mandatos] a Delegados de circunscripción, los cuales integran las Asambleas municipales del Poder Popular. Como parte del proceso electoral, meses antes fueron convocadas las reuniones de vecinos-electores en las que se nominó a más de treinta y dos mil candidatos en todo el país. El 21 de octubre se abrieron los colegios electorales para elegir a los catorce mil quinientos treinta y dos delegados de las ciento sesenta y ocho Asambleas municipales. Ello significa que fueron nominados por la población más de dos candidatos por circunscripción en el territorio nacional. Según el Registro Electoral, que en Cuba es de oficio y gratuito, 8,5 millones de cubanos y cubanas estaban aptos para acudir a las urnas de forma voluntaria como está legislado. La participación del pueblo en las últimas elecciones parciales fue del 94,21%, con un total de 90,58% de sufragios válidos. El 4,97% de los votos se entregó en blanco y el 4,45% fue nulo. De acuerdo a la Ley Electoral, se realizó una segunda vuelta en aquellas circunscripciones cuyos candidatos no alcanzaron la mayoría de los votos válidos y en un municipio del centro-orienté se realizó una tercera vuelta. En las provincias del Oriente del país que habían sufrido los estragos del huracán Sandy se hizo necesario postergar las elecciones: el 4 de noviembre se abrieron los colegios

54 Además, ningún representante [Diputado o Delegado de cualquier nivel] recibe remuneración alguna, dieta o cualquier otro tipo de prestación o beneficio alguno por el desempeño de la labor para la que fue elegido. Todos reciben el mismo salario/sueldo que devengaban en sus anteriores ocupaciones. No existen sueldos establecidos para diputados ni delegados.

en las menos afectadas, el 11 de noviembre se realizaron en la provincia de Holguín y el 18 de noviembre en Santiago de Cuba.

Me refiero brevemente al tercer ámbito de dominación/gobernanza del Estado de transición socialista cubano que es el gobierno; es el conjunto de instituciones ejecutivas y administrativas de la nación que existe también a escalas nacional, provincial y municipal. Este ámbito de dominación no es representativo por lo que no es electivo ni ejerce autoridad sobre los órganos del Poder Popular, aunque dirige y fiscaliza metodológica y técnicamente a los órganos municipales y provinciales del Poder Popular. A solicitud del Consejo de Estado la Asamblea Nacional promueve o demueve a los ministros. El gobierno nacional de carácter colegiado es el Consejo de Ministros. Los ministros son encargados de ejecutar y coordinar las políticas aprobadas por la Asamblea Nacional para el desarrollo económico, los servicios sociales (educación, salud, cultura, deportes), la política exterior así como los temas relativos a la defensa del país y la seguridad nacional, entre otros. Está dirigido por un presidente, un secretario y varios vicepresidentes.

Los gobiernos municipales y provinciales son los Consejos de la administración con atribuciones ejecutivas en sus respectivos niveles. Hasta el momento en que se escribe este texto, se conjugan las funciones ejecutivas de los gobierno municipales y provinciales [Consejos de administración] con las propias de la representación y control estatal que son inherentes a las asambleas del Poder Popular lo cual introduce graves distorsiones funcionales, no solo ejecutivas sino sobre todo de control popular particularmente en los municipios⁵⁵.

¿DEMOCRACIA EN CUBA?

La creación de *su propia democracia o democracia ad hoc* ha sido y continúa siendo un ejercicio de pensar y de hacer difícil para Cuba. Ha avanzado paso a paso, cual criatura que lo hace por vez primera tropezando, deteniéndose, intentando nuevos pasos, vías ya transitadas que resultaron erróneas, momento en el que aún se encuentra. Para una sociedad insertada en la periferia del sistema mundial capitalista cuya aspiración es a transformarse profundamente, cincuenta y seis años es solo una fracción de segundos de su existencia.

Ello no releva a esta autora de reconocer la persistencia de tres interrogantes que se debaten hoy en el pensamiento políticosocial cubano: si esta democracia ad hoc es viable teórica y prácticamente; si

55 En 2013 comenzó un experimento en la nueva provincia Mayabeque de separación de funciones entre las asambleas municipales y provinciales del Poder Popular y los Consejos de administración municipal y provincial. Será analizada su pertinencia y extendido a todo el país en 2016. Ello requerirá de una reforma constitucional.

ha sido lograda o hasta qué punto lo ha sido; y si no lo es, ¿cuál es la alternativa?

Sus reflexiones al respecto la llevan a afirmar que la democracia ad hoc o la democracia propia de la transición socialista cubana es pertinente teóricamente, lo cual ha tratado de razonar hasta aquí. Lo es, en tanto el cambio social socialista constituye una opción y no una donación o una evolución natural de las relaciones de producción/ fuerzas productivas capitalistas que “chocan” desde el interior del modo de producción originando la debacle del mismo [y aún menos esa supuesta “evolución” habría de producirse en una formación social de la periferia del sistema mundial, como Cuba]. La transición socialista es una creación heroica según Mariátegui y su carta de presentación una democracia de nuevo tipo caracterizada por la más amplia y efectiva participación política popular, no solo como movilización y/o debate de proposiciones para ser aceptadas o refutadas, las cuales se consideran válidas como fases previas de una efectiva participación al estilo sartoriano: ponerse en movimiento por sí mismo y no por otros, lo que reafirma su carácter autónomo y voluntario, para la toma de decisiones. Sin plena participación política popular, la democracia ad hoc socialista es una ficción⁵⁶.

En la práctica revolucionaria cubana la participación para la toma de decisiones existió durante los primeros años del triunfo; después no ha sido la regla. La toma de decisiones como forma superior de participación popular no ha logrado asentarse plenamente en la experiencia socialista cubana hasta el momento. A las organizaciones populares no se les ha reconocido su naturaleza política aún cuando constituyen elementos clave del sistema de dominación, como ya se expresó.

Una gran duda surge: ¿es posible hacerlo sin que se conviertan en intereses sectarios, corporativos, manipuladores del entorno político socialista? Ello estaría siempre en dependencia de la influencia directa e indirecta de los condicionamientos socialistas, en otras palabras: de que los intereses sociales predominen por sobre los personales y corporativos, de que la transición no se convierta en un fin en sí misma, que sea capaz de revolucionarse sistemáticamente y no solo de reproducirse.

Evaluar con objetividad el logro de la democracia de transición socialista cubana requiere tomar en cuenta su decurso histórico. La sociedad cubana en revolución se ha visto afectada en su desenvolvimiento por varios cataclismos sociales, de naturaleza externa e interna. Uno de los primeros –externo- fue el bloqueo estadounidense puesto en

56 Ver nota 44. En la transición socialista cubana la participación es decisiva en sus estrategias de desarrollo, sobre todo local. Pero en un sentido más preciso, ella forma parte de las nuevas formas revolucionarias de comprender y hacer política.

práctica desde los iniciales años sesenta y renovado sistemáticamente desde entonces. Una guerra económica, comercial y financiera fue y continúa desatada sobre el pueblo cubano con gravísimas implicaciones. Cuba también fue separada unilateralmente del sistema interamericano desde 1962 y quedó prácticamente aislada de su región de pertenencia histórica y cultural. No resulta ocioso recordar algunos ejemplos de los daños de esta guerra económica contra Cuba: la prohibición de utilizar el dólar norteamericano en las operaciones comerciales de exportación; como regla, Cuba no recibe créditos blandos de instituciones financieras o país alguno [desde la desaparición de los países socialistas y el Consejo de Ayuda Mutua Económica, CAME] y se ve obligada a acudir a créditos comerciales, mucho más caros y a menor plazo; los millones de dólares que debe recibir Cuba por el uso de las telecomunicaciones con Estados Unidos han sido congelados; turistas estadounidenses no pueden viajar a Cuba, como se sabe. Solo los efectos del acoso comercial norteamericano sobre Cuba se sintetizan en lo siguiente: el país tiene que comprar caro, al poseer pocas ofertas y al cobrársele el riesgo que asumen los vendedores de comerciar con un “enemigo” de Estados Unidos; por idéntica razón, Cuba tiene que vender con descuentos. Existen muchos productos que deben ser traídos desde mercados muy lejanos, lo que encarece el costo del transporte. A la vez, ello ha obligado a mantener altos inventarios en almacenes y frigoríficos, lo que incide en los gastos (López; 1994). Este *bloqueo internacional obligatorio* sanciona a terceros países que lleven a cabo tratados comerciales con Cuba e incluso a bancos, como ha acontecido en los años recientes. Además, se alienta a los ciudadanos estadounidenses a que inicien procesos judiciales contra todos aquellos que negocien con propiedades estadounidenses nacionalizadas por Cuba y se les deniega la entrada al territorio norteamericano.

Un segundo proceso –interno- fue la asunción del modelo de dirección soviético entre 1971 y 1986⁵⁷. Con él se fue generalizando la convicción de que los mecanismos monetarios y mercantiles serían los encargados por sí mismos de regular armónicamente todas las relaciones sociales, elevándose el prestigio del dinero en el terreno ideológico y organizativo. Al privilegiar el interés material individual y colectivo –incluso en su sentido más estrecho y sectorial- fueron relegados avances logrados en las formas de pensar y actuar de los cubanos desde los primeros años de la Revolución (Martínez, 1988: 23).

La enajenación no tuvo tiempo de ser desterrada y la frustración por su retroceso está asociada al modelo económico asumido. En ello

⁵⁷ Refiero aquí unos pocos aspectos del conjunto de ellos que afectaron a la transición socialista cubana.

ejerció notable influencia la concepción de la planificación y su organización como “un movimiento de arriba hacia abajo de directivas, cifras y papeles” (Benavides, 1989:18-19). Este enfoque tecnocrático-burocrático de la planificación contribuyó a disminuir la participación obrera en la marcha y control del proceso productivo y propició un creciente distanciamiento e indiferencia ante la producción y sus resultados.

Las asambleas de producción, creadas en época de Che, mantuvieron su existencia durante todo el período de aplicación de ese modelo, sin embargo las reuniones convocadas para el análisis y discusión de los problemas presentes en el centro laboral y su solución, también fueron ganadas por el formalismo. El burocratismo de la dirección económica –y hasta sindical- obstaculizó el reconocimiento de errores, insuficiencias o deficiencias y fue perdiendo terreno la combatividad ante lo mal hecho; fueron silenciándose las voces de la crítica y consecuentemente, de la autocrítica. Un conformismo [extraño a la idiosincrasia de los cubanos] se fue extendiendo y apareció una lapidaria frase: “no coger lucha”, que encerraba en sí misma la dramática situación creada. El funcionariado asentado en su franja de poder asumió consecuentemente su papel, dejó de ser un servidor público revolucionario [como cuadro, columna vertebral de la Revolución] para ser garante de la reproducción de aquel sistema.

Su asimilación impactó por supuesto la superestructura social. Los avances en la democratización de la sociedad lograda en los años sesenta fueron desvirtuados en su esencia por el predominio del economicismo burocrático. Las ciencias sociales, expandidas creadoramente durante aquella década tuvieron que ajustarse a las nuevas circunstancias en que pensar por cabeza propia pasó a ser una herejía. El dogmatismo se asentó a escala social y limitó la participación popular al excluir voces diferentes que en muchos casos habían asumido como suyo el proyecto revolucionario socialista.

En realidad, durante el período que se extendió desde 1971 hasta 1986, la sociedad en su conjunto fue influida por la ideología postrevolucionaria de la construcción del socialismo y del socialismo realmente existente; ello repercutió de numerosas y peligrosas maneras en nuestra transición, aunque coexistieron avances materiales reales, una política internacionalista de largo alcance, logros impresionantes de la salud pública y de la educación masiva de las nuevas generaciones (Martínez, 1988). El análisis de estos años pone al descubierto las contradicciones en que se debatía la transición socialista cubana: por un lado, el predominio de grupos de doctrina tecnocrático-economicista y “certeza del sentido común”: los políticos no son economistas y viceversa; por otro, la convicción del liderazgo de que la política es un puesto de mando sobre la economía y si una revolución no se revoluciona inin-

terrúpidamente, desaparece. De ahí el fuerte acento en las acciones internacionalistas desarrolladas en la época las cuales introdujeron a la sociedad en su conjunto en un ambiente generalizado de solidaridad y coadyuvaron a cierto equilibrio ideológico y político a favor de la revolución y no de la reforma.

Desde finales de siglo, fue evidenciándose con dramática fuerza las enormes limitaciones de la inserción cubana en el esquema de división del trabajo propiciada por los países socialistas y su organismo integrador, el CAME. Esta inserción no sólo profundizó la tradicional especialización productiva en azúcar, cítricos, níquel, sino también mantuvo concentrada sus exportaciones hacia un monomercado, el del propio CAME y principalmente de la Unión Soviética.

Un nuevo proceso de crítica política y práctica rectificadora, ahora nacidas desde las raíces ideológicas nacionales y concepciones revolucionarias originarias, detuvo [¿a tiempo?] la mayor penetración de las influencias de aquel modelo de socialismo. Bajo la dirección de Fidel Castro, el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas constituyó un amplio movimiento que sacudió a la sociedad cubana al descaracterizar las principales bases ideológicas del socialismo real y proponerse la renovación y continuación de la obra de liberación nacional, recuperando el proyecto de transición socialista. Sin embargo, la poderosa movilización del poder político del capital desplegada desde los ochenta, determinaría cambios fundamentales del orden internacional a favor de aquel en un brevísimo tiempo histórico: cayó el “muro de Berlín” y sobrevino “el fin de la historia”.

Así en 1990, se desató el tercer cataclismo, también de naturaleza externa: una galopante crisis económica asoló al país por la desaparición abrupta de todos sus convenios comerciales y financieros así como de los compromisos económicos del CAME y la Unión Soviética. Cuba perdió de un día para otro y sin previo aviso sus mercados preferenciales en Europa del Este. Por segunda vez, en el lapso de treinta años, la Revolución Cubana quedó sola y esta vez no tendría una mano amiga que la auxiliara.

Era imprescindible ampliar el consenso hacia la revolución. La Asamblea Nacional acordó en diciembre de 1993 iniciar amplios procesos de consultas y debates con el pueblo sobre las medidas pensadas y presentadas entonces para lograr ineludibles ajustes sociales. De ellos participaron todos los trabajadores fabriles y rurales y la ciudadanía en general, agrupados en las diversas organizaciones sindicales y de masas de la sociedad cubana. En los tres primeros meses de 1994 fueron organizados estos debates en el movimiento obrero, sector por sector, fábrica por fábrica; de tal modo fueron profundos y prospectivos que se les denominó *parlamentos obreros*. Se extendieron a las empresas agro-

pecuarias y cooperativas rurales; debatieron y propusieron también los estudiantes de los centros universitarios. Con posterioridad tuvieron lugar las llamadas asambleas por la eficiencia, en las cuales cada colectivo laboral analizó el funcionamiento de su centro productivo o de servicios y fueron propuestas medidas concretas y viables dirigidas a la recuperación económica.

La participación popular de tipo propositiva fue muy abarcadora y los pronunciamientos no siempre avalaron algunas de las medidas discutidas y propuestas, por ejemplo, el impuesto sobre los salarios y el pago individual de la seguridad social, los que no se aplicaron.

No es posible en los límites de este texto, detenerse en las consecuencias económicas de la crisis o “período especial en tiempos de paz”⁵⁸. Las nuevas circunstancias cubanas sumamente complejas han actualizado y dado vuelo a las reflexiones sobre la posibilidad objetiva para un país subdesarrollado de romper definitivamente su relación de subsunción real con respecto al polo desarrollado del sistema, reflexiones que se han centrado principalmente en consideraciones prácticas: cómo reconstituir con la urgencia necesaria el tejido económico y social deshecho y avanzar hacia derroteros de solvencia y bienestar mínimos, metas que el programa económico de ajustes implementado desde 1993, no logró trascender⁵⁹.

El conjunto de disposiciones aprobadas dio lugar a la aparición de nuevas relaciones sociales, consecuentemente de nuevos actores sociales y a desigualdades en los niveles de equidad históricamente alcanzados. Aprovechando las circunstancias, Estados Unidos aprobó entre 1992 y 1996 las leyes Torricelli y Helms-Burton respectivamente. La guerra económica contra Cuba se profundizaba. Fidel Castro se

58 Como parte de la estrategia nacional de defensa se denomina “período especial en tiempos de guerra” al conjunto de planes para sobrevivir en caso de aplicarse un bloqueo naval total a la isla, que imposibilitara el arribo de combustibles, alimentos, materias primas, etc. durante un período prolongado. Sin una guerra declarada, la crisis de los noventa fue bautizada como “período especial en tiempos de paz”.

59 El ajuste fue pensado para permitir la reinserción de Cuba en el mercado internacional. Para ello fueron aprobadas medidas de reorganización de los órganos de la administración central del Estado; reorganización del sistema bancario; aprobación de ciertas inversiones extranjeras; creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa; aprobación restringida del trabajo por cuenta propia; creación de mercados de productos agropecuarios de libre concurrencia; aumento de los precios a los productos no esenciales; eliminación de gratuidades no relevantes; aprobación de ley tributaria; despenalización de la tenencia de divisas; creación de la red comercial en estas monedas; introducción de un nuevo signo monetario: el peso convertible; apertura de casas de cambio; aprobación de esquemas de autofinanciamiento empresarial en divisas. También se aprobó una reforma constitucional para la esfera económica que determinó la descentralización del monopolio estatal sobre el comercio exterior y el reconocimiento de la propiedad mixta y otras formas de propiedad.

refería a ambos procesos como al “doble bloqueo” que sufría Cuba desde principios de los años 90. La sobrevivencia, para la mayoría, se colocó en la prioridad individual y familiar. La incertidumbre acerca de la posibilidad cubana de mantener el rumbo socialista, cómo y hasta cuándo y las angustiosas reflexiones de dimensión espiritual-existencial sobre el futuro inmediato se desencadenaron desde entonces (Alonso, 2011).

Otro de los objetivos primordiales del enfrentamiento a la crisis fue acometer una reforma constitucional para resolver incongruencias y obsolescencias identificadas de antaño con el propósito ya señalado de ampliar el consenso político. Interesa destacar que la Constitución cubana de 1976, reformada en 1992⁶⁰, es expresión de la correlación de fuerzas políticas favorables a la transición socialista a pesar de los múltiples problemas e incertidumbres señalados; además de establecer los fundamentos del Estado determina los derechos y deberes de sus ciudadanos de forma sencilla, descriptiva, sin preceptos abstractos y sin ardidés ideológicos (Azcuy, 2000:127 y ss.). Las principales modificaciones introducidas a la Constitución se refieren al sistema económico, a los fundamentos políticos y sociales [es sustituido el clásico esquema de alianza clasista del marxismo-leninismo por el genérico de trabajadores y el pueblo sin que se privilegie ninguna clase o grupo social en particular]. Se rescata así la mejor tradición constitucionalista nacional al añadirse además el concepto pueblo con mucha fuerza [tradicción que se encuentra también en *La historia me absolverá*]; se establece el carácter laico del Estado cubano eliminándose el ateísmo como ideología oficial así como la prohibición de discriminaciones por motivos religiosos. También son reformados los capítulos de los órganos del Poder Popular [voto popular directo de los delegados a las asambleas provinciales y a los diputados de la Asamblea Nacional], entre los más destacados. Con el objetivo de acercar el control popular desde la base a las instancias municipales fue creado el Consejo Popular, entidad intermedia entre la circunscripción y el municipio y una mayor autonomía del municipio fue recabada como importante paso de descentralización estatal. Este fue un paso significativo en la democratización del sistema electoral.

Una variable que ha cursado transversalmente la línea de tiempo del proceso revolucionario afectándolo, es la migración. Un brevísimo acercamiento al tema resulta indispensable. Son identificables varias oleadas migratorias de cubanos hacia los Estados Unidos básicamente

⁶⁰ *Constitución de la República de Cuba, 2004*. En la portada, un paréntesis dice “actualizada” en la edición del Ministerio de Justicia de 2004. La autora utiliza indistintamente ese término o el de “reformada”.

camente, desde 1959; la primera sucedió con el triunfo revolucionario al abandonar el país el dictador, sus secuaces más íntimos y progresivamente los miembros más relevantes de la oligarquía y la élite política de la república neocolonial; algunos de ellos se agruparon o fueron agrupados en organizaciones contrarrevolucionarias por las distintas agencias del gobierno estadounidense ya empeñada en derrocar a la Revolución. Poco a poco emigraron los desencantados con el rumbo socialista y con la nueva austeridad extendida por lo que en 1966, Estados Unidos decidió la aprobación de la Ley de Ajuste Cubano, única en el mundo que permite recibir sin visado previo a personas de otro Estado [con el no está en guerra declarada] y proveerles de determinados privilegios a su llegada. Más tarde, emigraron los fascinados por el estilo de vida norteamericano [en realidad, todas las oleadas migratorias de naturaleza no política han tenido esa motivación esencial] y por las pretendidas posibilidades de enriquecimiento fácil y rápido, hasta las más recientes: los migrantes del período especial quienes consolidaron la práctica ya establecida del envío de remesas para la subsistencia de sus familiares residentes en Cuba. Las remesas han constituido un elemento propiciador de diferenciación social aunque en muchos casos se trata de montos dinerarios que escasamente cubren necesidades básicas. También la crisis de los años noventa abrió las puertas del país al turismo extranjero de sol y playa y con él comenzó a proliferar el “jineterismo”, variante contemporánea criolla de la prostitución cuyas retribuciones permiten el acceso diferenciado a bienes materiales y servicios en divisas.

Si se agrega a aquel conjunto el grupo de funcionarios y empleados absorbidos por el sector turístico emergente y por las firmas de capital mixto cubano-extranjero cuyos beneficios salariales son retribuidos también en divisas, es identificable sociológicamente el aumento de las diferenciaciones sociales por ingresos, a las que se añaden las diferenciaciones por color de la piel, por territorios de procedencia e incluso por géneros, en detrimento del femenino.

La migración se ha extendido en el período de crisis y poscrisis a jóvenes profesionales de alta calificación. Alonso (2011) ha tratado el tema:

[...] Es lo que me gustaría definir como choque material-cultural. Choque que afecta a los profesionales que habiendo alcanzado un elevado grado cultural no se sienten suficientemente retribuidos y buscan aquellas sociedades capitalistas donde puedan recibir mayor beneficio por su trabajo. Sacian, en muchos casos, su afán por consumir o poseer objetos materiales y creen lograr así un equilibrio

que sitúe al mismo nivel su conocimiento cultural con su poder adquisitivo⁶¹.

Hasta aquí se han presentado algunos problemas objetivo-subjetivos que han obstaculizado el logro de una plena democracia participativa o de una democracia ad hoc en la transición socialista cubana. Son problemas derivados [y acumulados] de su práctica política adecuada a las circunstancias de cada momento histórico.

LAS REFORMAS ECONÓMICAS Y SOCIALES DE 2011.

Dada la seriedad del deterioro y de su influencia inmediata en la calidad de vida desde al año 2000 se acometieron varios programas sociales. Uno de los más abarcadores fue llamado Batalla de Ideas que promovió entre los jóvenes tareas de trabajo social vinculados con el estudio universitario. Era necesario rescatar a miles de jóvenes en todo el país que no habían accedido a la educación superior por el recorte de las matrículas; muchos otros programas se acometieron como el de la revolución energética. Algunos programas de la Batalla de Ideas no fueron sostenibles y tuvieron que ser cancelados.

Desde 2009, se realizaron consultas a la población y estudios especializados para proceder a una profunda reforma de la economía cubana que dos años después sería aprobada por la Asamblea Nacional bajo la denominación de *Lineamientos de la política económica y social de la Revolución*.

Los Lineamientos constituyen un reacomodo de las bases socialistas de la formación social cubana; radicalizan algunas de las medidas aprobadas en el ajuste de 1993, tales como la apertura a la pequeña propiedad privada y cooperativa, al mercado de libre competencia según los cánones de la oferta y la demanda, a la inversión extranjera, al funcionamiento empresarial con acento autogestionario, a la liberación de los precios minoristas en la red de mercados de libre competencia y de oferta-demanda, a la casi total eliminación de las gratuidades -con excepción de los servicios sociales básicos del socialismo cubano- y otras. Propugna además, la muy necesaria unificación monetaria, la recuperación del control económico, la disciplina laboral y la organización institucional, el aumento de la producción y la productividad del trabajo, la remuneración según los resultados en la producción o los servicios, la recuperación de la austeridad y el enfrentamiento a la corrupción. Otro conjunto de disposiciones más

61 Aurelio Alonso [2011] ha afirmado que “en la actualidad el sistema cubano está lejos de haber podido consolidar un cuadro de incentivos que contrapesa las motivaciones migratorias”.

concretas van dirigidas a enrumbar la economía cubana hacia el camino de su eficiencia perdida.

Se ha planteado la necesidad de desatar las fuerzas productivas pero no debe olvidarse que las fuerzas productivas a nivel mundial son las fuerzas productivas del capital y Cuba pertenece al único sistema mundial, el del capital; la aplicación de esta concepción en una transición socialista como la cubana en la que los cataclismos ya señalados han producido rupturas en la formación de la conciencia socialista de la mayoría del pueblo podría ser peligroso. Por supuesto, todo esto forma parte también de las reflexiones en torno a la “construcción del socialismo” en un solo país, de ahí la necesidad para Cuba de insertarse en los esquemas de integración latinoamericanos, económicos y políticos, recientemente creados.

En la práctica cotidiana, la vida individual y familiar es muy dificultosa dado el bajo nivel del salario medio, de las jubilaciones y pensiones y la existencia de una franja no pequeña de desempleo generado por la crisis de los noventa y ampliada por las medidas de reordenamiento institucional adoptadas, realidad social agudizada por los altos precios de alimentos y servicios no básicos. La tradicional redistribución de la riqueza social ha sido constreñida y como contrapartida de sobrevivencia se han roto tradicionales normas de conducta morales. El contexto social actual es profundamente complejo.

El panorama hasta aquí descrito ha acarreado consecuencias políticas para la democracia ad hoc socialista en tanto una peligrosa despolitización ha emergido y es constatable: las organizaciones populares han disminuido su tradicional combatividad. Este fenómeno ha afectado su profusa dinámica participativa y al calor del enfoque que se sostiene es decisivo recuperarla y aún más, ampliar sus prerrogativas participativas, según se esbozó más arriba. Defender el papel activo de la ciudadanía en el ejercicio de la democracia no es una concepción “populista”, es trascender los actos de movilización y de consulta -no ajenos a la legitimación del sistema ni despreciables en sí mismos- hasta convertirlos en práctica sistemática de control social, de impulso a la actividad propositiva ciudadana acerca de las estrategias de desarrollo microsociales y ¿por qué no? macrosociales. Cómo lograr que aquella tendencia se revierta constituye uno de los desafíos inmediatos de la transición socialista cubana.

De no lograrse la reversión ¿cuál sería la alternativa? Semejante interrogante apuntaría hacia dos escenarios posibles: en el primero, avanza la metamorfosis de la transición socialista. Las reformas económicas promueven un modelo socioeconómico y político similar a los existentes en varios países latinoamericanos, algunos llamados “emergentes” cuya política exterior es nuestramericana, antimperialista -unos más, otros

menos- con abierto respaldo hacia un orden político mundial de respeto hacia los países del Sur y cuyas políticas internas se mueven –unos más, otros menos- hacia un posneoliberalismo o capitalismo de rostro social y como en el caso de Bolivia, abiertamente reivindicativo del rostro indígena. Una formación social en la que el capital transnacional domina resortes básicos de sus economías aunque el Estado recupere y distribuya –desigualmente- parte de las riquezas generadas; subsisten espacios en que los capitales locales logran su reproducción⁶². Para Cuba, sería además el regreso a una formación social de soberanía restringida, con grandes brechas de desigualdades propiciadas por la consolidación de la propiedad privada que se ha reproducido a partir de la expansión de la pequeña propiedad. Una formación social con proliferación de grupo sociales contendientes que se integran en partidos políticos y quiebran peligrosamente la unidad nacional.

En el segundo escenario avanza la reversión desde adentro de la transición socialista a través de la “transición hacia la democracia” y con ella la desaparición de la autodeterminación, reivindicación suprema de la Revolución Cubana, fundamento de existencia de la nación. Este segundo escenario estaría acompañado del apoyo económico y político de agencias internacionales y de organizaciones no gubernamentales entre ellas de los Estados Unidos y de la inversión directa de capitales provenientes de ese país. Poco a poco llevará a la desaparición de los logros alcanzados por la revolución socialista.

Si la Revolución Cubana no sucumbió ante la ola reaccionaria de la “perestroika” que al final barrió con el socialismo real en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental fue por los logros sociales acumulados, por el alimento permanente que ha significado la práctica de la defensa de la soberanía nacional, todo ello ha constituido su gran escudo protector; la población disfrutó durante los años ochenta los mayores niveles de vida alcanzados históricamente -a pesar de las contradicciones internas que implicó la adopción del modelo soviético⁶³. Durante los años duros de la crisis los logros se resquebrajaron y las desigualdades afloraron. El consenso político se afectó.

Diversas voces calificadas de investigadores sociales [y el pueblo mismo] reclaman mayor atención a las desigualdades sociales que se abren paso. En este texto se asume la redistribución continuada de la

62 Debo excluir de esta sintética caracterización a Venezuela bolivariana empeñada en construir el socialismo del siglo XXI y azotada permanentemente por la derecha neoconservadora nacional e internacional.

63 En la memoria de grandes sectores de la población se mantiene el recuerdo de los niveles de vida alcanzados en los años ochenta y se los compara con su brutal decrecimiento en las décadas posteriores.

riqueza social como prerrequisito de la democracia ad hoc de transición socialista; si ella se afecta disminuye el consenso y se abre paso la despolitización social, rasgos que han sido identificados en la actualidad. Son necesarios cambios en el diseño político de la sociedad: la transición socialista requiere del *revolucionamiento* permanente de su propia democracia.

A MODO DE CONCLUSIONES

Hasta aquí se ha intentado mostrar que en Cuba pensar y hacer la democracia es una necesidad del proyecto y del poder revolucionario posible. Los principios socioeconómicos y políticos en que ella se basa difieren sustancialmente de la democracia liberal burguesa que se nos quiere imponer y que por cierto no es nueva para los cubanos. Cuba vivió y la mayoría de su pueblo sufrió la democracia burguesa neocolonial desde 1902 hasta el triunfo de la Revolución.

La democracia tuvo sus orígenes clasistas en la antigua Grecia, resurgió como democracia moderna representativa en los albores del modo de producción capitalista y a través del tiempo la clase dominante ha continuado perfeccionando sus mecanismos procedimentales y ha renovado sus fundamentos ideológicos hasta convertirla en la actual forma de gobierno de la fracción rentista de la burguesía mundial, ni más ni menos que el asalto oligárquico a la democracia liberal.

En Cuba, gracias a la acción transformadora de una profunda revolución anticapitalista la democracia ha sido trasmutada en la forma de gobierno de la mayoría, atributo de un Estado de derecho de transición socialista cuyo propósito es hacerla verdaderamente *participativa*, dado que no solo es necesaria para satisfacer las demandas de justicia social del pueblo sino como método revolucionario de concientización y ejercicio del poder. Las organizaciones populares constituyen los pilares sobre los que ella se asienta.

Al contrario del pensamiento burgués, la perspectiva social marxista considera que las formaciones sociales son históricas y por ende, finitas. El sistema político de la sociedad cubana es un medio para lograr una meta mucho más compleja y distante: la sociedad comunista. De ahí que el socialismo apunte a un cambio de época histórica cuya magnitud remite a procesos de profunda liberación cultural impensables sin la modificación de la conciencia de las personas. Es un larguísimo camino de avances y retrocesos debido, entre otros factores, a la soledad del transgresor.⁶⁴

64 En lenguaje conversacional solemos afirmar que Cuba es una isla socialista rodeada de capitalismo por todas partes, aunque en años recientes la conformación del bloque subregional ALBA ha contribuido a aliviar esa realidad.

El ejercicio sistemático de recrear una y otra vez la democracia socialista desde la realidad de una sociedad de la periferia del sistema mundial capitalista es por tanto, asunto que atañe a la propia supervivencia de la Revolución. *Recrearla como opuesto a reproducirla*, es decir, profundizarla como poder de la mayoría, implica más que una lucha, una guerra contra todos los demonios que fueron gestados desde quinientos años atrás y ¿por qué no?, los nuevos, surgidos a partir de aquéllos.

Recrear la democracia de transición socialista es la única opción posible para los cubanos empeñados en mantener la soberanía nacional. Recrear el ideal socialista desde concepciones revolucionarias, realidad histórica e idiosincrasia, lleva implícito el perfeccionamiento de su democracia, de su Estado, de sus normas legales, de sus bases de representación, de sus mecanismos de participación y sobre todo de la generalización de los valores socialistas, base de la liberación cultural inherente a todo cambio social revolucionario.

La democracia de transición socialista cubana de naturaleza participativa es muy joven y por ende, imperfecta pero existe con un solo propósito: el de transformar el injusto ordenamiento jurídico-político heredado para convertirla en una sociedad *con todos y para el bien de todos* a la que aspiraba José Martí⁶⁵. De los cubanos depende llevar a efecto semejante propuesta y asentarla sobre otro de los principios rectores de la ética martiana:

“[...] *Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre*”⁶⁶.

La Habana, septiembre de 2014.

65 En el ideario martiano sobre la república que debería dar continuidad al triunfo de la independencia está muy definido el principio de “con todos y para el bien de todos”. En carta escrita antes de caer en combate afirma que no podrían ser parte de “todos” los ricos propietarios agrupados en “la actividad anexionista o autonomista, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, -la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,-la masa inteligente y creadora de blancos y de negros”[énfasis propio].

66 Discurso en el Liceo Cubano de Tampa, 1891[énfasis propio].

BIBLIOGRAFÍA

- Acanda, Jorge Luis 2009 "Transición". En *Autocríticas. Un diálogo al interior de la transición socialista* (La Habana: Ruth Casa Editorial y Editorial de Ciencias Sociales).
- Alonso Tejada, Aurelio 2011 "Cuba 1959-2011. Logros y reveses sociales" en *Punto Final* (Santiago de Chile) No. 74.
- Amín, Samir 1988 *La desconexión, hacia un sistema mundial policéntrico* (Madrid: IEPALA).
- Anderson, Perry 1992 "Las afinidades de Norberto Bobbio". *El Cielo por Asalto* Buenos Aires) Año 1, No. 2.
- Azcuy, Hugo 2000 "Análisis de la Constitución cubana en *Papeles de la Fundación de Investigaciones Marxistas* (Madrid) No. 14 2ª Época.
- Bell Lara, José 1999 *Cambios mundiales y perspectivas de la Revolución Cubana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, José 2006 *Fase insurreccional de la Revolución Cubana*, (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram León 2006 *Documentos de la Revolución Cubana 1959* (La Habana Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram León 2007 *Documentos de la Revolución Cubana 1960* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram León 2008 *Documentos de la Revolución Cubana 1961* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram león 2009 *Documentos de la Revolución Cubana 1962* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram León 2010 *Documentos de la Revolución Cubana 1963* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram León 2012 *Documentos de la Revolución Cubana 1964* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

- Bell Lara, J., Delia Luisa López García, T. Caram León 2011 y 2013 *Cuba: la generación revolucionaria 1952-1961* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- Bell Lara, J., Delia L. López García, T. Caram León 2012 *Cuba: las mujeres en la insurrección 1952-1961* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- Bell Lara, J., Delia L. López García y T. Caram León 2013 *Documentos de la Revolución Cubana 1965* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Benavides, J. 1989 “Entrevista” en *El militante comunista* (La Habana).
- Bobbio, Norberto 1994 *El futuro de la democracia* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica).
- Castro, Fidel 1993 (1953) *La historia me absolverá* Edición y notas de Pedro Álvarez Tabío y Guillermo Alonso Fiel (La Habana: Oficina de publicaciones del Consejo de Estado).
- Castro, Fidel 2007 (1960) “Discurso del 1º de mayo” [fragmentos] en Bell, J., Delia L. López, T. Caram *Documentos de la Revolución Cubana 1960* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Castro, Fidel: “Discurso el 26 de julio” en 2008 (1961) Bell, J., Delia L. López, T. Caram 2008 *Documentos de la Revolución Cubana, 1961* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Castro Fidel “Charla del 1º de diciembre” en 2008 (1961) Bell, J., Delia L. López y T. Caram *Documentos de la Revolución Cubana 1961* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Colectivo de autores 1968 *Lecturas de Filosofía*, 2 tomos (La Habana: Instituto del Libro).
- Constitución de la República de Cuba [actualizada]* 2004 (1992) (La Habana: Ministerio de Justicia).
- De Sousa Santos, Boaventura 2005 *Reinventar la democracia, reinventar el Estado* (La Habana: Editorial José Martí).
- DuRand, Cliff 1997 *La idea de Democracia* Conferencia (La Habana: Universidad de La Habana).
- Echeverría, Bolívar 2005 *Karl Marx, la tecnología del capital. Extractos del Manuscrito 1861-1863* (México: Itaca).
- Guanche, J.C. 2010 “Por un consenso para la democracia” en *Espacio laical* http://espaciolaical.org/contens/esp/sd_111.pdf

- Guanche, Julio César 2004 *La imaginación contra la norma. Ocho enfoques sobre la República de 190*. (La Habana: Ediciones La Memoria Centro Pablo de la Torriente Brau).
- Guanche, Julio César 2009 *El poder y el proyecto. Un debate sobre el presente y el futuro de la revolución en Cuba* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente).
- Guevara de la Serna, Ernesto Che 1970 (1964) “Discurso en la entrega de certificados de trabajo comunista” en *Obras 1957-1967* 2 tomos (La Habana: Casa de las Américas) T. II.
- Guevara de la Serna, Ernesto Che 2005 (1965) *El socialismo y el hombre en Cuba* (La Habana: Centro de Estudios Che Guevara y Ocean Press).
- Guevara de la Serna, Ernesto Che 2003 *El Gran Debate sobre la Economía en Cuba 1963-1964* David Deutschmann y Javier Salado (eds.) (La Habana: Centro Che Guevara y Ocean Press).
- Guevara de la Serna, Ernesto Che 2006 *Apuntes críticos a la Economía Política* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Guerra y Sánchez, Ramito et al. 1952 *Historia de la nación cubana* en 10 Tomos (La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana S.A.) T VIII.
- Guerra y Sánchez, Ramiro et al. 1952 *Historia de la nación cubana* en 10 Tomos (La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana S.A.) T IX.
- Huntington, Samuel 1994 *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX* (Barcelona: Paidós).
- Instituto de Historia de Cuba 2004 *La neocolonia organización y crisis desde 1899 hasta 1940* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- Leal Spengler, Eusebio 2001 “No se puede entender la Revolución sin la República” *Temas* (La Habana) No.24-25.
- Ley No.89 1999 “De la Revocación del Mandato de los elegidos a los Órganos del Poder Popular” en *Gaceta Oficial de la República de Cuba* No. 62 (La Habana).
- Ley N° 72 1992 “Del Sistema Electoral” en *Gaceta Oficial de la República de Cuba* No. 9 (La Habana).
- Limia David, Miguel *Epistemología de la transición socialista* <http://www.biblioteca.clacso/edu/ar>
- Limia David, Miguel 2013 “Problemas centrales de la transición socialista en Cuba” en *Temas* (La Habana).

- López Civeira, Francisca, Oscar Loyola Vega, Arnaldo Silva León 2003 *Cuba y su historia* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- López García, Delia Luisa 1994 “Período especial y democracia en Cuba” en *Cuadernos África América Latina* (Madrid: SODEPAZ) no.16, 4/94.
- López García, Delia Luisa 2005 “A Guide for understanding the Cuban Political System” en *Cuba in the 21st Century. Realities and Perspectives* (La Habana: Editorial José Martí).
- López García, Delia Luisa 2008 “Cuba: Underdevelopment, Socialism and Strategies of Development” en: *Cuba in the 2st Century. Realities and Perspectives* (La Habana: Editorial José Martí).
- López García, Delia Luisa 2014 “Capitalismo y subdesarrollo” en *Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*. Vol. 2 No.1 <http://www.revflacso.uh.cu/>
- Mariátegui, José Carlos 1929 *Punto de vista antimperialista*. Documento presentado en la Conferencia Comunista Latinoamericana. Buenos Aires. En <http://www.pañuelosenrebeldia.com.ar/>
- Martí Pérez, José Julián 1971 (1895) “A Manuel Mercado” en *Departamento de Filosofía Pensamiento Revolucionario Cubano 2* tomos (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) T.I.
- Martí Pérez, José Julián 1953 (1891) “Discurso” en *Obras Escogidas* (Madrid: Aguilar).
- Martínez Heredia, Fernando 1987 “Transición socialista y democracia: el caso cubano”, en *Nuestra América* (La Habana) no. 16.
- Martínez Heredia, Fernando 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- Martínez Heredia, Fernando 2007 “El poder debe estar siempre al servicio del proyecto”. Entrevista de Julio César Guanche a Fernando Martínez (La Habana: La Jiribilla de Papel) no.66.
- Martínez Heredia, Fernando 2009 “Socialismo” en *Autocríticas. Un dialogo al interior de la tradición socialista* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales / Ruth Casa Editorial).
- Martinot, Steve 2012 “The nation-state and Cuba’s alternative state” en Cliff Durand and Steve Martinot Eds. *Recreating democracy in a globalized state* (Atlanta: Clarity Press).

- Marx, Carlos 1973 (1844) “Tesis sobre Feuerbach” en *Obras Escogidas* en 3 tomos (Moscú: Editorial en Lenguas Extranjeras) T. II.
- Marx, Carlos 1966 (1859) *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política* (La Habana: Editora Política).
- Marx, Carlos y Federico Engels 1974 *Crítica al Programa de Gotha* Obras escogidas en 3 tomos (Moscú: Editorial Progreso) t. III.
- Michels, Robert 2008 *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna* en 2 tomos (Buenos Aires: Amorrortu).
- Negri, Toni 2011 “Entrevista” en *Página 12*. <http://www.rebellion.org>
- Partido Socialista Popular 1957 *Programa* (La Habana).
- Pino Santos, Oscar 1973 *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*. Premio Ensayo (La Habana: Casa de las Américas).
- Pino Santos, Oscar 2004 *De la isla estratégica al protectorado y la neocolonia* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Poder Popular República de Cuba* 2001 (La Habana: Editora Política)
- Poulantzas, Nicos 1969 *Clases sociales y poder político en el Estado capitalista* (México: Siglo XXI Editores).
- Sánchez Parodi, Ramón 2009 *Historia del derecho de una pequeña nación a hablar con voz propia* en <http://www.cubadebate.cu>
- Sartori, Giovanni 1997 *¿Qué es la democracia?* (México: Editorial Nueva Imagen).
- Schumpeter, Joseph 1971 *Capitalismo, socialismo y democracia* (Madrid: Aguilar).
- Stolowicz, Beatriz 2012 “Gobernabilidad como dominación conservadora” (1995) en *A contracorriente de la hegemonía conservadora* (México: Espacio crítico Ediciones).
- Valdés Paz, Juan 2009 “Notas sobre la participación política en Cuba” en *El espacio y el límite. Estudios sobre el sistema político cubano* (La Habana: Ruth Casa Editorial).
- Wallerstein, Immanuel 1999 *El moderno sistema mundial* 3 tomos (México: Ed. Siglo XXI).
- Zimbalist Andrew y Brundenius, Claes 1989 *The Cuban Economy*, (Baltimore: The John Hopkins University Press) Cap. X, Tablas 10, 2 y 10, 6.

Diosnara Ortega González*

EL FUTURO DE CUBA

*A Haydée Santamaría que vivió,
sufrió y comprendió los tiempos de Cuba.
Para ti Yeyé, que sigues en el futuro.*

La cuestión del futuro de Cuba se ha presentado como un movetido terreno de incertidumbres desde que la revolución zanjó¹ un camino propio, con sus propios pasos y siempre que ha podido con sus propios pies. Por lo mismo ese terreno de incertidumbres ha abierto un espectro de especulaciones y premoniciones sobre su “estabilidad” y sostenibilidad.

Los cambios ocurridos en los últimos siete años dirigidos a una reforma económica fundamentalmente pero también hacia la política social², han constituido un escenario de especulaciones y proyecciones sobre el futuro de Cuba desde dentro y sobre todo fuera de la isla. Como siempre esas proyecciones dan cuenta de las posturas ideológicas y del orden deseado –o temido– por parte de quienes miran el futuro de Cuba.

Estas páginas no intentarán el ejercicio engañoso de anunciar, ni adivinar los años por venir de cubanos y cubanas dentro de la isla, ni

¹ Se refiere a los últimos 55 años marcados por la Revolución en el poder.

² Se refiere a la reforma de la política económica y social implementada a partir del 6 Congreso del Partido Comunista de Cuba.

* Socióloga e Investigadora del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Mari-nello. Cursa el doctorado en Sociología de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile. diosnara@gmail.com

siquiera de sistematizar los argumentos de aquellos que sí se arriesgan a ello. Lo que es de interés aquí es *pensar la construcción del tiempo como categoría política dentro de la revolución, el tiempo y la política, las relaciones pasado-presente-futuro en la proyección de la revolución cubana.*

Las revoluciones implican una reconversión del tiempo, de las relaciones pasado-presente-futuro. Reinhart Koselleck nos advierte que:

La revolución cambia la mirada sobre el pasado, pero también sobre el futuro. Si bien ella intenta romper con el pasado, pero siempre en una relación de dependencia. El presente revolucionario tiene que constituirse en oposición a cierto pasado y corre el riesgo de quedar atrapada en esa relación con el pasado que es solo expresión de su necesidad de legitimarse, como algo nuevo, como un presente superior al pasado. Pero en esa hiperlegitimación se construye un presente pasado y se mengua la posibilidad de construir un presente-futuro (Koselleck, 1993).

Koselleck da cuenta de los dos problemas fundamentales que se intentarán problematizar en este ensayo: (i) el carácter transformador de la revolución sobre el tiempo; y con este problema algunas preguntas e hipótesis: ¿ puede una revolución –en este caso la cubana- seguir siendo tal si no produce una transformación del tiempo y la relación política-tiempo? El tiempo en que vivimos, con que estructuramos nuestras vidas es un constructo moderno. La revolución cubana, en su carácter socialista, debería producir un uso crítico del tiempo como espacio de la política y como medida de la política.

El segundo problema: (ii) la relación pasado-presente-futuro como el espacio desde el cual necesita legitimarse pero también proyectarse –construir- la revolución.

La experiencia cubana en sus últimas 5 décadas ha constituido una fuerte relación con el pasado, construyendo un presente desde la ruptura con el pasado de la república, o más exactamente con un pasado colonial. Pero al mismo tiempo durante los años de vida propia de la revolución en el poder se ha ido acumulando un pasado reciente, con el cual también se constituye una relación de dependencia, pero en sentido opuesto, en este caso como “conservación” y continuidad de los logros del proyecto revolucionario. La revolución construye su presente desde una relación de sujeción con sus pasados pero también con los futuros desde donde se instituye y estas son relaciones de ruptura (pasado colonial) o/y de continuidad (los pasados dentro de la propia revolución)

La pluralidad de pasados y la dependencia del proyecto hacia ellos marca la ruta de los futuros para Cuba, hacia donde mirar. Este

ensayo asume el riesgo de interpretar las distintas rupturas temporales producidas durante la revolución luego del triunfo de 1959. Se propone un análisis sobre el tiempo instituido en la revolución. Para ello se usaron fuentes varias, desde el discurso oficial, hasta expresiones del imaginario popular recogidas en investigaciones sobre subjetividad política en Cuba, pasando por el corolario de estudios sobre la transición cubana en un grupo de intelectuales dedicados al ejercicio de pensar Cuba con un compromiso hacia ella.

En este ensayo se recuperan las preguntas de François Hartog (2007:31):

¿qué vínculos mantener con el pasado –los pasados, por supuesto–, pero también, de gran intensidad, con el futuro? Sin omitir el presente o de manera inversa, viendo tan sólo el presente: ¿cómo habitarlo, en el sentido literal de la palabra? ¿Qué destruir, qué conservar, qué reconstruir, qué construir; y cómo?

En un momento de reforma como el que vive Cuba en sus últimos años es pertinente y necesario preguntarse: ¿hacia qué futuro(s) se encamina su política, qué relación guarda ese futuro con sus pasados?

El uso del tiempo, su transformación como espacio y medida de la política en la revolución no se expresa solo en la relación presente-pasado-futuro, sino en sus ritmos también. Este segundo eje es tan importante como el primero. Una reestructuración del tiempo revolucionaria implica reconvertir la relación entre políticas y ritmos de ejecución, entre las nociones de corto y largo plazo, entre la emergencia y la planificación.

Este punto ha sido neural para la revolución en todas sus etapas. La relación entre una política gobernada por lo emergente y los intentos de establecer una política de largo plazo, centrada en la proyección.

Cuando Raúl Castro retoma en varios de sus discursos el problema del ritmo de los cambios da cuenta del hostigamiento que el tiempo y las nociones dominantes sobre la relación tiempo-política ejercen sobre todo intento de cambio con vocación de transformación social.

Vamos dejando atrás la visión del corto plazo, condicionada por urgencias e imprevistos; ya estamos en condiciones de proyectar, sobre bases sólidas y confianza en el futuro, el desarrollo hasta el año 2030, cuestión a la que prestaremos la atención requerida durante el 2014. (...) Continuaremos avanzando con decisión en la implementación de los acuerdos del Sexto Congreso, sin prisas, pero sin pausas, repito, sin prisas, pero sin

pausas, a pesar de variadas exhortaciones con sanas intensiones y otras que definitivamente no lo son. (...) (Castro, 2013).

El pasado y el futuro no están nunca asegurados, su re-construcción está atravesada por las luchas entre experiencias e ideologías (cristalizadas en generaciones, grupos, clases), por sus ausencias y sus dominaciones.

Koselleck afirma: “el tiempo histórico no es el pasado, sino el futuro que hace diferente lo similar”. (Koselleck, 1993: 61) La revolución ha instalado una brecha entre el espacio de la experiencia y el espacio de las expectativas, no solo porque produjo un universo nuevo (Martínez Heredia, 1998; Guanache, 2012), sino porque con su existencia temporal se ha producido una heterogeneidad de experiencias –pasados– que ni siquiera se pueden resumir en antes y después del triunfo revolucionario. No son las mismas experiencias, ni pasados, ni generaciones las que vivieron su juventud-adulthood en los años ochenta a los que comenzaron su concientización en los años noventa, y por tanto no son los mismos futuros imaginados.

No interesa el futuro como huida, sino lo que Hannah Arendt llamó “las brechas” entre el pasado y el futuro, entre *lo que ya no existe* y *lo que todavía no existe*” (Arendt, 1972:13-14). El futuro de Cuba necesita ser repensado desde una interpretación no lineal entre pasado-presente-futuro. Con esta propuesta se retoma a un grupo de autores/as que han entendido las múltiples re combinaciones y funciones del tiempo (Koselleck, Arendt, Hartog, Harvey, Elias).

Las páginas que siguen parten con un análisis sobre el tiempo como constructo de la modernidad: el tiempo moderno. Las ideas expuestas en este primer epígrafe interpelarán las concepciones modernas sobre el tiempo y apuntará el giro que la modernidad produce sobre este constructo. Seguidamente se propone una reflexión sobre las relaciones entre tiempo y política. En este segundo apartado se abordará tanto el carácter estructurador del tiempo sobre la política: los tiempos de la política, así como el impacto que produce o puede producir la política sobre el tiempo, por ejemplo las revoluciones. En el tercer momento, el más *extenso en el tiempo*, propone un recorrido analítico por las distintas etapas de la revolución en el poder y cómo se han expresado las relaciones tiempo y política en ellas. Se revelarán los ritmos que acompañaron cada momento, las temporalidades producidas, todo ello dentro del marco de construcción de la revolución en transición. Finalmente se cerrarán las reflexiones propuestas con una lectura sobre los pasados y futuros de la revolución cubana, sus particularidades y cómo ellos han servido a la legitimación del poder revolucionario al mismo tiempo que constituyen una exigencia y reto para su continuidad. Los futuros posibles para Cuba constituyen todos, un reto que lleva al límite

cada vez más el proyecto de nación y los proyectos individuales, el por qué esto ocurre es lo que se explica desde una lectura personal en las siguientes páginas.

EL TIEMPO MODERNO

Con la frase “tiempo moderno”, se hace referencia a una configuración “nueva” que la modernidad, como época histórica (Koselleck, 1993) imprime sobre el tiempo.

La modernidad, como proyecto organizativo y reflexivo de la vida social, se instituye precisamente con una reconversión del tiempo, a saber en estas direcciones fundamentalmente:

Una ruptura en las secuencias pasado-presente-futuro. El tiempo moderno no solo se levanta como diferenciación con el pasado, instaurándose como lo “nuevo”, sino también con el futuro. Las guerras civiles religiosas del siglo XVI expresan el rompimiento con una construcción del fin. El futuro enmarcado desde la institucionalidad de la Iglesia católica como una secuencia lineal, inevitable, es identificable con el final donde serán juzgados los tiempos precedentes: pasado y presente. Esta producción del tiempo comienza su desvanecimiento con la Reforma y el surgimiento del Estado absoluto. (Koselleck, 1993)

R. Koselleck (1993) da cuenta de cómo presente y pasado quedaban unidos antes de la modernidad en una misma unidad u horizonte común. Ese futuro construido estaba unido a la imagen eclesial del fin. La unión entre futuro y final, como cierre, era un recurso de la iglesia medieval bajo el cual se producía integración, presentándose la Iglesia como institución salvadora y por tanto unificadora. Lo interesante según el autor es que:

De este modo, el futuro, como posible fin del mundo, ha sido incluido en el tiempo como constitutivo para la Iglesia y no se encuentra, en un sentido lineal, al final del tiempo: más bien, se puede concebir el final del tiempo sólo porque está conservado desde siempre en la Iglesia. Y así la historia de la Iglesia es la historia de la salvación. (Koselleck, 1993: 26)

Las rupturas entre pasado-presente-futuro como secuencia, y la construcción de nuevas relaciones entre estos niveles temporales son un producto y condición de lo que sería llamado siglos después *modernidad*.

Esta doble ruptura, hacia el pasado y el futuro, es necesaria para fortificar el presente como espacio desde donde se

construye el tiempo moderno. Con ello no se afirma que el tiempo moderno es el presente, sino que es desde este que se producen pasado y futuro. El presente se vuelve la forma suprema de temporalidad (Mead, 1992 referenciado por Flaherty; Fine, 2001)

Se produce también una separación espacio-tiempo provocando un giro en las nociones de tiempo y espacio de modo independiente una de otra, no necesitando de una sujeción entre ellas.

La separación tiempo y espacio es necesaria a la racionalización de la vida social (al modo de producción capitalista) y es esa necesidad la que la produce como parte de una organización de la vida social nueva. La estandarización del tiempo es una precondition del sistema productivo social –y no solo económico– capitalista. El vaciado temporal y espacial del que nos habla Giddens (1994) produce un nuevo tipo de relación social, no ligada al lugar ni al presentismo del “aquí y ahora”.

Estructuras centrales de la modernidad como el dinero llevan en sí mismas una ruptura del tiempo y el espacio, permitiendo una producción diferente sobre los mismos. El dinero es un medio de distanciamiento entre tiempo y espacio que permite la reificación de transacciones entre agentes separados espacial y temporalmente. (Giddens, 1994:34)

La externalización del tiempo respecto al sujeto, ahora puesto en función de la tecnología y las ciencias. El tiempo también nos ha sido expropiado, dejando de ser una construcción directa del sujeto y su interacción, para pasar a ser controlado y producido por la tecnología³ que lo hace posible e impone de modo estandarizado.

La globalización como rasgo intrínseco de la modernidad ha venido radicalizando esta ruptura entre tiempo y espacio, al mismo tiempo que ha maximizado usos y concepciones sobre ambas dimensiones que escapan del poder de acción del sujeto y se mantienen sujetas a la tecnología. Con esta idea se quiere apuntar el carácter no solo transformador producido con la modernidad sobre el tiempo, sino dar cuenta también de cómo el tiempo ha sido externalizado al sujeto y puesto en función de la tecnología.

La posibilidad de construcción de un tiempo desanclado del lugar y del presente inmediato existe solo en la medida en que se cuente

³ Por supuesto que entendemos la tecnología como producto de la actividad humana, pero aquí nos referimos al carácter externo que la misma adopta en el sistema de relaciones sociales capitalistas respecto al sujeto.

con tecnología para producir una comunicación entre agentes ubicados en diferentes unidades espacio-temporales. En la actualidad, los procesos de aceleración en el desarrollo de las formas de comunicación digitales evidencian no solo la posibilidad de desafiar cada vez más la relación tiempo-espacio, de reinventarla, sino también la sujeción en la que nos encontramos.

Al estar constituidas las relaciones sociales (de modo creciente) por la mediación tecnológica cómo única vía de producción del tiempo y el espacio modernos –en clave global-, dicha tecnología se vuelve centro de poder para el acceso y para la simple reproducción de los sujetos en las dos dimensiones más importantes e imprescindibles de toda relación social: el tiempo y el espacio.

La aceleración como rasgo que marca todos los procesos de institución de lo moderno: individualización, racionalización, diferenciación y domesticación (Rosa, 2011). La maximización de opciones que sobrepasan las posibilidades de la experiencia exigen un ritmo acelerado de producción de lo social. “Las opciones de oferta siempre superan aquellas realizables en la vida de un individuo, o, en términos de Blumenberg, el tiempo percibido del mundo (*Weltzeit*) y el tiempo de una vida individual (*Lebenzeit*) divergen dramáticamente”. (Rosa, 2011: 24-25)

La aceleración así es el modo de producción y de experiencia del tiempo instituido en la modernidad. El capitalismo como *la* forma de organización moderna, asocia aceleración a crecimiento, y ambos conceptos son claves en su reproducción. Pero la aceleración no solo da cuenta de un cambio en los ritmos, sino que separa al máximo experiencia y mundo. El tiempo ya no es la experiencia de los sujetos en el mundo, sino el intento siempre imposible del sujeto por hacer coincidir su experiencia con la del mundo. Esta separación generada con la modernidad termina produciendo la separación naturalizada entre el tiempo de la experiencia individual (subjetiva) y el tiempo del mundo, como un mundo objetivo, coercitivo y estructurador del resto de los tiempos.

Con esto no se entiende el tiempo como ente coercitivo sobre el sujeto, más bien este ha sido un rasgo del tiempo producido socialmente desde la propia elaboración de una conciencia del tiempo moderno. Lo que se señala como nuevo de un tiempo moderno es el tipo de coerción y los mecanismos sobre los que esta se instituye en la modernidad, fundamentalmente por la separación cognoscitiva entre un mundo objetivo y otro subjetivo, entre naturaleza, cultura y sociedad, así como el pre-

establecimiento de relaciones de determinación/dominación entre unos y otros. (Elias, 2010)

Como corolario de los cambios antes señalados, puede sostenerse un quinto rasgo del tiempo moderno: una nueva división social del tiempo. La división social del tiempo se sostiene no solo en las rupturas y tipos de vínculos establecidos entre pasado presente y futuro, sino los contenidos asignados a ellos y la clasificación de los sujetos de acuerdo a su uso respecto de ellos.

La división social del tiempo moderno además de profundizar la separación entre tiempo físico y tiempo subjetivo, heterogeniza este último, por su propio carácter experiencial. Pero también heterogeniza el tiempo físico, aún cuando lo presenta como estático, ordenado, estructurador de la vida, el tiempo físico de la modernidad, es decir, las instituciones modernas. El tiempo físico también es dinámico y heterogéneo, a partir de las sinergias entre experiencia y contextos en que se producen esas experiencias. En este sentido se toma distancia de las interpretaciones objetivistas (Durkheim, Sorokin, Merton; Zerubavel) y subjetivistas (Husserl; Mead; Schütz) sobre el tiempo y entiende a este en su dialéctica objetivo-subjetivo (Elias, 2010), como agencia y estructura producidas por las relaciones entre los sujetos y de estos con sus productos.

Este mecanismo instituye tiempos diversos, tiempos que definen acciones, tipos de relaciones, instituciones, sujetos, y no solo las secuencias pasado, presente, futuro. Esta diferenciación a su vez responde a la aceleración, la necesidad de maximizar el tiempo, es decir, expandir la experiencia del tiempo en el alargamiento y diversificación de los tiempos posibles (mundos posibles).

Uno de los ejemplos en que se expresa esta división social del tiempo es en la política. El tiempo moderno no solo define los tiempos de la política, sino que define a la política a partir de una concepción específica del tiempo como unidad de transformación, de acción sobre la realidad en el corto plazo, el plazo de la experiencia del sujeto. Sobre ello se profundizará más adelante.

Como se ha señalado hasta acá, el tiempo moderno instituye una reconversión entre los tiempos posibles (a nivel de las secuencias temporales) y del propio tiempo experiencial en el mundo. Esta producción responde a un modo de organización de la vida social en todas sus esferas, la cual necesita separar tiempo y espacio a fin de expandirlos y multiplicarlos. Dicha multiplicación implica la producción de mundos paralelos, el crecimiento de mundos posibles a través de la aceleración tanto de la experiencia como de sus productos, en especial la tecnología.

Pero la separación entre tiempo y espacio no es natural, sino

que responde a los intereses del proyecto moderno⁴. El análisis histórico sobre la categoría tiempo de Koselleck (1993), demuestra que las relaciones entre los tiempos posibles está mediada por los sentidos históricos-políticos que sobre ella intervienen. De hecho la construcción del tiempo no es solo una construcción social, en el sentido de Berger y Luckmann (1993), es ante todo una construcción ideológica y política que expresa quiénes dominan en un determinado sistema de relaciones sociales, cuáles son sus intereses y los vínculos que establecen con los grupos dominados.

La división social del tiempo responde como toda división social, a la cultura dominante de una época, a los intereses de los grupos hegemónicos y sus luchas. Si bien la Iglesia fue centro y le imprimió un sentido a la secuencia histórica, la lucha del Estado absoluto frente al poder eclesial y el desplazamiento de este último por el primero produce un giro en la construcción y los sentidos dados a la relación pasado-presente-futuro entre el SXVI y XIX. (Koselleck, 1993)

El monopolio del Estado sustituyó los contenidos dados al tiempo futuro por la Iglesia, imprimiendo una lectura del pasado como pasado medieval y llenando de sentidos *liberadores* al tiempo nuevo (moderno).

La libertad como fin de toda sujeción ha sido ampliamente estudiada como rasgo del espíritu moderno. Aquí interesa resaltar cómo esa liberación es producida hacia adelante, como horizonte. El futuro se deshace de la interpretación apocalíptica y se vuelve hacia el sujeto en sentido positivo, en su capacidad de *conquista y poder*. La paradoja –como una de las principales paradojas de la modernidad– es que esa liberación implica sometimiento (Wagner, 1997).

El doble concepto de liberación y sometimiento se expresa también en el futuro erigido y el lugar que el mismo ocupa en la construcción del tiempo en la modernidad. El sometimiento no solo mediante los mecanismos de externalización a que es sujeto el sujeto moderno, sino por el poder dominante de una ideología que lo hace posible desde la naturalización y cosificación del mundo y sus medios, del tiempo y el espacio.

⁴ Aún cuando las experiencias de modernidad tienen una alta diversidad en la historia de los Estados-nacionales occidentales, lo que interesa señalar en este apartado es la centralidad en la producción de una nueva clase: la burguesía y los sistemas de relaciones constituidas alrededor del capital, presentándose este como la principal relación social desde donde se organiza la vida social.

La expropiación del espacio y el tiempo así como el poder estructurador que este toma sobre los individuos en la sociedad moderna bajo el ideal de libertad, libertad de acción en tiempos y espacios que antes no eran de su acceso, da cuenta del doble mecanismo de liberación y sometimiento del que habla Peter Wagner.

Siguiendo a Koselleck y con Harvey se enfatiza en que el hecho de que el tiempo sea una construcción social, no significa que ella tenga solo un contenido subjetivo (Harvey, 1994), relativo a las significaciones, sino que en efecto posee un carácter estructural, que se cristaliza socialmente y termina organizando y controlando en determinados grados la acción social.

La forma particular en que el espacio y el tiempo se determinan entre sí está íntimamente vinculada a las estructuras de poder y a las relaciones sociales, a los particulares modos de producción y consumo que existen en una sociedad dada. Por lo tanto, la determinación de aquello que es el espacio y el tiempo no es políticamente neutral sino que está políticamente incrustada en ciertas estructuras de relaciones de poder (Harvey, 1994).

Se entiende el tiempo en el sentido eliasiano, en su doble condición subjetiva-objetiva, a modo de develar la fragmentación que el pensamiento moderno produce sobre él y el mundo en el que actúa. La modernidad separa sociedad y naturaleza, presentándolos como mundos independientes. Estudiar el tiempo, sus formas, es un ejercicio de deconstrucción del mundo social como compartimentos cerrados. (Elias, 2010)

Lo que la modernidad –en esencia el modo de producción capitalista– ha hecho del tiempo y el espacio ha sido una redefinición funcional a sus intereses y necesidades. Tiempo es valor. Ambas dimensiones son claves en la acumulación capitalista, por lo tanto ambas están bajo el poder ideológico del capital, estandarizando y produciendo mayor sujeción en la vida de los actores presentes en su reproducción.

El tiempo como categoría ontológica permite la elección de tiempos deseables (hacia el pasado o futuros imaginados, también futuros que traen de vuelta ciertos pasados), pero al mismo tiempo su estructuración limita los tiempos posibles. Es decir, tiene un carácter abierto hacia sus temporalidades, las cuales son producidas por sujetos en contexto, y un carácter cerrado en tanto estructurador, ya que produce un cierre hacia la construcción del presente, del pasado y también del futuro. Este doble carácter estructurador y subjetivo debe ser comprendido en su doble naturaleza, no como dualidad, sino como relación dialéctica.

Es de interés señalar este doble carácter y develar las formas reificadas o subjetivistas en que desde el pensamiento moderno se ha entendido el tiempo. En su relación con la política, en general el tiempo aparece en su dimensión estructuradora, como tiempo coercitivo y dado. Este mecanismo invisibiliza el carácter utópico del tiempo. El tiempo también producido por la política y esta como campo de transformación de la realidad, la cual no es posible si no hay transformación de los tiempos sociales.

TIEMPO Y POLÍTICA.

Tiempo y política han sido entendidos en una relación estructuradora, coercitiva. Esta lectura lleva implícita una comprensión del tiempo en su dimensión objetiva, la cual sin dudas explota al máximo. Sin embargo, ha sido menos comprendido en su sentido constitutivo, el tiempo como resultado de las relaciones sociales instituidas, lo cual permite comprenderlo en su sentido dinámico, productor del cambio. El tiempo no es solo una dimensión de la política, es, él mismo, una categoría política, continuum normalizado en que cristalizan los modos de organización de la sociedad más abstractos y por tanto con mayor poder estructurador. (Elias, 2010) Pero a la vez el tiempo es cambio, no solo porque se produce socialmente, por las relaciones entre sujetos y su entorno, sino porque implica una apropiación de las temporalidades, del aquí y ahora, del pasado y el futuro.

La producción de temporalidades, los ritmos sociales diversos en contextos históricos diferentes dan cuenta de esta capacidad doble del tiempo: formador de orden y cambio. El tiempo como la política son ambos formas de organización de la vida social, ambos son procesos transformadores, que tienen lugar solo por medio de relaciones sociales dinámicas y a la vez esas relaciones se instituyen para dotar de cierto orden a la sociedad.

Tiempo y política no son procesos desconectados uno de otro, sus implicancias y sincronías van más allá de lo que el sentido común entiende por cada una de estas categorías.

El tiempo contribuye a ofrecer una perspectiva dinámica, procesual y prospectiva de las relaciones políticas: el campo político no solo es lo que *es*, sino también lo que *ha sido*, y las opciones imaginadas y deseadas de lo que *será*. La política produce tiempos, ella misma es uno de los procesos principales mediante los cuales se acoplan procesos y necesidades diversas de los sujetos que permiten su continuidad dentro de cierto orden. La producción de orden es quizás, en última instancia, la función principal de la política incluso cuando usa como medio el desorden (las revoluciones).

En tanto la política necesita instaurar un orden y una distribución del poder, produce tiempos en su sentido estructurador. No se

entiende que haya un tiempo político, lo cual daría la idea de que el tiempo se define y subdivide según áreas de producción. Tal idea lleva implícito, entre otros errores epistemológicos, la clásica fragmentación de lo social. El tiempo es uno y diverso. Uno en el sentido en que se produce en *lo social*, y él mismo expresa la articulación entre todos los espacios de reproducción de los sujetos y sus relaciones sociales, no de modo fragmentado sino unitario, por ello su alto poder integrador y estructurador. Es diverso porque el tiempo es siempre producido en su dialéctica subjetivo-objetivo, es el resultado de los acoples entre las necesidades humanas y sus contextos de producción, los cuales no son solo físicos-naturales, sino sociales.

No existe un tiempo político, a lo más el (los) tiempo(s) de la política, pero son ideas muy distintas. Los tiempos de la política se refieren a las relaciones de sujeción preestablecidas por una construcción determinada del tiempo sobre los modos de organización del poder, su producción y distribución. Lo interesante es que si bien es cierto que el tiempo posee un carácter estructurador sobre la política (tiempos de la política), él mismo es resultado de una determinada producción de la política (política del tiempo).

TIEMPOS DE LA POLÍTICA

En su rol estructurador del tiempo sobre la política, esta muestra sus distintas sujeciones. Una de ellas es la relación entre política de corto y largo plazo. Las relaciones entre planificación y emergencia traspasan toda la política entendida como actividad organizativa y administrativa de la vida social, y ambos procesos tienen lugar de acuerdo a una estructura determinada del tiempo y a una concepción tiempo-política.

La política en el contexto actual –y también la cubana– queda presa de una contingencia de emergencia, respondiendo siempre a situaciones emergentes y postergando una política “a largo plazo”, de transformación social.

Hartmut Rosa, en su estudio sobre la aceleración social, señala las paradojas de lo que entiende por el “tiempo político”:

CONTRACCIÓN DEL HORIZONTE TEMPORAL/ESCASEZ INCREMENTAL DE LOS RECURSOS-DE-TIEMPO

- Decrecientes lapsos de tiempo para decisiones (velocidad incremental de las innovaciones tecnológicas y sociales)
- Incremento del número de decisiones necesarias, reducción del tiempo disponible por decisión.
- Decreciente horizonte de calculabilidad (contracción del presente)

EXPANSIÓN DEL HORIZONTE TEMPORAL/INCREMENTO DE LA DEMANDA POR RECURSOS-DE-TIEMPO

- Incremento del rango temporal de los efectos de las decisiones
- Incremento de la demanda por regulación política como consecuencia del aumento de la contingencia
- Erosión del sustrato común cultural y socioestructural para la toma de decisiones (desintegración) resultando en una demanda creciente de recursos-de-tiempo por decisión
- Demanda creciente por información y planeación como consecuencia del incremento en la variabilidad de las condiciones-de-contexto que incrementan la demanda por recursos-de-tiempo (Rosa, 2011: 40)

Para Rosa, tanto la expansión como la contracción del horizonte temporal, imprimen una estructura y modo de hacer a la política, impacta sobre las decisiones políticas. La configuración de la política deliberada de nuestras sociedades, el proyecto político y la propia promesa de la modernidad ilustrada quedan presas de la “sociedad de la aceleración”, característica de la modernidad tardía según Rosa. (Rosa, 2011: 40)

Estos procesos de expansión-concentración del horizonte temporal producen una escasez de recursos tiempo y aumento de demanda de dichos recursos, los cuales son más visibles y cobran nuevas dimensiones en la globalización, esta paradoja ha sido producida con la propia modernidad y la fragmentación del tiempo, volviéndolo un instrumento coercitivo y reificado ante el sujeto. (Elias, 2010)

Los rasgos que caracterizan ambos procesos señalados por Rosa, expresan el rol estructurador del tiempo sobre la política, cómo imprime un modo de hacer política, sus ritmos, establece el largo y corto plazo, lo urgente y lo que no lo es, define los horizontes políticos, a saber, el futuro como espacio de trabajo esencial de la política.

EL TIEMPO COMO INVERSIÓN Y COMO TRANSFORMACIÓN

Una de las formas de expresión de la relación estructurante del tiempo sobre la política es la interpretación del tiempo como *inversión* y el tiempo como *transformación*. El tiempo como inversión es siempre con arreglo a fines, pero esos fines deben ser “comprobables”, porque en definitiva la política es evaluada en una relación de éxito y con carácter *ex post-facto*⁵. Desde esta lógica el tiempo de la política, o los tiempos para la política se traducen en los tiempos para “constatar” el éxito de

5 Sobre este rasgo se profundizará más adelante

la política, por lo que constituye una trampa para ella, restringiéndola siempre a una relación de fines “posibles”, y por lo tanto inmediatos.

Cuando la dimensión del tiempo en la política se concibe como *transformación*, también se hace con arreglo a fines, pero no se centra en los fines en sí mismos sino en el proceso de transición *hacia* esos fines, los cuales podrán variar en la medida en que el proceso de transformación va involucrando tanto a los sujetos, sus culturas, como la misma significación de la política y por lo tanto de sus fines.

En la revolución cubana esta ha sido una constante que ha marcado la política y sus críticas. Los proyectos de transición deben ser para constituirse como tal, siempre desafiantes del “orden dado”, es decir, del sentido común, los modos naturalizados del hacer en todas las áreas de producción de lo social. No se trata solo de un cambio de contenidos, sino de métodos, sin los cuales la historia ha demostrado, esos contenidos son efímeros.

La concepción de una política centrada en la transformación, como modo de inversión a largo plazo caracterizó la revolución, al menos sus tres primeras décadas⁶. El impacto de la reforma en la concepción política sobre el tiempo no ha sido analizado en los numerosos estudios sobre la reforma, los cuales se han centrado en un análisis socioeconómico, clasista y sociopolítico pero sin profundizar en esta dimensión constitutiva del cambio. (Espina; Guanche; Valdés Paz; Carranza; Monreal)

El programa de estas primeras décadas de la revolución se dirigió a producir una reestructuración de la sociedad cubana en virtud de mayor justicia e igualdad social. El énfasis de dirigir las transformaciones hacia la educación, produciendo una cultura nueva, otro modo de entender y relacionarse con el otro y no solo quedando en el terreno jurídico-normativo o de cambio en las estructuras productivas (en sentido económico), expresa una política dirigida hacia la transformación, guiada por el largo plazo.

En el discurso del Che en el Fórum de Energía Eléctrica de La Habana, 1963, este señala que “es lógico que hayamos necesitado 5 años de trabajo para poder empezar a plantearnos la tarea futura, es decir, para sentar las bases que darán el necesario salto de calidad, para que nuestro trabajo no sea el de simples bomberos apagando los fuegos que continuamente se producían y podamos sentarnos con tranquilidad a acotar el futuro, a pensar en el futuro y a pensar en cómo transformar

⁶ Se establece este período hasta 1990 porque se entiende que la reforma de la economía y la política cubanas tenida lugar a partir de los años noventa implicó cambios en la lógica tiempo como transformación y como inversión, al menos como había sido producida las 3 décadas anteriores. Sobre los cambios producidos con la reforma ver Espina, 2003, 2008; Carranza, et al, 1995b; Valdés Paz, 1994)

la naturaleza y la sociedad en forma consciente para lograr los fines de la construcción del socialismo y los fines cada vez más potentes de la sociedad cubana en estas etapas que estamos viviendo”. (Che, 1963)

La transición impactó los ritmos de la política, los tiempos preestablecidos para ella y no solo las estructuras económicas. Fue posible la transición, la transformación en las culturas políticas de cubanos y cubanas porque cambiaron las estructuras organizativas de la sociedad, dentro de ellas el tiempo. Se volverá más adelante sobre esta idea, lo que interesa señalar a través de este ejemplo es la concepción del tiempo como transformación y su rol en la política de la transición socialista.

EL TIEMPO COMO UNIDAD EVALUADORA DE LA POLÍTICA

El tiempo prefigurado para/por la política –también en plural- constituye una determinación sobre ella. El orden y el cambio social tienen lugar de acuerdo a tiempos y en tiempos “presupuestos” para ellos. No es el tiempo solo la unidad en la cual transcurren los sucesos de la vida individual y colectiva, es también desde donde esta se organiza. El carácter estructurador del tiempo sobre la acción social y con ello sobre la política, condiciona límites y pautas a la política existente y a la deseada. Este fuerte rasgo se expresa en el rol del tiempo como *unidad evaluadora de la política*.

El tiempo es en política el “momento” determinado “oportuno” para cierta acción. Esto se refiere a su dimensión subjetiva, a la presencia de los elementos necesarios para que tenga lugar dicha acción o proceso: la oportunidad política.

Esta interpretación es posible porque la política es siempre evaluada sobre la base de criterios de éxito y esa evaluación transcurre *ex post* (Lechner, 2006:393). El tiempo juega un rol de evaluador sobre lo logrado o lo no logrado, y esto es porque él produce una relación pasado-presente-futuro en términos comparativos.

EL ROL COMPARATIVO DEL TIEMPO

El rol comparativo del tiempo implica que la evaluación realizada sobre la política –y cualquier acción- no esté fijada a un presentismo –aunque muchas veces aparece como tal- sino que dota a los sujetos de un cúmulo de referentes, a través de la memoria pero también de la imaginación, en donde se ponen en evidencia los vínculos con otros tiempos, en especial con el pasado, aunque no exclusivamente. La política es también evaluada en el presente pero desde el futuro, usando *lo que todavía no existe* como referente evaluador del hoy.

Las revoluciones son momentos de grandes transformaciones, pero no solo de las estructuras reconocidas clásicamente (ins-

tituciones políticas, sistemas productivos, clases), sino también de esas otras estructuras invisibles cuyo poder es capaz de sostener o dinamitar las primeras. El tiempo es una de estas estructuras de gran peso y poder en toda sociedad y sobre la que las revoluciones tienen que volcarse, no pueden dejar al margen si realmente proponen un orden nuevo.

La revolución socialista, por su carácter de transición hacia un modo de producción de la vida que transforma las relaciones de poder y sujeción del individuo y la sociedad, tiene como reto una concientización de sus tiempos: los reales y los posibles. La transición es un momento del cambio político donde conviven lo que ya no es del todo y lo que está siendo pero no se instituye totalmente. Transición implica un fuerte contenido temporal, de relaciones y estructuras en proceso de transformación, las que necesitan tiempo.

Los tiempos cristalizados en el imaginario(s) social(es), los impuestos por una cultura globalizante, predisponen también un tipo de política, con arreglo a fines y fines constatables en tiempos cortos, dominados por un presentismo⁷.

La urgencia del tiempo, determinada por su rol evaluador fundamentalmente, hace que la política producida se concentre en su relación con determinados fines, haciendo a un lado la importancia de los medios y la relación medios – fines. La herencia liberal de carácter utilitarista, se vale de esta estructuración del tiempo y la reproduce como un valioso instrumento de su sostenimiento.

El socialismo existente –ya no existente–, y dentro de él la propia experiencia cubana no siempre logró invertir la relación medios-fines, comprendiendo que el espacio de transformación de su proyecto tenía que abocarse sobre todo a los medios como parte de los fines⁸.

POLÍTICA DE CORTO Y LARGO PLAZO EN LA TRANSICIÓN CUBANA

Un tema central para la política (políticas) cubana, ha sido la tensión entre una política de corto plazo determinada por la emergencia y la necesidad de producir resultados constatables, es decir en tiempo presente, y a la vez construir políticas de largo alcance que doten de sostenibilidad el proyecto socialista.

7 Sobre el presentismo como el régimen de historicidad dominante en la actualidad ver François Hartog 2007 *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. (México: Universidad Iberoamericana)

8 Sobre la relación medios-fines en la revolución cubana ver Julio César Guanche 2012 *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia* (Santiago Chile: Ed Universidad Alberto Hurtado)

Algunos estudiosos de la política social y el modelo de desarrollo cubano⁹ comparten la tesis de que un rasgo de la política y los modelos de desarrollo ensayados estas últimas cinco décadas es la dependencia de *estrategias de resistencia*. Es decir, la imposición de una política de corto plazo que permita hacer frente a las vicisitudes inmediatas.

La condición de cierres o rupturas a las que ha estado sometida la Revolución cubana como parte de la política imperialista, explica la centralidad del corto plazo como única estrategia de sobrevivencia en un presentismo que se vuelve inmediato y al mismo tiempo de larga duración, sin límites hacia el futuro. La condición de crisis ha impreso una imposibilidad de re-conjugación entre política y tiempo.

El ejemplo más largo y de mayor impacto ha sido la última crisis vivida a partir de la década del noventa y cuyas estrategias alcanzan el hoy. Las estrategias de resistencia han estado presente en la vida de cubanos y cubanas durante estas últimas cinco décadas casi de modo constante (micro) y también en la organización de la sociedad –su(s) modelo (s) de desarrollo, política social, externa, entre otros órdenes– (macro).

Si bien la resistencia es un rasgo identitario expresado en la historia de cubanos y cubanas, acá interesa enfatizar no el carácter heroico de la resistencia, sino su otra cara: el riesgo de una política centrada o limitada *solo* hacia y en la resistencia.

Antes debe reconocerse que la resistencia como expresión del corto plazo, en general no ha sido *una* opción política, ha sido *la* opción política y de sobrevivencia de la revolución. Mirado post-facto esta tesis introduce un problema de discusión histórica: la elección de un camino implica la imposibilidad de otros, pero sin centrarse en el debate historiográfico, lo que interesa resaltar es el contexto de inestabilidad que sin dudas ha impactado y “moldeado” las relaciones entre tiempo y política en la revolución cubana.

El gran cerco que produce el corto plazo es que la sobrevivencia es muy limitada y el presentismo sesga toda posibilidad de proyectar un futuro sostenible. La proyección del futuro necesita siempre de cuotas de autonomía. De hecho un indicador del estrechamiento o ampliación de la autonomía es cuando los sujetos pueden diseñar –o no– un futuro más o menos estructurado, a través de las relaciones certidumbre-incertidumbre que en él se producen.

Las estrategias de resistencia se convierten en estrategias coyunturales, marcadas por coyunturas de oportunidades y limitaciones muy específicas.

Las estrategias de desarrollo «no significan, necesariamente, la existencia de planes económicos integrales ni de grandes

9 Julio Carranza, Luis Gutiérrez, Mayra Espina, Juan Valdés Paz

diseños de transformación industrial»; por el contrario, tienden a ser muchas veces el resultado de decisiones prácticas y fragmentadas que tratan de dar respuesta a crisis inmediatas y a problemas de corto plazo, y no responden a consideraciones estratégicas (Monreal, 2002:12)

Sin embargo la política cubana ha tenido que debatirse entre el corto y el largo plazo, urgida por lo emergente resultado de coyunturas de crisis, pero al mismo tiempo ha sido consiente de la necesidad de una acción de largo plazo capaz de alterar las estructuras y relaciones que le den sostenibilidad¹⁰.

POLÍTICA DEL TIEMPO

Hasta acá se han apuntado los principales mecanismos mediante los cuales se reproduce el rol estructurador del tiempo sobre la política. Pero también la política produce tiempo(s), usa el tiempo como un instrumento de poder.

Las luchas políticas, la hegemonía de ciertos grupos, produce en su accionar político con y sobre otros grupos, los tiempos de la sociedad afines a sus proyectos colectivos.

En primer lugar la política define y produce ritmos, ritmos a través de los cuales delimita procesos, funciones, acciones, hechos y relaciones. La política es en sí misma ritmo, el ritmo del cambio y de la instauración de cierto orden a través del cambio.

Cuando en una sociedad se preestablecen tiempos para ciertas actividades, procesos, se instaura un dominio sobre el tiempo, sobre sus ritmos y ello lleva implícito una profunda acción de la política sobre el tiempo.

Las transiciones, en especial la transición socialista cubana, no solo están constreñidas por el tiempo, sino que ellas mismas producen un cambio sobre los ritmos establecidos en el régimen anterior. La transición cubana ha tenido una particularidad, estar contenida dentro de una revolución y esto le da un sentido diferente, sobre todo en la relación política-tiempo.

Las revoluciones son procesos de aceleramiento, de cambios estructurales abruptos. La experiencia de la aceleración ha marcado todas las revoluciones desde la francesa en 1789 (Koselleck, 1993), precisamente porque este es un rasgo como se analizó antes, del tiempo moderno.

10 Al respecto de la política social cubana ver Mayra Espina 2008 *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*. (Buenos Aires: CLACSO). Para un análisis de la política cubana ver Juan Valdés Paz 2008. *El sistema político cubano*. (La Habana: Ruth Casa Editorial) y del mismo autor 2009 *Los procesos de organización agraria en Cuba 1959-2006*. (La Habana: Ed FANJ)

El proceso de transición socialista cubano, ha estado organizado dentro de la revolución en el poder desde 1959. Esto ha implicado que los ritmos de la transición hayan sido, y estén siendo, los de la propia revolución, sus aceleramientos y des-aceleramientos.

La revolución cubana en sus primeras décadas, en especial durante los años sesenta, produjo una fuerte aceleración del tiempo, como modo de producir la transformación social y política de la sociedad. En cualquiera de los numerosos discursos pronunciados por Fidel Castro, su máximo líder, durante la primera década se hace presente un proceso de aceleración del tiempo y los procesos sociales como instrumento de la política revolucionaria.

Un ejemplo, discurso pronunciado por Fidel Castro, el 31 de diciembre de 1960 en Ciudad Escolar, también conocida como Ciudad Libertad. El año 1960 es llamado “Año de la Reforma Agraria”, pero el 1961 será “Año de la Educación”. Ciudad Escolar es un símbolo de la transformación estructural-institucional de la revolución en franco proceso de aceleración. Antes del triunfo de enero de 1959, esta era una importante base militar del gobierno de Fulgencio Batista, conocido como Columbia. Con el triunfo revolucionario este fue transformado en un proyecto al servicio de la educación, convirtiéndolo en el Ministerio de Educación. En este lugar, en vísperas de lo que sería el “Año de la Educación” Fidel expresa:

La Revolución, al llegar al poder, encontró 22 000 maestros y cerca de un millón de niños que todavía no tenían escuelas ni maestros. Y hoy, en este momento, nuestro país cuenta con 33 000 maestros; es decir que la Revolución aumentó, en solo dos años, el 30% de los maestros que habían logrado reunirse en 50 años, digo mal, en 58 años. Y no queda hoy una sola región de Cuba sin maestros.

Y un organismo internacional que se ha dedicado al estudio y a la busca de soluciones a este problema en América Latina consideró –ese organismo de las Naciones Unidas– que podía hacerse un programa para resolver el problema en varios años, en más de 10 años, y contemplaba la posibilidad de que para el año 1970 –más que la posibilidad, la aspiración– se satisficieran todas las necesidades escolares en los pueblos de América Latina. Y decimos que esto es una posibilidad, simplemente, una aspiración, aspiración que nosotros hemos realizado en solo dos años, es decir que hemos ahorrado ocho años con respecto a lo que se consideraba un gran programa de solución de los problemas de la educación en este continente (Castro, 1960b).

Este fragmento demuestra el proceso de aceleramiento, consistente en producir una política que hiciera más acciones en menos tiempo cronológico. En esencia la aceleración de la revolución da cuenta del impacto de la política en el presente, su constatación en el ahora, lo cual la dota de un sentido positivo, recordando que esta es siempre evaluada en función de los tiempos. A esta aceleración expresada en el discurso y representada como un “ahorro del tiempo”, se unen los hechos de lo que fue la Campaña de Alfabetización, la cual en un año alfabetizó a 707 mil cubanos por más de 270 mil educadores/as, reduciendo el índice de analfabetismo en 3,9%, del 22, 3% que tenía 3 años antes. Este proceso es uno de los tantos a través de los cuales puede evidenciarse los procesos de aceleración característicos de la transición cubana en el marco de las primeras décadas de la revolución. La aceleración en la revolución cubana no solo era expresión de posibilidad del cambio radical, sino de la propia subsistencia de ella como proyecto político.

La aceleración que produce la revolución cubana es distinta a la aceleración del tiempo moderno, su finalidad no es el crecimiento sino la expansión de lo posible, transformando la sociedad en pos de construir la sociedad socialista.

Las revoluciones estructuran el tiempo no solo en sus ritmos, sino porque producen un nuevo modo de producción de la temporalidad. Las relaciones pasado, presente, futuro se modifican.

En la revolución cubana, el tiempo re-construido impuso con mayor fuerza un tipo de relación con el pasado y desde ella comenzó a construir su presente-futuro. Un presente-futuro donde no tuviera espacio el pasado colonial. La constitución del presente y el futuro tuvo como base de legitimación un extensivo uso sobre el pasado. En ese sentido se reapropió el pasado de los proyectos independentistas, recuérdese el ejercicio que hace Fidel y con él todo el Movimiento 26 de julio, de apropiación de la figura de Martí al situarlo como símbolo, “autor intelectual” del Programa Político Revolucionario del Moncada, por mencionar solo uno de los ejemplos posibles.

La herencia de las figuras y procesos independentistas anteriores a la revolución en el poder, es apropiada y usada en la constitución del presente político, teniendo la historia oficial un peso en ello. Pero al mismo tiempo el pasado de los proyectos políticos en el poder de la república, con claro perfil colonial al servicio de los Estados Unidos, es producido como pasado nefasto en todo sentido.

Y este pueblo ha luchado 100 años, 100 años. Generación tras generación, luchó 100 años; decenas de miles, cientos de miles

de héroes, de mártires, en ese largo camino por conquistar esta libertad, por conquistar este derecho a llamarnos pueblo libre, pueblo soberano, pueblo independiente, dueño de sus riquezas, dueño de sus minas, dueño de sus tierras, dueño de sus fábricas, dueño, por tanto, de su porvenir (Castro; 1962).

Pero la tarea que teníamos delante no era una tarea militar, era una tarea distinta, era una tarea mucho más compleja; se trataba de echar abajo todo un orden social injusto, todo un orden social anticuado, todo un orden social anacrónico, y construir una vida social nueva para nuestro pueblo.

Había que cambiar totalmente el modo de producción de nuestra sociedad por un modo de producción nuevo; había que cambiar un modo de producción que se había estado enraizando durante siglos, con todas sus tradiciones, sus costumbres, sus instituciones, sus leyes, sus ideas, sus hábitos, su educación, su organización, y cambiarlo por un modo de producción enteramente nuevo, respecto a lo cual no teníamos ni organización, ni tradición, ni hábitos, ni costumbres, ni las ideas que correspondían, ni la actitud mental que correspondía a ese nuevo modo de vida.

Sin embargo, había que realizar esa tarea; como vivíamos en el pasado no podíamos seguir viviendo. Había que erradicar aquel pasado, había que crear algo enteramente nuevo (Castro; 1964).

Este encabalgamiento del pasado “revolucionario” y reapropiación ha constituido un instrumento de la política a fin de su propia legitimación. Es frecuente encontrar en los discursos de los dirigentes y no solo de ellos, sino de todo sujeto que buscar legitimar su acción en el marco del orden revolucionario, una referencia al pasado heroico, a los próceres y luchas producidas como patrióticas a fines a sus intereses como grupo en la lucha política.

El pasado es producido entonces en un doble modo. El presente de la revolución en el poder se instituye en relación con un pasado reapropiado, en términos positivos, el pasado de la herencia independentista; y con un pasado como antítesis, en términos negativos, representado en el modelo de sociedad puesto al servicio de los Estados Unidos antes de 1959.

Esto permite repensar la tesis de que las revoluciones implican una ruptura total –como negación– del orden precedente. Sí es cierto que toda revolución implica una reconstitución del tiempo como se ha venido señalando, en los ritmos, en los usos de sus temporalidades y en la producción de una discontinuidad en el tiempo: un antes y un después. Respecto a los ritmos, la revolución cubana no solo produjo un aceleramiento del tiempo, también ha producido desaceleración.

El contexto actual definido por un giro en la conducción política a partir de la presidencia de Raúl Castro, evidencia un nuevo ritmo, marcado por cambios pero lejos de todo aceleramiento.

Continuaremos avanzando con decisión en la implementación de los acuerdos del Sexto Congreso, sin prisas, pero sin pausas, repito, sin prisas, pero sin pausas, a pesar de variadas exhortaciones con sanas intenciones y otras que definitivamente no lo son. No ignoramos que quienes nos apremian a acelerar el paso nos empujan al fracaso, a la desunión y a dañar la confianza y el apoyo del pueblo en la construcción del Socialismo, o lo que es lo mismo, la independencia y soberanía de la nación cubana, que a este país solo las trajo y las mantendrá el socialismo. [...] Que nadie lo dude, quienes hemos dedicado casi la vida entera a esos ideales, por razones obvias, nos encontramos entre los más interesados en avanzar todavía a mayor velocidad. No pocas experiencias registra la historia acerca de los nefastos resultados que ocasionan violentar el ritmo y saltarse etapas, lo cual irremisiblemente en lugar de adelantar en la materialización de un programa conduce al retroceso y la derrota. (Castro, 2013).

Respecto a las temporalidades producidas en el contexto de la revolución cubana, no se produce una negación del pasado, sino de cierto pasado. El pasado, el presente y el futuro solo existen en plural, son espacios de constitución del tiempo socialmente, esto es, de las disputas entre distintos sujetos y procesos. En ese sentido se genera una ruptura-negación de cierto pasado, pero se reapropia otro. Esta idea además nos permite comprender que las revoluciones no son procesos que solo miran al futuro, sino que ellas son posibles precisamente por su vínculo con el pasado.

La revolución cubana marcó una discontinuidad en el tiempo. Su política estructuró el tiempo también produciendo un antes y un después. Pero ese antes y después ha sido posible hacerlo sostenible, entre otros modos, por la transformación producida en el tiempo y sobre el tiempo, en especial en las temporalidades.

La revolución, como marco de la transición socialista, también construyó futuros posibles, los hizo deseables y la política trazó los cursos para hacerlos realizables. La política tiene un alto contenido utópico. La política de la transición socialista es aún –o debe ser– más utópica, no en el sentido de irrealizable, sino en el sentido de volver posible lo imposible (Hinkelammert, 1984).

El futuro discursado por los principales líderes de la revolución durante sus primeras décadas muestran su alto contenido utópico, y la

propia política se constituyó como tal, yendo más allá del poder. El *deber* de la política socialista fue y debió sobrepasar los límites del *poder*. Solo en ese cuadro se explican como “hazañas” las obras de la política en revolución.

En Cuba se constituyó un futuro como “mejor sociedad posible”, porque se partió de una “mejor sociedad concebible”. El propio Programa del Moncada, es un documento que construye ya un futuro concebible.

Lo interesante es que el futuro que se fue constituyendo con el proceso revolucionario no estaba cargado de incertidumbre, sino por el contrario, de certidumbres y esperanzas.

Cuando comenzó el poder revolucionario hace cinco años, nosotros estábamos conscientes de que por delante teníamos un inmenso y difícil trabajo. ¿Y cuál era la situación de todos nosotros, cuál era la situación del pueblo? ¿Y cuál era la situación de todos los dirigentes revolucionarios ante esa tarea? Era una situación de optimismo, sí, de confianza en nosotros mismos, desde luego. Teníamos la íntima seguridad de que, por grande y difícil que fuese esa tarea, marcharíamos adelante (Castro, 1964).

Y esa será nuestra mejor obra, esa tiene que ser nuestra obra más importante, la generación futura, que hará posible una patria incomparablemente mejor, una patria incomparablemente más feliz y más rica que esta. (...) Sabemos que los frutos principalmente los recibirán otros, sabemos que aunque otros no sembraron para nosotros en los últimos 50 años, nosotros en cambio estamos sembrando para 50, para 100 y para todos los años venideros de la patria .

A nosotros, a nosotros y a nuestro pueblo actual, le queda una gran satisfacción: la satisfacción, por ejemplo, del campesino que ara su tierra y planta árboles no pensando en él sino pensando en sus hijos; nos queda la satisfacción de saber que somos nosotros los que le dimos un alto a ese camino triste y sin esperanza, los que les pusimos un freno a todos los males del pasado, y hemos iniciado una nueva era en nuestra patria; nos queda la satisfacción de los que siembran, nos queda la satisfacción de los que crean, nos queda la satisfacción de los que preparan un destino mejor para los que vengan detrás de nosotros (Castro, 1960b).

La certidumbre, confianza y esperanza en el futuro dominó el presente de la transición, por ello fue posible, porque se creyó como po-

sible incluso lo imposible. Pero la certidumbre y la esperanza no son un producto intrasubjetivo, de las experiencias individuales, ellas están marcadas por un contexto y un ejercicio de la política. El sometimiento de la política a evaluación en el tiempo, va produciendo las (in) certidumbres, (in)credibilidades respecto al presente y sobre todo al futuro.

En la medida en que las promesas del proyecto político en el poder fueron vividas en las experiencias de los sujetos, individuales y colectivos, se fue constituyendo un vínculo de reproducción entre el presente, el pasado inmediato –en la revolución– y el futuro.

La política transcurre en el tiempo y su construcción tiene lugar a partir de una relación entre pasado-presente-futuro. El pasado político, que vive a través de la memoria política, es el marco de partida explicativo del presente de los sujetos, pero también su imagen y proyección del futuro. A su vez el futuro que se construye siempre desde el presente, no existe independiente de lo vivido o “heredado” del pasado, de su reconfiguración a través de las memorias colectivas.

La relación pasado-presente-futuro en términos de política es traducible en una relación *confianza-incertidumbre*. En la medida en que se tenga más confianza política, esto es poder de control sobre las decisiones políticas, mayor será la certidumbre, y los umbrales de la incertidumbre –intrínsecos a todo futuro– serán menores. Por el contrario, cuando la desconfianza política crece, producto de un bajo control sobre las decisiones políticas y en definitiva sobre las condiciones de posibilidad de la democracia, la incertidumbre aumenta. La certidumbre no se enfoca solo como creencia ni conocimiento, sino como poder real de incidencia, es decir, como control y participación en el presente-futuro.

Al decir de Norbert Lechner:

la confianza no elimina la incertidumbre pero permite tolerar un mayor grado de inseguridad. [...] La confianza es fundamentalmente una relación intersubjetiva que se desarrolla en la interacción social a través de una secuencia temporal (la confianza es ofrecida, aceptada y devuelta, probada y confirmada). Como tal, juega un papel preponderante en las relaciones que vinculan a los actores políticos entre sí, y sobre todo, en la génesis de la llamada “clase política” (Lechner, 2006:392).

Por lo tanto se entiende que la confianza es construida en el tiempo y ella expresa en sí misma una concepción cristalizada sobre el significa-

do de la política, una percepción sobre “los políticos”, sobre el poder, la participación política, las posibilidades de la democracia.

En esta medida será más “seguro” o posible una sociedad democrática en tanto sus sujetos tengan mayor confianza política, reduzcan sus niveles de incertidumbre y puedan proyectar su futuro. Sin embargo hay que enfatizar que la certidumbre y la confianza por sí mismas no garantizan la democracia, son solo dos elementos más que constituyen un horizonte donde la condición imprescindible es la participación y control de más sujetos en el diseño de su vida cotidiana, presente y futura.

En los Estados de Bienestar la confianza política se vale de la seguridad económica, la hace su instrumento centro. Los sujetos experimentan mayores niveles de certidumbre y ello no significa que sean regímenes más democráticos, solo mejor organizados o diseñados políticamente para “mantener” la reproducción de un tipo de poder y de clase como dominante, a través de más y mejor enajenación.

El futuro se presenta como ese espacio temporal que mediante la imaginación política da cuenta de los niveles de certidumbre-incertidumbre de los sujetos en cuanto a la política presente. El futuro no habla solo de un escenario deseado, sino de sus condiciones de (im) posibilidad: del presente y el pasado.

Norbert Lechner en su ensayo *Los patios interiores de la democracia*, sostiene que:

la práctica social requiere tiempo para adquirir sentido. Hay que tener tiempo; es decir, estructurar el tiempo de manera que no se diluya en una serie de instantes sin rumbo. (...) Presumo que el tiempo no es solamente una variable externa o condición previa de cualquier acción política sino también un objeto de decisión política. *Hacer política implica estructurar el tiempo* (Lechner, 2006: 380).

Lechner pone énfasis en la última frase porque comprende la relación de dependencia entre tiempo y política. Pero como se ha señalado hasta acá sus relaciones son de interdependencia: la política estructura el tiempo, en tiempo o tiempos, sus ritmos, secuencias y temporalidades, pero también esta está constreñida en una determinación del tiempo moderno. El carácter coercitivo y no solo organizador del tiempo demuestra cómo este además de ser un símbolo de relaciones sociales históricas, es reificado a tal punto que termina estructurando los marcos de lo posible.

LAS REVOLUCIONES DEL TIEMPO EN EL TIEMPO

La transición en Cuba no ha sido un proceso homogéneo, ni lineal. Este ha estado constituido por cambios, secuencias de reformas dentro de la propia transición, al punto que para algunos se trata de transiciones dentro de la transición. (Alonso; 2007)

El período revolucionario debe ser entendido a partir de los rumbos institucionales y de la política que fue marcando distintas etapas, las cuales no solo representan giros estructurales sino también de las concepciones del tiempo. Las experiencias del tiempo, en especial del pasado y el futuro varían. Es desde esa ruptura temporal que un presente instauro respecto al *antes* y el *después* lo que hace posible las transiciones.

Juan Valdés Paz, establece una periodización del sistema político cubano en los siguientes períodos: 1959-1961; 1961-1966; 1966-1975; 1975-1994. (Valdés; 2009) Cada uno de ellos es definido fundamentalmente por la institucionalidad existente, la normatividad representada a través de un orden constitucional, así como la democratización o “democraticidad” que acompañó estos períodos de transiciones. Junto con él otros autores tienden a realizar un análisis más estructural-institucionalista de las reformas dentro de la revolución, desde el cual sostienen sus periodizaciones. Los cambios producidos en las temporalidades, sin embargo, no pueden ser concebidas solo desde lo estructural -aún cuando en sociedad el tiempo es una de sus estructuras fundamentales sino la más-, se necesita también observar cómo ocurren esas variaciones y rupturas en y desde las subjetividades y las experiencias. El tiempo es estructura y experiencia, su doble carácter impone superar entonces los análisis estructurales y subjetivistas para dar cuenta de las conexiones entre ambas dimensiones del cambio social.

En este sentido, para ir dando cuenta de cómo se expresan y producen en las concepciones del tiempo (producción de ritmos y temporalidades) las transiciones dentro de la revolución, se propone una secuencia temporal de la transición más flexible. Es difícil poder situar la transformación y los procesos de transiciones a partir de un momento específico, un evento o hecho. Si bien es cierto que ciertos acontecimientos visibilizan giros en la vida social, esos cambios solo son posibles de instituirse si ha habido un período previo de transición hacia ese cambio, si ha habido una transformación cultural. Suelen en la historiografía cubana –y en la historiografía en general– tomarse ciertos hechos como parte aguas entre un antes y un después. En realidad los hechos –leídos siempre a posteriori como parte aguas– son solo contruidos en el tiempo como tal y en última instancia son símbolos de un proceso de cambio y ruptura que los excede, hacia atrás y hacia adelante.

En este sentido, se entiende que en Cuba han habido varias rupturas-continuidades dentro de la revolución en las cuales se han producido ritmos y producción de temporalidades diferentes, las que responden a los contextos históricos que ha vivido la revolución, al mismo tiempo que estos cambios inciden en esos contextos. La periodización que se propone, al no poder situar la transición en un momento fijo por lo antes expuesto, entiende los años sesenta como una primera etapa, los setenta una segunda, los ochenta la tercera y los noventa la cuarta. Aún cuando el inicio del siglo XXI introduce cambios dentro de lo que se considera la cuarta etapa, en términos de los principios que rigieron la reforma de los noventa, el cambio cultural, en las subjetividades y en la producción del tiempo tienen una continuidad hasta hoy.

Valdés Paz, Joel C. Edelstein, Fernando Martínez (1999) entre otros estudiosos de la transición socialista cubana, identifican el período 1959-1961 como el momento de una aceleración social. En esta periodización existen diferencias entre los autores, según los procesos que es de interés resaltar conciben esta primera etapa de 1959 a 1963 (Valdés Paz, 2009), o lo concentran en los tres primeros años (Martínez Heredia; 1999). Como no es interés centrarse en el análisis de los límites marcados por cambios en la institucionalidad que se estaba gestando en el país, no se trabajará con este estilo de periodización, sin embargo no se desconocerá, ya que sin dudas los cambios en la institucionalidad son interdependientes con las rupturas-continuidades del tiempo.

Lo que es de interés resaltar para este ensayo es que estos primeros años que extendemos durante todos los sesenta, y de modo especial durante sus primeros siete años, se caracterizaron por un fuerte proceso de nacionalización, no solo institucional sino también en la cultura política de cubanos y cubanas que comienza a forjarse. El rol de los líderes políticos y el tipo de vínculo que establecen con el pueblo son una muestra de ello.

Es el período en que se produce una política a largo plazo pero reconociendo las demandas en el corto plazo de la ciudadanía. En realidad no se produjo una política del largo plazo en sustitución del corto plazo, como algunos autores plantean (Edelstein, 1996), sino que la política socialista reconocía como único medio para solucionar los problemas del corto plazo, el largo plazo. Este es uno de los rasgos de interés para profundizar en la interpretación sobre los futuros de Cuba.

La comunión entre proyecto colectivo de nación y proyectos individuales fue posible porque la revolución se democratizó, no solo al declarar una revolución de los humildes y para los humildes, sino que actúa en su favor y reconocimiento.

Si se toman como ejemplo cualquiera de las grandes reformas de estos años, la reforma agraria o la campaña de alfabetización, pueden

entenderse a través de ellas la puesta en marcha de una política del largo plazo pero a su vez, realizada en el corto plazo, no divorciando una concepción del tiempo con otra, sino logrando unir las en un acto no menos que heroico.

Este es un cambio que produce la revolución en la concepción del tiempo moderno, como estructurador de la política, donde corto y largo plazo se hacen irreconciliables.

Otro rasgo del período es su ruptura con el pasado, pero esta ruptura con el pasado no era solo el medio para instaurar un orden nuevo, sino que era la única vía de construir un proyecto opuesto a los anteriores. Así como el largo plazo es el medio en la transición para hacer posible una política de corto plazo, es decir, articular el futuro con el presente individual y colectivo, la ruptura con el pasado es la única vía de construir un futuro para Cuba, también en ambos planos.

Este período de constitución del poder revolucionario (Valdés, 2009), de un *espíritu* nuevo del pueblo (Martínez, 1999), no da cuenta solo de un gran poder político, sino social. La articulación entre proyecto nacional y proyectos de vida individual, el encausamiento de las aspiraciones individuales dentro del marco de país proyectado, imprimen un futuro diferente en Cuba.

Son los años de *La era está pariendo un corazón* (1968) donde Silvio Rodríguez canta: *La era está pariendo un corazón./ No puede más, se muere de dolor,/ y hay que acudir corriendo/ pues se cae el porvenir/ en cualquier selva del mundo,/ en cualquier calle./ Debo dejar la casa y el sillón./ La madre vive hasta que muere el sol, y hay que quemar el cielo/ si es preciso, por vivir./ Por cualquier hombre del mundo, por cualquier casa.*

La certidumbre que caracteriza no solo a los líderes políticos, sino al propio pueblo, es tal vez el símbolo del tipo de futuro que se constituía y por tanto de las condiciones de un presente ya en sí utópico¹¹.

Según Haroldo Dilla (1996), la ideología y el liderazgo político de estos primeros años dejaba muy poco espacio a la incertidumbre, se proyectaba una política segura, certera, en la medida en que dejaba muy poco espacio a la incertidumbre acerca de la triple interpelación sobre lo existente, lo mejor y lo posible. Y esto porque se trataba de un proyecto que interrelacionaba las percepciones de la vida cotidiana, y sus problemas, con el discurso y la práctica política.

En una etapa tan azarosa, como los primeros años de la revolución en el poder, tanto por la falta de experiencia como por el ame-

¹¹ En el sentido no de imposible, sino de volver posible lo imposible mediante el reconocimiento de sus límites, tal como señala Hinkelammert 1984 en *Crítica a la razón utópica* (San José:DEI)

nazante contexto externo y en parte interno que tenía como centro la relación con Estados Unidos y el rompimiento de las mismas, lo llamativo es cómo la certidumbre se apodera de la construcción del futuro.

Cuando comenzó el poder revolucionario hace cinco años, nosotros estábamos conscientes de que por delante teníamos un inmenso y difícil trabajo. ¿Y cuál era la situación de todos nosotros, cuál era la situación del pueblo? ¿Y cuál era la situación de todos los dirigentes revolucionarios ante esa tarea? Era una situación de optimismo, sí, de confianza en nosotros mismos, desde luego. Teníamos la íntima seguridad de que, por grande y difícil que fuese esa tarea, marcharíamos adelante (Castro, 1964).

Pero la tarea que teníamos delante no era una tarea militar, era una tarea distinta, era una tarea mucho más compleja; se trataba de echar abajo todo un orden social injusto, todo un orden social anticuado, todo un orden social anacrónico, y construir una vida social nueva para nuestro pueblo (Castro, 1964).

Este es el período donde se produce una fuerte conciencia sobre el rol del futuro, la necesidad de constituir un futuro realizable. Hacia él se encamina la política en todas sus esferas y ello impacta las subjetividades.

La “generación de los sesenta” se caracteriza no solo por las hazañas de grandes programas que fundieron lo colectivo con lo individual, sino porque vivenciaron una gran movilidad social ascendente y una activa participación”. (Domínguez; 1998).

Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación incluso de nivel superior, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica. Constituyeron también un grupo de transición en cuanto a valores y normas de conducta (Domínguez, 1998: 28).

La confianza política y la seguridad vivenciada tanto por los líderes políticos como por el pueblo, en un contexto de efervescencia, donde las amenazas a la revolución eran directas e impactaban al proyecto y la vida de cubanos y cubanas¹², paradójicamente impregnan el sentir

12 El bloqueo económico, financiero y comercial impuesto por E.U hacia la isla, las agresiones armadas, la formación de grupos contrarrevolucionarios dentro del país y la política de terrorismo de Estado son algunas de las pinceladas de este cuadro que fue formándose dentro de una política de hostilidad de E.U hacia Cuba desde el mismo triunfo.

de estos años. La certidumbre caracteriza la construcción del futuro. La esperanza comienza a encontrar espacio en la revolución, también porque esta produjo un despegue de las aspiraciones sociales.

Es el período en que según Martínez Heredia: “la gran diversidad social cubana fue afectada profundamente y en un plazo muy breve. (...) Re-identificaciones –y nuevas identificaciones– se producían en un tiempo muy breve, atinentes a la soberanía, la nación, la justicia social, la igualdad, el poder del pueblo, el enemigo; y un terreno más íntimo, atinentes a la propia entidad de las personas en cuanto a creencias, fuerza propia, deberes, expectativas, virtudes, derechos y destino. (Martínez, 1999: 85)

Para este autor la nueva política no contaba tanto con organización como con emoción (Martínez, 1999:91) Esta interpretación reconoce junto a otros autores, la constitución de una subjetividad social nueva. La revolución del tiempo, sus temporalidades, ritmos, el presentismo que cobró el futuro en estos años, son una expresión directa de tales transformaciones.

Las etapas posteriores fueron produciendo un tiempo –como continuum- a la revolución. Con ello quiere decirse que la transición fue haciéndose *en el tiempo, con tiempos*. Este despliegue en el tiempo cronológico significó vida y experiencias acumuladas para el proyecto. Se acumularon aciertos y fracasos. El paso de los años fue marcando logros y también desviaciones.

LOS SETENTA...

La década del setenta expresa un giro con el período anterior en términos de política y de subjetividad. Es el contexto de la zafra de los 10 millones, la cual se construyó como una nueva revolución dentro de la revolución. Siguiendo el espíritu de las transformaciones de los sesenta, esta también intentó revertir la relación tiempo-política. El logro de esta meta no era solo económico –la producción de 10 millones de toneladas de azúcar en un año, siendo este su principal rubro- sino también ideológico, un símbolo de la capacidad de la revolución por sobre las fuerzas naturales y también sociales.

La zafra alteró en todo sentido el tiempo, incluso el tiempo cronológico, implicó el involucramiento de casi todo el país en este fin. Los trabajadores terminaban sus tareas cotidianas e iban a cortar caña, otros dejaron sus funciones por varios meses y se concentraron en la gran movilización. Más de cuatrocientos mil trabajadores se fueron a los campos a fin de poder hacer posible el futuro inmediato. En regiones como el Oriente, incluso los centros nocturnos se cerraron. La zafra impactó toda la vida cotidiana, su lógica espacio-temporal, pero también las subjetividades.

Así como este hecho dio cuenta de cómo se funden los sueños y creencias colectivos con los individuales, los de los máximos dirigentes del país con el pueblo, también significó un impacto en las experiencias del fracaso. El espíritu *sobrepoderoso* o *todopoderoso* del proyecto revolucionario queda cuestionado a escalas amplísimas. No solo porque movilizó a todo el país, dirigentes, trabajadores, amas de casa, niños y jóvenes, a la familia en general de la cual salían sus miembros para estar casi un año haciendo posible esta nueva obra de la revolución, sino porque la posibilidad de hacerla real, la esperanza y fe en el presente-futuro se consolidaba logro tras logro. No cumplir con la meta de los 10 millones además de las implicancias en el orden económico –del modelo económico– fue sobre todo un impacto para la política, su intento de dominar y reestructurar al tiempo más allá de las condiciones que hacen posible esa transformación fue un fracaso político.

En el plano de la subjetividad colectiva, se procesa tanto el sacrificio, la frustración como una continuidad de la certidumbre, la fe en el futuro como un futuro no solo deseado sino también posible¹³. Según Valdés Paz: “Sufrimos demasiado tratando de conseguir una meta, pero nos la creímos. Aquel fue el momento en que la sociedad cubana ha tenido un mayor nivel de movilización en la lucha por una meta fijada por la dirección de la Revolución”. (Valdés Paz; 2012)

En el discurso pronunciado por Fidel el 19 de mayo de 1970, a solo unas semanas de concluir la zafra, en el Acto de recibimiento de once pescadores secuestrados, este ya antecede el impacto en la subjetividad que este proceso implicaría:

Si nosotros no hacemos los 10 millones tendremos dos cosas: una derrota moral incuestionable. No hay duda. ¿Y eso por qué? Porque nosotros creemos sinceramente que existían las condiciones objetivas para imponerse y alcanzar una meta de esa naturaleza [...] Si esa meta no se alcanza, solo sobre nosotros mismos, sobre los revolucionarios, habrá que buscar las causas, las razones, que no son objetivas y que son subjetivas. Tendríamos que hacer el recuento de todas nuestras debilidades, ineficiencias, que todavía nos quedan en el proceso revolucionario. Tendríamos que sacar esa cuenta, pero con valentía. Afrontar una derrota. Sí. Moralmente no alcanzar los 10 millones sería una derrota. No hay la menor duda [...]

13 Aún cuando la zafra de 1970 no alcanzó los diez millones de toneladas, superó los ocho millones, siendo la mayor de la historia hasta ese momento. Al respecto de las condiciones e implicancias de la zafra de 1970 ver: Valdés Paz, Juan; Díaz, Selma; Díaz, Julio A. (2012) . La zafra de los diez millones: una mirada retrospectiva. En <http://www.rebellion.org/docs/168474.pdf>

Subjetivamente para nosotros significaría que estuvimos por debajo de las posibilidades, significaría que no fuimos capaces de alcanzar esa meta. Objetivamente no. Nosotros no tenemos la menor duda de que lo que el país está haciendo hoy y lo que el país está logrando hoy significará un récord de incremento de producción que no se ha logrado jamás en la historia económica de ningún país, incluso un récord que ni nosotros mismos volveremos a alcanzar jamás. Y una buena prueba de ello es que dos meses antes ya hemos dejado atrás el máximo de producción de los capitalistas (Castro, 1970).

La certeza en el futuro sigue constituyendo un pilar de la revolución, al mismo tiempo que esta es la que hace posible esa experiencia subjetiva sobre las temporalidades, en especial sobre el porvenir. Silvio sigue cantando Cuba Va: *Puede que algún machete/ se enrede en la maleza/ puede que algunas noches/ las estrellas no quieran salir/ puede que con los brazos/ haya que abrir la selva/ pero a pesar de los pesares/ como sea, Cuba va. (1970)*

Sin embargo el cursar temporal y vivencial de la transición, esto es, su devenir cronológico y los fracasos, sobre todo en materia de modelos económicos, impulsados siempre por un tipo de política que iba centrándose cada vez más en la decisión de los dirigentes y no en un proceso democratizador, fue moldeando esas certidumbres, las experiencias del tiempo, los futuros imaginados y las evaluaciones sobre el pasado.

Yo no reniego de lo que me toca,/ yo no me arrepiento pues no tengo culpa ,/ pero hubiera querido poderme jugar/ toda la muerte allá, en el pasado,/ o toda la vida en el porvenir que no puedo alcanzar./ Sé que hay que seguir navegando./ Sigán exigiéndome cada vez más,/ hasta poder seguir/ o reventar. (Silvio Rodríguez,1970)

Se ha tomado el ejemplo de la zafra no solo para dar cuenta de cómo la política estructura todo orden posible –incluso el de los días y las horas– sino para ir mostrando las variaciones que estarán presentes, tanto en los ritmos como en los pasados y futuros construidos en este período. Con ello no se considera que la zafra haya sido ese momento de ruptura con el espíritu certero y acelerado de los primeros años del triunfo, de hecho ya en los discursos de la segunda mitad de los sesenta comienzan a notarse visos de una mirada retrospectiva y no solo proyectiva dentro de la propia revolución, reconociendo ciertas fallas y previendo rectificarlas, pero el espíritu sigue siendo una certidumbre total en el

futuro, un ritmo acelerado que lucha por separarse en tiempo y formas del pasado colonial e instituir en el presente-futuro una nueva sociedad.

Los setenta y ochenta marcan una relación más estrecha con la URSS, las cuales habían comenzado desde 1960. La entrada de Cuba como miembro al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) después del fracaso de la zafra de 1970 y el apego a un proceso de organización y funcionamiento político cercano al de la Unión Soviética, trajo entre otras la centralización como principal medio de producción de la política. El centralismo caracterizó tanto la organización de la economía como el resto de la política. El centralismo democrático es el diseño en que se encauza el modelo de democracia, ubicando al Partido como institución principal de funcionamiento del sistema político. (Valdés Paz, 2009).

LOS OCHENTA

El crecimiento de mejores condiciones económicas impactó la vida de cubanos y cubanas durante estos años, en especial durante los ochenta donde se vive un estado de bienestar, pero junto a ello también creció la burocracia, la deformación del sistema político, una política paternalista y verticalista que revertía poco a poco el proceso de participación y democratización vivenciado durante la primera década. El diseño institucional no potencia el control popular y la ampliación del debate público en esta etapa, se produce una separación entre un alto mando donde se centralizan las decisiones y el resto de los grupos sociales. (Dilla; 1996; Valdés Paz, 1996; Espina, 2008)

Para algunos autores como Mayra Espina la transición hasta 1975 tiene un carácter ecléctico, donde se interconectan tanto una participación directa y poco formalizada, de contacto entre pueblo y líderes, como construcción y visibilización de las demandas sociales y de legitimación del poder, con caracteres de la experiencia soviética, por ejemplo la identificación de la propiedad social con la estatal y la alta centralización de la vida económica y social (Espina; 2008).

Lo que mina este período en la construcción de los tiempos es una cierta desaceleración, o al menos ritmos distintos a los vividos en la primera década. Los pasados producidos ya no solo son el pasado de la república colonial, en sentido negativo, y el pasado de las herencias independentistas y antiimperialistas, en sentido positivo, sino que se diversifica en un tercer pasado: el pasado inmediato de la propia revolución en el poder. La revolución comienza a construir su pasado, no solo porque se ha producido el tiempo como duración, sino porque ha habido una acumulación de hechos, experiencias que son en sí la revolución.

Silvio escribe en el ochenta y ocho:

En busca de un sueño van generaciones. /En busca de un sueño/ hermoso y rebelde./ En busca de un sueño que gana y que pierde.(...) En busca de un sueño/ partí con mi día./ en busca de un sueño/ que no hay todavía.

La mirada retrospectiva comienza a tener espacio en los discursos e imaginarios. Los cubanos ya no solo miran al futuro y construyen su futuro a partir de anular un pasado específico y legitimarse, apropiarse de otro, sino que empiezan a producir el propio pasado de la revolución. Este pasado responde a un ejercicio evaluativo sobre la política fundamentalmente. El pasado está cargado siempre de valoraciones. El recuerdo y la memoria no son el registro *objetivo* de hechos ocurridos *antes de*, sino la percepción valorativa de esos hechos, la vivencia sobre la vivencia constituida siempre desde un punto movedizo.

Con esto se afirma que el pasado no es uno, uniforme y homogéneo pero el presente tampoco. Los sujetos se relocalizan en el presente y esa relocalización también impacta en sus pasados, en los pasados producidos por él y los futuros. Al mismo tiempo la relocalización de los sujetos en el pasado, esto es por la memoria de otros sujetos y la propia, por la historia, genera una movilidad de ellos en el presente y futuro.

El Proceso de Rectificación de Errores y Conductas Negativas que se formaliza a partir de 1986, pero que tiene sus antecedentes desde años antes, es un ejemplo del rol del pasado en la transición, un rol nuevo, de evaluación sobre el propio curso interno de la revolución. El propio discurso oficial mezcla el espíritu orientado al futuro con la crítica al pasado de la transición.

Ya hemos cumplido algunos programas desde que surgieron las ideas revolucionarias, desde que iniciamos la lucha contra la tiranía. El Programa del Moncada no solo se cumplió –el Programa del Moncada se cumplió en relativamente poco tiempo, en los primeros años de la Revolución–, sino que el Programa del Moncada se sobre cumplió ampliamente; lo que la Revolución hizo a lo largo de estos 25 años, es mucho más de lo que nosotros podíamos soñar en aquellos tiempos. De modo que no será para nosotros nada nuevo aprobar un programa y cumplirlo, pero debemos saber los requisitos que exige el cumplimiento de un programa.

El cumplimiento del Programa del Moncada exigió mucha lucha, muchos esfuerzos y muchos sacrificios; pero se cumplieron los requisitos para llevar adelante aquel programa, para cumplirlo y sobre cumplirlo. Por eso es necesario que nosotros estemos muy conscientes de cuáles son las premisas para cumplir este Programa, y a ello se debe precisamente, que hayamos dedicado casi todo el tiempo de nuestra sesión diferida al proceso de rectificación de errores y de lucha contra

las tendencias negativas. (Refiriéndose al Proceso de Rectificación) Por eso es tan amplio, porque abarca toda la actividad revolucionaria y la necesidad de rectificar allí, dondequiera que hayamos cometido errores o que se hayan desarrollado tendencias negativas en nuestro proceso revolucionario.

No poco tiempo ocupó en nuestras sesiones finales el problema, precisamente, de la organización del trabajo y los salarios, y los problemas de la disciplina laboral, del aprovechamiento de la jornada de trabajo, los interruptos y todas esas cuestiones, de gran trascendencia para la vida de nuestro país y de la Revolución; bastante tiempo llevó también lo relacionado con esa cuestión tan fundamental y tan decisiva para el futuro, que es la exigencia y la eficiencia en la educación (Castro, 1986).

En este fragmento Fidel expresa no solo un proceso de evaluación hacia la política y el curso de la transición, sino que sigue ubicando el futuro como espacio orientativo del proyecto. Esta mirada al pasado es condición para hacer presente el futuro. No se trata de un pasado idealizado, ni añorado como sí se produce a partir de los noventa. Tampoco hay un énfasis hacia pasados antes del triunfo de 1959 como caracterizó la década del sesenta, sobre todo los primeros cuatro años.

La transición no llegó a completarse en los períodos anteriores a la crisis de los noventa. (Espina, 2008) La igualdad y la eliminación de desigualdades no fueron alcanzadas de modo estructural en las tres primeras décadas de la revolución. “El socialismo cubano no llegó, aun antes de la crisis, a completar sus tareas de transición. No estaba configurado totalmente y no podían estar, por tanto, resueltos totalmente los problemas inherentes a la superación de desigualdades y desventajas sociales. Su composición social, incluso con anterioridad a la crisis y la reforma, aunque había avanzado considerablemente en materia de igualdad, era diversa y expresaba diferentes grados de acceso a las ventajas sociales y satisfacción de necesidades”. (Espina, 2008: 112)

Este cuadro permite comprender los giros producidos a partir de los noventa. Tanto en plano de las temporalidades: la constitución de un pasado construido críticamente respecto a la revolución pero también como historia de sus logros; así como las consecuencias de un modelo económico insertado en el campo socialista, el cual permitió una creciente satisfacción de las necesidades de cubanos y cubanas pero desde una perspectiva paternalista, ensanchando el poder y espacio del Estado y sus estructuras frente al poder del pueblo.

LOS NOVENTA MÁS ALLÁ DE UNA DÉCADA

Cuando niño yo saqué la cuenta/ de mi edad por el año dos mil/ (el dos mil sonaba como puerta abierta a maravillas que silbaba el porvenir)./ Pero ahora que se acerca saco en cuenta/ que de nuevo tengo que esperar,/ que las maravillas vendrán algo lentas porque el mundo tiene aún muy corta edad. (Silvio, 1989)

La crisis de los noventa ha sido leída sobre todo desde el plano económico (Carranza, Monreal, Gutiérrez, 1995; González, 2002) y sociopolítico (Guanche; 2012; Valdés Paz, 2009; Espina, 2008), pero en ninguno de los dos campos se han realizado estudios que den cuenta de las transformaciones producidas sobre el tiempo, en las relaciones tiempo y política en el período.

La reforma socioeconómica y política –institucionalizada en la Reforma constitucional de 1992– expresa una nueva transición dentro de la transición. (Alonso, 2007) Cuba se encuentra a partir de estos años en la encrucijada de seguir siendo socialista, seguir un proyecto en favor de las mayorías, pero cambiando las nociones de igualdad y justicia social, y haciendo de su modelo algo más ecléctico de lo que ya era.

La emergencia de lo económico empieza a ganar terreno sobre el campo de la política, teniendo un segundo momento de fuerte empuje a partir de la “actualización del modelo económico”, esta segunda reforma que profundiza la de los noventa e inserta cambios nuevos y áreas de acción como la política social. Esta reforma ha tenido lugar desde 2010 con el Proyecto de Lineamientos de la Política Económica y social del Partido y la Revolución, los cuales fueron aprobados en abril de 2011.

El período que va desde los noventa hasta la actualidad es un momento de desaceleración, no solo en el campo de las políticas, sino de la propia subjetividad. Sin embargo, en cuanto a ritmos, la segunda reforma producida a partir de 2010 pareciera mostrar un giro en los ritmos producidos durante los años anteriores. Los cambios propuestos estarían dotando de cierta des-desaceleración. Sin embargo esta ha sido una de las principales críticas realizadas a los cambios, su lentitud y no contar con un cronograma que los haga efectivos en el corto plazo. Los ritmos producidos desde la década del noventa comparten un rasgo fundamental con el presente de Cuba más allá de la continua desaceleración, la imposibilidad de determinar y controlar esos ritmos. La espera, el no poder vislumbrar cambios en períodos de tiempo determinados, se une con la dificultad para proyectar el futuro. Es en este período donde se problematiza el futuro, desdibujándose como proyecto. El futuro comienza a reconfigurarse desde la incertidumbre y el aplazamiento.

En las etapas anteriores el futuro seguía siendo un pilar sostenedor de la revolución, había una sociedad proyectada, y hacia ella se dirigían proyectos individuales y colectivos, o en relación a ella se separaban, quedaban al margen, pero existía ese horizonte. En los noventa el futuro se pierde, se deslocaliza ensanchándose el presente. Las crisis tienden a volver todo el tiempo en un presentismo, el aquí y ahora. La resistencia se produce en el presente, sin embargo, una resistencia que no haga uso del pasado y del futuro, es una resistencia efímera.

El presentismo del aquí y ahora, de resistir y sobrevivir al hoy, se instituyó con un carácter espacial en los noventa y no ha dejado de dominar la producción de la vida cotidiana de cubanos y cubanas estas últimas décadas.

Los ritmos de los cambios, de la experiencia revolucionaria fueron acoplados a las demandas y cursos del proyecto mismo. La crisis de los noventa expresa un momento de desaceleración en todos los niveles, no solo económico.

Cada período, como momento de transición dentro de la transición, o transiciones sucesivas, se vale de una ruptura temporal también, y en esa ruptura se constituyen nuevos pasados, nuevos presentes y futuros. Los noventa producen un nuevo pasado que comienza a convivir con aquellas representaciones del pasado colonial, el pasado heredero de las luchas independentistas (sobre todo en las generaciones que tuvieron experiencias más cercanas en el tiempo y en su socialización a estas realidades), y el pasado propio de la revolución (en las generaciones que han crecido y vivido dentro de la revolución en el poder, en especial el pasado de los ochenta y los sesenta).

La particularidad de los años ochenta, el estado de bienestar producido en esos años, amparado en las relaciones con el campo socialista, produjeron otra sociedad. La vida cotidiana quedó impactada por una fuerte política social. La igualdad y la justicia social parecían haberse alcanzado. Fue un momento de expansión de las expectativas sociales, las cuales se habían venido ensanchando con el triunfo mismo.

Según María Isabel Domínguez: “La socialización de la generación de los 80 tuvo sus peculiaridades. El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, enmascaró el estancamiento económico que se había iniciado y que evidenciaba las limitaciones del modelo de planificación y dirección de la economía adoptada. La imagen que se formó fue la del crecimiento económico a partir del crecimiento del consumo. Ello contribuyó a fomentar la elevación de las expectativas de la población y en especial de la juventud, reforzadas por distintas instituciones socializadoras como la familia, la escuela y los medios de difusión.

Sin embargo, esa elevación de las expectativas se producía en un momento en que la estabilidad social lograda y la menor dinámica de crecimiento económico reducían el ritmo de la movilidad social ascendente para esa generación". (Domínguez, 1998: 29)

El futuro entonces no solo era cuestión de fe y certidumbre, era posible y real. La imposibilidad de mantener el curso del bienestar de esos años en las décadas siguientes, genera una ruptura entre las expectativas y las posibilidades para su satisfacción. Según Domínguez se produjo un desbalance entre la socialización y la participación, donde primó la primera. (Domínguez, 1998) Con ello se enfatiza en que si bien la dimensión económica tuvo un peso fundamental en esta ruptura y los modos en que serán procesadas las temporalidades en lo adelante, sería un reduccionismo explicarlo solo desde allí.

La ruptura se produce en el terreno de las subjetividades, en la configuración de las generaciones, también por condiciones sociopolíticas y por la propia historia de la revolución. Cuando se analizan los primeros años de este proceso, las necesidades económicas también fueron un fuerte constreñimiento al proyecto. No hubo derrumbe del campo socialista porque tal cosa no existía aún para Cuba, pero hubo derrumbe del campo norteamericano, el cual era el centro de subsistencia de Cuba en una fuerte dependencia. Pero esa Cuba tenía pasados diferentes a los que se producen a partir de los noventa. A la Cuba de los sesenta solo le quedaba apostar por el futuro, un futuro que rompiera totalmente con el pasado colonial. La Cuba de los noventa ya ha pasado y está en un proceso de Rectificación, es una Cuba que ha vivido las grandes hazañas y sacrificios, que ha vuelto posible lo imposible pero que también reconoce las imperfecciones, los errores.

Es ya un proyecto que cuenta con más de cuatro décadas de vida, donde se han socializado varias generaciones, impactadas por estas transiciones y por lo tanto con una imagen más heterogénea sobre lo que es, ha sido y puede ser la revolución, también de lo que no puede ni debe ser.

El peso del paternalismo recae con fuerza a partir de la crisis de los noventa donde se comienza una paulatina "liberalización" del Estado. Este proceso descoloca a los sujetos hasta hoy, los cuales siguen viendo en el Estado la principal figura responsable de la vida ciudadana. Visión que permanece en aquellos grupos con mayores desventajas sociales, las cuales no pueden sobrevivir con una "liberalización" del Estado y que por sí mismos no pueden satisfacer sus necesidades básicas. (Ortega, 2010)

Este proceso de reducción del carácter paternalista y el impulso de una reforma que promueve un sujeto más activo y responsable de su propio bienestar, pero que contradictoriamente no impulsa una

participación integral, en todos los cursos de la vida, explica una cierta desilusión, esa ruptura con las aspiraciones y expectativas en las que se socializaron las generaciones antes de los noventa.

“A partir de ese momento se inició un relativo desfasaje entre las aspiraciones de los jóvenes y las posibilidades sociales de satisfacción para todos, así como entre esas aspiraciones y los esfuerzos individuales desplegados para materializarlas”. (Domínguez, 1998: 29)

En un reciente estudio sobre culturas políticas en Cuba (Ortega; Torres, 2014), uno de los testimonios que se recogen muestra tanto las visiones sobre uno de los pasados inmediato de la Cuba actual, el pasado idealizado, al cual se quiere volver, así como las rupturas que se producen entre estos dos períodos y las características de ese Estado de bienestar de los ochenta, en el que las desigualdades existían pero eran percibidas más en el orden sociopolítico, ya que las condiciones socioeconómicas permitía ciertos planos de “igualdad”.

Cuando empecé a trabajar en el ochenta y tres yo ganaba 111 pesos, 55 en una quincena y 56 en la otra –y disculpa que me meta– pero es algo que nos toca a todos. Yo llegaba al Mercado Centro¹⁴ con mis 55 pesos y hacía una factura, compraba maltas, helado y le compraba juguetes a mi sobrino. Es verdad que la vida cambia, que la crisis es a nivel mundial, que la economía, toda esa serie de cosas, pero ¿cómo se explica que si todos nacimos con la revolución nuestros hijos tengan que pasar tanto trabajo con esta revolución y este mismo gobierno? ¿qué es lo que está pasando? Yo entiendo que aquí ha habido un mal de fondo y se están cometiendo errores porque no es posible que nosotras, las madres, para poderles poner un par de zapatos a los muchachos para que vayan a la escuela, que se lo exigen, tengamos que comprarlo en la shopping¹⁵ para que les dure una semana. [otra mujer interrumpe y dice: es verdad] ¿Cuánto te cuestan? ¿veinte dólares, tú tienes veinte dólares? Por qué el Estado no vende colegiales. Cuando nosotros estudiábamos, vendían colegiales, y no tenían muerte, pasaban de hermano a hermano, pa’l primo, el amiguito. Entonces te exigen, pero tú no puedes exigir lo

14 Conocido como SEARS. El mercado centro o SEARS constituye un ícono de los años ochenta en Cuba, un mercado donde confluían en igualdad de consumo cualquier cubano por sus precios y la variedad y amplitud de la oferta.

15 Tiendas de recaudación de divisas. Estas tiendas ofertan los principales bienes de consumo en cuc. El precio actual del cuc es 25 pesos cubanos, moneda en la cual se paga el salario a los cubanos. El salario promedio en Cuba es sobre los 400 pesos cubanos (MN), o sea menos de 20 cuc mensuales.

que tú no das. ¿Tú crees que se puede? Nosotros salíamos y fiesta-bamos todos los fines de semana, con los cuatro metros de tela que te daban, íbamos todo el mundo igual, pero éramos felices. ¿Quiénes se vestían de shopping? Los hijos de los marineros y los hijos de los pinchos, pero todos los demás éramos felices. (mujer, negra, 56 años)

Este relato grafica uno de los pasados en que se constituyen los sujetos y la propia revolución, y lo ubica como el futuro al cual quisieran volviera Cuba. Para esta mujer de 56 años su futuro es un futuro pasado, su aspiración es volver a esa sociedad donde no solo su salario “alcanzaba” y podía tener cierto consumo que satisfacía sus necesidades, sino donde además todos eran iguales y felices. El horizonte de igualdad que alcanzó la revolución dentro de este estado de bienestar amparado en un modelo de dependencia, por medio de un fuerte Estado paternalista, implicó una percepción y más aún, una experiencia de la igualdad que sigue constituyendo una aspiración para cubanos y cubanas.

En el estudio sobre culturas políticas antes referido, la Cuba imaginada en un futuro de cinco años es para muchos una Cuba más igualitaria.

Los años que han seguido a partir de los noventa han sido de resistencia y subsistencia, pero no solo en el orden económico, también político y subjetivo. Como plantea Aurelio Alonso (2007), se ha hecho necesario “resistir y subsistir en el plano de la continuidad de la sociedad cubana”.

La continuidad de la revolución ha sido posible por la discontinuidad de modelos, estrategias. Una discontinuidad de la política en su sentido amplio, lo cual ha producido también discontinuidades en el tiempo.

Otro de los rasgos de este período y que marca una ruptura con las anteriores, en especial con los sesenta es el dominio de la política de corto plazo sobre el largo plazo. La emergencia cobra espacio a la planificación. La política como proyección queda asfixiada por un contexto que no cuenta con los recursos para solucionar los problemas del presente, y que tiene que desviar los destinados al largo plazo para dar continuidad al presente.

¿CÓMO SON VIVENCIADAS ESTAS RUPTURAS DE TEMPORALIDADES?

Las reformas han sido momentos de rupturas necesarias para hacer posible la continuidad en la transición cubana. Estas rupturas son vividas según algunos autores de manera más intensa por los jóvenes, por la etapa de la vida que atraviesan. (Domínguez, 1998) No se podría compartir ese criterio acá, el testimonio antes expuesto muestra el impacto

de la crisis en la vida y el imaginario de los que ya no son tan jóvenes. Lo que sí debe apuntarse es que estas rupturas son vividas y representadas de modos diversos según las distintas generaciones, no solo por sus caracteres sociopsicológicos intrínsecos, sino por las experiencias vividas en momentos diversos.

La revolución no significa lo mismo para una persona de cincuenta años que quien cuenta con más de setenta o para un joven de treinta. Incluso entre un joven de treinta y otro de veinte las Cubas representadas pueden dar presencia de contenidos diversos, porque han vivido transiciones diversas dentro de la revolución, han experimentado otras Cubas. Con ello no se está sosteniendo que las diferencias se produzcan solo desde lo generacional, sino desde los distintos contextos que han constituido esas generaciones como diversas.

Es a partir de los noventa y la configuración de un Estado paulatinamente menos paternalista, en conjunción con un mercado que comienza a volverse centro en la reproducción diaria, donde las desigualdades minan los grupos sociales, produciendo una re-estratificación social.

Todas estas diferencias, las generacionales, en el sentido de las experiencias vividas en la revolución, así como las socio-económicas y sociopolíticas, se intersectan y son las que explican que las temporalidades desde las que se construye Cuba no sean las mismas.

Los futuros imaginados para Cuba varían de acuerdo a estas diferencias. En el estudio antes referido sobre culturas políticas, los futuros imaginados dieron cuenta de una Cuba desde cuatro posiciones: 1) una Cuba peor, 2) una Cuba “al menos no peor”, 3) una Cuba mejor, y 4) una Cuba que no se imagina. (Ortega; Torres, 2014)

Lo impactante es que estos criterios se sostenían sobre todo en el orden socioeconómico. La economía se ha vuelto el criterio evaluador de la política. Los cambios no solo son mayormente deseados en el orden económico, sino que solo allí se considera ellos puedan ocurrir. La política, es entendida no solo como campo separado de lo económico, sino como espacio de inmovilismo, donde nada cambia. (Pañellas, 2012, 2013; Ortega; Torres, 2014)

El futuro en general se muestra como un espacio conflictivo para cubanos y cubanas, donde les cuesta proyectar tanto al país como la vida individual. Las dificultades para dar cuenta de planes futuros están presente en diversos grupos sociales. (Pañellas, 2012; Ortega; Torres, 2014) La incertidumbre y la desconfianza dominan los imaginarios. La creciente incapacidad para dar cuenta de un futuro a corto plazo (cinco años) tanto en lo individual como colectivo, ha venido no solo configurando el futuro de Cuba, sino su presente.

La acción social tiene lugar en un terreno de incertidumbre y decreimiento, no solo en sentido de un futuro mejor, sino en todo sentido.

La sensación de pérdida del control sobre el curso de la vida, incluso en el plano más individual, se hace presente en cubanos y cubanas de distintas procedencias.

Daybel Pañellas, en un estudio sobre identidades en distintos grupos de la estructura socioclasista en Cuba, muestra los contenidos de esta incertidumbre desde los diferentes grupos. Para los dirigentes, sostiene la autora, la incertidumbre se refiere sobre todo a su posición sociopolítica: «*Nos pueden cambiar del cargo*», «*dependemos de los cambios que hagan los dirigentes del escalón más alto*», «*el obrero puede estar veinte años en el cargo, mientras que al dirigente lo pueden cambiar de un día para otro*». (Pañellas, 2012)

Para los cuentapropistas¹⁶, el futuro también es incierto: «¿Quién sabe cómo será el futuro? Yo no tengo confianza ninguna». «El cubano de por sí es muy inseguro. Tal vez nuestro sistema político cambie ¿y los cuentapropistas qué?». «Estarán estresados, inseguros porque están esperando nuevas medidas; los impuestos pueden aumentar y acabar con los negocios».

Para los obreros el futuro posible es un futuro que implique movilidad social. «Podemos subir, estudiar y llegar a ser dirigentes». Pero a su vez el futuro de los dirigentes es percibido por este grupo como inseguro.

Igualmente los intelectuales dan cuenta de la incertidumbre, apuntando hacia el dinamismo de los procesos en función del contexto: «La confianza no la puede tener nadie porque cada día las cosas cambian». Sin embargo es un cambio entendido como azaroso, con un ritmo desacelerado: «Las cosas se mueven lentamente, nada de grandes cambios ni sorpresas» (Pañellas, 2012).

La investigación de esta autora tiene altas coincidencias con el estudio sobre culturas políticas referido (Ortega; Torres, 2014), en el cual se exploró en la dimensión temporal de la política en un grupo de cuentapropistas y estudiantes de enseñanza media y universitarios.

En estos grupos la incertidumbre y el escepticismo caracterizaron los futuros proyectados, tanto para sí (orden individual) como de la nación (colectivo). Se mostraron dificultades para dar cuenta del futuro, para visualizar un horizonte mejor o peor. Las causas identificadas por los propios sujetos explicativas de esta incertidumbre están en lo azaroso de los cambios que se están viviendo y en una experiencia del pasado que da cuenta de una política también vertiginosa, que no ha

¹⁶ Son trabajadores que siendo o no propietarios de los medios y objetos de trabajo no están sujetos a un contrato laboral con entidades jurídicas y no reciben remuneración salarial. No todos son trabajadores independientes, porque algunos son empleados por otros trabajadores por cuenta propia. En ese sentido son empleados, empleadores y autoempleados

seguido una línea o curso identificable por la ciudadanía. El inmovilismo de la política fue otra de las razones que obstaculizan la proyección del futuro. La política es vista como una esfera independiente de la economía y donde no se producen cambios, al menos no los suficientes como para cambiar las condiciones de posibilidad de los sujetos (Ortega; Torres, 2014).

Según Pañellas (2012), en sus resultados se muestra una pobreza motivacional, en especial en las expectativas respecto al futuro. Para Ortega y Torres (2014), la incertidumbre, la desesperanza –para el caso de las generaciones mayores que tenían unas expectativas respecto al futuro de la revolución– y el escepticismo – en las generaciones más jóvenes– son las características principales de los futuros imaginados.

En contraposición, –o de modo complementario– el futuro imaginado se conecta con el futuro deseado. El imaginado se constituye en gran medida desde la evaluación sobre las condiciones de posibilidad de la vida en el presente y el pasado, pero el deseado proyecta las aspiraciones como aquello que se quisiera tener pero de lo cual no se tienen certezas para su realización. En este sentido también tiene una condición evaluadora: se desea lo que no se tiene, pero sobre todo normativa-orientadora, del deber ser, tanto personal como colectivo.

La Cuba deseada es fundamentalmente una donde hayan mejoras económicas, las cuales generen mejores condiciones de vida para todos y en relación con ello, una Cuba más igualitaria. En el estudio de Ortega y Torres (2012), la Cuba deseada por los sujetos investigados no refería un crecimiento económico a cualquier costo, sino a mejores condiciones en la reproducción de la vida que tuviera en cuenta las necesidades, aspiraciones y también la formación (los pasados) de los sujetos. Se aspira un futuro que no se desconecte con cierto pasado de la revolución: aquel que perseguía políticas igualitarias, que amplió las expectativas a través de un elevado nivel de formación educacional, que socializó a generaciones enteras en los principios de una sociedad socialista, de fuerte lucha contra las expresiones de relaciones capitalistas de explotación.

En 1998 María Isabel Domínguez ya apuntaba en el contexto de la crisis:

A la actual generación joven cubana le ha tocado ingresar a la vida social en un momento difícil, en el que se ha alterado el ritmo, más o menos estable, con que se movía la sociedad por casi tres décadas y en el que se han recortado posibilidades que estuvieron al alcance de las anteriores, como disponer de un lugar asegurado en una estructura socioclasista con alto grado de homogeneidad y un nivel de bienestar garantizado

mediante esa inserción. Estas posibilidades no solo se refieren a la situación actual, sino a sus posiciones futuras (Domínguez, 1998: 32).

En realidad estas últimas décadas han dado cuenta no solo del cambio en el ritmo de los cambios (desaceleración), y desfasaje entre expectativas y posibilidades de realización en la sociedad que las constituye, sino también de un rompimiento en las temporalidades, produciendo nuevos pasados y futuros y no solo un presente en crisis.

Al mismo tiempo el desfasaje no es solo entre expectativas y contexto, sino entre expectativas y expectativas, o sea, entre los tiempos-transiciones de la revolución. Habría que apuntar ya más de dos décadas después de la reforma de los noventa que ella no solo afectó a las generaciones más jóvenes, incluso, sostener que fueron las más impactadas es un argumento muy cuestionable, porque las generaciones cuyas experiencias se desarrollaron en etapas anteriores dentro de la revolución, también vivencian un choque entre expectativas formadas en contextos tan diferentes como fueron los años ochenta, setenta o sesenta y las reconfiguraciones realizadas sobre estas en los noventa. Esa ruptura se percibe como frustración, como quiebre y desesperanza.

Se produce desesperanza allí donde había algo que esperar. Las generaciones jóvenes no dan cuenta tanto de desesperanza como de escepticismo. (Ortega; Torres, 2014) Quienes han tenido experiencias en décadas anteriores viven de otro modo la transición de los noventa, no solo por lo que ella implicó –e implica– en sí sino por lo que significa en relación a las etapas anteriores. Los sentidos producidos en estos últimos años son constituidos también desde esos pasados, en relación con ellos, a las vivencias tenidas en ellas y al mismo tiempo esos pasados se reconstruyen a partir del presente en crisis.

Algunos testimonios recogidos en la investigación sobre culturas políticas expresan estas rupturas desde la vivencia del tiempo:

“Mi padre fue combatiente, vino con Fidel, entró a la habana el 18 de enero, y me decía que esto era precioso, que era muy lindo –no deja de serlo, yo te estoy diciendo lo que me dijo– pero habían muchas cosas que chocaban” (mujer, cuentapropista, 52 años)[...]yo soñé otra cosa. Mi padre me hizo un patrón y yo idealicé ese patrón. Entonces eso influyó en mis estudios. Estudié, estudié, todo el tiempo me lo absorbían los estudios. Cuando choqué con la realidad, para nada. Hoy soy cuenta-propista” (mujer, ingeniera forestal y máster en informática, devenida con la última reforma del 2010 en cuentapropista) (Ortega; Torres, 2014)

Estos discursos muestran cómo las rupturas temporales se producen desde rupturas en las subjetividades y sus contextos. La crisis de las últimas décadas da cuenta de una crisis de la vida cotidiana no solo en el plano socio económico y político, también en los patrones temporales de organización de esa vida (los ritmos instituidos, posibles y esperados de lo social, así como el pasado y sobre todo el futuro posibles y no posibles). El desfase entre expectativas y expectativas, a partir del desarme de los contextos que las produjeron expresa esas rupturas temporales. La crisis de los noventa ha sido sobre todo una crisis del tiempo, los tiempos de la revolución.

EL FUTURO INCIERTO DE CUBA

Las revoluciones constituyen rupturas sobre el tiempo, en antes y después. Pero la revolución, para poder constituirse como continuum en el tiempo necesita producir rupturas sucesivas al interior de la propia revolución, sobre su propio *después*.

La revolución cubana, no solo produjo un parte aguas en el tiempo sino que reformuló el tiempo mismo: las relaciones entre política y tiempo, los ritmos, las relaciones entre política de corto y largo plazo, las temporalidades, las expectativas producidas como parte de esas temporalidades. Estas transformaciones fueron sucesivas no en el sentido de una continuidad, sino que se produjeron en el tiempo cronológico de la revolución pero produciendo rupturas dentro de las temporalidades. De ese modo la revolución cubana no instauró un antes y un después de 1959 solamente, sino varios antes y después al interior de la propia transición, los cuales fueron de una complejidad mayor que la ruptura del triunfo revolucionario.

Las reconstrucciones temporales dentro del período histórico de la revolución han tenido que romper con la propia revolución, con lo que había sido considerado oportuno, viable, con los sueños, expectativas, en resumen, con los medios y muchas veces con los fines del propio proyecto.

No puede hablarse de un pasado, un presente y un futuro de la revolución, porque como se ha expuesto antes, los pasados, presentes y futuros han variado de acuerdo a las diferentes etapas de la propia revolución. Cada uno de estos períodos a su vez a producido al menos varios pasados: el pasado colonial, el pasado de la tradición independentista, el pasado de las hazañas de la revolución, el pasado del bienestar y la igualdad de los ochenta, el pasado más reciente de la crisis, el cual no es elaborado del todo como pasado en la medida en que sus condiciones siguen reproduciéndose como presente.

Estos pasados, aún cuando responden a marcos de encuadre fijados en la historia como cronología, no siguen un orden de producción

cronológico. Ellos coexisten, entran en disputa y desde ellos y con ellos se hace posible el presente y el futuro de la sociedad.

La revolución produjo un uso intensivo sobre el tiempo, no solo en cuanto a ritmos, la aceleración intrínseca a toda revolución, sino que ha necesitado sostenerse en ciertos pasados, como negación y afirmación, y proyectar un futuro desde el cual dotar de sentido al presente del proyecto.

El presente solo ha sido posible construirlo, siempre en condiciones desfavorecedoras y amenazantes al proyecto, por un uso de las temporalidades a fines a la política en curso, tanto del pasado como del futuro. La revolución se ha valido de los pasados y ha tenido que instituir un horizonte hacia el cual orientar y desde el cual fundar su presente, más allá y sobre las condiciones de posibilidad.

El futuro ha sido al mismo tiempo un arma de lucha ideológica – de construcción de hegemonía- y un espacio cuestionador de la política, evaluadora de ella. En los sesenta el futuro cobró un sentido fortísimo en el ejercicio de la utopía. El presente daba cuenta de las imposibilidades para realizar cierto futuro pero no se ceñía a ellas, las superaba, por ello volvía presente el futuro con aceleración. La certidumbre de esos años daba cuenta de otro futuro distinto al que se construye medio siglo después. La igualdad ya no es una aspiración de principio del futuro en ciertos discursos políticos, los ritmos se han enlentecido, el presente se restringe a las posibilidades y actúa dentro de sus marcos, fijados duramente por criterios económicos.

“Es necesario cambiar la mentalidad de los cuadros y de todos los compatriotas al encarar el nuevo escenario que comienza a delinearse. Se trata sencillamente de transformar conceptos erróneos e insostenibles acerca del Socialismo, muy enraizados en amplios sectores de la población durante años, como consecuencia del excesivo enfoque paternalista, idealista e igualitarista que instituyó la Revolución en aras de la justicia social.

Muchos cubanos confundimos el socialismo con las gratuidades y subsidios, la igualdad con el igualitarismo, no pocos identificamos la libreta de abastecimientos como un logro social que nunca debiera suprimirse.” (Castro, 2010)

Si el futuro de los sesenta era un futuro utópico y por ello fue realizable, en breve tiempo por demás, el futuro que empieza a constituirse a partir de los noventa es un futuro que se acopla a las condiciones de lo real y en ese sentido se produce como un futuro en crisis, sin horizonte claro, lleno de incertidumbre.

Aún cuando desde el discurso político se intenta rellenar con certezas y esperanzas el futuro, las subjetividades de cubanos y cubanas, el sentir de distintos grupos y generaciones dan cuenta de lo contrario:

una pérdida de fe y una imposibilidad para proyectar un futuro cualquiera, incluso en el propio plano individual. La revolución –el poder político– se ha constituido de modo tan fuerte que ha robado el control de los sujetos sobre sus propias condiciones de posibilidad. Justo lo contrario había sido su razón de ser, y debería seguir siendo como proyecto socialista, pero la práctica política demuestra cómo la participación en todos sus niveles se ha lastrado (Guanche, 2012; Ortega, 2010; Valdés Paz, 2009; Espina, 2008; Ortega; Torres, 2014; Domínguez, 1998)

Raúl Castro como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros ha insistido en tres ideas al menos relacionadas con el tiempo y cómo éste se asume desde otra lógica en los últimos años: (i) los ritmos de los cambios; (ii) la incertidumbre del futuro, entre una Cuba socialista y capitalista; (iii) la reforma de pilares ideológicos constitutivos del proyecto en el tiempo como la igualdad.

El año 2011 es el primero de los cinco incluidos en la proyección a mediano plazo de nuestra economía, período en el que, de manera gradual y progresiva, se irán introduciendo cambios estructurales y de conceptos en el modelo económico cubano.

Durante los últimos años habíamos insistido en que no podíamos dejarnos llevar por improvisaciones y apresuramientos en esta esfera, teniendo en cuenta la magnitud, complejidad y las interrelaciones de las decisiones a adoptar. Es por ello que pienso que hicimos bien en aplazar el Congreso del Partido, aunque hemos debido resistir, precisamente, los reclamos honestos y también los mal intencionados dentro y fuera de Cuba para que apuráramos la adopción de múltiples medidas. Nuestros adversarios en el exterior, como era de esperar, han impugnado cada paso que dimos, primero los descalificaban como cosméticos e insuficientes, ahora tratan de confundir a la opinión pública presagizando el seguro fracaso y concentran sus campañas en la exaltación del supuesto desencanto y escepticismo con que dicen nuestro pueblo ha acogido este proyecto.

A quienes abriguen esas infundadas ilusiones, vale recordarles, otra vez, lo expresado en este Parlamento el 1ro de agosto de 2009: cito: “A mí no me eligieron Presidente para restaurar el capitalismo en Cuba ni para entregar la Revolución. Fui elegido para defender, mantener y continuar perfeccionando el socialismo, no para destruirlo (Castro, 2010).

Raúl da cuenta de un ritmo más enlentecido en los cambios, al punto que el ritmo hace cuestionar los cambios mismos, la política toda dentro y fuera de la isla. Lo contrastante es que aún cuando algunos procesos de cambio también llevaron años en su realización como fueron las

políticas llevadas a cabo durante la primera década de la revolución, el ritmo de la época era percibido como acelerado. No solo porque fueran muchos los cambios, sino porque ellos se dirigían a impactar la vida cotidiana de los sujetos, a transformar sus principales problemas. El Programa del Moncada y su puesta en marcha en la política de los primeros años del triunfo es un ejemplo de ello.

En la coyuntura actual sucede que los distintos grupos sociales expresan sus problemáticas por diferentes vías pero no perciben que estas se concreten en la política. Uno de los instrumentos que recogió de manera masiva esas demandas y al mismo tiempo fundó expectativas fue la consulta previa al Proyecto de Lineamientos Económicos y Sociales del VI Congreso del Partido Comunista de Cuba. Aún cuando este fue un ejercicio de consulta amplísimo, que la gente usó como espacio de participación en el cual proyectaban el futuro deseado para Cuba y sobre todo los futuros que no querían, lo que sucedió a posteriori es que una gran mayoría sintió no se tomaron en cuenta sus criterios y el país que se proyecta no responde a sus necesidades ni a ellos como sujetos. (Ortega; Torres, 2014)

El discurso político se concentra en una economía restrictiva sobre la política. La dirección del país transforma conceptos claves que identificaban al proyecto de socialismo como igualdad, seguridad social, protección del Estado, produciendo un desfase entre creencias, expectativas y este nuevo contexto crecientemente más liberal.

Raúl ha expresado: “La realidad de los números, además, está por encima de todas nuestras aspiraciones y deseos. En la aritmética elemental del primer grado de la escuela primaria, se aprende a temprana edad que dos más dos da cuatro, no cinco ni seis -como ya dijimos en una ocasión aquí mismo-; no hay que ser economista para comprenderlo, que dos y dos son cuatro, y aquella vez añadí: “...pero a veces por nuestras deficiencias, dos y dos resulta tres”, es decir que no hay que ser economista para comprenderlo, por tanto, si en un momento dado tenemos que hacer algo en materia económica y social por encima de los recursos disponibles, hagámoslo, o podemos hacerlo, pero tiene que ser con conciencia de las consecuencias y sabiendo de antemano que al final la crudeza de los hechos y de los números se impondrá irremisiblemente, por muchos buenos deseos que tengamos”. (Castro, 2010)

El énfasis en la eficiencia, la productividad, ha cobrado un espacio en el discurso político, desplazando un ideal de igualdad ampliamente socializado durante las décadas anteriores a la crisis de los noventa.

La ruptura principal en los últimos años que marca un desfase en las temporalidades está impactando los proyectos individuales y el proyecto de país futuro, no claro al menos en las percepciones de cu-

banos y cubanas (Pañellas, 2012, 2013; Ortega; Torres, 2014) . Más aún, entre el curso del país, la política y la vida cotidiana de los sujetos, sus necesidades, historias y aspiraciones.

El futuro de Cuba tendrá que ser leído en plural, no solo por las razones expuestas a lo largo de estas páginas, sino porque el desanclaje entre proyectos de vida individuales y proyecto de nación no se reduce sino que se ensancha.

Más del 76 por ciento de la población cubana ha nacido posterior a 1959. Es decir, los pasados de la mayoría de cubanos y cubanas son los pasados dentro de la revolución. Los tiempos con que se produce ella son sus propios tiempos. Esta ha sido su conquista en el tiempo y a la vez su mayor complejidad.

El futuro se construye como necesaria superación del presente. El porvenir debe ser cualitativamente superior al presente. Cuando el futuro proyectado es un futuro pasado, por ejemplo la vuelta a los ochenta, entonces ello nos dice de un presente que es anterior en términos de condiciones de posibilidad al pasado. La revolución expandió el presente y el futuro durante sus primeras décadas, esto sin dudas amplió las expectativas y al mismo tiempo la formación de las subjetividades de la mayoría de cubanos acorde a aquellos contextos. La Cuba futura tendría que ser siempre superior a la Cuba presente, una Cuba nueva que complete el proyecto socialista, que supere sus errores y al mismo tiempo garantice continuidad de sus logros.

La Cuba actual no ha podido superar del todo sus errores y se encuentra en una situación tensa entre economía y política, entre Estado y Mercado para dar continuidad a sus logros. En este escenario los futuros posibles parecieran ajustarse a las condiciones del presente, que siguen siendo un presente en crisis de todo tipo: del sistema político, del modelo de economía y de las subjetividades políticas.

El futuro entonces queda abierto, pero no como abanico de posibilidades, sino por su carácter difuso, tanto en lo individual como colectivo. El presente se expande como urgencia y marca fuertemente los destinos de la revolución. Solo no debe olvidarse que el presente sin futuro es pura resistencia, y la resistencia anclada solo al presente es efímera.

El tiempo como la política necesita pasados, presentes y futuros para instituirse. Sus re combinaciones producen tiempo determinado y una política específica. El presente de Cuba y sus pasados necesitan refundarse en un proyecto palpable y creíble por cubanos y cubanas. Ese es el único camino desde donde será posible reconstruir no solo el futuro de Cuba sino el propio presente.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Aurelio 2007 “Sobre la transición socialista en Cuba: un simposio” en *Temas* (La Habana) N° 50-51, abril-sept.
- Arendt, Hannah 1972 *La crise de la culture* (París: Gallimard).
- Arendt, Hannah 1996 *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política* (Barcelona: Ed Península).
- Berger, Peter; Luckmann, Th. 1993 *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Editorial Amorrotu).
- Carranza, Julio (et.al) 1995a “Cuba: reestructuración económica, socialismo y mercado” en *Temas* (La Habana) N° 1, enero-marzo.
- Carranza, Julio; Monreal, Pedro; Gutiérrez, Luis 1995b *Cuba: la reestructuración de la economía. Una propuesta para el debate* (Sevilla: Ed CISC).
- Castro, Fidel 1960 a “Discurso en el acto de entrega de la quinta estación de policía al ministerio de educación para convertirla en centro escolar, el 11 de enero de 1960” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>
- Castro, Fidel 1960 b “Discurso pronunciado en Ciudad Libertad, el 31 de diciembre de 1960” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>
- Castro, Fidel 1962 “Discurso pronunciado en la Clausura de la plenaria nacional de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (anap), en el teatro Chaplin, el 17 de mayo de 1962 en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>
- Castro, Fidel 1964 “Discurso pronunciado en la concentración conmemorativa del quinto aniversario de la revolución, en la Plaza de la Revolución, el 2 de enero de 1964” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>
- Castro, Fidel 1986 “Discurso pronunciado en la Clausura de la sesión diferida del tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en el teatro Carlos Marx, el 2 de diciembre de 1986” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>
- Castro, Fidel 1970 “Discurso pronunciado en el acto de recibimiento a los Once Pescadores Secuestrados, efectuado frente al Edificio de la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica en Cuba, el 19 de mayo de 1970” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>

- Castro, Raúl 2010 “Discurso pronunciado en la clausura del sexto período ordinario de sesiones de la séptima legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el Palacio de Convenciones, el 18 de diciembre de 2010 en <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/index2.html>
- Castro, Raúl 2013 “Discurso en la clausura del Segundo Período Ordinario de Sesiones de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular. 21 de diciembre de 2013” en <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/index2.html>
- Dilla, Haroldo 1996 “Cuba: ¿cuál es la democracia deseable?” en *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos* (La Habana: Ediciones CEA).
- Domínguez, María Isabel 1998 Generaciones y mentalidades en *Temas* (La Habana) N° 14, abril-junio.
- Elias, Norbert 2010 *Sobre el tiempo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Espina Prieto, Mayra 2003a “Efectos sociales del reajuste económico: igualdad, desigualdad y procesos de complejización en la sociedad cubana”. Ponencia Congreso de LASA, Dallas.
- Espina, Mayra 2008b *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad* (Buenos Aires: CLACSO).
- Flaherty, M., Fine, G. 2001 “Present, Past and future: Conjugating George Herbert Mead’s Perspective on Time” en *Time & Society* (Londres) vol. 10.
- Giddens, Anthony 1994 *Consecuencias de la modernidad* (Madrid: Alianza Universidad).
- González, Alfredo 1997 “Economía y sociedad: los retos del modelo económico” en *Temas* (La Habana) N11, julio-septiembre.
- González, Alfredo 2002 “Socialismo y mercado” en *Temas* N° 30, julio-septiembre.
- Guanche, Julio César 2012 *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia* (Santiago Chile: Ed Universidad Alberto Hurtado).
- Guevara, Ernesto Che 1963. “Discurso en el Forum de Energía Eléctrica en La Habana” en <http://archivo.juventudes.org/ernesto-che-guevara/discurso-en-el-f%C3%B3rum-de-energ%C3%AD-el%C3%A9ctrica-de-la-habana-noviembre-de-1963>

- Hartog, François 2007 *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo* (México: Universidad Iberoamericana).
- Harvey, David 1990 "Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination" en *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, N° 3 Sep., 1990.
- Harvey, David 1994 "La construcción social del espacio y del tiempo: Una teoría relacional" en *Geographical Review of Japan* Vol 67, N° 2 .
- Hinkelammert, Franz 1984 *Crítica a la razón utópica* (San José: DEI).
- Husserl, Edmund 2008 *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (Buenos Aires: Prometeo libros).
- Koselleck, Reinhart 1993 *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós).
- Koselleck, Reinhart 2001 *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Paidós).
- Lechner, Norbert 2006 *Obras escogidas* (Santiago Chile: Ediciones LOM).
- Martínez Heredia, Fernando 1999 "La fuerza del pueblo" en *Temas* N° 16-17, octubre 1998, junio 1999.
- Martínez Heredia, Fernando 2001 *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Ed Letras Cubanas).
- Martínez Heredia, Fernando 2005 *En el horno de los 90* (La Habana: Ed Ciencias Sociales).
- Mead, George H. 1992 "La naturaleza del pasado" en Ramos, Ramón *Tiempo y sociedad*. (Madrid: Siglo XXI).
- Monreal, Pedro y Carranza, Julio 1997 "Problemas del desarrollo en Cuba: realidades y conceptos" en *Temas* (La Habana) N° 11, julio-septiembre.
- Monreal, Pedro 2002 "La globalización y los dilemas de las trayectorias económicas de Cuba" en *Temas* (La Habana) N° 30, julio-septiembre.
- Ortega, Diosnara 2010 *Delegado/a del Poder Popular: un estudio sobre su representación social en el Consejo Popular Jesús María*. Tesis de Maestría, Universidad de La Habana.
- Ortega, Diosnara; Torres, Ailynn 2014 *De lo posible y lo necesario. Estudio sobre culturas políticas en Cuba*. Informe de Investigación ICIC Juan Marinello, La Habana.

- Pañellas, Daybel 2012 “Grupos e identidades en la estructura social cubana” en *Temas* (La Habana) N 71, julio-sept 2012.
- Ramos, R. 1999 *La sociología de Emile Durkheim. Patología social, tiempo, religión* (Madrid: CIS).
- Rosa, H. 2011 “Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada” en *Persona y Sociedad* (Santiago de Chile) Vol XXV.
- Pañellas, Daybel 2013 “¿Será posible el cambio de mentalidades?” en *Temas* (La Habana) N73, enero-marzo 2013.
- Schütz, A., Luckmann, Th. 2009 *Las Estructuras del mundo de la vida* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Sorokin, P., Merton, R. (1937) “Social Time. A Methodological and functional Analysis” en *American Journal of Sociology* (Chicago) Vol. 42 Issue 5.
- Valdés Paz, Juan 1994 “La Transición socialista: continuidad y cambio” En Juan Valdés Paz, et al. *La transición socialista en Cuba. Estudio sociopolítico* (La Habana: Editorial Ciencias Sociales).
- Valdés, Juan 1996 “Notas sobre sistema político cubano” en Dilla, Haroldo (comp.) *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos* (La Habana: Ciencias Sociales CEA).
- Valdés, Juan 2007 “Desarrollo institucional en el período especial: continuidad y cambios” en Arce, Mercedes y Sánchez, Ma. de Lourdes (comps.) *Una mirada binacional al desarrollo regional México-Cuba*. (México: El Colegio de Tlaxcala, A.C.).
- Valdés Paz, Juan 2008 *El sistema político cubano* (La Habana: Ruth Casa Editorial)
- Valdés Paz, Juan 2000. *Los procesos de organización agraria en Cuba 1959-2006* (La Habana: Ed FANJ).
- Valdés Paz, Juan; Díaz; Selma; Díaz, Julio A. 2012 . “La zafra de los diez millones: una mirada retrospectiva” en <http://www.rebellion.org/docs/168474.pdf>
- Wagner, Peter 1997 *Sociología de la modernidad*. (Barcelona: Herder)
- Zerubavel, E. 1981 *Hidden Rythms. Schedules and Calendars in Social Life* (Berkeley: University of California Press).

Candiano, Leonardo*

REPRESENTACIONES DEL INTELLECTUAL (REVOLUCIONARIO)

EL CASO CUBANO (1959-1971) Y SU LEGADO

PARA EL SIGLO XXI

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución

II Declaración de La Habana

Este trabajo se propone indagar en los principales debates en torno del rol del intelectual en el proceso cubano desde el triunfo revolucionario de enero de 1959 hasta el comienzo del denominado “Quinquenio gris” en 1971, con el objetivo de definir los rasgos fundamentales respecto del replanteo del accionar de la intelectualidad en la época tanto en su especificidad como en su relación con la sociedad.

De este modo, se pretende realizar una aproximación a la problemática a través de una situación concreta, ubicable espacial y temporalmente y con producciones definidas -caracterizada por su radicalización social y política y signada por un ascenso de la lucha de clases en nuestro continente-, en la que la intervención cultural se orientó por la pretensión de aportar con su práctica a una salida poscapitalista y de carácter socialista, y por continuas querellas y relocalaciones en torno a su creciente politización. Así, se busca relevar las transformaciones producidas en la figura del intelectual, en particular, bajo la categoría de “intelectual revolucionario”.

La focalización en este conflicto y las respuestas dadas constituyen un legado susceptible de ser revisitado en la actual coyuntura

* Leonardo Martín Candiano nació en 1981 en la Ciudad de Avellaneda, Buenos Aires, Argentina. Es Doctor en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, e Investigador y Asistente de Dirección del Departamento de Literatura y Sociedad del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Publicó en colaboración con Lucas Peralta el libro *Boedo, orígenes de una literatura militante* (2007), y diversos artículos y ensayos en publicaciones académicas y libros colectivos.

latinoamericana, enmarcada por el deterioro de la hegemonía del pensamiento neoliberal, por el surgimiento y desarrollo de nuevos procesos emancipatorios a lo largo y ancho del continente y por el retorno-renovado- del pensamiento socialista a los primeros planos políticos, sobre todo a través del denominado “socialismo del siglo XXI”; todo lo cual permite discutir el lugar otorgado a la intelectualidad en las sociedades modernas, sutilmente relegado a parsimoniosos y vegetativos espacios académicos y circunscripto a su aséptico “campo” específico, generalmente entendido como ajeno al todo social del cual forma parte.

Si bien, dentro de los límites de este trabajo, tomar en su conjunto doce años de un período tan intenso como el del inicio de la Revolución Cubana no permite realizar un abordaje tan exhaustivo como el que cada uno de estos temas exige en sí mismo, considero que de esta forma puedo establecer un panorama general sobre las polémicas referentes al rol del intelectual en un período preciso que sirva como punto de anclaje para futuras profundizaciones.

Para tal fin, me centraré, por un lado, en los postulados de los principales referentes de la dirigencia política de la isla respecto del tema, como los escritos de Fidel Castro Ruz “Palabras a los intelectuales” (1961) y el “Discurso de Clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura” (1971); y de Ernesto Guevara (“El socialismo y el hombre en Cuba”, de 1965). Por otro lado, me detendré en la mirada que otorgan los escritores revolucionarios cubanos y procubanos expresadas en pronunciamientos individuales y colectivos, tomando como mojón ineludible el Congreso Cultural de La Habana de 1968, a lo que complementaré con un breve análisis respecto del Caso Padilla y el inicio del denominado “Quinquenio Gris” en 1971.

En cuanto al material teórico-crítico del cual este trabajo es deudor, resultan sustanciales los aportes de Gramsci en relación con los intelectuales y la organización de la cultura, así como también los de Jean Paul Sartre vertidos fundamentalmente en *¿Qué es la literatura?* También fue provechoso el estudio de Omar Acha *Un revisionismo histórico de izquierda* (2012), donde el autor argentino problematiza la utilización hegemónica de la noción de “campo” por parte de la intelectualidad académica posdictatorial de la Argentina (y que podemos extender a otros países del continente), así como las de “modernización” y “progreso”. Asimismo, son de valor las elaboraciones de Néstor Kohan en “Pensamiento crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” (2006).

Asimismo, se examinará de modo crítico el concepto de “anti-intelectualismo” y la relación entre intelectualidad y política tal como son expuestos por Claudia Gilman en *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003) y que

puede rastrearse en los trabajos de Beatriz Sarlo “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” (1985) y de José Aricó *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (1988). Las tesis allí esgrimidas encuentran su contrapeso, entre otros, en los textos de Fernando Martínez Heredia en *Pensamiento crítico. La crítica en tiempo de Revolución* (2011) y en los de Ambrosio Fonet en *Rutas críticas* (2011) –partícipes directos del proceso a analizar–, quienes otorgan una posición divergente a la expuesta sobre el “antiintelectualismo cubano” por Claudia Gilman. El objetivo, de este modo, es comparar las posturas de estos autores con la propuesta de construir una transformación de la figura del intelectual.

Considero que en el período se consolidó una tendencia en la que confluían una radicalización política antiimperialista y anticapitalista y el creciente debilitamiento del predominio soviético en el campo de la izquierda. Alimentaban este fenómeno sucesos políticos globales que se conjugaron con factores nacionales específicos que emergieron luego del final de la II Guerra Mundial –ligados al surgimiento de nuevos actores sociales y a las nuevas coyunturas históricas–, lo cual motivó un fenómeno político plural y heterogéneo que produjo una renovación del pensamiento sustentada en parte a partir de la concurrencia del marxismo con otras corrientes ideológicas. La *nueva izquierda* –denominación con la que se conoció a estos movimientos políticos e intelectuales– ganó adeptos en un mundo en plena transformación. Cuba fue, entonces, la depositaria de sus máximas expectativas tanto por sus heterodoxas políticas internas como por sus intentos de articular a este nuevo espacio a través, por ejemplo, de la Conferencia Tricontinental (1966), la Organización Latinoamericana de Solidaridad –OLAS– (1967), La Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes –OCLAE– (1968) y el Congreso Cultural Internacional de La Habana (1968). Para este fenómeno político y social, el debate sobre el papel de la práctica cultural en los procesos de liberación resultó por demás relevante, y trató de articular a una intelectualidad disidente cuyo activismo compartió las amplias características de la heterodoxia marxista y del nacionalismo popular. La centralidad de las transformaciones culturales no solamente fueron el resultado de una comprensión de las formas de dominación ideológica burguesa en las sociedades modernas –establecida magistralmente gracias al concepto de *hegemonía* desarrollado por Antonio Gramsci–, sino que se profundizaron como una cuestión particularmente importante para quienes eran dentro de las sociedades capitalistas o inmediatamente poscapitalistas los *creadores profesionales* de productos culturales: los intelectuales.

La continua presencia de esta clase de problemáticas en la época es fácilmente comprobable a través de un simple relevamiento de

las principales revistas culturales del momento, tanto las cubanas nacidas al calor de la Revolución –en particular *Casa de las Américas*, *Pensamiento crítico* y el mensuario *El Caimán barbudo*– como otras gestadas en diversos países de América Latina, en donde la discusión sobre el posible papel de agente social transformador del intelectual latinoamericano fue una constante.

A través de este análisis, pretendo establecer un panorama introductorio general sobre el problema planteado, particularmente a partir de la búsqueda de respuestas a las siguientes preguntas: ¿Cómo incidió la radicalización política de la época en la intelectualidad cubana? ¿Cuáles fueron las principales representaciones del intelectual que se debatieron? ¿Cómo se pretendió hacer confluír la especificidad del trabajo intelectual con la lucha social? ¿Qué rol se le asignó a la cultura en el proceso emancipatorio? ¿A qué se llama “antiintelectualismo” y cuál es su fundamento ideológico? ¿Los “intelectuales revolucionarios” ingresan en dicha categorización? ¿Por qué? ¿Las nuevas formas de entender la práctica intelectual provocaban el nacimiento de una intelectualidad de nuevo tipo o una antiintelectualidad? ¿Cómo se utiliza el concepto de “campo” en una sociedad en revolución? ¿Qué legado generó la práctica cultural cubana a la hora de pensar la construcción de una intelectualidad crítica inserta en los procesos de cambio latinoamericanos de la actualidad?

I. LA ISLA DE LO REAL MARAVILLOSO

*Nosotros hemos sido agentes de esta Revolución,
de la Revolución económico-social que está teniendo lugar en Cuba.
A su vez esa Revolución económica y social tiene que producir
inevitablemente también una Revolución cultural en nuestro país.*

Fidel Castro

El proceso revolucionario cubano iniciado en 1959 con la victoriosa entrada a La Habana de los combatientes provenientes de la Sierra Maestra liderados por Fidel Castro generó una transformación radical no sólo de los parámetros políticos y económicos de la isla, sino también de sus prácticas culturales. La nacionalización de empresas, la liquidación del aparato político y militar estatal de la dictadura de Fulgencio Batista, la reforma agraria, entre otras medidas revolucionarias, tuvieron su correlato en el plano cultural tanto en términos pedagógicos y periodísticos como en los planteos estéticos, científicos e intelectuales.

Si los sesenta fueron una época de indisciplina, rebelión y ruptura, Cuba se convirtió en la concretización en nuestra América de tales

aspiraciones, las cuales no se detuvieron –y de modo alguno podían hacerlo– en revolucionarias modificaciones político-económicas. Como señala Néstor Kohan:

La indisciplina y la rebelión que marcaron a fuego los años `60 no fueron única ni exclusivamente políticas. La crisis de dominación que caracterizó aquella década –hoy emblemática del período– y que motivó en el decenio siguiente una contraofensiva conservadora mundial del capital fue también una crisis de hegemonía. Por lo tanto, para dar cuenta de los años `60 no puede tampoco prescindirse de la dimensión cultural. “La cultura –como señaló por entonces un estratega militar de las Fuerzas Armadas argentinas [Osiris Villegas]– es parte de la guerra revolucionaria” [...]. No sólo se resquebrajaba el orden social, económico y político del capital a nivel mundial. También estaba en crisis su dominación cultural (Kohan, 2006: 4).

Caracterizo al período a analizar en Cuba como de una notoria productividad sociocultural, manifestada, entre otros datos fácticos, en el surgimiento de una profusa cantidad de instituciones con inmediato y creciente despliegue en los años sesenta, en el pleno acceso a la enseñanza y a la cultura de todo el pueblo cubano, y en los múltiples debates –en su mayoría públicos y abiertos– respecto del arte, la pedagogía, el periodismo y la cultura en general, que se observan en el lapso temporal establecido.

Una simple enumeración de los espacios culturales originados en torno de la Revolución permiten graficar esta observación al interior del proceso cubano. En los primeros años se fundaron la agencia periodística Prensa Latina y el diario *Granma*, el espacio cultural y la revista *Casa de las Américas*, las publicaciones *El Caimán Barbudo*, *Verde Olivo*, *La Gaceta de Cuba* y *Pensamiento Crítico* (por nombrar solamente a las más reconocidas), se estableció un concurso literario que pasó rápidamente a ser considerado como el más relevante de América Latina (organizado por Casa de las Américas en diversos géneros como por ejemplo poesía, cuento, novela, ensayo y testimonio), se crearon el Instituto del Libro, la Imprenta Nacional, el Instituto de Etnología y Folklore, la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), la Academia Nacional de Arte; se diseminaron por todo el territorio liberado decenas de grupos de teatro, música y danza para aficionados, se cumplió exitosamente con la campaña contra el analfabetismo, se promulgó la ley de Reforma Universitaria que garantizaba la gratuidad de los estudios en todos los niveles, se desarrolló fuertemente la *nueva*

trova, nació el género narrativo denominado *testimonio* producto de las innovaciones literarias que se gestaron con la Revolución, se organizaron congresos culturales nacionales e internacionales, se repensó radicalmente la pedagogía (no solamente la burguesa sino incluso la soviética), se multiplicaron los festivales de cine y de música popular, se abrieron escuelas de arte en las ciudades y en el campo. En fin, podríamos poblar páginas enteras puntualizando medidas en la misma dirección. El hecho concreto es que: “La revolución cubana produjo una extensión inaudita de los circuitos de producción y consumo cultural, creando un público ampliado completamente nuevo” (KOHAN: 8).

Difícil es hoy imaginarse, a más de medio siglo de distancia, la tremenda renovación cultural generada al interior de Cuba por la Revolución. Todos estos proyectos se llevaron exitosamente adelante gracias a una profusa participación de la comunidad y a una, hasta el momento, inédita colaboración estatal para el desarrollo de una cultura nacional y popular en la isla. El surgimiento de estos espacios lejos estuvo de ser la consecuencia de decretos burocráticos de un Estado que pretendía controlar y homogeneizar la creación; por eso no se convirtieron en cáscaras vacías para mantener funcionarios dóciles sino en usinas de pensamiento, de producción y discusión cultural e ideológica. Fueron la materialización del nuevo espíritu revolucionario y del proceso de socialización que se estaba gestando en el país.

Tal situación generó que Cuba se convirtiera en un luminoso faro para los artistas e intelectuales revolucionarios y/o progresistas latinoamericanos y del mundo entero. Esta pequeña isla abría sus puertas a los intelectuales y les otorgaba un lugar en los debates sobre la construcción de una nueva cultura socialista, con lo que generó una corriente de simpatía y solidaridad internacional que a su vez le permitió en una primera instancia quebrar parcialmente el aislamiento y el cerco provocados fundamentalmente desde los Estados Unidos y que tuvieron en la expulsión de Cuba de la OEA en 1962 y en el bloqueo económico que aún persiste dos de sus primeras plasmaciones.

No es casual, por lo tanto, que sea en estos primeros años de revolución cuando cobre particular vigencia la noción de *hombre nuevo* postulada por Guevara. Esta verdadera refundación cultural de todo un territorio que hasta entonces era poco más que un garito yanqui se llevó adelante en un marco de múltiples debates públicos que recorrieron Cuba y que contaron con un masivo número de participantes. Néstor Kohan enumera en su artículo aquí citado las polémicas más representativas de aquellos tiempos, y destaca tanto las de orden económico respecto de los diferentes modos de gestión socialista (protagonizadas por el Che Guevara, Fidel Castro, Ernest Mandel y Charles Bettelheim, entre otros), como las políticas (el enfrentamiento de Fidel Castro con

el sectarismo, la microfracción y la campaña contra el burocratismo, a los que podemos agregar la polémica que culminó con la renuncia del Presidente Urrutia) y las culturales (referidas a las posibles estéticas revolucionarias, al cine, a la literatura, a las diferencias en la cultura entre La Habana y Santiago, a los debates pedagógicos, etc.). La cantidad y calidad de las discusiones desarrolladas durante el período evidencian la vitalidad política e ideológica de la Revolución. Por esto es que repensar las polémicas culturales resulta una condición *sine qua non* para lograr comprender la profunda radicalidad y dinamismo del proceso revolucionario aún vigente, remarcando que tales debates no fueron sólo algo circunscripto a las ciencias sociales ni un mero debate académico, sino que se trataba de una profunda discusión política: “lo que se estaba discutiendo abarcaba el rumbo estratégico de la revolución en su conjunto. En la política, en las ciencias sociales y en la cultura” (8).

Asimismo, estos primeros años de la Revolución resultan un acervo posible del cual abrevar para pensar la actualidad de la condición intelectual, habitualmente marginada a encumbrados planos académicos y alejada cada vez más de las necesidades populares en aras de su creciente y cada vez más minuciosa “especialización profesional”. En medio de estas discusiones, y recorriendo gran parte de las mismas, se encuentra el debate sobre el rol del intelectual en un período revolucionario, donde las utopías más profundas de todo un pueblo se convierten en algo tangible y cotidiano; como si de pronto lo que para muchos resulta inverosímil fuese, a la vez, una concreta realidad. En el caso que nos ocupa, como si todo Cuba, desde el Turquino hasta el malecón en el cual chocan sin descanso las tibias aguas del Caribe, retomase aquellas palabras de Alejo Carpentier en el prólogo a *El reino de este mundo*, diez años anteriores al ingreso triunfante del ejército rebelde a La Habana: “¿Qué es la historia de América Latina sino una crónica de lo maravilloso en lo real?”, algo tan maravilloso –e inverosímil– como una revolución socialista victoriosa a noventa millas de los Estados Unidos...

II. EL IMPULSO DE FIDEL. “PALABRAS A LOS INTELLECTUALES”

*Fidel dio a la Revolución el impulso en los primeros años,
la dirección, la tónica siempre.*

Ernesto “Che” Guevara

Fue el propio Fidel Castro quien estableció las bases de la discusión respecto del rol de los intelectuales en el proceso cubano (y de una política de la Revolución para con ellos). El elemento disparador por el cual pronunció sus hoy célebres “Palabras a los intelectuales” en 1961

fue la denuncia de un caso de censura sobre el cortometraje de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal titulado *PM*. Si bien la película había sido emitida por televisión a toda Cuba, la prohibición de su proyección en las salas cinematográficas motivó la crítica –y el temor– de una serie de artistas que veían en ese acto el posible comienzo de una regimentación del hecho estético.

Ante esto, la dirigencia cubana –comandada por el propio Fidel Castro, el Presidente Osvaldo Dorticós y el Ministro de Educación Armando Hart– participó de tres reuniones colectivas con artistas y escritores en la Biblioteca Nacional de La Habana los días 16, 23 y 30 de junio de 1961, con el fin de debatir sobre la problemática cultural y la producción intelectual en Cuba. Como señala Aurelio Alonso:

No fue que se prohibiese la exhibición de un filme documental de un realizador cubano, sino la urgencia de saber si la política cultural de la Revolución naciente iba a estar regida por la censura; de saber si serían impuestos patrones ideológicamente rígidos al arte y a la literatura, y con ellos, de manera más general, si el camino sería el de embridar y poner orejeras al pensamiento y a la creación (Alonso, 2011).

“Palabras a los intelectuales” es el discurso de cierre de esas jornadas de debates en donde los artistas cubanos pudieron plantear sus opiniones, dudas, temores y críticas ante los dirigentes políticos de la Revolución personalmente. Los ejes que recorren el texto son la defensa de la libertad y el pluralismo en la creación artística, la búsqueda de estrechar los vínculos entre los intelectuales y su comunidad, un llamado a evitar el dogmatismo y el sectarismo, el intento por inculcar la necesidad de la promoción del arte y la literatura entre las grandes masas de la población garantizando el pleno acceso del pueblo a los bienes y servicios culturales, la pretensión de mantener abierto el diálogo con los intelectuales y artistas locales, el respaldo a todo aquel que apoye el proceso en curso, haga lo que haga artísticamente y, a la vez, establecer la primacía de la Revolución frente a cualquier problema particular concreto y, por lo tanto, el derecho del Estado a fiscalizar la actividad artística o intelectual en un contexto revolucionario.

Para comprender con mayor certeza estos planteos de Fidel y no caer en simplificaciones vagas, remontémonos por un momento al verano caribeño del `61, situemos sus palabras en sus circunstancias y condicionamientos históricos y políticos. Dijimos que estos encuentros del gobierno revolucionario con los intelectuales se desarrollaron en el mes de junio. Esto es, sólo dos meses después de la invasión mercenaria de exiliados cubanos –dirigidos y armados por la CIA– en Playa Girón y

de la declaración oficial del carácter socialista de la Revolución, hechos que profundizaron las transformaciones y los alcances del proceso en curso, y a la vez unificaron a la inmensa mayoría de su pueblo bajo las mismas banderas de lucha. Pero también motivaron la huida del país de un considerable grupo de profesionales y sectores medios y altos de la sociedad. Estos hechos indican que en aquel momento nos encontrábamos ante un nuevo pico en la radicalización del conflicto social en Cuba luego de los primeros momentos de la Revolución, y ante una latente amenaza de nuevos ataques imperialistas contra la isla. Dirá al respecto Alonso: “En 1961 se hacía crítico el complejo de contradicciones que generó la radicalidad del proceso de transformación revolucionaria iniciado dos años antes en la sociedad cubana. No habían transcurrido más que unos meses desde las últimas reformas que completaron la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía cubana, la contrarrevolución se lanzó a las armas, con el apoyo expreso de la Casa Blanca, en la invasión por Playa Girón, en planes de atentados y sabotajes, y en alzamientos locales [...]. El pueblo cubano, enrolado en la empresa de barrer el analfabetismo, tenía que asumir también las armas para defender el proyecto revolucionario. Fidel Castro anunció, el 1º de mayo, la nacionalización de la enseñanza, lo cual dio lugar al éxodo de sacerdotes y religiosos vinculados a las escuelas católicas. En resumen, y para no entrar en más detalles, llegaba al clímax el dilema entre revolución y contrarrevolución” (2011). Martínez Heredia profundiza la contextualización de “Palabras a los intelectuales” al cumplirse el cincuentenario de aquel legendario discurso de Fidel Castro:

Fue en el verano de 1961, cuando salían legalmente por el aeropuerto hacia EE.UU. casi 60.000 personas en tres meses. Es decir, un sector que podía viajar en avión se marchó, horrorizado ante la victoria de los revolucionarios en Girón [...]. En aquellos tres años del 59 al 61, la gente se fue apoderando de su país: empresas, escuelas, tierras, bancos. Y de su condición humana, su dignidad, su ciudadanía, su esperanza. La riqueza social comenzaba a ser repartida entre los miembros de la sociedad [...]. Desde 1960 eran una realidad las bandas contrarrevolucionarias en el Escambray y otros lugares del país; en su mayoría era gente de pueblo, que peleaba contra la Revolución que pudo haber sido su Revolución. Algunos ponían bombas en La Habana, provocaban incendios, asesinaban milicianos. Es decir, se desplegaba ante todos el correlato inevitable del poder popular: la virulencia de la lucha de clases [...]. En 1961 y 1962 una cantidad enorme de jóvenes pasó a dedicarse a la defensa del país, se multiplicaron las escuelas militares y los

batallones de milicias, convertidos en unidades militares, y se crearon los tres ejércitos. Lo fundamental para la Revolución durante la primera mitad de los años 60 fue la defensa, aunque al mismo tiempo se realizaron las tareas más asombrosas (Martínez Heredia, 2011).

Entonces, bombas, asesinato de milicianos, guerrillas contrarrevolucionarias atacando al gobierno constituido, reciente invasión con apoyo de Estados Unidos en Playa Girón, autoexilio de sectores medios que dejaba a la construcción de la nueva sociedad sin los aportes de parte de quienes técnicamente estaban mejor preparados para llevarla a cabo, socialización de la totalidad de los medios de producción, constitución de milicias populares, en fin, revolución en pleno curso. En este contexto, ante las primeras insinuaciones de una posible regimentación artística y cultural orientada por planteos sectarios y dogmáticos (que habían tenido un antecedente en el plano periodístico a inicios del mismo año '61 en Prensa Latina que motivó la renuncia de Jorge Ricardo Massetti a la agencia ante las presiones de un grupo ligado al antiguo PSP¹, y que empezaban a vislumbrarse también a través de las crecientes divergencias al interior de las ORI²), Fidel Castro pronuncia:

¿Quiere decir que vamos a decir aquí a la gente lo que tiene que escribir? No. Que cada cual escriba lo que quiera, y si lo que escribe no sirve, allá él. Si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desea expresar (Castro, 1961: 13).

Esta frase ubica a la política de la Revolución Cubana en las antípodas de los postulados de los defensores del modelo cultural soviético –dentro y fuera de la isla– y crea las condiciones para un mayor desarrollo artístico en Cuba. Es una propuesta orientada hacia el pluralismo y la plena libertad en un momento en el que un pueblo entero se abocaba fundamentalmente a la defensa de su territorio liberado y en el que se trataban de establecer los parámetros generales

1 Partido Socialista Popular. Nombre del antiguo Partido Comunista cubano (de tendencia prosoviética), que se integra a la Revolución a mediados del '58 y finalmente se unifica con el Movimiento 26 de Julio (liderado por Fidel, el Che, Camilo Cienfuegos y Raúl Castro) y el Directorio Revolucionario.

2 Organizaciones Revolucionarias Integradas. Primer nombre del organismo de unificación de las tres organizaciones revolucionarias (Partido Socialista Popular - Movimiento 26 de julio - Directorio Revolucionario).

de la Revolución –no sólo en términos estéticos, sino también políticos y económicos–, en cuanto a la forma concreta que iba a adquirir la organización socialista de Cuba. Es decir, si iba a convertirse en una versión caribeña de la URSS o iba a intentar desandar un camino revolucionario propio, amparándose en sus tradiciones, teniendo en cuenta sus especificidades y retomando los planteos marxistas-leninistas desde sus propias interpretaciones.

Para aquellos que venían de la Sierra Maestra la discusión ya estaba saldada: Cuba iba a avanzar al socialismo de manera autónoma, *Cuba era de los cubanos* y la lucha por el socialismo era también la lucha por la liberación nacional. La Revolución debía ampliar y defender las libertades de todo el pueblo, lo cual incluía al campo cultural:

Permítanme decirles en primer lugar que la Revolución defiende la libertad; que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser (Castro: 4).

La posibilidad de cercenamiento de derechos, el avance en la regimentación no sólo del arte sino de la vida política y pública, la burocratización del Estado y la cristalización de una casta política eran amenazas reales y tangibles. Es por eso que Fidel Castro sintetiza las ideas del gobierno con un llamado a la amplitud de la ideología revolucionaria cubana a través de la, a esta altura, tan célebre frase “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución ningún derecho” (7), que no señala ningún tipo de cuestionamiento a forma estética alguna, da total libertad al desarrollo artístico y a toda clase de producción cultural, siempre y cuando no vaya en detrimento concreto de la propia revolución en curso, pues la Revolución tiene también su derecho de existir:

Los contrarrevolucionarios, es decir, los enemigos de la Revolución, no tienen ningún derecho contra la Revolución, porque la Revolución tiene un derecho: el derecho de existir, el derecho de desarrollarse y el derecho de vencer [...]. [P]or respetables que sean los razonamientos personales de un enemigo de la Revolución, mucho más respetables son los derechos y las razones de una Revolución tanto más cuanto una Revolución es un proceso histórico, cuanto una Revolución no es ni puede ser obra del capricho o de la voluntad de ningún hombre, cuanto una Revolución sólo puede ser obra de la necesidad y de la voluntad de un pueblo (7).

A continuación de aquella breve frase (“Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”), Fidel Castro aclara que: “esto no sería ninguna ley de excepción para los artistas y para los escritores. Este es un principio general para todos los ciudadanos. Es un principio fundamental de la Revolución” (7). Es decir, dentro de la Revolución, Fidel establece plenos derechos incluso, obviamente, para aquellos que no sean revolucionarios. Todo aquel que no esté decididamente en contra de la revolución, quien no actúe por su desestabilización, tendrá su espacio dentro de la nueva Cuba.

Alonso señala que en esa frase de menos de un renglón: “quedó plasmada, en una expresión sencilla, inequívoca, una postura que devendría paradigmática. Cimentada en un principio –tal vez sin precedente en la tradición socialista– que previniera, al mismo tiempo, los riesgos de dos dogmas extremos: de un lado, el de aplastar las libertades y, del otro, el de tolerarlas en detrimento, incluso, del proyecto revolucionario” (ALONSO, 2011).

Como vemos, no se excluyen los derechos de los intelectuales en tanto tales, sean o no revolucionarios; por el contrario, es deber de la Revolución garantizar un espacio real de formación, desarrollo y expresión a todo aquel artista que produzca una obra en la isla:

La Revolución debe tener la aspiración de que no sólo marchen junto a ella todos los revolucionarios, todos los artistas e intelectuales revolucionarios [...]. [L]os revolucionarios deben aspirar a que marche junto a ellos todo el pueblo, la Revolución no puede renunciar a que todos los hombres y mujeres honestos, sean o no escritores o artistas, marchen junto a ella [...]. [L]a Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo; a contar, no sólo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos [...]. La Revolución tiene que tener una actitud para esa parte de los intelectuales y de los escritores. La Revolución tiene que comprender esa realidad y, por lo tanto, debe actuar de manera que todo ese sector de artistas e intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la Revolución un campo donde trabajar y crear y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad de expresarse dentro de la Revolución” (Castro: 6).

Inmersas en un contexto de auge de lucha de clases, de invasión externa y de presencia militar enemiga en el interior de Cuba, de contrarrevolución armada que generaba mártires a diario entre los defensores del socialismo, las “Palabras a los intelectuales” de Fidel Castro no parecen ubicarse en el terreno del autoritarismo o la regimentación de la práctica cultural

y de la vida cotidiana de su pueblo que algunos críticos le endilgan. Estas mismas conclusiones son las que manifiesta Martínez Heredia:

[Fidel] [n]o ordena ni comunica decretos, no condena al documental *PM* y es muy cuidadoso en cuanto a no pretender que unos u otros tengan razón, reconoce que se han expresado pasiones, grupos, corrientes, querellas, ataques, incluso víctimas de injusticias. No utiliza nunca expresiones como las de ‘problemas ideológicos o servir consciente o inconscientemente al enemigo’, que han sido tan funestas para la cultura en la revolución. Al contrario, su discurso contiene gran cantidad de giros como estos: ‘la Revolución no puede ser, por esencia, enemiga de las libertades; la Revolución no debe dar armas a unos contra otros; cabemos todos: tanto los barbudos como los lampiños’ [...]. Lo que reivindica es el derecho del Gobierno Revolucionario a fiscalizar lo que se divulga por el cine y la televisión en medio de una lucha revolucionaria, por la influencia que puede tener en el pueblo. Pero también matiza esa exigencia: ‘lo que puede hacer equivocadamente –dice–, no pretendemos que el Gobierno sea infalible’ (Martínez Heredia, 2011).

Asimismo, y esto posee particular importancia para nuestro análisis, en estas palabras de Fidel está en ciernes la constitución de un nuevo tipo de intelectual. Ante todo, el intelectual aquí no cumple el rol de escriba del dirigente político de turno. Su tarea no consta en transpolar a un lenguaje refinado las nociones del gobierno revolucionario. No estamos ante un propagandista, ni un funcionario estatal, ni un burócrata de la tinta y el papel. El intelectual debe poseer autonomía para desarrollar creativamente su producción cultural, sea o no sea revolucionario, y el artista posee una irrestricta libertad formal para desarrollar su arte: “Se habló aquí de la libertad formal. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que se respete la libertad formal. Creo que no hay duda acerca de este problema” (Castro: 4).

Pero de las “Palabras a los intelectuales” se extrae también que la Revolución no sólo admite, sino que reivindica y pretende producir intelectuales que se alejen de la noción de “especialistas” o “técnicos” –hegemónica en las sociedades occidentales capitalistas hasta nuestros días–, cuyos saberes se limitan a los compartimentos estancos de una disciplina particular en detrimento de una comprensión de la totalidad en la que está inmerso su pensamiento y su acción práctica. Dentro de la búsqueda por establecer nuevos parámetros éticos y morales en la sociedad –y nuevos patrones de conducta–, la Revolución Cubana procura y necesita intelectuales apegados a su comunidad e involucrados

en su desarrollo sociocultural. Fidel Castro inicia con este discurso la pretensión de generar un nexo sólido entre intelectuales y pueblo:

Debemos propiciar las condiciones necesarias para que todos esos bienes culturales lleguen al pueblo. No quiere decir eso que el artista tenga que sacrificar el valor de sus creaciones, y que necesariamente tenga que sacrificar su calidad. Quiere decir que tenemos que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y el pueblo a su vez eleve su nivel cultural a fin de acercarse también a los creadores. No se puede señalar una regla de carácter general; todas las manifestaciones artísticas no son exactamente de la misma naturaleza [...]. Creo que ese principio no contradice a ningún artista (Castro: 7-8).

Por eso es que también dedica gran parte de este discurso a mencionar el proceso de alfabetización de todo el pueblo, la creación de escuelas artísticas en pleno campo y en distintas ciudades, la función estratégica de los instructores de arte y la labor que empezará a llevar adelante la Imprenta Nacional en lo que concierne a la edición y publicación de libros. En “Palabras a los intelectuales” se verifica una búsqueda por sumar a los allí presentes al desarrollo cultural de las masas, más allá de sus prácticas artísticas concretas.

“Palabras a los intelectuales” otorga perspectivas generales a la producción estética, aún en situaciones de conmoción política, sin caer en dogmatismos, reglas o recetas. Se distancia así de cualquier tipo de regimentación cultural; a la vez que pretende establecer pilares para un acercamiento cada vez más estrecho entre lo que era en ese entonces la elite cultural de Cuba –la minoría profesional y artística de la isla– y el pueblo que recién estaba comenzando a alfabetizarse. De lo que se trata, por lo tanto, es de generar políticas que establezcan un acercamiento paulatino entre masas e intelectuales que vaya aboliendo la separación entre *el cerebro que piensa y la mano que trabaja*. Con esta propuesta no hace más que recuperar y llevar a la práctica las palabras de Karl Marx y Friedrich Engels en *La ideología alemana*, cuando exponen:

La concentración exclusiva del talento artístico en individuos únicos y la consiguiente supresión de estas dotes en la gran masa es una consecuencia de la división del trabajo [...]. En una sociedad comunista, no habrá pintores, sino, a lo sumo, hombres que, entre otras cosas, se ocupan también de pintar (Marx, 1974: 470).

El fin de la existencia en la sociedad de un pequeño grupo de sujetos con el privilegio de vivir de su trabajo libre y creativo y una mayoría que sufre una perenne explotación laboral alienante es lo que está detrás de esta mirada.

Los intelectuales no son vistos como intérpretes del poder político, tampoco como talentosos y sabios bienpensantes que producen meramente desde su propia individualidad y genialidad creativa, ajenos a su contexto. Son personas que realizan un trabajo mediante el uso de determinados materiales y que a partir del mismo objetivan en productos particulares la cultura de la cual emergen y que es parte de una construcción colectiva que los incluye y supera. La cultura, así, es pensada como una expresión y una construcción comunitarias, las genera y regenera el pueblo-nación. No es meramente la producción intelectual de un grupo ilustrado, más bien se trata de todo lo contrario: un producto que emana de la tierra y de la historia. La cultura es praxis, sistematización teórica de las prácticas sociales comunes de una sociedad, y no sólo la experimentación técnica engendrada por especialistas aislados. Tal como el intelectual inglés Edward Said ha señalado: “la voz del intelectual es solitaria, pero su resonancia se debe únicamente al hecho de asociarse libremente con la realidad de un movimiento, las aspiraciones de un pueblo, la prosecución común de un ideal compartido” (Said, 1996: 107). Esto permite plantear que el progreso cultural no se demuestra sólo a partir de una enumeración de descubrimientos e invenciones realizados individualmente, sino, sobre todo, mediante su socialización; es decir, de acuerdo con la incorporación efectiva de esas innovaciones en la vida colectiva del pueblo.

Esta es la construcción de una nueva cultura sobre parámetros antagónicos a la capitalista, fruto de una nueva hegemonía social. Ese es el impulso que dio Fidel en esta problemática, la dirección tras la cual los intelectuales cubanos –y aquellos que fuera de la isla comulgaban con los principios y las prácticas de la Revolución– comenzaron a aportar su conocimiento específico al proceso revolucionario. Un impulso tras el cual Guevara comenzará a preparar la arcilla del *hombre nuevo* en diversos escritos y que expresará de manera certera en “El socialismo y el hombre en Cuba”.

III. EL HOMBRE NUEVO. UNA MIRADA SOBRE “EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE EN CUBA”

El intelectual revolucionario es, ante todo, un revolucionario a secas, por su posición ante la vida; después, aquel que crea o divulga según su pasión y su comprensión de la especificidad y el poder transformador de la función intelectual. Si la primera condición existe le será fácil coincidir con la necesidad social.

Revista Pensamiento crítico N°1, “Editorial”.

Casi cuatro años después de aquellas “Palabras a los intelectuales”, en 1965, Ernesto Guevara envía al semanario uruguayo *Marcha* un ensayo que pronto se convertirá en un texto emblemático para toda la corriente de la nueva izquierda latinoamericana, y en particular, para los intelectuales revolucionarios de nuestro continente: “El socialismo y el hombre en Cuba”.

Allí, el Che rechaza críticas en referencia a que en el socialismo existe una pérdida de la individualidad y una estandarización del ser humano. Para polemizar con esas posturas, destaca el preponderante rol del individuo en el proceso revolucionario desde sus inicios con el asalto al Cuartel Moncada el 26 de junio de 1953, su desarrollo tanto en la lucha guerrillera en la sierra como en la clandestina en las ciudades, y el rol de constructor social que posee el hombre en la isla desde enero del '59.

Pero lo más relevante para nuestro análisis particular es que a partir de esta problemática, Guevara avanza sobre cuestiones referidas a la educación, la cultura y el arte, y profundiza sus postulados ya diseminados en diversos trabajos anteriores respecto de la importancia de la conciencia para el surgimiento de una nueva ética que redefine la relación del ser humano con su comunidad y asiente las bases para la construcción del *hombre nuevo*, una de las categorías centrales de su pensamiento que será recogida por toda una generación de militantes revolucionarios durante los años sesenta y setenta:

Una de las características centrales de la prédica guevarista que partió la década del sesenta al medio fue la importancia central otorgada por el Che a la conciencia en la construcción del hombre nuevo [...]. [E]l Che ponía en el primer plano de la lucha, de la confrontación, la necesidad de generar conciencia y de batallar por conquistar las mentes y los corazones, la ideología y la voluntad. En esa batalla la cultura revolucionaria contrahegemónica era un engranaje central, nunca un *vagón* derivado ni un elemento *decorativo* útil para rellenar con frases eruditas una línea política previamente establecida (Kohan, 1999: 42; énfasis original).

Este lugar central dado a la cultura en la lucha de clases rememora los planteos de Antonio Gramsci al respecto –y que retomaremos más adelante en este trabajo– y ubica a los intelectuales en una posición de enorme responsabilidad y protagonismo en el surgimiento, consolidación y profundización de un proceso revolucionario.

En este escrito, además, encontramos similares lineamientos a los expresados en el texto de Fidel Castro en relación con la política de

la Revolución para con los artistas e intelectuales, fundamentalmente a través del enfrentamiento del Che con posturas dogmáticas que regulasen a priori la actividad cultural. Guevara cuestiona, por un lado, la representación mecánica de la realidad social propia del “realismo socialista”, y por el otro, impugna cualquier tipo de imposición estética o ideológica, pues sostiene que es absolutamente necesaria la libertad, el debate y la crítica en el contexto de la lucha revolucionaria. De esta manera, así como Fidel planteaba en el texto del ‘61 que dentro de la Revolución se debía otorgar libertad al desarrollo cultural, el Che reclama contra aquellos que siguen, en marzo de 1965, empeñados en sostener lineamientos estéticos regulatorios:

Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales [...]. Se busca entonces la simplificación; lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista, sobre las bases del arte del siglo pasado [...]. ¿[P]or qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? [...]. [N]o se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy (Guevara, 1997: 216-217).

En este pasaje observamos la crítica a la burocracia cultural y al rol de los funcionarios políticos en el terreno ideológico, y la defensa irrestricta de la experimentación estética; pues, aunque aún “falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal” (Guevara: 217), la opción reguladora lo único que logra es *ponerle una camisa de fuerza a la expresión artística del hombre de hoy*, lo cual no solamente impide avanzar en el camino hacia una nueva cultura, sino que nos lleva al error *proudhoniano* de *retorno al pasado*.

Guevara destaca que el progreso en la educación y en el acceso de las masas a la cultura resultan condiciones imprescindibles para establecer los nuevos valores sobre los que se asienta la futura sociedad

comunista, sin los cuales el retorno al capitalismo sería sólo cuestión de tiempo:

Se corre el peligro de que el árbol impida ver el bosque. Perseguido la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.) se puede llegar a un callejón sin salida [...]. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo. De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social (209-210).

De esta manera, resulta evidente la importancia que este texto adquirió para los trabajadores de la cultura y para los intelectuales en general. La ensayista argentina Nilda Redondo expone al respecto que bajo esta óptica: “El comunismo no es ya sólo un mecanismo de nueva distribución de los bienes materiales sino además y fundamentalmente la construcción de un nuevo ser” (REDONDO, 2001: 116). Ante tal definición vuelve a cobrar particular trascendencia la intelectualidad, entendiéndola como aquel sector que hasta el actual desarrollo de la sociedad ha sido mayoritariamente elaborador de productos culturales.

Para Guevara, el arte permite la expresión de la propia condición humana, y junto con el desarrollo general de la cultura en un contexto de trabajo liberado, detenta un rol de privilegio en la paulatina eliminación de la enajenación social. Claro está que estamos ante un tipo de producción intelectual que poco se asemeja a la que conocemos dentro de la sociedad capitalista:

Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho horas o más en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad; es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado. Se trata sólo de un intento de fuga (Guevara: 215).

Por un lado, los intelectuales deben estrechar sus vínculos con el pueblo por las productivas consecuencias de esto en términos de la cons-

trucción de la nación y de la transformación socialista; por el otro, la socialización de la educación y de los bienes culturales generará nuevos artistas e intelectuales nacidos en las entrañas del campo popular, por lo que esa brecha entre intelectuales y pueblo se continuará acortando. En la base de este pensamiento está la misma noción que observamos en “Palabras a los intelectuales” respecto de ir generando vínculos cada vez más estrechos entre intelectuales y pueblo. Pero Guevara vuelve a advertir que para lograr tal aspiración hay que escapar de uno de los mayores peligros en la construcción de la nueva sociedad; la burocratización y consiguiente regimentación de la producción cultural:

Cuando la Revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso [...]. En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir esas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió así casi en un tabú y se proclamó el *súmmum* de la aspiración cultural una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear (215-216).

Vemos cómo “El socialismo y el hombre en Cuba” (al igual que “Palabras a los intelectuales”) es, entre otras cosas, un verdadero proceso contra el dogmatismo y la burocratización. Guevara sostiene que el socialismo debe gestar un nuevo tipo de sujeto, y dentro de esta teorización es que se propone una intelectualidad mancomunada con su pueblo que posea plena autonomía para desarrollar su actividad, para lo cual: “No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni *becarios* que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas” (218).

En la misma línea que Fidel, el Che promueve una amplitud ideológica en la construcción político-cultural de Cuba. Pero también deja en claro que, en medio de un proceso revolucionario que iba adquiriendo un carácter ya no sólo continental sino mundial (Guevara envía este texto a Montevideo desde Argel, luego de su incursión revolucionaria en el Congo), el principal deber de todo revolucionario es la defensa y construcción de la revolución. Un intelectual que se dice revolucionario no puede estar ajeno a la revolución. Se lee el presente como una oportunidad histórica para dejar atrás la sociedad de clases fundamentalmente a partir de las luchas que se están desarrollando en el Tercer Mundo, y en ese contexto las “simpatías” no alcanzan.

Sin dejar de lado su función específica, un intelectual revolucionario –como un campesino, un obrero, un desocupado–, debe redoblar esfuerzos e impulsar, defender y desarrollar los procesos transformadores para promover su victoria. Como postula Redondo, en las palabras del Che se expresa que:

No se puede hablar de Revolución desde la comodidad y el individualismo burgueses, la necesidad ética por modificar las infelicidades de la humanidad obliga al compromiso directo y sin dilaciones, y este compromiso requiere de la entrega revolucionaria [...]. [L]a ética revolucionaria es un valor supremo y la sociedad nueva no es sólo el acceso a los bienes materiales para la mayoría de la población, sino fundamentalmente una sociedad constituida por un *Hombre Nuevo* en el que primen los valores de la solidaridad por encima del individualismo burgués (Redondo, 2001: 115; énfasis original).

Nuevamente, no se trata de ir en menoscabo de una actividad teórica o artística específica, sino de construir un *hombre nuevo* en el que se integren teoría y práctica, escindidas en la lógica capitalista. El intelectual revolucionario tiene un rol fundamental en eso, en el advenimiento de una nueva cultura y en la construcción de otra hegemonía política. Estas conclusiones del Che no se convirtieron en un redundante eco rebotando en el vacío. Pocos meses después de su muerte, intelectuales de alrededor de setenta países diferentes reunidos en La Habana para un Congreso Cultural darán una de las muestras más contundentes de que el legado de Guevara no terminaba con su vida, sino más bien todo lo contrario: se diseminaba como tábanos a lo largo y ancho del mundo.

IV. EL CONGRESO CULTURAL DE LA HABANA DE 1968. INTELECTUALES EN REVOLUCIÓN

*Qué fácil es protestar por la bomba que cayó
a mil kilómetros del ropero y del refrigerador.
Qué fácil es escribir algo que invite a la acción
contra tiranos, contra asesinos,
contra la cruz o el poder divino,
siempre al alcance de la vidriera y el comedor.*

Silvio Rodríguez, “Canción en harapos”

El Congreso Cultural de La Habana desarrollado en enero de 1968 recoge los planteos de Fidel y el Che expresados aquí respecto del rol del intelectual en los procesos revolucionarios y de liberación nacional.

Limitado al campo de la cultura, puede incluirse dentro de los intentos de estructuración de una nueva corriente revolucionaria a nivel mundial apartada de las propuestas del socialismo soviético, que tuvo en los encuentros políticos de la Conferencia Tricontinental de 1966 (donde representantes de los pueblos de Asia, África y América Latina se reunieron en La Habana para comenzar a organizarse colectivamente contra el imperialismo y el colonialismo) y de la OLAS de 1967 (primer y único encuentro de organizaciones castristas y procastristas de Latinoamérica, realizado con el fin de establecer un diálogo más directo y una estrategia continental para la revolución americana) sus dos máximas expresiones. La delimitación del concepto de intelectual revolucionario, la reivindicación de la lucha armada, la defensa de Cuba y de Vietnam como vanguardias del proceso histórico y la aclamación de la figura y el ejemplo del Che Guevara, por entonces recientemente asesinado en las selvas de Ñancahuazú mientras combatía con su fuerza guerrillera por la liberación de Bolivia, fueron los ejes que recorrieron la totalidad del congreso.

Durante los días que duró el evento se discutió la manera de aportar al cambio social desde la comunidad en la que cada uno de estos intelectuales vivía y desarrollaba sus actividades, intercambiando experiencias y reflexiones. Se planteó la relevancia de realizar tareas de cara a la vida cotidiana de los sectores populares, es decir, lo contrario de la excepcionalidad y el individualismo que regían sus prácticas en el mundo burgués. De lo que se trataba, propusieron, era de formar parte del común y trabajar en conjunto en ese proceso creativo que era la revolución americana y del Tercer Mundo.

Como todo evento de este carácter, las jornadas se nutrieron de una heterogénea variedad de ponencias. La delimitación del actual trabajo exige un recorte de ese corpus, y hemos decidido focalizarnos fundamentalmente en los textos escritos de manera colectiva durante el congreso por todos los intelectuales que se dieron cita en él, es decir, la “Declaración general del Congreso Cultural de La Habana” y el “Llamamiento de La Habana”, los cuales permiten distinguir los intereses comunes de los allí presentes en relación con el rol del intelectual en los procesos revolucionarios y de liberación.

Luego de celebrar al inicio de la “Declaración general...” la lucha del pueblo de Vietnam contra el imperialismo, los intelectuales reunidos para “examinar los problemas de la cultura en relación con el Tercer Mundo” saludaron la memoria del Che Guevara y lo señalaron como un modelo de “intelectual revolucionario”. La ligazón entre

cultura y política resulta, a esta altura de los acontecimientos, una obviedad. El intelectual revolucionario era, ante todo, el dirigente político y el guerrillero que armas en mano lucha por la revolución. Las discusiones pasaron por cómo interpretar y llevar a cabo ese vínculo entre cultura y política que rediscutía las tradicionales nociones de autonomía. Para los intelectuales congregados en La Habana: “Defender la revolución es defender la cultura” (*Ruedo Ibérico* N° 16, 1967-68: 43). Estas palabras parecen el eco de aquellas de Fidel Castro casi siete años anteriores, cuando pidió a los intelectuales “el máximo desarrollo a favor de la cultura y muy precisamente en función de la Revolución, porque la Revolución significa, precisamente, más cultura y más arte” (Castro, 1961: 18).

Las transformaciones culturales producidas por la Revolución en el campo intelectual tradicional, y de las cuales los textos de Fidel y el Che son dos de sus más elocuentes expresiones, encontraron en este congreso un espacio concreto de organización. Se evidenciaba así que el lugar del intelectual debía ser subvertido junto con la sociedad toda. En palabras de Kohan: “A partir de ese cataclismo epocal y esa transmutación generalizada de las normas que hasta ese momento habían guiado el ejercicio de la ‘profesión’ docente e intelectual, ya no se podía seguir separando más ni escindiendo las ciencias sociales y su estudio teórico de la lucha política” (Kohan, 2006: 20). Es por este motivo que no puede pensarse ya el debate cultural desligado del planteo político, pues: “esta cultura degradada se convierte en un instrumento más de la explotación” (*Ruedo Ibérico* N° 16, 1967/68: 44). La pauperización de los pueblos del tercer mundo no es un problema meramente económico, sino también cultural:

No es sólo el retraso económico y la miseria lo que el subdesarrollo determina en los países que lo sufren, sino también consecuencias dramáticas en el orden de la cultura. El analfabetismo popular y la carencia de oportunidades para el acceso del pueblo a la educación y por tanto a las manifestaciones del arte y de la ciencia, van acompañados de un verdadero genocidio cultural (*Ruedo Ibérico* N° 16: 43), se planteará como una de las conclusiones de este congreso.

En relación con las propuestas de la Conferencia Tricontinental de 1966 y de la OLAS de 1967, los intelectuales declaran:

El Congreso ha puesto de relieve que en las actuales condiciones de Asia, África y América Latina, hay que quebrar las dependencias de carácter colonial y neocolonial. Y este cambio revolucionario que expulse a los dominadores y a sus cómpli-

ces, sólo puede llevarse adelante mediante la lucha armada [...]. En la lucha por la liberación y su desarrollo se afianzan y crecen los elementos de una auténtica cultura nacional (44).

Así, se liga el desarrollo de la cultura con la resistencia al imperialismo y sus agentes nativos. En este contexto, los intelectuales revolucionarios tienen funciones precisas, tareas que demanda la lucha de clases:

Los intelectuales de los países del Tercer Mundo tienen insoslayables deberes de lucha que comienzan con la incorporación al combate por la independencia nacional y se hacen más profundos en la medida en que, lograda ésta, los pueblos se encaminan a la realización de más altos objetivos de la emancipación social. Si la derrota del imperialismo es el prerrequisito inevitable para el logro de una auténtica cultura, el hecho cultural por excelencia para un país subdesarrollado es la revolución. Sólo mediante ésta puede concebirse una cultura verdaderamente nacional y es dable realizar una política cultural que devuelva al pueblo su ser auténtico y haga posible el acceso a los adelantos de la ciencia y el disfrute del arte; no hay para el intelectual que de veras quiere merecer ese nombre otra alternativa que incorporarse a la lucha contra el imperialismo y contribuir a la liberación nacional de su pueblo mientras padezca todavía la explotación colonial (45).

Pero en esta disputa, señalan los intelectuales reunidos en enero del '68 en La Habana, hay "formas muy diversas de participación", pues "en la lucha por la liberación nacional y la creación del socialismo, se desenvolverá la batalla ideológica" (45) en la cual los intelectuales tienen una labor específica a realizar y en la que deben huir del nacionalismo estrecho y del universalismo imitador para "contribuir en los países del Tercer Mundo al florecimiento de una cultura con raíces propias y amplios horizontes" (44). Ante todo esto: "Los antiguos conceptos de vanguardia cultural adquieren un sentido aún más definido. Convertirse en vanguardia cultural dentro del marco de la revolución supone la participación militante en la vida revolucionaria" (49).

A partir de esta clase de caracterizaciones se extendió en la crítica académica la tesis de la hegemonía de un "antiintelectualismo cubano" o, mejor dicho, de la consolidación de una corriente antiintelectualista a partir del proceso revolucionario generado en Cuba, que habría tenido a partir de 1968 uno de sus momentos de mayor auge. No es otra que ésta la propuesta sostenida por Claudia Gilman en su libro *Entre la pluma y el fusil*, donde titula uno de sus capítulos

Cuba: patria del antiintelectual latinoamericano”, y en el que plantea que en la isla se consolidó una tendencia que cada vez con mayor énfasis evaluaba la labor intelectual en términos de mérito político inmediato. Se trataría de “una posición adoptada por una fracción de los intelectuales que se autodenomina revolucionaria, como resultado de su radicalismo ideológico y del crecimiento del valor de la política y sus lógicas de eficacia e instrumentalidad (Gilman, 2003: 29-30).

Gilman analiza los distintos modos de relación entre intelectuales y política establecidos en los sesenta/setenta en el continente, en particular a través del vínculo entre los intelectuales y la Revolución Cubana, que funciona como *pivote* de todos los problemas que trata. El libro trabaja la época que se inicia en 1959 y llega hasta mediados de los setenta, donde los diversos golpes de estado sufridos en América Latina habrían clausurado definitivamente los bríos revolucionarios en América. Internamente, divide la época en dos períodos, uno que iría de 1959 hasta 1966/’68, con hegemonía de la figura de *intelectual comprometido*, es decir, un tipo de trabajo intelectual que otorgaría –desde su óptica– la misma preocupación e importancia a la participación pública que a la especificidad intelectual; y otro que va desde 1966/’68 hasta mediados de los setentas, con predominio de la noción de *intelectual revolucionario* y, siempre según sus palabras, de un creciente “antiintelectualismo” donde cobraría fuerza la idea de militancia social del intelectual en detrimento de su especificidad profesional.

La autora sostiene que en esos años se consideraba que un intelectual debía convertirse en un agente de transformación social porque podía aportar a la creación de las condiciones subjetivas para la revolución. Habría, a su vez, una especie de *obligación* sentida por los intelectuales de participar en la *cosa pública*. Se comienza a profundizar en los debates sobre el rol del escritor y, en particular, cómo actuar en el Tercer Mundo y en procesos revolucionarios. En su polémico análisis, Gilman centra sus críticas sobre la política cultural cubana, a la que acusa de creciente “hostilidad” hacia los intelectuales. Señala la heterogeneidad que poseía la noción de compromiso en la época y cómo empieza a mellar la idea de “intelectual revolucionario” en el campo cultural latinoamericano:

Las exigencias crecientes de participación revolucionaria devaluaron la noción de compromiso, bajo la cual una gran parte de los intelectuales encontraron sombra y protección durante algún tiempo. Fue manifiesto el intento de redefinición del rol y la función social del intelectual, que al poner el acento en los

requerimientos ‘revolucionarios’ (y no simplemente críticos, estéticos o científicos) de la práctica intelectual, afectó sus criterios de legitimidad y validez (Gilman: 160).

Esta noción de “intelectual revolucionario” ubicaría a los pensadores como actores sociales subordinados a las organizaciones o estados revolucionarios y por lo tanto carentes de cualquier posibilidad de autonomía en su práctica cultural.

Sin desconocer la existencia al interior de la Revolución Cubana, sobre todo a inicios de los años sesenta y durante mediados de los setenta pero en mayor o menor medida, siempre presente, de un sector dogmático que logra primacía en el desarrollo cultural del país a partir de mediados de 1968 (y que Alfredo Guevara catalogó como de “desprecio a los intelectuales” y “humillación de la dignidad intelectual”), creemos que de allí a proponer a Cuba como la patria del antiintelectualismo latinoamericano –cuando en el período fue el país del continente en el que mayor despliegue tuvo el campo cultural (creando incluso una nueva y compleja institucionalidad al respecto), el que generó diálogos permanentes con su propia intelectualidad y el que produjo múltiples intentos por articular a la intelectualidad latinoamericana (censurada en variadas ocasiones en sus propios países capitalistas de la región) – existe una amplia distancia que sólo puede zanjarse mediante cabriolas conceptuales y una arbitraria selección del material a estudiar (que desconoce múltiples aspectos de la vida cultural cubana en pos de enfatizar sus prácticas más discutibles).

En efecto, que los sectores burocráticos de la dirección cultural cubana fueron ganando cada vez mayor margen de maniobra en diversas instituciones locales es algo que expresan los propios protagonistas de esta historia, como por ejemplo, Ambrosio Fornet:

De un lado estaban ellos –los ideólogos, los teóricos, a quienes llamábamos sin más ‘los dogmáticos’–, y del otro lado estábamos nosotros, a quienes nuestros adversarios nos llamaban ‘los liberales’... pequeños burgueses sin ideología definida, aunque algunos, marxistas con buena formación (sobre todo, entre los cineastas), y otros, como yo mismo, aprendices de marxismo. Pero además –no lo olvidemos– los respectivos adversarios representaban, a sabiendas o no, zonas de poder, es decir, sus opiniones expresaban aspectos de la lucha por el poder o, si lo prefieren, de la lucha por la hegemonía en el campo cultural [...]. Al final, la propia lucha cesó, abrupta y lamentablemente, con la supresión burocrática de una de las partes. Fue lo que ocurrió en el Congreso

de Educación y Cultura, en 1971, que dio paso al Quinquenio Gris” (Fornet, 2011a: 262 y 265).

Hasta 1971, sin embargo, el nivel de debate público existente permite establecer que la hegemonía por la dirección cultural en la isla estaba aún, cuanto menos, en disputa, y el Congreso de enero de 1968 muestra una amplitud que pocos países americanos podían mostrar en esa época, con una evidente preponderancia de los sectores menos dogmáticos.

Igualmente, no se trata de generar una polémica de fechas, sino discutir un concepto. Como en las “Palabras a los intelectuales” de Fidel y en “El socialismo y el hombre en Cuba” del Che, resulta explícito durante el Congreso Cultural del ‘68 que las demandas por una participación activa a nivel político –e incluso, en tal contexto revolucionario, *político y militar*– de diversos sectores de la sociedad (dentro del cual no se excluye a los intelectuales), no implica necesariamente que éstos dejen al margen la propia práctica específica que realizan ni que deban poner toda su labor al servicio de intereses *urgentes*. Como señala la “Declaración final” de la Comisión dedicada a analizar los problemas de la creación artística y del trabajo científico de este congreso:

Las vanguardias culturales tienen responsabilidades específicas: en primer lugar, con la obra cultural propiamente dicha. Las diversidades de desarrollo de los países del Tercer Mundo hacen que el concepto de obra cultural comprenda desde la lucha por la lengua nacional, hasta la obra de creación artística y teórica. A través de esta obra cultural la vanguardia concreta su primera responsabilidad: contribuir al desarrollo de la cultura nacional [...]. La educación, el trabajo productivo, y sobre todo la defensa de la revolución, que es la defensa de la cultura, son tareas comunes a todo revolucionario [...]. Pero en esa experiencia vital no se resuelve el carácter específico de su tarea intelectual. Las vanguardias [culturales] deben desarrollar una lucha por la descolonización (*Ruedo Ibérico N° 16: 29-30*).

Así como resultaría absurdo postular de “anticampesino” el pretender que los peones rurales luchan activamente por la tierra además de cultivarla, o de “antiobrero” que los trabajadores disputen el poder político y la gestión de sus unidades productivas además de llevar adelante su labor cotidiana, de la misma forma no podríamos catalogar de “anti-intelectual” la pretensión de que los escritores y artistas asuman *también* un rol militante en los procesos de liberación nacional. Sostener tal planteo es considerar que los intelectuales tienen una función y un tipo de labor específicos predeterminados de una vez y para siempre

en la sociedad, que necesariamente deben estar desligados de tareas “prácticas”, “concretas” o “mundanas”. En las palabras de Gilman recientemente citadas, un intelectual es quien pone el acento *simplemente en aspectos críticos, estéticos o científicos de la práctica intelectual*. Esta posición estática, dogmática y metafísica hace de la noción de intelectual una “casta” rígida e inmodificable y define el lugar y la función que los intelectuales detentan producto de un desarrollo histórico como su única posibilidad de existencia.

Lo que la Revolución Cubana propone, en cambio, es otro tipo de intelectual, con un nuevo rol. En realidad, pretende consumir una nueva organización social y un *hombre nuevo* que la conforme, donde la intelectualidad no sea un agente externo del campo popular ni esté desligada de la construcción social venidera. Procura revolucionar, también, la intelectualidad, pues no puede ubicarla por fuera de la historia ni de la lucha de clases. En este sentido, la búsqueda de vínculos entre intelectuales y sectores populares también es un eje que recorre la “Declaración general...” y que se relaciona con el nuevo tipo de sociedad que se pretende erigir:

[E]l ejercicio digno de la literatura, del arte y de la ciencia constituye en sí mismo un arma de lucha [...]. [L]a medida revolucionaria del escritor nos la da, en su forma más alta y noble, su disposición para compartir, cuando las circunstancias lo exijan, las tareas combativas de los estudiantes, obreros y campesinos. La vinculación permanente entre los intelectuales y el resto de las fuerzas populares, el aprendizaje mutuo, es una base del progreso cultural (45).

No se trata de eliminar, ni siquiera de relegar, la práctica intelectual para asumir un rol meramente “político” (pues el ejercicio literario y científico *constituye en sí mismo un arma de lucha*), sino de la confluencia de los intelectuales (*cuando las circunstancias lo exijan*) con los demás sectores populares, porque, en definitiva, ¿cuál sería el privilegio del intelectual que se dice revolucionario dentro de una sociedad en revolución, para no participar activamente de la lucha política que define el futuro del conjunto de la comunidad (incluso el suyo propio)? ¿Qué tipo de excepcionalidad presenta para ello? ¿Por qué necesariamente incluirse en esa disputa política –que en tal contexto admitía la posibilidad de la lucha armada debido a la crisis de hegemonía del poder burgués y al desarrollo de la lucha revolucionaria en el continente– generaría *contaminar* o *desconocer* su práctica particular? Es nuevamente Fornet quien, en el siguiente pasaje, sintetiza la idea de intelectual revolucionario gestada en Cuba:

El escritor y el artista revolucionarios son ciudadanos que además de cortar caña, hacer guardias y realizar un trabajo diario -como cualquier ciudadano del país-, escriben o pintan o componen sinfonías. Y eso es lo que realmente saben hacer, su más auténtica y quizás más duradera contribución a la sociedad” (Fornet, 2011a: 242).

Tildar de *antiintelectuales* a aquellos escritores que dieron una batalla precisamente por una nueva cultura y por una nueva intelectualidad, a los que jamás abdicaron de la experimentación artística, del desarrollo científico, del progreso técnico, a los que justamente combatieron –muchos de ellos a muerte– la falta de cultura y de alfabetización, la poca llegada del arte a los sectores obreros y campesinos y el ínfimo ingreso a las universidades de las clases más pobres, a los que buscaron por todo medio a su alcance superar el desgarramiento entre una elite ilustrada a la que ellos mismos pertenecían y los sectores más marginados de su propia comunidad, sólo resulta aceptable si se parte por reconocer el tipo de cultura en la que vivimos como la única posible, si se pone como condición de la intelectualidad su separación tajante con toda práctica concreta, si naturalizamos la escisión entre *la mano que trabaja y el cerebro que piensa* que mencionamos antes y que es producto de una relación social.

De hecho, quizás sea este uno de los logros más relevantes de la intelectualidad actual, donde se unen los académicos conservadores, los “especialistas” o “profesionales”, los reformistas y los posmodernos en busca de domesticar a los pensadores revolucionarios dentro de los escuetos límites de un libro impreso, un *paper* o una conceptualización definida. Un intelectual es el que escribe, lee y publica. Punto. Sacarlo de esos estrechísimos márgenes –apartarlo de su “campo” – es sinónimo de negar su existencia.

Y es precisamente la noción de “campo” la que funciona como legitimadora de esta clase de discursos hoy día, aunque poco tenga que ver Pierre Bourdieu con ello. Omar Acha cuestiona en *Un revisionismo histórico de izquierda* esta manera en que se utiliza académicamente la herramienta teórica construida por el teórico francés y al pasar rinde cuentas con la postura de Gilman aquí expuesta. El historiador remarca que los planteos de la autora “están adocenados en una interrogación sobre la politización del campo de las letras, cuando [en ese período que investiga] las formas de las experiencias estaban raigalmente entrecruzadas” (Acha, 2012: 161). Esto es, si el campo intelectual cubano crece y se desarrolla en la época a partir de su imbricación con el proceso revolucionario, distinguir la cultura de la política para señalar la “invasión” de la segunda sobre la primera

desconoce la particularidad del proceso en el que se está indagando. Gilman se empeña en contraponer los campos para marcar la contaminación de una presunta pureza cultural a causa de la penetración de intereses de índole político. Según Acha, en cambio: “Para los años sesenta y setenta se observa la artificiosidad de la noción de campo en un esquema modernizante, atento a detectar la invasión de una esfera por otra” (Acha: 161). El cruce constante de la práctica intelectual con el desarrollo del movimiento social y político –arrasador para la tesis del “campo” así entendida, según Acha– se esfuma en el análisis de Gilman, quien de este modo imposibilita con su lectura un conocimiento del proceso político-cultural que pretende estudiar.

Acha encuentra que los planteos de Gilman son parte de una larga tradición analítica que tiene sus eslabones previos –no sin sus respectivos matices– en los textos de Silvia Sigal *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991) y de Oscar Terán *Nuestros años sesentas* (1991), y su fundación en los trabajos de Beatriz Sarlo de los años ochenta (podemos poner como ejemplo su artículo “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” –1985–), a partir de los cuales: “Lo que en Bourdieu fue propuesto como un concepto crítico, pues denunciaba las formas de dominación inherentes a los campos, pasó a ser una descripción ecuánime, y en su ceguera, devino apologética” (163). Su propuesta al respecto es categórica, hay que revisar las herramientas de análisis: “Me pregunto si es válido un uso empirista y despolitizado del campo para ser empleado con liviandad para todo el siglo veinte argentino y latinoamericano, donde política, raza, clase y religión fueron constitutivas del quehacer intelectual. Debo decir que así utilizado me parece un obstáculo para comprender lo histórico” (163).

Este trabajo coincide con tales postulados, y encuentra en el desarrollo político-cultural de la Revolución Cubana un ejemplo concreto para sostener este planteo, que entronca con la propuesta de Néstor Kohan en torno de su aguda crítica hacia quienes se amparan en las distinciones de “campos” para cuestionar la politización cultural de esos años:

Durante los años ´80 se puso de moda en la academia argentina y en otras academias latinoamericanas recurrir a la terminología del joven Pierre Bourdieu (principalmente la noción de “campo”, contrapartida en su obra de la noción de “habitus”) para explicar la génesis, desarrollo y consolidación de los grupos intelectuales. Manipulando a *piacere* aquellos textos de Bourdieu, algunos intelectuales ex marxistas (autodenominados en forma presuntuosa “postmarxistas”) legitimaban de este modo su *aggiornamento* y su ingreso a la socialde-

mocracia. ‘El gran error de los años ‘60’ –arriesgaban en sus *papers* académicos– ‘fue no respetar la profesionalidad de los campos intelectuales. La política todo lo invadió’. Así, aislando al “campo” intelectual del “campo” político fundamentaban su conversión en burócratas profesionales y tecnócratas académicos” (Kohan, 2011: 9).

Este cuestionamiento culmina con una postura antagónica a la expresada por autores como Gilman por parte de Kohan, quien señala: “La política (sobre todo la revolucionaria) no es algo ‘externo’ a la cultura, como postularon estos ex marxistas que manipulaban malintencionadamente las categorías de Bourdieu. Es parte de la misma cultura” (9).

No hubo, entonces, una “politización excesiva” ni una postura “antiintelectualista”, como se lee en el ensayo de Gilman respecto de Cuba. Por el contrario, escindir ambas esferas de ese modo lleva a parcializar la mirada de tal manera que impediría acceder a una comprensión del proceso en cuestión. Así, la distinción en “campos”, pertinente en lo que atañe a un estudio de las especificidades culturales, deviene en una excusa conceptual que permite descontextualizar lo que es un tipo particular de producción social. Si Bourdieu a través de sus análisis pretendió complejizar la interrelación constante entre el campo intelectual y el campo de poder para dar cuenta de la producción cultural de una sociedad determinada sin caer ni en determinismos sociales ni inmanentismos estéticos o culturales, muchos analistas posteriores utilizaron sus herramientas críticas para deslindar la política de lo cultural y promover una lectura del hecho estético extirpada del conjunto de relaciones sociales. Así, abjuraron, con lenguaje académico, de las relaciones entre arte y sociedad –o por lo menos establecen límites prefijados que necesaria y universalmente se debieran cumplir– incluso cuando propugnan discursivamente lo contrario, y, en el caso de los análisis de los sesenta y setenta, mutilan la práctica cultural de la época, que tenía en lo político una de las partes constitutivas del quehacer intelectual.

Lejos de esas posturas estuvieron los intelectuales del Congreso del ‘68, que vincularon la práctica específicamente cultural con el resto de las acciones que los habitantes de una sociedad desarrollaban en su territorio. No se ciñeron a un acartonado “campo” específico, es cierto, pero no por ello despreciaron la labor intelectual, y ante nociones dogmáticas y verdaderamente antiintelectualistas que negaban el valor del estudio y la rigurosidad del análisis o que fomentaban la deserción escolar o el embrutecimiento social a través de múltiples mecanismos, reivindicaron a la cultura como un hecho político de primer orden, defendieron la importancia de la disputa ideológica, su necesidad imperiosa como parte integral del proceso de liberación, y la empalmaron

con otras formas de lucha necesarias en su contexto específico. Así, la pelea por el derecho a la lengua propia, por un arte popular que representase la cultura y los sentimientos de una comunidad, por el desarrollo científico y técnico de sus respectivos países; la que realizaba el pueblo en búsqueda de apoderarse de su tierra y sus medios de producción, y la antiimperialista, eran presentadas como facetas de una misma y sola lucha.

Estos vínculos (tal como expresara el Che Guevara en “El socialismo y el hombre en Cuba”, y antes Fidel en “Palabras a los intelectuales”) permitirán generar las bases necesarias para el desarrollo intelectual del propio pueblo: “Bajo el impulso revolucionario y con la contribución de los intelectuales que participan como agentes de la cultura, surgirán de la cantera popular, nuevos artistas” (*Ruedo Ibérico* N°16: 49). Es por eso que, ante las circunstancias vigentes en América Latina a finales de los años sesenta, también para ellos el rol del intelectual es experimentador pero a la vez pedagógico: “La carencia de cuadros en los países subdesarrollados obliga al intelectual a convertirse él mismo en divulgador y educador ante su pueblo, sin que esa entrega militante signifique la rebaja de la calidad artística de su obra o de su investigación y servicio científicos, que constituyen también su alta responsabilidad” (45).

Nuevamente, vemos cómo en la “Declaración general...” resuenan las voces de los líderes de la Revolución Cubana. No se trata de posturas “antiintelectuales”, no se pretende que se deje de lado la labor profesional o artística específica para tomar un fusil, alfabetizar –por otra parte, tarea profundamente intelectual– o repartir panfletos, sino de realizarla *también* cuando hiciera falta, sin menoscabo de las funciones específicas que en tanto intelectuales le podía haber a cada uno. Como señala el poeta uruguayo Mario Benedetti en su ponencia presentada en el congreso (titulada “Sobre las relaciones del hombre de acción y el intelectual”), que un intelectual se haga soldado no es obligatorio, pero tampoco puede estar prohibido.

Por otra parte, el tener una formación profesional no exime al intelectual del trabajo práctico, porque la revolución es justamente la búsqueda de una unión entre teoría y práctica. O por lo menos del adelgazamiento de su distancia. No hay movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria, y la teoría sin práctica donde encarnar pierde su valor transformador (“gris es toda teoría, y sólo es verde el árbol de doradas frutas que es la vida”, expresaba ¿el antiintelectualista? Goethe). Por lo tanto, el conocimiento teórico adquirido conlleva una responsabilidad específica en la lucha social. De lo que se trata, en definitiva, es que en el intelectual se desarrolle también el *hombre nuevo* sobre el cual teorizara Guevara:

En la unión del trabajo físico y el estudio, en el dominio de la ciencia y la técnica, en la apreciación del arte, en la formación física a través del deporte y en cumplimiento de las obligaciones militares en la defensa de la revolución, que tiene también su sentido formativo, la sociedad dotará a ese hombre del futuro con las condiciones necesarias para su plenitud. Abolido el egoísmo sobre el cual se ha sustentado en sociedades anteriores el individualismo excluyente, se enriquecerá cada vez más la individualidad verdadera. Ese hombre nuevo no será una imagen inmutable y perenne: cambiará con las épocas, se transformará al paso de la ciencia y la técnica y de la imaginación incesante (49-50).

Esta es la gesta por la que lucharon –y luchan hoy– los intelectuales en la Cuba revolucionaria. ¿Dónde vemos allí lo “antiintelectual”? ¿En el desarrollo de una imaginación incesante? ¿En las transformaciones del hombre producto de los avances científicos y técnicos? ¿En el necesario dominio de la ciencia, la técnica, la apreciación del arte? ¿Acaso se plantea aquí que la unión del trabajo físico y el estudio o la formación militar deben ir en detrimento de la labor intelectual? ¿O no será todo eso un malentendido propio del *individualismo excluyente* de sociedades primitivas como en las que vivimos en gran parte de América, que no admiten siquiera la posibilidad de integrar plenamente en el ser humano estas cualidades, por lo que nombrar unas implicaría desatender otras? ¿Discutir que un intelectual sea *solamente* la “conciencia crítica” de una sociedad es prescindir de él? ¿La imposibilidad de ser hombres integrales está dada por las limitaciones de nuestra naturaleza humana o por las imposiciones de un sistema social que nos obliga a dedicar la mayor parte de nuestra fuerza física y mental en beneficio ajeno cada día de nuestras vidas? Y si resulta esto último, ¿cómo no ponerlo en cuestión al momento de ingresar en un proceso revolucionario?

Los intelectuales reunidos en Cuba en el ‘68 explicitan una respuesta. La unión de la teoría y la práctica, el estudio minucioso y la defensa concreta –militar– de la revolución, el dominio de la ciencia y el trabajo físico. Hay que apostar a que todo pueda ser reunido en un *hombre nuevo*, integral. En sus palabras: “Vinculada esencialmente a la lucha política, a la defensa y desarrollo de su revolución, la vanguardia [cultural] mantendrá la investigación y experimentación más rigurosa paralelamente a la respuesta a toda necesidad inmediata” (31).

Aunque no es factible desarrollarlo en profundidad aquí, cabe mencionar también que esta noción de antiintelectualismo hegemónica en las academias occidentales lleva implícita una concepción *arielist* del intelectual, ubicado en su *torre de marfil*, recubierto por su espi-

ritualismo, su equilibrio y su neutralidad como rasgos constitutivos. Ante ello, los intelectuales revolucionarios lo instan a poner el cuerpo, a tomar partido y a actuar en consecuencia.

Sólo un mes después de este congreso, el periodista y escritor Rodolfo Walsh comienza a redactar el prólogo a la antología narrativa *Crónicas de Cuba*, publicada en la Argentina ese mismo año.³ Allí otorga un panorama alentador del proceso cultural en la isla, expresa que los intelectuales se están transformando en protagonistas de la vida del pueblo y destaca que “la revolución cubana ha conservado a la mayoría de sus escritores y artistas”, lo que “abarca desde las grandes figuras consagradas hasta las más jóvenes” (Link -Comp-, 2007: 100). Asimismo, da un pantallazo general del proceso iniciado en el ‘59 al exponer:

La revolución creó en Cuba la industria editorial, un público, una corriente de intercambio con intelectuales de todo el mundo, becas y premios, la mejor revista literaria que se publica en castellano. Ciertos acontecimientos, como el premio anual de Casa de las Américas o el reciente Congreso Cultural al que asistieron intelectuales de setenta países, reciben una publicidad casi comparable a la que nuestros diarios dedican a las carreras y el fútbol. Después de padecer la historia, los escritores y artistas, más que gozarla, ayudan a hacerla (Link -Comp-: 101).

Culmina su análisis planteando que a partir de la política económica, social y cultural de la revolución: “la vida literaria en Cuba tiene hoy una intensidad que nunca tuvo” (103). En resumen, entonces, sumadas estas palabras de Walsh al debate, ¿dónde está la patria del antiintelectual latinoamericano que Cuba habría sido?

La “Declaración general...”, junto con el “Llamamiento de La Habana” realizado por los participantes del mismo congreso, que define “apoyar las luchas de liberación nacional, de emancipación social y de descolonización cultural de todos los pueblos de Asia, África y América Latina” y llama “a los escritores y hombres de ciencia, a los artistas, a los profesionales de la enseñanza, y a los estudiantes, a emprender y a intensificar la lucha contra el imperialismo, a tomar la parte que les corresponde en el combate por la liberación de los pueblos” (Martínez Heredia-Comp-, 2011: 186) aportarán a –y son parte de– una mayor radicalización de la intelectualidad latinoamericana y del campo cultural en su conjunto, e incluso colaborarán en el intento por transformar el

³ Walsh fecha el prólogo de la siguiente manera: La Habana, febrero de 1968/Buenos Aires, julio de 1968.

rol y el lugar en el que se ubica el intelectual en las sociedades modernas, tanto dentro de Cuba como fuera, en aquellos países que buscaban –y aún buscamos– *salir del sueño embrutecedor al que nos sometieron* durante siglos.

Estas declaraciones del '68 no fueron menciones aisladas generadas por gargantas calientes por el sol del caribe, sino ejemplos que permiten graficar un proceso general y de carácter continental: el de los intelectuales en revolución.

V. REPRESENTACIONES DEL INTELECTUAL. LA REVOLUCIÓN DEL CONCEPTO

*No águila a lo Víctor Hugo ni profeta lugoniano.
Pero tampoco lo contrario,
declarar que la literatura no sirve para nada.
No. Ni águilas ni lombrices:
hombres... hombres entre los hombres.
Cuestionando todo, permanentemente.
Claro, a uno mismo en primer lugar.*

David Viñas

Ambrosio Fornet establece en una charla brindada a mediados de 1969 y recopilada en su libro *Rutas críticas* que durante el Congreso Cultural de La Habana los allí presentes definieron adscribir a la definición de intelectual generada por el autor italiano Antonio Gramsci (Fornet, 2011a: 230). Demos entonces un rodeo a través de las propuestas del teórico y militante sardo para entender más profundamente la concepción utilizada en Cuba, a la vez que para ampliar la noción de intelectual más allá de los angostos márgenes de la academia, la profesión y las *bellas letras* en la que suele estar encorsetada.

Si los postulados del filósofo francés Jean Paul Sartre diseñaron un espacio de confluencia entre práctica cultural y posicionamientos políticos para la intelectualidad latinoamericana desde los años cincuenta del siglo pasado, la utilidad del pensamiento gramsciano se vislumbró fundamentalmente en los sesenta mediante dos ejes fundamentales: la necesidad de establecer análisis apoyados en lo nacional popular –es decir, en las particularidades del desarrollo histórico de las clases sociales– y la importancia de la subjetividad en los procesos políticos, lo que se presenta en las antípodas del objetivismo economicista de los axiomas stalinistas y de la impronta moscovita de los Partidos Comunistas tradicionales-. Así, junto con la notoria influencia de la teoría del compromiso del autor francés, se presenta un influjo cada vez mayor de

las ideas de Gramsci a lo largo del período, con el consiguiente pasaje *del intelectual comprometido* que podemos observar en las teorizaciones del sartreanas al *intelectual orgánico* propuesto por el autor italiano.

Recordemos que el pensamiento de Gramsci detentaba por entonces más de una década de circulación en América Latina. Ancló definitivamente en nuestro continente a gracias a la labor del intelectual argentino Héctor Pablo Agosti (1911-1984) cuando éste editó sus cartas en 1950 y sus *Cuadernos de la cárcel* entre 1958 y 1962, lo que lo ubica como uno de los pioneros de la difusión del pensamiento gramsciano no solamente en Latinoamérica sino a nivel mundial.

La importancia de Gramsci en la política americana ya es casi un lugar común en la crítica especializada. El filósofo italiano Antonino Infranca acepta que, después de Italia, es América Latina la que está: “a la vanguardia de la investigación gramsciana” (INFRANCA, 2012), y José Aricó subraya:

El pensador comunista italiano se ha introducido en la cultura latinoamericana hasta un grado tal que muchas de sus categorías de análisis integran el discurso teórico de los cientistas sociales, de los historiadores, críticos e intelectuales y hasta penetraron, por lo general de manera abusiva, el lenguaje usual de las agregaciones [sic] políticas de izquierda o democráticas (Aricó, 2005: 35).

Lo cierto es que Gramsci fue incorporado a la política revolucionaria en el continente durante los años sesenta y setenta y su pensamiento, vinculado con prácticas concretas, ayudó a forjar una de las mayores renovaciones teóricas y culturales del marxismo luego de la generada por Lenin a comienzos del siglo XX. En síntesis, hoy ya es una certeza que las conceptualizaciones gramscianas estuvieron lejos de ocupar un lugar marginal en América, por lo que su estudio resulta no sólo pertinente sino incluso imprescindible para repensar la política y la cultura de la época al convertirse en uno de los fundamentos más sólidos de una nueva izquierda de carácter continental dispuesta a discutir y modificar los paradigmas que paralizaban al pensamiento marxista desde hacía décadas bajo la atenta vigilancia de la ortodoxia soviética. No es posible un análisis profundo de la creciente politización de los intelectuales en nuestramérica -con sus consecuencias transformadoras en las prácticas culturales, sociales y políticas- durante el proceso revolucionario cubano sin incluir la influencia del pensamiento gramsciano. Esta resulta hoy una verdad aceptada tanto por los pensadores socialistas como por aquellos que los combatieron.

Para los intelectuales reunidos en La Habana en el '68, por su parte, la recuperación de Gramsci es profunda y supera el mero declaracionismo. Este autor permite extender ampliamente el concepto de intelectual, tal como se pregonaba desde los inicios de la Revolución. Junto con aquellos a los que denomina “tradicionales” –los que se pretenden autónomos o independientes respecto de los grupos sociales fundamentales de la estructura económica de su tiempo debido a su pertenencia a categorías intelectuales preexistentes a su contemporaneidad–, el autor italiano instaura la categoría de “intelectual orgánico”, al que precisa de la siguiente manera:

Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político: el empresario capitalista crea junto a él al técnico industrial y al especialista en economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc. [...]. Los intelectuales orgánicos que cada nueva clase crea junto a ella y forma en su desarrollo progresivo son en general especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz (Gramsci, 2000: 9-10).

Es decir, se originan necesidades técnicas y teóricas que son producto de nuevas relaciones sociales que se establecen en el marco de un nuevo orden político, económico, cultural y social. Un intelectual orgánico, entonces, es aquel que desde sus tareas específicas en diversas áreas de conocimiento y difusión –*especializaciones*– genera las condiciones para un mayor y más complejo desarrollo de la clase social de la cual nace o a la cual se liga, otorgándole medios más óptimos para lograr su hegemonía –esto es, convertirse en clase dirigente– sobre otras capas sociales, permitiéndole una sólida conciencia de sí misma, complementando sus posturas parciales o corporativas –propias de su posición en la estructura económica– con una visión de mundo integral y abarcadora del todo social, dándole la posibilidad de ser clase dominante del conjunto. En palabras de Gramsci, le otorga a una clase *homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político*. De esta manera, el intelectual cumple con tareas “orgánicas” al desarrollo de los intereses de su clase a partir de constituir *la manifestación intelectual* de la totalidad de las actividades de la misma, y contribuye a instaurar un *tipo social nuevo*.

El pensamiento de Gramsci avanza en busca de una definición más concreta sobre los intelectuales que incluso logre contenerlos dentro de una elaboración conceptual general. Explicita una noción particularmente amplificada de intelectual –que incluye desde un técnico industrial hasta un filósofo, desde un funcionario público hasta un militar- y, por lo tanto, uno de los problemas que aborda en sus notas es el de la posibilidad de establecer una categorización unitaria -y una práctica social específica– para la intelectualidad moderna que a su vez fuese distinguible del resto de las actividades sociales no catalogadas como “intelectuales”. Al respecto, señala:

El error metódico más difundido, en mi opinión, es el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales y no, en cambio, en el conjunto del sistema de relaciones en que esas actividades se hallan (y por lo tanto los grupos sociales que las representan) en el complejo general de las relaciones sociales (Gramsci: 12).

Así como el obrero o el empresario no se caracterizan como tales en una comunidad solamente debido a su actividad interna (por ejemplo, si son torneros, pescadores o choferes los primeros; o si son capitalistas textiles o dueños de casinos los segundos), sino por la situación de sus respectivas labores dentro de determinadas relaciones de producción en que éstas son llevadas a cabo; la categoría de intelectual no debiera ser pensada desde una postura que parta de una diferenciación interna a la actividad específica (si se trata de escritores o de médicos, por ejemplo), sino a partir de la relación entre ésta y la estructura socio-económica en la que está inmersa.

Para Gramsci, la distinción tampoco puede establecerse entre lo que parece obvio: intelectuales y no-intelectuales, ya que “en cualquier trabajo físico, aunque se trate del más mecánico y degradado, siempre existe un mínimo de actividad creativa” (12), y tanto el obrero como el empresario requieren para la realización de sus actividades “algunas cualidades de tipo intelectual” (12) por más que no sea efectivamente como intelectuales que se los catalogue en una estructura socio-económica. En la mirada de Gramsci, los no-intelectuales no existen. Sin embargo, señala también que “todos los hombres son intelectuales podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales”, y que:

Cuando se distingue entre intelectuales y no intelectuales, en realidad, sólo se hace referencia a la inmediata función social de la categoría profesional de los intelectuales, es decir, se tiene en cuenta la dirección en que gravita el mayor peso de la ac-

tividad específica profesional, si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo nervioso-muscular. Esto significa que si se puede hablar de intelectuales, no tiene sentido hablar de no-intelectuales (...). No hay actividad humana de la que pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens* (13; énfasis original).

Los *intelectuales*, desde esta perspectiva, serán aquellos que cumplan la función social de intelectuales, los que realicen una labor a partir de una elaboración del intelecto, de la creatividad y el pensamiento, pues si bien todos los seres humanos realizan actividades intelectuales en su vida cotidiana y en su trabajo específico, “la misma relación entre esfuerzo de elaboración intelectual-cerebral y esfuerzo nervioso-muscular no es siempre igual; por eso se dan diversos grados de actividad específicamente intelectual” (13). Esta es la línea de pensamiento que recuperan los intelectuales que participaron del Congreso Cultural del ‘68 y que, con estas u otras palabras, intenta desarrollarse en la Cuba revolucionaria.

Luego de precisar la definición de intelectual en tanto aquella persona cuya actividad social requiere de una preeminencia de labores psíquico-cerebrales por sobre las físicas o motrices, Gramsci pretende fijar los requerimientos constitutivos de una intelectualidad de nuevo tipo que estreche los lazos entre su tarea y la de aquellos sectores sociales que realizan otra clase de actividades productivas –en particular con el movimiento popular y con los sectores asalariados–, y propone a partir de esa relación una reforma no sólo económica sino política, social, intelectual y moral para la sociedad toda. En sus palabras:

El problema de la creación de un nuevo grupo intelectual consiste, por lo tanto, en elaborar críticamente la actividad que existe en cada uno en cierto grado de desarrollo [...] logrando que el mismo esfuerzo nervioso-muscular, en tanto elemento de una actividad práctica general, que renueva constantemente el mundo físico y social, llegue a ser el fundamento de una nueva e integral concepción del mundo (13).

Se trata, entonces, de aunar, bajo la evidente impronta de Marx, *ese cerebro que piensa con la mano que trabaja*, de quebrar la constante distancia existente entre ambas actividades en el mundo moderno a raíz de la división social del trabajo; en definitiva, otra vez: conjugar teoría y práctica. Este intelectual por el que aboga Gramsci se distingue por obvias razones tanto del “tradicional” que se considera por fuera de los procesos sociales y políticos, como de la noción vulgarizada de lo que

un intelectual es, fundada en su especialización en torno al mundo de las ideas, la palabra o el espíritu:

El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia, motora exterior y momentánea de los afectos y de las pasiones, sino en su participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasivo permanente, no como simple orador, y sin embargo superior al espíritu matemático abstracto; a partir de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es *especialista* y no se llega a ser *dirigente* (especialista + político) (14; énfasis original).

Si al triunfo de la Revolución, enuncia Fernet, se entendía por intelectual al “poeta, el novelista, el ensayista, el hombre de cultura que manejaba ideas propias y era capaz de ponerlas en blanco y negro: el escritor, en una palabra” (FORNET, 2011a: 230), la transformación en esa década hasta la posición gramsciana resulta enorme y es el sustento teórico para postular al Che o a Fidel como modelos de intelectual revolucionario. En las propias palabras del escritor cubano:

Según la definición de Gramsci, en cualquier sociedad el dirigente y el cuadro político son desde luego intelectuales. En la Revolución eso salta a la vista. Nosotros tuvimos durante mucho tiempo la exclusiva como intelectuales, pero en realidad lo único que conservábamos era el nombre; la función del intelectual revolucionario iban a cumplirla, en la práctica, el dirigente y el cuadro político (Fernet: 237).

Gramsci cuestiona la naturalidad de esa especie de “división de tareas” que incluso una franja importante de intelectuales izquierdistas solía establecer y detentar. Para un intelectual ya no alcanza con escribir cómodamente detrás de un escritorio o hacer discursos desde su púlpito. Le otorga al intelectual –a este intelectual que *participa de la vida práctica*, que pretende *darle fundamento al esfuerzo nervioso-muscular* y que mediante ello busca generar una *nueva e integral concepción de mundo*– un rol dirigente en los procesos sociales (*especialista + político*) a partir de una activa función pública. Esto será retomado por los intelectuales de la nueva izquierda latinoamericana, convocados y autoconvocados mediante una variada cantidad de organizaciones culturales, políticas, gremiales y/o sociales a cumplir una misión política emancipadora y revolucionaria, con el ejemplo concreto de la Revolución Cubana mostrando el camino desde la práctica concreta, aún antes de conceptualizar estas definiciones como propias. El intelectual debe ser

un *organizador*, un *constructor*, un *persuasivo permanente*. Un intelectual debe ser un cuadro político y, en cierto sentido, un agitador social. Debe incluir su especialización en una visión integral del mundo y en pos de una construcción política emancipadora, y eso lo debe hacer de manera “orgánica”. Este es uno de los legados de la Revolución. Si Agosti puede ser considerado como el introductor del pensamiento gramsciano en América Latina gracias a sus traducciones del pensamiento del escritor sardo y a sus estudios sobre la realidad argentina a partir de las herramientas analíticas gramscianas (por ejemplo con su *Echeverría*), la práctica cultural de la Revolución Cubana encarnó estas nociones y buscó trastocar estructuralmente lo que un intelectual es o puede ser para su comunidad.

Gramsci piensa esta “organicidad” del intelectual obviamente con respecto a un acercamiento entre intelectuales y pueblo que será otro de los ejes de sus *Cuadernos de la cárcel*, a través de los cuales, como dijimos, su pensamiento ha adquirido vigencia en nuestro continente en los sesenta. Su propuesta es que la intelectualidad conforme un bloque histórico con el proletariado para constituir una hegemonía política y cultural que dirija el proceso revolucionario hacia una salida poscapitalista de carácter socialista: “Lo que importa es el hecho de que se busque una ligazón con el pueblo, con la nación, que se considere necesario una unidad no servil, debida a la obediencia pasiva, sino una unidad activa, viviente, cualquiera sea el contenido de esta vida” (Gramsci, 2000: 89). Por todo esto, se convirtió en *modelo* para una intelectualidad ávida de participación política, de acercamiento a los movimientos populares, de construcción de un nuevo tipo de sociedad y de crítica cada vez más radical al sistema democrático-burgués en su conjunto.

Se evidencia de esta manera el por qué esta propuesta ampliaba el rango de acción estipulado por Sartre para los intelectuales. A diferencia de lo que podemos leer en los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, para el francés el intelectual debe permanecer autónomo a la clase obrera, independiente a sus organizaciones. No es la voz intelectual del proletariado revolucionario, sino un pequeño-burgués que comparte los mismos objetivos y por ello pretende actuar conjunta y solidariamente con él: “No se ha repetido lo suficiente que una clase sólo puede adquirir su conciencia de clase mirándose a la vez desde adentro y desde fuera; dicho de otro modo, si obtiene ayudas exteriores. Para esto sirven los intelectuales, eternamente fuera de su medio” (Sartre, 1948: 109), dirá el emblemático director de *Les Temps Modernes*. No se trata de que la clase obrera genere sus intelectuales, sino que intelectuales exteriores a la clase obrera le permitan adquirir su conciencia *para sí*. Esta postura “comprometida” se distingue de la “orgánica” que podemos observar en Gramsci y que analizamos con anterioridad.

Sin embargo, la propuesta sartreana no está exenta de una participación radical del intelectual comprometido en la lucha social. Se trata de la funcionalidad del intelectual y su rol en los procesos políticos en tanto tales, no de una presunta moderación. En un fragmento que llamativamente no suele ser reproducido por la crítica cuando señala las características del pensamiento sartreano –siempre diferenciándolo por su justo mantenimiento dentro del “campo intelectual” ante posturas más radicalizadas–, observamos que, cuando las libertades democráticas son vilipendiadas y la lucha de clases se agudiza, Sartre no titubea en señalar que “no basta defenderlas con la pluma. Llega el día en que la pluma se ve obligada a detenerse y es necesario entonces que el escritor tome las armas” (84). Sartre era consecuente con sus posturas anticapitalistas y daba por sentado que si la lucha social se profundizaba, la disputa armada era una obviedad ante un sistema que no iba a entregarse pacíficamente. Conocía muy bien y de cerca la realidad de una guerra mundial, una ocupación extranjera y la conformación de una resistencia nacional como para considerar lo contrario. Entre resignarse y convertirse en revolucionario, ¿cuál era la opción del intelectual? Y en caso de elegir las armas, ¿por qué dejaría de serlo?

Por esto es que el pensamiento sartreano –si bien diferenciado– no puede ser concebido como antagónico al de Gramsci. Hay una continuidad que se expresa entre uno y otro. Con los escritos de posguerra de Sartre se acentuó la noción de compromiso del intelectual y la discusión acerca del rol específico del escritor en la sociedad y su lugar en la lucha de clases. La teoría del “compromiso” funcionó para gran parte de la camada de intelectuales que nació a la vida política desde los años cincuenta en adelante como el marco teórico preciso a partir del cual pensar la relación entre intelectualidad y sociedad; aunque ese marco resultó por demás heterogéneo, cubriendo una gama que abarcó desde una mera simpatía hacia los sectores populares hasta una activa militancia revolucionaria. Esto derivó en que si bien a muchos escritores la figura del intelectual comprometido les permitió sostener la posición de “estar con” los sectores populares, pero, a la vez “no ser” parte de ellos, es decir, como una manera de acercamiento y a la vez de diferenciación que les permitía releer los fenómenos populares desde una posición de exterioridad (y por momentos, también, de *superioridad*), una franja importante de éstos la tomó como una puerta de ingreso al marxismo y a la acción política *desde el interior* del campo popular. Por otra parte, en *¿Qué es la literatura?*, un texto de cabecera en aquellos años, Sartre “caracteriza la figura del intelectual en tanto un hombre que no reduce su actividad al saber técnico o específico del especialista o experto, sino que apela a un sujeto que se convertiría en intelectual precisamente a partir de su compromiso con una función social, con el rol de portavoz

de una conciencia humanista y universal que se distingue más allá de las fronteras y nacionalidades” (PONZA, 2010: 47-48). Con estas posturas choca de forma antagónica con la noción de intelectual experto o especialista, también en boga durante aquellos años.

La renovación cultural en los sesenta pretendió desarrollarse por diversas vías que si en un comienzo pudieron ser confluyentes, rápidamente tomaron caminos diversos y finalmente se convirtieron en incompatibles. Un rol determinante al respecto lo desarrollaron, justamente, aquellos intelectuales que fueron denominados por la crítica como “especialistas” (Gino Germani y José Luis Romero en la Argentina resultan dos claros exponentes al respecto), a los cuales Sartre negaba la posibilidad de ser pensados como intelectuales. Éstos llevaron adelante un anhelo *modernizador* y pretendieron generar un conocimiento *puro, desideologizado, autónomo*, esto es, ajeno a los vaivenes políticos y sociales de su contexto, como si la ciencia pudiera convertirse en una isla en la cual el saber no debe contaminarse con “fines externos”, incluso –de ahí los dos nombres usados como ejemplo– en las ciencias sociales y humanísticas. Los “expertos”, a quienes el crítico Pablo Ponza define como aquellos intelectuales caracterizados por “sustentar su autoridad tras un ideal de conocimiento científico-académico, específico y profesional, supuestamente desprovisto de la incidencia político-ideológica del ensayo” (Ponza: 31), buscaron desacreditar cualquier posibilidad de toma de partido por parte de los investigadores respecto a su objeto de estudio, por considerar la objetividad, la neutralidad y la imparcialidad como rasgos constitutivos de toda indagación seria.

Lo interesante es que estas posturas, la de los expertos, la de los comprometidos y la de los orgánicos, se dan prácticamente de manera conjunta –con sus consiguientes hibridaciones–, y están marcadas por un enfrentamiento con el totalitarismo, el debilitamiento de las instituciones tradicionales, el nacimiento de nuevas estructuras y la radicalización política de los sectores medios y obreros. *Profesionalización* y *politización*, por momentos distinguibles, en otros por momentos parecen entrecruzarse. Esto muestra los conflictos y debates de la época el interior del campo cultural respecto al rol del intelectual en la sociedad. Diversas denominaciones –que conllevaban prácticas concretas divergentes– entran en juego y luchan por ocupar espacios hegemónicos desplazándose entre sí. Los intelectuales reunidos en el Congreso del ‘68, luego de casi una década de construcción revolucionaria, se definieron por un tipo de intelectual determinado que coincide con los planteos expuestos aquí por Fidel Castro y Ernesto Guevara, el intelectual que se inscribe en los procesos sociales de su comunidad. Dijimos: un intelectual en revolución.

VI. CASO PADILLA, CONGRESO NACIONAL DE EDUCACIÓN Y COMIENZO DEL QUINQUENIO GRIS

*Cuando los más fuertes bloquean, aíslan, desembarcan,
la revolución se vuelve fea, se vuelve sucia,
se vuelve desconfiada.*

Rodolfo Walsh

El año 1968 fue también la advertencia de lo que a partir de 1971 se consideró un giro no sólo cultural sino también político-económico de la Revolución Cubana. El poeta Heberto Padilla gana por entonces el Premio Nacional de Poesía establecido por Casa de las Américas por su libro *Fuera de Juego*, que contenía una serie de comentarios severamente críticos hacia el proceso revolucionario soviético que algunos dedujeron que estaba dirigido, en realidad, hacia la propia realidad cubana. Esta evidente muestra de amplitud ideológica –típica dentro del proceso en curso, marcada por las palabras de Fidel “Dentro de la revolución, todo” – fue puesta en discusión por los dirigentes de otra de las principales organizaciones culturales del país, la UNEAC, que a la publicación del poemario le anexó un prólogo en disidencia con el texto y con el galardón otorgado, donde rechaza el valor del libro por motivos ideológicos.

Aunque la UNEAC sostuviera allí que con ese texto Padilla se “autoexcluye de la vida cubana”, sólo un año después del inicio de esta polémica –desarrollada también en diversas revistas de la época y que superó ampliamente el caso puntual de Padilla para convertirse en un debate sobre la producción literaria en conjunto–, Fidel Castro intercedió para que le concedan un empleo en la Universidad, y desde 1970 la Revolución puso a su disposición una habitación en el Hotel Habana Riviera para otorgarle las condiciones necesarias para la escritura de su futura novela.

Hasta allí, más allá de los intentos cada vez más explícitos de una parte de los funcionarios de la intelectualidad cubana por reglamentar el hecho estético, podría haberse tratado de una polémica más de las tantas que marcaron la década del sesenta en ese país. Debate duro por momentos, pero público, y si en una primera instancia Padilla debió dejar su columna cultural del diario *Granma*, poco tiempo después este gesto censor fue subsanado con un empleo universitario y garantizándole apropiadas condiciones para que continúe escribiendo sin inconvenientes su obra.

Por otro lado, en 1968 Antón Arrufat y Norberto Fuentes también habían sido premiados por Casa de las Américas en actitud polémica con la UNEAC y con *Verde Olivo* (revista cultural del ejército cubano,

las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba –FAR–), lo que dejaba ver la existencia de diversas posturas artísticas y culturales, todas funcionando legítimamente dentro de la revolución.

Sin embargo, la discusión permaneció latente y fue cobrando cada vez mayor ímpetu hasta que estalló definitivamente en 1971 con dos sucesos particulares, el encarcelamiento en el mes de marzo de Padilla luego de una lectura de poemas en la UNEAC, acusado de “actividades subversivas”, y el Congreso Nacional de Educación y Cultura desarrollado en abril. El primero de estos hechos generó un parteaguas en la intelectualidad latinoamericana en torno de la Revolución. Como señala la crítica Marcela Croce:

[Padilla] [n]o era un poeta destacado ni un autor difundido fuera de Cuba, y aún dentro de la isla el mayor aprecio provenía del jurado de Casa de las Américas que lo había premiado por los poemas de *Fuera de juego*. Una serie de declaraciones en contra del gobierno revolucionario convirtió a este sujeto opaco e intrascendente en el centro de un escándalo cuyas consecuencias más notorias fueron la afirmación de un corporativismo intelectual supranacional y la ruptura definitiva de un segmento de la *intelligentzia* latinoamericana respecto del país, el gobierno y las instituciones culturales que contribuyeron a catapultar algunos nombres a la escena cosmopolita (Croce –Comp. –, 2006: 31).

Padilla permaneció detenido durante treinta y ocho días en el marco de los cuales una serie de intelectuales, la mayoría de ellos latinoamericanos residentes en Europa (junto con algunos célebres escritores europeos como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Ítalo Calvino y Marguerite Duras) que hasta ese momento habían apoyado a la Revolución, enviaron una carta pública a Fidel Castro pidiéndole explicaciones por la detención del poeta. Entre las firmas estaban las de Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Octavio Paz, entre otros. Pocos días después, Padilla fue liberado y realizó una sospechosa autocrítica en la sede de la UNEAC, donde además de aceptar todos los cargos en su contra –y sumarse varios más a su espalda para que quede claro su “arrepentimiento” –, delataba a otros compañeros de letras. La “Autocrítica” fue vista tanto por los detractores de Cuba como por gran parte de los que continuaban defendiendo enérgicamente a la Revolución, como una farsesca y triste secuela de los procesos de Moscú de los años treinta, lo que generó una rápida segunda epístola por parte de los intelectuales del otro lado del océano (esta vez sin la firma de Cortázar) que ya podía leerse como una ruptura de los firmantes con

el gobierno. Entretanto, a finales de abril, Fidel Castro les responderá a estos intelectuales agudamente en medio de su discurso durante el cierre del Congreso Nacional de Educación y Cultura. Si en el '61 Fidel declaraba la necesidad de sumar a la Revolución a la mayor parte del pueblo, aún a los no revolucionarios. Recordemos:

la Revolución debe actuar de manera que todo ese sector de artistas e intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la Revolución un campo donde trabajar y crear y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad para expresarse.

En el '71, en cambio, leemos:

¿[C]onkursitos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad. Eso está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos, no aptos para farsantes. Y tendrán cabida los escritores revolucionarios" (Castro, 1971: 8).

La divisoria de aguas queda definida. Con la revolución, sólo los revolucionarios. Entonces, un sector de la dirección cultural cubana somete a toda crítica a su posibilidad de ser leída "contra la revolución", y distorsiona por completo el espíritu de la frase de Fidel del '61, "contra la revolución, ningún derecho". Por eso en el "Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas" de los años ochenta será otra vez el propio Fidel quien reconozca las principales faltas cometidas en la década anterior en busca de retomar el camino inicial.

Por otra parte, en el mismo Discurso de Clausura de este Congreso, Fidel se pregunta qué es un intelectual, y llega a la conclusión, en sintonía con lo planteado en el Congreso Cultural del '68- de lo restringido de su conceptualización tradicional:

En los tiempos contemporáneos, ¿se considera intelectual a quién? Hay un grupito que ha monopolizado el título de intelectuales y de trabajadores intelectuales. Los científicos, los profesores, los maestros, los ingenieros, los técnicos, los investigadores, no, no son intelectuales. Ustedes [los docentes] no trabajan con la inteligencia. Según ese criterio los educadores no son intelectuales [...]. [H]a habido una cierta inhibición por

parte de los verdaderos intelectuales, que han dejado en manos de un grupito de hechiceros los problemas de la cultura (Castro: 9).

Ante ello, postula expandir las fronteras del concepto de intelectual y vuelve a sostener, como lo había hecho en el '61, la necesidad de impulsar el máximo desarrollo cultural posible de toda la población:

[T]enemos que promover ampliamente la participación de las masas y que la creación cultural sea obra de las masas y disfrute de las masas. Y que los mejores valores que ha creado la humanidad en todos los siglos, desde la literatura antigua, las esculturas, las pinturas, igual que lo fueron los principios de la ciencia, la matemática, la geometría, la astronomía, puedan ser patrimonio de las masas, puedan estar al alcance de las masas, puedan comprenderlas y disfrutarlas las masas. Y que las masas sean creadoras [...] ¡Todo un pueblo! Si la Revolución es eso, si el socialismo es eso, si el comunismo es eso, porque pretende para las masas, pretende para toda la sociedad liberada de la explotación los beneficios de la ciencia, de la cultura, del arte (9-10).

Ante estos sucesos de comienzos de los setentas, el campo intelectual latinoamericano tuvo a quienes renovaron su apoyo a la Revolución Cubana –incluso más allá de discrepar con el accionar policíaco en el caso concreto de Padilla, o con los apelativos descalificativos que se suscitaban durante el debate–, y a los que aprovecharon la situación para distanciarse definitivamente de ella (la figura de Vargas Llosa y su itinerario posterior resulta clarificadora al respecto). Pero más allá de las posturas particulares de unos u otros intelectuales, cabe destacar que el famoso “Caso Padilla” y el Congreso de Educación se desarrollaron entre marzo y mayo de 1971, es decir, en los albores de lo que Ambrosio Fornet denominó el “Quinquenio gris”, una etapa de fuerte regimentación político-cultural y de cercenamiento de derechos y libertades fomentadas en parte por el mayor acercamiento de Cuba a la URSS.

También Roberto Fernández Retamar propone una lectura semejante del período:

En 1968 ocurrió el primer capítulo de lo que sería el malhadado ‘caso Padilla’: ásperos artículos oficiales contra libros de él y de otro escritor. En 1971, un nuevo capítulo: la prisión del poeta por cerca de un mes, y su excarcelación seguida de una supuesta autocrítica que en realidad fue una caricatura de los discursos pronunciados por víctimas de los espantosos

procesos de Moscú. Paralelamente, ocurrió un Congreso de Educación y Cultura del cual emanaron algunos lineamientos que contradecían lo que había sido hasta entonces la política cultural de la Revolución Cubana. Había comenzado el estrechamiento que el crítico Ambrosio Fornet nombraría luego *Quinquenio Gris* (1971-1976)” (Fernández Retamar, 2009).

Este autor plantea incluso que la muerte del Che en octubre del '67 generó la clausura de “esos intensos años '60”, es decir, de la amplitud y pluralismo en la discusión teórica que caracterizó los primeros años de la Revolución Cubana y que tenía en la figura de Guevara a uno de sus principales exponentes. Néstor Kohan complementa aquellas palabras con la contextualización del período que se inicia en la década del setenta:

A inicios de los años '70 se producen dos fenómenos históricos (uno interno, otro externo) convergentes: por un lado la derrota de la revolución latinoamericana en Venezuela, en Brasil, en Bolivia, etc. Por el otro, fracasa la zafra de azúcar proyectada en diez millones de toneladas (cifra esperada que representaba una producción económica tremendamente superior a la habitual –por entonces el azúcar era el principal producto cubano– y que no se alcanzó a producir). Como consecuencia de su relativo aislamiento político y de su crisis económica, Cuba ingresa formalmente en el CAME [sistema económico de la URSS y sus países afines] (recién trece años después de haber triunfado la revolución...). Es decir que, por un lado, en aquellos años Cuba no pudo desarrollarse industrialmente ni lograr una mayor autonomía económica, y por el otro, no se produjeron victorias de luchas revolucionarias, o por lo menos en países de peso con gobiernos muy independientes en América Latina. Esta variante imprescindible de una articulación latinoamericana de internacionalismo no se produjo. Cuba se vio sometida a la necesidad de tener una relación diferente a la que había tenido con la URSS en los '60 [...]. El debate político y las polémicas teóricas abiertas en los años '60 terminan de este modo resolviéndose con el predominio de una de las tendencias en juego (internamente la más cercana y proclive a la cultura política imperante en la URSS) (Kohan, 2006: 28-29).

Más allá de poder matizar el período de derrota de la revolución latinoamericana que establece Kohan respecto de Venezuela, Brasil o

Bolivia, con el triunfo de Allende en Chile -que promueve al primer país del continente luego de Cuba en emprender el camino al socialismo- y con el acercamiento de la dictadura izquierdista peruana de Velasco Alvarado con la isla, es cierto que los procesos revolucionarios latinoamericanos, en particular aquellos que Cuba amparaba más fuertemente mediante instrucción político-militar y armamento, habían sido en ese entonces prácticamente aniquilados, y la situación económica y geopolítica resultaba cada vez más apremiante. Si en términos económicos la aproximación a la URSS conllevaba a una “ortodoxia” mayor de la planificación socialista, y en términos políticos un alineamiento estrecho con los partidos comunistas tradicionales y un avance en la mutilación de ciertas libertades civiles, en lo que respecta a la cultura: “Estas distorsiones provocaron daños significativos a una parte de los escritores y artistas. Las consecuencias de tales normas y sus secuelas de parametración del teatro y de censura en la literatura, dejarían una huella duradera en la población” (ROJAS, 2011).

Si bien el “Quinquenio gris” fue ya profusamente visitado por la intelectualidad cubana, fue el uruguayo Ángel Rama uno de los primeros en dar cuenta de este proceso en su ensayo “Una nueva política cultural en Cuba”, del propio año 1971. Con gran visión de su contemporaneidad, y dentro de una actitud de absoluta defensa de la Revolución, señala el comienzo del estrechamiento ideológico en la isla en una línea en la que sitúa “los diversos conflictos y críticas a los intelectuales y a los organismos culturales de la revolución que se escalonaron a lo largo del año 1968”, el anuncio de Fidel Castro en la Universidad de La Habana de marzo de 1969, donde llama a una rearticulación según la cual “un encuadre más rígido de las fuerzas culturales debía ponerse al servicio de un esfuerzo marcadamente voluntarista por la profundización del proceso revolucionario” (Croce –Comp–, 2006: 273), y el encarcelamiento de Padilla y posterior debate generado en torno de su caso.

Creemos que este avance de los sectores burocráticos durante tal período, generado -fundamental pero no excluyentemente- por una situación de derrota parcial del movimiento revolucionario latinoamericano y de ahogo económico al interior de Cuba, no excluye la trascendencia histórica de la experiencia cultural revolucionaria. Muy por el contrario, permite observar hasta qué punto la construcción del socialismo es un proceso dinámico que se encuentra cotidianamente en riesgo debido a múltiples factores, y que ante cada nuevo paso se corre el riesgo de perderlo todo de una vez. Como diría el Che, hay tiempos “en que se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta” (Guevara: 209). Más allá del período estricto de

lo que podemos llamar una hegemonía burocrática en la conducción cultural de la revolución (hay quienes dentro de Cuba sostienen que la llegada de Armando Hart en 1976 al Ministerio de Cultura modificó la escena regimentadora, y otros que llaman a esta etapa en realidad “Decenio Gris” y la extienden hasta inicios de los años ochenta, cuando Fidel Castro promueve el mencionado “Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas”), lo cierto es que esta situación le acarreó múltiples inconvenientes al proceso cubano no sólo en el desarrollo político y cultural dentro del ámbito nacional, sino también en lo que respecta a la solidaridad y las relaciones internacionales en un contexto de escalada represiva en toda América Latina mediante la instauración de dictaduras militares pronorteamericanas.

En su escrito, Ángel Rama se lamenta de que la Unión de Escritores no realice análisis estético alguno de la obra de Padilla ni plantee los problemas de expresión artística cuando denosta *Fuera de juego*, y que sólo la deseché por “motivos ideológicos”. Por este camino, la UNEAC se podía llegar a convertir en un simple comisariado político en vez de ser una institución donde los escritores y artistas de Cuba estén representados y puedan debatir el desarrollo de la práctica cultural local con argumentos que contemplen la especificidad de su área de trabajo y producción. Para Rama, con estas actitudes intimidatorias se fomenta en los escritores el manejo del estereotipo, es decir, que se escriba como los funcionarios esperan para no sufrir la censura, el desprestigio o la diatriba, y recuerda las anticipatorias palabras del Che Guevara que aquí citamos en relación con

El socialismo y el hombre en Cuba”: “Aquí es la especificidad y la autonomía de la obra de arte lo que ha resultado cuestionado y negado; nadie le ha disputado [a Padilla] que todos los sucesos que cuenta el libro son verdaderos, ni que su obra se instala en un *realismo válido, socialista y crítico*, como lo ha dicho Federico Álvarez. Pero eso no alcanza: se le exige una determinada interpretación de esa realidad bajo la advocación de un subrepticio idealismo. Tocamos aquí un centro neurálgico: la interpretación de la realidad, que es el punto clave donde una obra tiene su coherencia interna y que muchas veces se sitúa más allá de todo esfuerzo de racionalización del que es capaz un artista, no queda librada a su investigación, a su tacto directo con la materia, a la evolución armónica de su ideología en esa tarea exploratoria, sino que se le proporciona bajo las especies de un sistema cuya simplicidad está de acuerdo con su operatividad y con las circunstancias del momento (...). Tengo mis serias dudas sobre las consecuencias artísticas de este

mecanismo que comienza a parecerse bastante a la literatura dictada por funcionarios (Croce -Comp-, 2006: 279-280).

Con acciones como las del Caso Padilla se favorece la homogenización cultural, y esto puede llevar a dividir el campo cultural entre “intelectuales críticos” e “intelectuales revolucionarios”, los unos sospechados de ser agentes de la CIA ante la menor duda, reclamo e incluso experimentación; los otros, ilustrando sumisa y repetitivamente las directivas de los funcionarios de turno. Para Rama, como lo había sido para el Che, los intelectuales para cumplir su rol no deben optar entre ser críticos o revolucionarios, sino que deben ser, a la vez, críticos y revolucionarios. No hay dicotomía posible. Ambos términos se complementan, pero la crítica debe darse desde el interior del proceso, desde la revolución que se está gestando, conociendo sus dificultades, sus limitaciones y sus fortalezas, por eso reclama que el intelectual que se dice revolucionario asuma su función crítica, y a la vez cuestiona la esporádica intervención de aquellos que opinan desde afuera del proceso sobre la construcción del socialismo.

El denominado Caso Padilla sigue hoy siendo utilizado por la prensa *cubanoamericana* y por la academia *bienpensante* como ejemplo del *totalitarismo castrista*. En el caso de que sea ejemplo de algo, no deja de llamar la atención la memoria selectiva de esta clase de periodismo y de intelectualidad, que no suele recordar tanto los cambios acaecidos en la isla a partir de 1976 y mucho menos el proceso de rectificación de los ochenta, en donde Fidel sintetiza:

¿Y qué estamos rectificando? Estamos rectificando precisamente todas aquellas cosas –y son muchas– que se apartaron del espíritu revolucionario, de la creación revolucionaria, de la virtud revolucionaria, del esfuerzo revolucionario, de la responsabilidad revolucionaria, que se apartaron del espíritu de solidaridad entre los hombres. Estamos rectificando todo tipo de chapucerías y de mediocridades que eran precisamente la negación de las ideas del Che, del pensamiento revolucionario del Che, del estilo del Che, del espíritu del Che y del ejemplo del Che (Kohan, 2006: 29).

Para algunos fue un poeta emérito, para otros su fama se debió casi exclusivamente a la publicidad de su breve encierro. Lo cierto es que la burocratización cultural de Cuba en los setenta lo catapultó para siempre, claro que no como sujeto poético ni político. Aún para sus defensores, Padilla fue un “caso”.

CONCLUSIONES PARCIALES. EL LEGADO REVOLUCIONARIO PARA NUESTRAMÉRICA

Por primera vez en Cuba, los profesionales se han sentido constructores reales de la sociedad, partícipes de esta sociedad, responsables de la sociedad.

Ernesto “Che” Guevara

Se evidencia que un análisis sobre una problemática como la planteada no puede completarse en estas pocas páginas. Cada apartado merecería un riguroso trabajo en sí mismo, y otros debates y práctica culturales desarrollados durante el período en Cuba no han sido siquiera mencionados. El rol del intelectual en el proceso revolucionario cubano tuvo múltiples rasgos, de los que aquí se expresaron solamente algunas directrices generales que en ningún caso pretenden erigirse como conclusiones definitivas. La complejidad y riqueza del tema atenta contra su generalización y exige una mayor minuciosidad.

La lectura metódica de las revistas culturales del período, tanto las publicadas en Cuba como las que se relacionaban con la política cultural de la isla en otros países, son un buen punto de partida para continuar el trabajo, pues gran parte de los debates en torno al rol del intelectual y el lugar del arte, la ciencia y la educación en una sociedad revolucionaria pueden encontrarse en sus páginas. El desarrollo cultural de Cuba en términos fácticos –fin del analfabetismo, gratuidad total de la educación en todos sus niveles, fundación de escuelas de arte a lo largo y ancho del territorio aún en situación de bloqueo económico, avances científicos, etc. –, y su puesta en relación con la política cultural del resto de los países de América Latina en el mismo período también resultaría útil para un estudio de estas características.

Sin embargo, como primeros apuntes podemos establecer que entre 1959 y 1971 la Revolución Cubana, dentro de los términos fijados por la radicalización de la lucha de clases y la Guerra Fría, los intentos de la contrarrevolución por retomar el poder mediante invasiones mercenarias, acciones guerrilleras, sabotajes y atentados, la huida de la patria de gran parte de sus profesionales, el bloqueo económico impuesto por el imperialismo, la necesidad de reconstruir un país entero sobre nuevas bases, entre otros obstáculos; estableció una pluralidad inédita tanto en el terreno estético como en la labor intelectual en su conjunto, cuya amplitud resultó superior en gran medida a la de cualquier país capitalista de la región en ese mismo tiempo, guiada por múltiples debates públicos y una copiosa cantidad de nuevas instituciones que enriquecieron la cultura cubana para siempre. Entre esos debates,

emergió el del rol del intelectual en un período revolucionario y en la construcción del socialismo.

El proceso iniciado en el '59, como propone Fornet, tuvo entre sus principales objetivos “la defensa de la identidad cultural y la responsabilidad social del intelectual revolucionario” (Fornet, 2011a: 270). Junto con ello, también se debe destacar la construcción mediante variadas políticas oficiales de una intelectualidad que subvierta los alcances históricos del “especialista”, que se ligue estrechamente con su pueblo, que nazca de él y que desarrolle una cultura popular y nacional.

Este proceso estuvo amenazado desde el propio comienzo de la Revolución tanto por factores externos como internos. En este último aspecto, destaco, junto con la escasez de cuadros políticos e intelectuales al comienzo de la Revolución, los continuos intentos provenientes de sectores ortodoxos o ligados al antiguo Partido Socialista Popular por *copar la revolución desde adentro* y guiarla hacia posiciones semejantes a las establecidas antaño en la URSS. Los momentos de mayor auge de los intentos de burocratización en Cuba se dieron a inicios de 1961 –cuando fueron rápidamente abortados por los máximos dirigentes revolucionarios– y a finales de la misma década del sesenta, fundamentalmente a partir de una escalada iniciada en 1968 pero que se cristaliza con inicio de la década del setenta, mediante el nacimiento de lo que la intelectualidad cubana denomina hoy día “Quinquenio gris” (1971-1976).

La radicalización política cubana generó transformaciones profundas en su campo cultural que alteraron las bases mismas de la noción de intelectual. Estos cambios repercutieron en todo el continente y el Tercer Mundo, y aún hoy resuenan en quienes desde sus prácticas intelectuales pretenden vincularse con movimientos sociales y políticos. Si las concepciones de intelectual comprometido, orgánico y especialista se debatieron la hegemonía del campo cultural en los sesenta en América Latina; en Cuba, a partir del pensamiento gramsciano, se generó la noción de intelectual revolucionario como aquella capaz de aglutinar la práctica específica y su ligazón con su contexto político-social y con una nueva forma de organización social.

Esto llevó a gran parte de la intelectualidad –no solo la conservadora sino incluso la denominada progresista, hija de las limitadas democracias actuales del continente– a señalar acusadoramente a Cuba como lugar de desarrollo de un presunto antiintelectualismo debido a una excesiva politización del campo intelectual. A nuestro entender, los intelectuales revolucionarios no pueden ingresar en dicha categorización, pues lo que estaban proponiendo, en realidad, era revolucionar la propia práctica intelectual y destruir las bases liberales –basadas en la abstracción, la neutralidad, el espiritualismo, la separación tajante en-

tre pensamiento y la acción— que sustentaban las nociones tradicionalmente instaladas. Esto fue posible porque no solo discutían el concepto de intelectual en sí mismo, sino a la sociedad en su conjunto y, por lo tanto, el denominado campo cultural, absolutamente desvirtuado de sus parámetros “normales” en una sociedad en revolución.

El proceso cultural desandado en la isla en los años sesenta y que aquí estudiamos fue un grito de guerra en pos de esta búsqueda por construir colectivamente una nueva intelectualidad y una nueva cultura para un nuevo tipo de sociedad. Lo que los intelectuales *revolucionarios* cuestionaron fue un tipo de intelectualidad autosuficiente y ajena a su contexto. Es decir, buscaron realizar un aporte a la constitución de otra clase de intelectualidad que detentase un rol social que difiriera del hegemónico en el capitalismo. Su tratamiento en estas líneas fue un intento por retomar este aspecto de la práctica de la Cuba revolucionaria para las luchas futuras. No de manera epigonal, sino como herramienta que nos otorgue una perspectiva diferente para ayudarnos a resolver nuestros propios problemas en nuestro tiempo particular y en la realidad social en la que estamos inmersos.

Si una revolución trastorna hasta los andamiajes más capilares de una sociedad, pretender que el “campo intelectual” se mantenga incólume sólo puede ser patrimonio de un conservadurismo que comprenda la práctica intelectual como una flor de invernadero que crece de manera artificiosa en el mundo que habita. Lejos de ello estuvieron los intelectuales cubanos y quienes retomaron su estela y sus debates como pertrechos que permitieran generar mejores condiciones objetivas y subjetivas para promover transformaciones político-culturales en sus respectivos países. El proceso cubano dio carnadura al pensamiento y la acción de la nueva intelectualidad contestataria surgida entonces en el continente (de la mano de corrientes sartreanas, gramscianas, castristas, guevarianas, maoístas, nacional-populares), ligada a una nueva izquierda política según la cual la práctica cultural y la función de los intelectuales se advirtió como un componente indispensable en el que había que detenerse a la hora de interpretar la compleja realidad de las sociedades en las que se pretendió realizar una revolución social. Por eso en este período del continente americano la cultura no se circunscribió a un “campo específico”, sino que con sus especificidades fue parte activa de un proceso más general. Así, el vínculo entre ambas facetas —la cultural y la política— aparece a la vez mediatizado por la peculiaridad de cada campo como insoslayablemente existente, y es necesario recuperar esta perspectiva para la conformación de una nueva intelectualidad crítica que aporte sus conocimientos y su formación profesional a la actual transformación social que pretenden realizar nuestros pueblos.

De lo planteado se deducen los rasgos definitorios de todo un momento histórico y sus enseñanzas para el período actual, que tuvo entre sus principales debates en el área que nos atañe el de discernir el rol del intelectual durante procesos revolucionarios, la importancia de la subjetividad en el marco de una hegemónica perspectiva heterodoxa del pensamiento rebelde, y en términos generales, el lugar de la cultura para la constitución de un nuevo ser.

Esas propuestas teóricas y metodológicas se materializaron gracias a la Revolución Cubana. Sería de hecho impensable la ebullición de la intelectualidad crítica en los sesenta y setenta sobre todo, pero también en nuestro presente, sin ese principal acontecimiento del continente durante el siglo XX que fue el establecimiento de una república socialista en la isla caribeña. Cuba fue -es- la realización de un sueño posible. Por ello continúa siendo hoy la patria de lo real maravilloso que nos planteara Carpentier y concretizaran Fidel, el Che y tantos otros, y por ello ahí anda, firme, aunque haya quienes ladren... aunque le sigan ladrando. Se sabe que esos estridentes ladridos sólo son señal de que Cuba todavía cabalga.

BIBLIOGRAFÍA

- Acha, Omar, 2012 *Un revisionismo histórico de izquierda* (Buenos Aires: Herramienta).
- Alonso, Aurelio 2011 “Las palabras a los intelectuales, a la vuelta de medio siglo” en *La Jiribilla* (La Habana) N° 530, Año X, 2 a 8 de julio. <http://www.lajiribilla.co.cu/2011/n529_06/529_10.html>.
- Aricó, José 2005 *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Artaraz, Kepa, 2011 *Cuba y la nueva izquierda* (Buenos Aires: Capital Intelectual).
- AA. VV., 1968 “Declaración General del Congreso Cultural de La Habana” en *Cuadernos del Ruedo Ibérico* (París) N° 16, diciembre 1967-enero 1968. pp. 43 a 50.
- 1968 “Llamamiento de La Habana”, en *Cuadernos del Ruedo Ibérico* (París) N°16, París, dic. 1967-enero 1968. pp. 50 a 52.
- 1968 “Comisión V Congreso Cultural de La Habana, Declaración final. Problemas de la creación artística y del trabajo científico” en *Cuadernos del Ruedo Ibérico* (París) N° 16 París, diciembre 1967-enero 1968. pp. 29 a 31.

- 1972 “Intelectuales y Revolución. ¿Conciencia crítica o conciencia culpable?” en *Nuevos Aires* (Buenos Aires) N° 6, Año 2, diciembre 1971-febrero 1972. pp. 3 a 81.
- Barnet, Miguel, 1998 *La fuente viva*, (La Habana: Editorial de Letras de Cuba).
- 2011 “Las ideas de Fidel eran las más democráticas” en *La Jiribilla* (La Habana) N° 530, Año X, 2 a 8 de julio. http://www.lajiribilla.co.cu/2011/n530_07/530_25.html
- Bourdieu, Pierre, 1983 *Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase* (Buenos Aires: Folios).
- 2002 *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (Buenos Aires: Montessor).
- Castro, Fidel, 1961 “Palabras a los intelectuales” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>>. Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario.
- 1968 “Discurso pronunciado por Fidel Castro en la Clausura del Congreso Cultural de La Habana” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f120168e.html>>. Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario.
- 1971 “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz en la Clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura” en <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html>>. Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario.
- Croce, Marcela (comp.) 2006 *Polémicas intelectuales en América Latina, del “meridiano intelectual” al caso Padilla (1927-1971)* (Buenos Aires: Simurg).
- Fernández, Retamar, Roberto, 2006 *Todo Calibán* (La Habana: Ediciones ALBA).
- 2009 “Revolución y cultura en Cuba” en <www.rebellion.org/noticia.php?id=78605>
- Fornet, Ambrosio 2011a *Rutas críticas* (La Habana: Letras Cubanas).
- 2011b “Para nosotros, todo, para el enemigo, nada” en *La Jiribilla* (La Habana) N° 530, Año X, 2 a 8 de julio. en http://www.lajiribilla.co.cu/2011/n530_07/530_24.html
- Guevara, Ernesto, 1997 *Obras Completas* (Buenos Aires: MACLA).

- Gilman, Claudia, 2003 *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del intelectual revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Gramsci, Antonio, 2000 *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires: Nueva visión).
- Infranca, Antonino, 2012 “Los usos de Gramsci en América Latina” en <<http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-2/los-usos-de-gramsci-en-america-latina>>.
- Kohan, Néstor, 1999 *La Rosa Blindada, una pasión de los '60* (Buenos Aires: La rosa blindada).
- 2005 *Ernesto Che Guevara, el sujeto y el poder* (Buenos Aires: Biblos).
- 2006 “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” en <http://www.rebellion.org/docs/28556.pdf>
- 2009 *Marx en su (Tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado* (Caracas: El perro y la rana).
- “Apuntes sobre Antonio Gramsci en América Latina” en <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/gramscia/s/gramscisobre0013.pdf>
- Landi, Oscar, 1972 “Intelectuales y órganos de poder” en *Nuevos Aires* (Buenos Aires) N° 6, Año 2, diciembre 1971-febrero 1972. pp. 83 a 100.
- Link, Daniel (COMP), 2007 *Rodolfo Walsh, Ese hombre y otros papeles personales* (Buenos Aires: de la Flor).
- Löwy, Michael, 2007 *El marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días* (Santiago de Chile: LOM).
- Martínez Heredia, Fernando 2010 *Las ideas y la batalla del Che* (La Habana: Casa editorial Ruth).
- 2010 *Si breve...* (La Habana: Letras Cubanas).
- 2011 *Pensamiento crítico. La crítica en tiempo de revolución* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente).
- 2011 “La imprescindible tarea de recuperar la memoria” en *La Jiribilla* (La Habana) N° 530 Año X, 2 a 8 de julio. en http://www.lajiribilla.co.cu/2011/n530_07/530_24.html
- Marx, Karl - Engels, Friedrich, 1974 *La ideología alemana* (Barcelona: Ediciones Pueblos Unidos).

- Redondo, Nilda, 2001 *El compromiso político y la literatura. Rodolfo Walsh, Argentina 1960-1977* (Buenos Aires: UNQUI-Amerindia).
- Rojas, Fernando, 2011 "El universo de Palabras a los intelectuales", en La Jiribilla (La Habana) N° 530 Año X, 2 a 8 de julio. http://www.lajiribilla.co.cu/2011/n530_07/530_20.html
- Said, Edward, 1996 *Representaciones del intelectual* (Buenos Aires: Paidós).
- Sartre, Jean Paul, 1992 *El existencialismo es un humanismo* (Buenos Aires: Ediciones del 80).
- Sigal, Silvia, 2002 *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Tarcus, Horacio, 1996 *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña* (Buenos Aires: El cielo por asalto).
- Terán, Oscar, 1993 *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual* (Buenos Aires: El cielo por asalto).
- (COMP) 2004 *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores).
- 2006 *De utopías, catástrofes y esperanzas: Un camino intelectual* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores).

Magela Romero Almodovar*

**DE LO SIMBÓLICAMENTE EXACTO A LO
SIMBÓLICAMENTE VERDADERO
DOMÉSTICAS Y REVOLUCIÓN EN CUBA:
ENTRE CAMBIOS Y DESAFÍOS**

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha escrito sobre la historia de la nación cubana, su Revolución y la vida cotidiana de su gente, tanto dentro de la Isla como desde la diáspora. Sin embargo, dentro de esa vastísima producción existen aún zonas de silencio, temas muy poco tratados, como lo son: el trabajo doméstico remunerado a domicilio y la realidad de quienes se dedican al mismo, las domésticas.

Los cubanos/ las cubanas, usualmente hemos llegado a tarde a los debates que tienen lugar en el mundo sobre este tema y les seguimos dejando vacío ese espacio a los que desde fuera, desconociendo el contexto y sin el compromiso de vivir en esta realidad, siguen escribiendo y hablando de nosotros/as. Resulta, como dijera Abel Sierra, una especie de autonegación obnubilante que nos mantiene desfasados espacial y temporalmente (Sierra, 2006). Las razones son diversas y han estado asociadas, para el caso que nos ocupa, a la existencia de un espíritu triunfalista respecto a los logros obtenidos en términos de equidad social y empoderamiento femenino, así como a la permanencia de una concepción androcéntrica sustentada en la división sexual y machista

* Profesora Auxiliar del Departamento de Sociología, Universidad de la Habana (Cuba).
Dirección electrónica: magela@ffh.uh.cu

del trabajo, a partir de la que se infiere que este es un trabajo de segundo orden, de menor interés. De ese modo, el tema ha quedado olvidado en las gavetas de quienes alguna vez pensaron dedicarse a su estudio o de quienes han tenido en sus manos la oportunidad de impulsar su análisis o difusión.

Pero el valor humano, político, económico y cultural de esta faena, ensancha el espíritu de justicia de la autora de este ensayo basado en las más genuinas aspiraciones feministas y socialistas. Ya lo decía Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1860: “En días de oscuridad moral, de embotamiento de la conciencia pública; cuando el espíritu fluctuante no encuentra afirmaciones; ... suelen aparecer providencialmente esos hombres de entusiasta corazón y resonante palabra, para revivir con su sopro el moribundo fuego del sentimiento y levantar con su elocuencia el imperio de la verdad” (Gómez, 1860).

Posiblemente sean las domésticas uno de los grupos sociales con más posibilidades de visibilizar a través de su propio desarrollo el significado de la Revolución en la vida del pueblo cubano, sus encrucijadas y desafíos actuales. La obra destinada a ellas, decía Alba Victoria Estrada (1961) – doméstica, madre de cuatro hijos-, “es la más humana que se ha dado en Cuba y en la América”.

En las primeras décadas del proceso revolucionario estas trabajadoras constituyeron un sector priorizado en términos de políticas y estrategias, las mismas iban encaminadas principalmente a fomentar su desarrollo y autonomía. Para las domésticas fueron creados programas docentes y de inserción laboral únicos de su tipo en el mundo; no sólo por la forma en que fueron concebidos, sino por el impacto cualitativo y cuantitativo que tuvieron.

Desde ese entonces, el camino transitado por este grupo ha estado estrechamente vinculado con los lineamientos, estrategias y compromisos del país; así como con la cultura, los valores y la conciencia social imperante (expresadas fundamentalmente en las prácticas, el discurso y la percepción de la realidad de sus dirigentes y pueblo). No obstante, su historia no puede pensarse de forma lineal y continua (como se hace desde las visiones más recurrentes de historiografía tradicional), sino colmada de contradicciones, vacíos y silencios que se producen en paralelo a las configuraciones y reconfiguraciones de las relaciones genéricas, raciales y socio-clasistas que han tenido lugar hacia el interior de la Revolución.

En Cuba, apenas hay publicaciones sobre este proceso y sus complejidades, al menos que hayan sido difundidas o dadas a conocer. Tras una detallada búsqueda fueron localizados sólo tres trabajos, referidos esencialmente a la situación de las domésticas antes de 1959: “Las criadas de La Habana” de Pedro Pérez Sarduy (2001), “El servicio do-

méstico como expresión de las relaciones sociales en la vida cotidiana cubana de la década del cincuenta” de Zaylin Hernández Guash (2008) y “Las pautas de la cultura patriarcal de la domesticidad en la construcción teórica sobre el ordenamiento trabajo- género en Cuba” de Inés Rodríguez (2009). Más recientemente aparecen otros dos que aluden específicamente al desarrollo reciente del fenómeno dentro del sector cuentapropista, estos son: “Las labores de cuidado infantil y el nuevo marco de regulaciones para el ejercicio del cuentapropismo en Cuba” de Magela Romero Almodovar (2012) y “Las relaciones socio laborales en la actividad doméstica remunerada en el municipio Santiago de Cuba. Estudio de Caso” de Isaac Felipe Álvarez-Guerra, Víctor Téllez-Rivera, Zaida Esther Giro-Luis y José Alexei Riverí-Juliens (2013).

Los demás datos sobre el desarrollo de este sector, se concentran en el análisis de la condición económica y social de las mujeres vinculadas a las labores domésticas y en la visión que sobre el servicio doméstico ofrecen textos, revistas, la prensa, novelas y obras de la plástica que recrean principalmente la vida cotidiana de los grupos sociales beneficiados con este servicio. También en los informes censales hasta 1952, donde ellas aparecen como una categoría ocupacional específica.

Ante esta situación y teniendo en cuenta el crecimiento exponencial de las personas que se dedican a este trabajo en el país y en la región, cabría preguntarse: ¿cuáles han sido los principales cambios experimentados por el trabajo doméstico remunerado a domicilio en Cuba del 60 del SXX a la actualidad?, ¿cómo se articulan dichos cambios con las transformaciones sociales, políticas, culturales, jurídicas y económicas acontecidas?, ¿en qué se parecen/se diferencian las domésticas cubanas de ayer y las de hoy?, ¿qué aspectos las distinguen en relación a las de la región? A partir de la labor desplegada y del panorama actual: ¿cuáles son los retos en términos de equidad social y de género?, ¿cuál sería el legado revolucionario?, ¿qué principios hay que tener en cuenta para proyectar un futuro basado en él?

Un ensayo histórico social que aborde estas interrogantes se presume fundamental, sobre todo porque ayuda a repensar la contemporaneidad en conexión con el pasado. Para llevarlo a cabo se realizó una crítica analítica de las principales fuentes bibliográficas, estadísticas y documentales que hacen referencia al asunto. De igual forma, se tomó en consideración el criterio de algunas domésticas y el de voces expertas en materia de empleo, empoderamiento femenino y política social.

Aunque se sabe que el género alude a la relación dialéctica entre los sexos, el centro de este ensayo serán las mujeres. No sólo porque siempre han sido mayoría en el tipo de trabajo al que se alude, sino porque ellas han marcado raigalmente y de modo peculiar, como destinatarias y protagonistas, el proceso de la Revolución Cubana.

Por último, destacar que escribir los resultados en forma de ensayo sería según Jaime Alazraki reescribir unos pocos textos, por ello su valor no puede medirse en la fidelidad o exactitud de su imitación, sino en términos de estímulo y posibilidades” (Prólogo a Rayuela de Cortazar, 2004). En ese sentido, la intención de la presente propuesta es, en última instancia: difundir, inspirar, dirigir y fecundizar el espíritu de una región que avanza de forma sui generis con el legado revolucionario de Cuba.

PRIMERA PARTE: REVOLUCIÓN VERSUS DOMÉSTICAS (1959 - 1978)

“Cuando nosotros llegamos esta noche aquí, le dije a un compañero que este fenómeno de las mujeres en la Revolución era una Revolución dentro de la Revolución.”

(Castro (1966) en Ferrer y Aguilar, 2006: 112)

1.1: SITUACIÓN DE LAS DOMÉSTICAS CUBANAS ANTES DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

Hablar de las domésticas en Cuba a tantos años de Revolución parece no tener mucho sentido, sobre todo si se piensa que ellas pertenecen a un pasado que no retornará más. Sin embargo, la historia pide a gritos que la recuerden, al calor de atardeceres con nubes semejantes a las que identificaron nuestros ancestros en un cielo, que aunque parece diferente, puede tornarse el mismo (con el Perdón de Heráclito).

UN POCO DE HISTORIA

En Cuba, la presencia del trabajo doméstico remunerado como fenómeno social, constituye una expresión de las relaciones de poder que se generan y re – construyen en el marco de una sociedad estratificada anclada en las sólidas bases del sistema de dominación patriarcal. En este sentido, el fenómeno no puede ser pensado sin transversalizar a su análisis al menos cuatro dimensiones: sistema sociopolítico imperante, clase, género y color de la piel.

En su evolución, se observa la presencia de elementos propios de otras realidades que fueron incorporados fundamentalmente en el periodo de la colonia y la neocolonia, también de características inherentes al propio desarrollo del país, las cuales permiten establecer diferencias en relación a otros contextos.

Según señalan algunos escritos, la mayoría de los colonizadores españoles que llegaron a Cuba a partir de 1492 limitaron la presencia de sus esposas en los primeros años de conquista. Ellas fueron mantenidas a ‘salvo’ de estos avatares y sólo llegaron a la Isla cuando hubo más

estabilidad social en la colonia (Gómez, 1973). Las funciones doméstico – familiares y de cuidado desempeñadas por ellas en España, fueron encargadas a las mujeres aborígenes y a un grupo de las negros/as esclavos/as, quienes las realizaban en condiciones de trabajo deplorables (Rodríguez, 2009: 46).

Desde este siglo y hasta fines del siglo XIX, la vinculación amo-esclavo marcó las relaciones existentes en la vida cotidiana cubana, enclavadas en una realidad esclavista fuertemente estratificada, con mecanismos económicos, políticos y legislativos destinados a la consolidación de este sistema. Hacia la década del cuarenta del siglo XIX, la vinculación del esclavo a las labores domésticas se hizo cada vez más fuerte, aumentando considerablemente el número de ellos en esta actividad, con respecto a los que se desempeñaban en otros sectores de la producción. Según el Censo efectuado en 1841, el 45% de los esclavos desarrollaban actividades doméstico - urbanas, un 23% se ubicaban en los ingenios, un 14% en los cafetales y un 18% en sitios, estancias y vegas (Torres, 1995: 282). El predominio del esclavo/de la esclava en las tareas domésticas evidenciaba su inserción en la vida familiar y social del amo, desempeñándose como lavanderas/os, costureras/sastres, nodrizas, caleseros, mayordomos, palafreneros, porteros y cocineras/os.

Dentro de la servidumbre urbana, las labores realizadas por cada uno de los esclavos delimitaban su nivel de relación con el amo, así como sus límites sociales. En este sentido, las categorías de mayordomo esclavo¹, el calesero² y la nodriza³ resultaban las más ilustrativas. Generalmente la servidumbre se nutría de los esclavos importados des-

1 El mayordomo esclavo, era el hombre de confianza del patrón de la casa, tenía a su cargo la organización de la vida doméstica y el cumplimiento estricto de las labores encomendadas al resto de la servidumbre. En algunos casos, si el amo era de origen español, el mayordomo también lo era. Además de estas tareas cotidianas, podía abarcar otras de carácter extraoficial, encomendadas exclusivamente por el amo: la atención directa de cuestiones relacionadas con los negocios, la revisión de las cuentas o la recogida de los trajes mandados a hacer al sastre para ocasiones especiales (Véase: Villaverde, 2001 citado por Hernández, 2008).

2 El calesero, gozaba de gran movilidad social, dada su marcada influencia en la vida social urbana de la época. Su trabajo, consistía, en trasladar a los amos y su familia, en el quitrín o volante, en su participación en la vida de sociedad, ya fuera a fiestas, reuniones familiares o de negocio, paseos por la ciudad, la Santa Misa, entre otras actividades propias de su condición social (Hernández, 2008).

3 La nodriza, generalmente, negra esclava de gran experiencia, tenía como finalidad la crianza y alimentación de los hijos de los amos. En algunos casos, la esclava, podía ser alquilada, para la crianza de otros niños; las ganancias del alquiler eran percibidas por sus dueños. Esta costumbre fue trasladada y empleada con frecuencia por las familias de origen español, contexto en el cual las mujeres también desempeñaron la labor como “amas de cría” (Véase: Villaverde, 2001 citado por Hernández, 2008).

de África, de aquellos que pertenecían a dueños con escasos recursos que los alquilaban para percibir sus jornales, también de los nacidos y criados en el seno de la propia servidumbre y de aquellos, que por su fidelidad al amo durante largos años o en situaciones coyunturales extremas, habían sido trasladados de las dotaciones de ingenios o cafetales a la casa solariega (Hernández, 2008: 12 - 13).

En 1886 cuando el gobierno colonial abolió la esclavitud mediante Real Orden que suprimió la Ley del Patronato de 1880, fueron liberados/as alrededor de doscientos mil esclavos y esclavas. Este hecho implicó la llegada de un número considerable de personas a este grupo socio – laboral (fundamentalmente mujeres); una cifra que se nutrió de las féminas que enviudaron o quedaron huérfanas a causa de las contiendas bélicas ocurridas en el país entre 1868 y 1898. Estos fueron acontecimientos que marcaron un viraje en este tipo de trabajo y sus trabajadores (as), pues fue pasando de ser un trabajo doméstico esclavo no remunerado a un trabajo doméstico remunerado de servidumbre.

Para el año 1899, ya no se hablará en Cuba de esclavo doméstico, sino de criados y sirvientes que percibían un salario en pago a su servicio (Hernández, 2008: 14). Esta nueva dimensión del fenómeno doméstico, lo convirtió en una opción laboral (sobre todo para las mujeres), capaz de satisfacer sus necesidades económicas. Según datos censales, en 1899 de la población femenina total en Cuba (757 592) sólo el 8.54% (64 699) era laboralmente activa y de este grupo un 71.35% (46 167) se desempeñaban como domésticas. Del total de mujeres dedicadas a estos servicios (sirvientas, lavanderas, planchadoras, amas de llave) las de color⁴ representan el 78.6%. Este dato se corresponde con el porcentaje de iletradas negras, mestizas y chinas existente el cual ascendía al 75% del total de analfabetas. Otra estadística significativa en este informe censal es el número de niñas menores de diez años trabajando, de 415 que declararon encontrarse en esta situación, 359 (86.50%) se desempeñaban en el servicio doméstico, de estas 273 (76.04%) pertenecían igualmente al grupo de las de color (datos del informe del censo de Cuba de 1899 citados por Vinat, 2004: 46, 49, 131, 213 – 214).

Como puede observarse el sector de las domésticas era el más representativo dentro de la diversidad de ocupaciones en la que se desempeñaban las cubanas laboralmente activas por aquella época y dentro de este grupo resaltaban las de color. Las oportunidades de ellas estaban muy limitadas, no sólo por su condición de mujeres, sino por el color de su piel. El trato discriminatorio que recibían puede observarse incluso en las convocatorias que aparecían en la prensa de la época, en

⁴ La expresión “mujeres de color” fue utilizada por los censos para reflejar estadísticamente la realidades de las mujeres negras y mestizas.

las que se evidenciaban distinciones salariales no sólo entre ellas y las mujeres jóvenes blancas, sino también en relación con los hombres. Según recoge Ramón M. Alfonso en su texto “La prostitución en Cuba y principalmente en La Habana” de 1902: “A una joven que supiera coser, atender un niño y, además, fuera blanca, se le abonaban 10 pesos mensuales; (...) Mientas que un hombre por desempeñarse como mozo de limpieza podía llegar a cobrar hasta 37 pesos mensuales, el doble o el triple de lo percibido por sus compañeras de oficio” (1902: 31 - 32).

Para que se tenga una idea de los míseros salarios que estas mujeres devengaban, véase el estimado de los jornales establecidos para aquellos oficios en que ellas representaban la mayoría.

- Lavanderas y planchadoras: percibían de un peso a un peso veinticinco centavos al día (razón de 75 centavos el ciento de ropa arreglada).
- Criadas de mano y manejadoras: de 12 a 15 pesos mensuales. Las menores de 12 años cobraban solo 3 pesos y las que tenían entre 14 y 16 años recibían de 8 a 10 pesos.
- Costureras: un peso por una docena de piezas confeccionadas.
- Cocineras: entre 8 y 12 pesos mensuales

Analícense ahora estas cifras en conexión con el siguiente dato: un núcleo familiar precisaba de por lo menos \$ 1.00 diario para poder consumir la canasta básica (Vinat, 2004:59).

Mas no todas las domésticas recibían una remuneración a cambio del esfuerzo realizado, pues a algunas se les ofrecía sólo casa, comida y ropa limpia; sobre todo a las más jóvenes, quienes entraban en el mundo del servicio doméstico no sólo para aliviar a sus familias de la carga que implicaba mantenerlas, sino en búsqueda de un mínimo de garantías para cubrir sus necesidades más básicas. Esta situación laboral reforzaba la dependencia y vulnerabilidad de ellas ante sus empleadores/as, pues luego de ser explotadas al máximo, si eran despedidas, quedaban en la mayor ruina y desprotección. Una alternativa implementada por no pocas cubanas fue el sistema de trabajo domiciliario, a través del cual realizaban en sus casas el trabajo que se les asignaba, al tiempo que lo simultaneaban con los quehaceres domésticos de sus núcleos.

La llegada de la República Neocolonial condicionó —de manera similar, aunque no paralela al contexto europeo, pero sí al mismo tiempo que en el norteamericano— el comienzo de la primacía femenina dentro del servicio doméstico. “Durante los primeros años republicanos, la mujer cubana, bajo su aspecto económico, se dedicó casi exclusivamente a los oficios domésticos” (Alfonso, 1903:9-17). Se conoce

por ejemplo que en el censo de 1907 (ONE, 2007: 235 - 237), el 66.5% (48892) de las mujeres laboralmente activas (73520) se desempeñaban en el sector de los servicios domésticos y personales.

Fue por la década del 30 del siglo pasado que comenzaron a ponerse de moda las sirvientas cubanas, quienes fueron sustituyendo paulatinamente la masa de esclavas que tras la abolición de la esclavitud y al carecer de recursos/viviendas se quedó trabajando en las mansiones de sus antiguos amos. También remplazando poco a poco al grupo de blancas extranjeras pobres (fundamentalmente españolas) que arribaron a nuestras costas en busca del “oro americano” y solo encontraron un empleo como “criada de mano”, “nodriza”, “lavandera”, “cocinera” (Castaño, 1973:8). La mayor concentración de domésticas se dio en las ciudades grandes y medianas del país, sobresaliendo La Habana, Ciudad de La Habana, Santa Clara y Oriente y siendo menos numerosas en las provincias de Pinar del Río y Camaguey (datos censales de 1899 – 1953 consultados en ONE, 2007: 235 – 237, 272 – 274, 308 - 311).

Las condiciones en que ejercían esta actividad eran pésimas. “En muchas ocasiones, tenían que entrar por un costado de la casa, casi siempre por la puerta de la cocina. Los cuartos destinados a ellas eran exiguos, oscuros, húmedos y con un bañito que apenas se cabía. En cuanto a la alimentación, el pollo y el filete les estaba prohibido; si acaso se les asignaban reducidas porciones de carne de segunda o tercera y el resto matemáticamente contado. Salían de sus domicilios – en la mayoría de los casos humildes cuartos ubicados en los solares - , en donde quedaban sus hijos hambrientos, precisamente presionados por la situación económica y en la “colocación” las obligaban a botar la comida que sobraba. Algunas domésticas, rebeldes, desesperadas, vigilaban a las “señoras”, envolvían la comida en papel periódico y escondían el bultito en el latón de basura que al atardecer sacaban fuera de casa. Luego, cuando se iban sacaban de la basura el alimento de sus hijos” (Castaño, 1973: 8 - 10).

Para estas empleadas del servicio particular no existía un horario laboral de ocho horas, ni vacaciones, ni licencias por maternidad, ni jubilación garantizada. Ellas sólo recibían un modestísimo salario por servir bien y con gratitud. Esta dura realidad, muchas veces las dejaba sin oportunidades para estudiar o superarse y por tanto, las posibilidades de optar por mejores empleos eran ínfimas. Muchas comenzaban a realizar estas labores desde muy temprana edad, a raíz de la situación económica existente en sus familias.

Acela Elizalde (doméstica entrevistada) rememora su adolescencia de la siguiente manera: “[...] Comencé planchando de muy jovencita para un médico y para el dueño de una tienda que vivían en Jovellanos, ayudaba a mi madre y abuela en esos menesteres. En aquella época

se utilizaba el almidón y la plancha era de carbón. Recuerdo que mi mamá planchaba en una mesa y yo en la otra, luego iba con mi hermano a entregar la ropa a los clientes y así colaboraba con la economía doméstica. Cobraba muy poco, quilos, nunca vi en mi mano 5 pesos juntos. La situación familiar por aquella época era muy difícil. Éramos 7 hermanos y mi padre trabajaba sólo los tres meses del año que duraba la zafra, para ello se trasladaba de Jovellanos a Camagüey. Apenas era una adolescente cuando tuve que comenzar a trabajar como “criada”, mi abuela me consiguió ese primer trabajito. Era en la casa de una amiga de ella, allí limpiaba, cocinaba y lavaba la ropa de esa señora por un salario de 5 pesos. Entraba por la mañana y me quedaba allí hasta después de las 12 (...) Como joven aspiraba a otras cosas, me gustaba el magisterio, pero por mi condición de pobre y negra no podía aspirar a más nada que no fuera a criada o prostituta; y la segunda opción estaba totalmente desechada por mí” (Elizalde, 2014).

Estas niñas/adolescentes se hacían adultas y ancianas, teniendo por todo estímulo un trabajo esclavo, un desamparo absoluto, una triste vida de servicio humano sin caminos superadores. Era como especie de círculo vicioso, que se repetía de generación en generación de mujeres pobres. La miseria las hacía sirvientas, la servidumbre les impedía capacitarse o aspirar a nada que no fuera lo mismo que las encerraba. Ellas formaban parte de uno de los sectores más severamente explotados.

Tras las dos primeras décadas del siglo XX cubano, el malestar en torno a la servidumbre se va haciendo más evidente. Por este entonces, desde el ámbito de la política, el periodismo y las ciencias se alzaron voces reconocidas para denunciar los atropellos a los que eran sometidas las trabajadoras, en ocasiones hasta eran acosadas sexualmente. Destacan en esta lucha, autoras como Camila Henríquez Ureña, Mirta Aguirre, Ofelia Domínguez Navarro y Mariblanca Sabas Alomá, quien expresó: “¡Hasta que punto, señor, de qué modo bárbaro y salvaje se explota entre nosotros el trabajo de la mujer! Quien realice las acuciosas investigaciones que de un tiempo a esta parte vengo realizando yo, no podrá menos que sentirse preso de la más profunda indignación... Juventud sin alegrías. Agostadas en el trabajo, de sol a sol... Comprobando, sobre el terreno, distintas denuncias que me han sido hechas, he podido darme cuenta exacta del vejaminoso trato que - en una proporción no exagerada del 75 por ciento de los casos - reciben de “los amos” las mujeres trabajadoras” (Sabas, 2003: 203).

De igual modo, quienes integraban este grupo socio ocupacional van tomando conciencia de su condición asalariada y de clase trabajadora y van perdiendo su posición meramente servil para convertirse en

empleados/as.⁵ “Prefieren ser llamados sirvientes/as, antes que criados y empleados/as antes que sirvientes/as” (Suárez, 1949: 25). Un hecho memorable en este sentido fue la creación de la primera organización que convocó explícitamente a la agrupación de quienes desempeñaban esta faena: “Asociación Auténtica del Servicio Doméstico”, surgida el 6 de noviembre de 1940 (dato tomado de González, 2005: 163). Se dice trascendental por limitaciones que tenía este grupo para organizarse a raíz de la dinámica propia de la labor en que estaban inmersas y por mantenerse la mayor parte del tiempo en el espacio privado de quienes contrataban el servicio. Estas condiciones, no estimulaban las relaciones entre estas trabajadoras, por lo que las fuerzas para luchar por sus derechos y posibilidades de organización eran muy débiles. Además de esta peculiaridad, pueden mencionarse otros rasgos que tipifican el trabajo doméstico remunerado en Cuba hasta la década del cincuenta del siglo pasado:

- Una tendencia creciente a la inserción femenina en estas funciones, especialmente de las cubanas de color quienes paulatinamente van sustituyendo a las mujeres blancas (extranjeras o nativas) y a los hombres. Si bien en el año 1931 las domésticas blancas constituían el 77.63% de las mujeres dedicadas a estas labores y las mujeres representaban el 8.2% de la totalidad de los casos que declararon tal desempeño a los efectos del censo; para el año 1943 las de color constituían el 51.77% de la generalidad de féminas dedicadas a estas labores y las mujeres representaban el 51.36% del personal dedicado a los servicios domésticos y personales en el país (ONE: 2007).
- La existencia de diferencias marcadas en la remuneración entre quienes componían el sector, pues los salarios se hacían depender de la categoría que ocupaban, el sexo, la provincia de procedencia y la zona o el tipo de familia a quien se le brindaban los servicios. De igual forma, había una marcada preferencia por las domésticas blancas evidente incluso en los anuncios o convocatorias que se hacían en la prensa.
- La presencia de una marcada estratificación en la constitución del sector, evidente incluso en la elegancia y la calidad del uniforme que usaban las empleadas.

⁵ Es válido aclarar que los cambios operados hacia el interior del servicio doméstico, se produjeron fundamentalmente en la mentalidad de los individuos vinculados a este tipo de empleo y no trascendieron de igual forma a la percepción que de este sector tenían los grupos empleadores, quienes siguieron contemplando y denominando sirvientes o criados al personal doméstico (Hernández, 2008:16).

- La ausencia de una regulación jurídica que estableciera los deberes y derechos de este sector ocupacional, estos se hacían depender de las normas internas que impusieran los grupos de empleadores/as a los/las que se servían.
- Gran diversidad en los sistemas de colocación, en los cuales jugaba un papel fundamental las referencias de las casas donde habían laborado previamente, así como las redes sociales en las que dichas/os aspirantes estuvieran insertas/os.

Estos elementos tipifican “grosso modo” la situación de las domésticas en Cuba al Triunfo de la Revolución y las estadísticas más fiables que describen en términos generales la cuantía de las mismas son las proporcionadas por el censo de 1953. A través del mismo, se revela que el 84% de las mujeres no eran activas económicamente y que sólo el 17,6% de la fuerza laboral era femenina. La estructura ocupacional revela que la mayor parte de esa fuerza se emplea en el sector privado y que en su mayoría, el 63,5% lo hace en el servicio doméstico (ONE, 2007).

1.2 NO HACEN FALTA ALAS PARA HACER UN SUEÑO, BASTA CON LAS MANOS, BASTA CON EL PECHO, BASTA CON LAS PIERNAS Y CON EL EMPEÑO:6 LOS PRIMEROS PASOS

El triunfo de la Revolución Cubana el 1ero de enero de 1959 dio un vuelco a todas las esferas de la sociedad cubana. Este hecho estuvo condicionado fundamentalmente por la implementación de un programa político en el país, cuyo fin era la desactivación de la estructura burguesa. El mismo se expresó a través de un conjunto importante de proyectos sociales y cambios legislativos, entre los cuales destacan la Ley de Reforma Agraria (mayo de 1959), el Proceso de Nacionalización (agosto – octubre de 1960), La Ley de Reforma Urbana (14 de octubre de 1960), La Campaña de Alfabetización (1961), entre otras.

Todas estas medidas tuvieron impactos de gran envergadura a nivel nacional; mas resaltan por su importancia aquellas encaminados a lograr la transformación en la vida de las mujeres. Se sabía que ellas eran un eslabón fundamental en el establecimiento de la nueva sociedad y en ese sentido, no sólo fueron objeto de las políticas y proyectos sociales que se desarrollaron, sino también sus protagonistas.

La reconstrucción de la división socio - sexual del trabajo y la incorporación de las mujeres al espacio público como trabajadoras constituyeron premisas esenciales de la nueva etapa. Para alcanzar-

6 Letra de Silvio Rodríguez, cantautor cubano

las fueron impulsadas diversas estrategias; las cuales tenían como fin elevar el nivel de instrucción de ellas y establecer un marco jurídico diferente que les garantizara la igualdad de género y ampliara las oportunidades que tenían para construir sus propios proyectos de vida. Pero ninguna de las iniciativas hubiera sido posible si no se creaban las bases materiales y culturales para su desarrollo, eliminando aquellos obstáculos que dificultaban a las cubanas el acceso y permanencia en estos planes.

Surge así, el 23 de agosto de 1960 la Federación de Mujeres Cubana (FMC) a través de la que se brindó atención priorizada y directa a los problemas de las mujeres. Esta organización, no sólo se preocupó por visibilizar la ausencia de derechos y posibilidades de superación de los colectivos femeninos menos favorecidos, sino que creó una agenda de trabajo encaminada especialmente a subvertir tal situación.

El intercambio sostenido con algunas expertas cubanas en temas de género y trabajo (Munster, 2014; Lara, 2014; Núñez, 2014 y Álvarez, 2014) e integrantes del Secretariado Nacional de la FMC en esa primera década de funcionamiento (Casas, 2014, Aguilar, 2014, Carcaño, 2014 y del Valle, 2014), confirma dos de las hipótesis sostenidas: a. las domésticas constituyeron uno de los grupos priorizados en esta primera etapa de trabajo y b. el intencionar políticas específicas hacia ellas, constituyó uno de los mecanismos más afectivos para mejorar sus condiciones laborales y de vida.

El programa de trabajo destinado a este grupo fue amplio y diverso. Entre los aspectos a superar a través de su implementación estaban: la poca calificación de esta fuerza de trabajo, la ausencia de fuentes de empleo para ellas, las limitaciones de tipo ideológicas sustentadas en bases patriarcales que destinaban a las féminas a la casa y el cuidado de los hijos, entre otras (Valle, 2014).

Teniendo en cuenta estas metas, la superación escolar de este grupo de mujeres estuvo entre los principales ejes de trabajo en esta primera etapa. El estudio se hacía indispensable para romper con el esquema de domesticidad imperante en sus concepciones y elevar sus expectativas / posibilidades para acceder a puestos mejor remunerados. Había que enseñarlas a leer, a escribir y a pensar; después ellas solas encontrarían el camino de la liberación.

La FMC, de conjunto con la Revolución, emprendieron este camino de forma audaz y radical; para ello, no crearon una ley, ni un nuevo sindicato, solo les abrieron las puertas de la educación y la cultura. Ellas fueron destinatarias por excelencia y en otros casos, protagonistas, de programas como: la Batalla por el 6to grado, creación de las Brigadas de Primeros Auxilios (que contaron en su formación con el apoyo de las Fuerzas Armadas), Talleres de Corte y Costura que se fue-

ron extendiendo por el país a partir de la incorporación de las propias graduadas, Campañas de Sanidad, entre otros.

Aida Cruz, quien llegó a ser la Secretaria General del bloque de la Federación de Mujeres Cubanas en Artemisa y miembro del Comité Municipal de la FMC, relata su incorporación al proceso del siguiente modo:

“Después que la Revolución triunfo dejé de ser doméstica y me casé. En 1961 la Campaña de Alfabetización llegó y yo no sabía leer ni escribir. Por aquellas época hacia poco que se había creado la Federación y como soy miembro fundadora, enseguida me captaron para que me alfabetizara. Ya era integrante de las brigadas sanitarias de las FMC. Tenía dos hijos pequeños. Fue así como comencé a aprender. Cada mediodía dormía a los niños y los dejaba al cuidado de los vecinos. El aula donde estudiábamos estaba ahí mismo, en la esquina. Y un buen día me dije: ¡Al fin aprendí a leer y a escribir! (Entrevista concedida a Castaño, 1980: 24).

Sin embargo, entre las iniciativas ideadas para este grupo socio ocupacional resaltan las Escuelas Nocturnas de Superación para Domésticas, diseñadas especialmente para ellas. La singularidad y trascendencia de esta experiencia ameritan un espacio exclusivo del presente ensayo, el mismo se despliega en el acápite que se presenta a continuación.

1.3: LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA DOMÉSTICAS: UNA EXPERIENCIA ÚNICA DE SU TIPO EN EL MUNDO

El “Año de la Educación” (1961), marcó el inicio de un gran movimiento en función del progreso: la creación de Escuelas Nocturnas de Superación para Domésticas. Bajo la consigna “No más domésticas, todas estudiantes”, estas escuelas, confiadas a la Federación por Fidel, promovieron un creciente interés entre las domésticas cubanas, quienes, por primera vez, sentían que la sociedad se preocupaba por ellas (Espín, 1990: 17). A través de las mismas, se les concedía el derecho a superarse y se les ayudaba a encontrar el camino para un trabajo mejor.

Entre los objetivos perseguidos por este programa estaban: 1. Capacitar al máximo al personal del servicio doméstico mediante la adquisición de conocimientos y elevación de su nivel educacional general, de modo que ampliaran sus horizontes de trabajo y 2. Elevar su conciencia revolucionaria mediante el estudio de las ciencias sociales y su incorporación a los planes de la Revolución. Estos dos objetivos amplios y generales se traducen en otros más específicos que debían ser logrados por

las Instructoras Revolucionarias “Conrado Benítez” en cada uno de los centros escolares de los barrios de la ciudad donde ejercían sus funciones: a. Incorporar a todas las domésticas del barrio a las aulas creadas, b. Agruparlas para que juntas comprendieran su fuerza, c. Lograr que se sintieran útiles a la Revolución, asimilaran el proceso revolucionario y se dispusieran a defenderlo, d. Ayudar a que descubrieran sus cualidades, aptitudes y habilidades, e. Lograr que despertaran interés por el estudio y la superación y que valoraran el esfuerzo que realizaban en esa dirección la FMC y el Gobierno Revolucionario y f. Convertir cada escuela en una célula viva de la Revolución (Calcines, 1995).

Es válido resaltar el sentido educativo, pero también político de esta iniciativa, pues las aulas no sólo sirvieron para la capacitación de estas mujeres, sino para que se convirtieran en aliadas conscientes del proyecto que se llevaba a cabo. No puede olvidarse que ellas estaban en el centro de un cambio que les generaba no pocas contradicciones e interrogantes; muchas experimentaron la felicidad unida a la angustia, la esperanza unida al temor, la oportunidad unida al apego. Ellas vivieron la decisión de unirse a esta estrategia en el marco de un contexto que las apoyaba y apostaba por un futuro mejor para ellas, matizado por las actitudes nada alentadoras de que quienes no creían en el resultado de tales proyectos y subvaloraban totalmente sus posibilidades. Este fenómeno se expone de manera sucinta el comentario que hace a Marta (doméstica protagonista de la novela de Pérez (2001)) una de sus empleadoras:

“¡Ay Marta, que alegría me da verla otra vez! Usted no sabe que la sirvienta que tenía aquí era muy buena, pero se la pasaba diciendo que el patillú ese va a poner a las criadas a trabajar, y que todo el mundo tiene que ser igual. ¡Te imaginas, Marta, ustedes las criadas trabajando en bancos, hoteles y en las tiendas de lujo! (...) ¡Te imaginas, les han dado ahora por creer lo que ese loco degenerado todavía con peste a manigua está diciendo; promulga que va a convertir a las criaditas en secretarías, maestrías y médicos y ellas se lo creen, están arrebatadas!” (Pérez, 2001: 135 - 136).

Las convocatorias para estos cursos se realizaron fundamentalmente a través de los periódicos y revistas de la época, destacándose el Diario Revolución y las Revistas Vanidades y Mujeres. También se utilizó como vía la captación directa del voluntariado de la FMC en los territorios, a partir del contacto cara a cara con ellas (Casas, 2014).

Después de realizar el estudio, por regionales y seccionales de la FMC y teniendo en cuenta que en Ciudad de La Habana existía la ma-

por densidad de domésticas, se decidió abrir las primeras escuelas en la capital del país. Fue así que el 10 de abril de 1961 se inauguraron las primeras cuatro, situadas en tres barrios de la capital distantes entre sí: Vedado, Habana Vieja y la Víbora.

Tan pronto se anunció la apertura de estas Escuelas de Capacitación, cientos de alumnas se lograron en pocos días. “Sólo en la primera semana la matrícula ascendió a 1 326 domésticas” (Calcines, 1995). El número de escuelas en la Habana creció también rápidamente, si bien en diciembre de 1961 sumaban 60 el número de centros creados, al terminar el curso escolar en julio de 1962 funcionaban ya 91, con una matrícula total de 19,101 domésticas (Espín, 1990:17).

De este total, destacan las 31 instauradas en el interior del país a partir de abril de 1962, las cuales contaban para el mes de mayo de ese mismo año con una matrícula de 5 276 alumnas. Estas escuelas se encontraban distribuidas del siguiente modo: dos en Pinar del Río, una en Habana campo, dos en Matanzas, nueve en Las Villas, cuatro en Camagüey y trece en la provincia de Oriente (Calcines, 1995:8)⁷.

Especial connotación tuvieron las escuelas situadas en las zonas de becados de la Habana; no sólo por el sistema de pernoctación establecido, sino por lo que desde el punto de vista simbólico representaron. Estas fueron ubicadas en el territorio donde residían las personas más adineradas del país (Miramar, Siboney y Cubanacán) y el alojamiento de las domésticas – estudiantes tuvo lugar en 39 residencias de lujo abandonadas por estas familias tras la instauración del nuevo régimen sociopolítico y económico. “Eran mansiones en las que el mármol, las maderas finas, los artísticos adornos, la enorme cantidad de closets, cristales y objetos de arte decían de la fabulosa fortuna que sus propietarios habían atesorado” (A, 1961: 8 y 9). Así reflejaron el acontecimiento las revistas de la época:

“Quien transite por la avenida 6ta entre 3era y 5ta en el Vedado, sobre las ocho de la noche, podrá ver un desfile presuroso de mujeres llevando bajo el brazo libros y libretas. De toda edad son ellas, y, si juzgamos por la presencia, algunas denotan proceder de sectores sociales humildes, pero muchas pudieran situarse en la clase media. Sin embargo, todas pertenecen al servicio doméstico (...) En el centro escolar “Valdés Rodríguez” a esa hora de la noche el abejero es continuo. Al llegar allí, a través del cercado de malla que cierra el frente, se escuchan risas y se ven muchachas disfrutando los

⁷ La distribución por provincias se determinó a partir de un estudio censal realizado por la FMC con el apoyo de otras organizaciones de masas y políticas.

columpios en alegre regocijo juvenil. Se interrumpen únicamente cuando se oye la voz de un responsable: “¡Adentro todas, que ya es hora de clases! En un momento vuelan de los columpios y penetran en el cercano edificio iluminado, que tiene un gran vestíbulo con una gran bandera libre y sus paredes decoradas con pensamientos martianos y consignas revolucionarias” (Lin, 1961: 20).

Cada escuela contaba con un consejo de dirección integrado por un profesor asesor (maestro de experiencia), una instructora “Conrado Benítez” responsable de la dirección, un maestro de enseñanza común, un maestro por las asignaturas opcionales y una alumna. Los dos primeros cargos eran designados por la Dirección General del Plan, los restantes eran seleccionados democráticamente en el centro. El principio de la dirección colectiva y la responsabilidad centralizada se cumplía cabalmente. La participación de las alumnas en el consejo de dirección contribuía de manera efectiva a un mejor control de la disciplina y conservación del inmueble y de todos los medios de enseñanza, incluso a la organización del autoservicio para mantener los locales en óptimas condiciones cuando el centro escolar carecía de personal de limpieza.

El plan de estudios se estructuró por niveles y semestres atendiendo a los esenciales mínimos de cada materia. Los niveles evitaban que las alumnas de mayor edad y baja escolaridad se avergonzaran por su retraso escolar y los semestres facilitaban que las más capaces avanzaran rápidamente. Si vencían la prueba del primer semestre pasaban al grado superior, lo que no implicaba perder el derecho a la prueba final de junio en el caso de resultar desaprobadas. Una característica especial de estos centros fue la matrícula abierta durante todo el año y no recesar por vacaciones. De este modo el curso continuo favorecía y daba la posibilidad a las alumnas aventajadas de cursar en dieciocho meses los tres niveles del plan de estudio.

Entre las materias por curso se encontraban la aritmética, la expresión (oral y escrita) y la instrucción revolucionaria (ciencias sociales). En el primer nivel que era el más elemental se ofrecía la alfabetización. Las artes manuales y la taquigrafía y mecanografía eran asignaturas opcionales para el tercer nivel. El programa se complementaba con clases de lectura sobre temas de ciencia, charlas y proyecciones cinematográficas. Las escuelas del interior del país se organizaron con el mismo plan de estudio, solo se introdujo como variante la asignatura mecanografía como opcional desde el segundo nivel a partir del 4to grado. Las fuentes de empleo en las provincias del interior del país eran más limitadas. No obstante, las alumnas de La Habana (campo) y las dos provincias más occidentales podían optar por los cursos

especiales que se ofrecían en Ciudad de La Habana si así lo deseaban (Calcines, 1995: 4 - 8).

Las dificultades y objetivos a vencer en cada programa tuvieron en cuenta las necesidades de los adultos y sus posibilidades de avanzar con un ritmo más rápido que los escolares de primaria. Pero, la asistencia puntual constituyó una dificultad significativa, así como la deserción escolar de quienes llevaban más tiempo alejadas de las aulas. Por eso se estableció como requisito indispensable para tener derecho a las pruebas el 70% de asistencia (Calcines, 1995), de ese modo se garantizaba la calidad del proceso de aprendizaje y la mejor preparación de las alumnas.

La incorporación y permanencia en esta experiencia, no fue un camino fácil para las domésticas. Ellas tenían que enfrentar sus empleadores/as, reclamar la reducción de su horario para poder asistir a clases, obtener la libertad para poder opinar sobre temas de actualidad, ganar conciencia de que podían ser útiles en otras tareas sociales que no fueran sólo las asociadas a la servidumbre. Mas estas no fueron barreras que limitaron el empuje de este grupo, pues la generalidad de las que entraron en el programa culminaron sus estudios. Estaban conscientes de la importancia de esta escuela para sus vidas y las de sus familiares. Por eso, cansadas, tras una dura jornada, asistían sistemáticamente en las noches a clases y ponían todo su empeño para vencer las materias. Tal es el caso de Mercedes Pérez, quien con 22 años, llevaba doce trabajando como doméstica. Ella viajaba diariamente de Arroyo Arenas hasta el Almendares, lugar donde se desempeñaba. Ante las siguientes interrogantes, respondió (Lin, 1961: 20 – 21 y 118):

- ¿Por qué vienes a la escuela Mercedes?
- Nos mira y se les animan los ojos bellos: ¡porque quiero superarme!. Nunca tuve oportunidad sino ahora. Aunque no descanse, cuando termino mi trabajo tengo que seguir para acá, no importa.
- ¿Y tú, qué opinas de todo lo que ahora sucede en el país?
- ¡Qué es la salvación de los pobres! Sin la Revolución, seguiríamos siendo nada.

Con el objetivo de apoyar el esfuerzo de mujeres como esta, el Estado fijó un modesto subsidio de cinco pesos para gastos de viajes a la escuela; mientras que a las que estaban becas, además del alojamiento, comida, uniforme, zapatos, libros, atención médica y dental de manera gratuita, se les otorgó un monto de 30 pesos mensuales.

Elena Gil, perteneciente al consejo de dirección de este programa, expresó al respecto: “De la inagotable cantera que es el pueblo, el núcleo de las domésticas es uno de los que esta demostrando mayor sentido de responsabilidad. Hay que destacar la notable superación en el comportamiento personal y colectivo. Es sorprendente como en un cursillo que agrupa diariamente a mil mujeres, no se produzca nunca entre ellas el menor rozamiento ni antagonismo (...) Ese es nuestro pueblo, el que estudiando y superándose, lleva en sus hombros la fuerza de la Revolución” (A, 1961: 8 y 9).

Tras el primer año de funcionamiento, en correspondencia con las transformaciones que tenían lugar en el país y las oportunidades que se presentaban para las domésticas en términos de empleo, se realizaron cambios en la concepción de los cursos y el plan de estudio en estas escuelas (Calcines, 1995). Surgen variantes, como:

- Cursos para egresadas de 6to grado que deseaban reafirmar y ampliar conocimientos o estudiar las asignaturas opcionales del plan: artes manuales (corte y costura), taquigrafía y mecanografía. Para estos programas docentes se requería tener más de 21 años, ser federada y doméstica o ama de casa.
- Curso para preparar administradoras, cocineras y auxiliares de cocina que laborarían en el Plan Nacional de Comedores Obremos: la instrucción general la reciben en las Escuelas Nocturnas de Superación (ENS) y el aspecto técnico se los da el sector gastronómico y la Escuela de Hotelería y Turismo.
- Cursos de Tejido de Punto para alumnas de 18 a 25 años de edad, con una salud visual perfecta.
- Aula-taller para confeccionar ropas o uniformes en coordinación con el Ministerio de Comercio Interior (MINCIN).
- Cursos de operadoras y recepcionistas para trabajar en el Ministerio de Comunicaciones.

En 1963, la masividad de los planes de internado origina nuevas necesidades. La Dirección Nacional de Becas necesita emplear un elevado número de mujeres que puedan atender los albergues estudiantiles y en muchos casos deben cocinar para los becarios. Surgen así las Escuelas para Responsables de Albergues. Aunque las ex-domésticas tenían preparación práctica para esta labor, el trabajo a realizar tenía un valor social distinto, pues se trataba de convivir en familia con el joven

becario y servirle de madre, consejera y amiga. Esto requería de una capacitación especial, de modo que pudieran actuar en forma educativa y ayudar en la conducción de cada grupo.

En consecuencia, el ejecutivo nacional de la FMC, la dirección del Programa para Superación de la Mujer y el Plan Nacional de Becas aprobaron una estrategia especial de formación, fundamentada en la lógica de las Escuelas Nocturnas de Superación de Domésticas. En esta se suprimen las dos asignaturas opcionales y se agregan elementos de psicología, primeros auxilios y educación para la salud a través de los cursos Salud, Seguridad y Nociones de Conducta. La matemática, la expresión y la instrucción revolucionaria eran diarias y las otras tres, alternas. El horario era muy flexible y se ajustaba a las necesidades impuestas por el trabajo de las alumnas.

Inicialmente se organizaron nueve centros de este tipo que agruparon a 1 230 alumnas, cuya ubicación estaba en dependencia de la localización de los centros de becarios. En mayo de 1965, la cifra ascendió a 19 (Calcines, 1995: 10).

La culminación de la Campaña de Alfabetización, la creación de los cursos de seguimiento y la incorporación paulatina de las mujeres a diversas fuentes de empleo, determinaron que la matrícula en estas escuelas fuera decreciendo y se desviara hacia otros planes y programas de formación. No obstante, es necesario destacar que desde el curso 1961-1962 hasta el curso 1966-1967 se prepararon en estas aulas 63 153 mujeres de todo el país (Calcines, 1995), lo que evidencia el valor humano de esta tarea y su impronta en términos de justicia y equidad social.

1.4: DE LO SIMBÓLICAMENTE EXACTO A LO SIMBÓLICAMENTE VERDADERO8: EL IMPACTO DE LAS PRIMERAS DÉCADAS EN LA VIDA DE LAS DOMÉSTICAS, EN LA VIDA DEL PAÍS

Los cambios ocurridos en las primeras décadas de la segunda mitad del SXX contribuyeron a la ruptura que se produjo entre el mundo privado y público en el país. Los fundamentos de las relaciones de poder domésticas - patriarcales entraron en crisis, así como los estigmas que sustentaban la discriminación racial, clasista, entre otras. Las mujeres estuvieron en el centro de estas transformaciones, ellas marcaron rai-galmente y de modo peculiar el proceso de la Revolución Cubana, no sólo como destinatarias, sino como protagonistas.

Las domésticas, fueron de los grupos más beneficiados con este proyecto y el resultado de la variedad de programas que fueron creados para ellas o en los que ellas se insertaron no se hicieron esperar. Ellas formaron parte del ejército civil que, a raíz instrucción

8 Parafraseando a Jorge Luis Borges

revolucionaria recibida en las escuelas, fue capaz de contrarrestar los infundios, las bolas y calumnias existentes sobre el proceso y sus máximos dirigentes. Estaban en contacto directo con el pueblo en las calles, los bancos, las tiendas, en el transporte, incluso en las moradas de los/las desertores/as del sistema. No debe olvidarse que una parte importante de ellas pasaron de su condición anterior a formar parte de la clase trabajadora del país.

Acela Elizalde, ex doméstica, luego de culminar sus estudios en la escuela de superación para domésticas ubicada en la antigua Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, se insertó en la Agencia Bancaria 4- 10- 11 situada en Línea y Paseo. Ella ostenta con orgullo su primer carnet de trabajadora y rememora con cierta nostalgia aquel primer:

Recuerdo como si fuera hoy el día que nos presentaron. Yo sólo tenía 23 años y entré muy asustada. Cuando nos estaban mostrando todas las áreas y enseñándonos el trabajo que se hacía en cada una de ellas, allí... en la cola, había una señora mayor mulata que me dio un guiño de ojo. Ese gesto me dio seguridad, me hizo sentir bien (...) En la agencia, menos estar en la caja o en el almacén, hice de todo. Entre las tareas que recuerdo con más agrado fue mi ubicación por un tiempo en la pizarra telefónica, donde debía idear un lema patriótico por cada llamada que entraba, por ejemplo: ¡Patria o Muerte! Era divertido, sobre todo cuando llamaban los contrarrevolucionarios. (...) En cuanta actividad había participé, en todas las tareas. El ciclón Flora me cogió en Sagua de Tánamo recogiendo café, fui más de tres veces a actividades políticas y recreativas que se hacían en una escuela apadrinada por la agencia en Pinar del Río, participaba en todas las jornadas conmemorativas (Elizalde, 2014).

El activismo de esta ex-doméstica revela no sólo la responsabilidad ante el trabajo o el deseo de superarse, sino el compromiso con el proceso, con una Revolución, a la que según ella, le debe todo.

Estuvieron los bancos entre las áreas de inserción laboral de las domésticas más visibles. El suceso fue reflejado como un hecho trascendental, tanto en la prensa como en las revistas de la época, a través de noticias, imágenes y caricaturas. Asimismo ocurrió con las que se incorporaron como taxistas al transporte popular tras haber culminado el curso de automovilismo, ellas fueron conocidas popularmente como “las violeteras”, no sólo por el color de los autos, sino por el de sus uniformes.

Según el informe de 1er Congreso de la FMC celebrado en 1962, el curso de automovilismo que comenzó con 1, 449 alumnas aportó al transporte popular más de 1, 000 choferes, mientras que el curso especial de trabajos de oficina con una matrícula de 1,100 estudiantes incorporó a 1, 078 muchachas a las agencias bancarias, a los ministerios y empresas estatales (Espín, 1990: 18).

Otro grupo, tras finalizar el curso básico o aún dentro de los mismos, se capacitaron en otros perfiles dentro de la Escuela de Especialización de Domésticas. En esta escuela, sólo en los primeros cinco cursos se prepararon un total aproximado de 3, 879 mujeres (Calcines, 1995). Las ramas en que se formaron fueron diversas, así como el destino que tomaron tras finalizar su instrucción. Algunas incluso llegaron a formar parte del propio Programa de Superación para la Mujer y de otros que se estaban desarrollando dentro de la esfera educacional.

Los resultados más significativos del primer quinquenio de funcionamiento de dicho centro se exponen en el cuadro que aparece a continuación:

Cuadro 1
Resultados de los cinco primeros cursos de la Escuela de Especialización de Domésticas.

Curso	Graduadas	Trabajando	Continúan estudios
1961 – 1962	1068 Prácticas de Oficina	865 en dependencias del Banco Nacional de Cuba. 4 Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario 199 en otras dependencias del Estado	
1962 – 1963	258 Taquigrafía, Contabilidad	10 Taquígrafas. 198 Taqui-Meca de distintos departamentos del Estado. 50 Auxiliares de Contabilidad MINCEX	200 en el Curso Telecomunicaciones

Curso	Graduadas	Trabajando	Continúan estudios
1963 – 1964	Telecomunicaciones Deportes	191 en dependencias del Ministerio de Comunicaciones 21 Escuela Superior de Educación Física “Manuel Fajardo” 3 Becados en República Democrática Alemana 130 Instrucción Pedagógica (Estudio- trabajo en Educación Física y Deportes en Centros de la Dirección de Superación de la Mujer 65 Pasan a trabajar en las montañas de Oriente.	130 1er. Grupo de Instructoras Pedagógicas
1964 – 1965	65 Curso introductorio Maestras de Montaña	96 Trabajan en aulas de la Dirección de Superación de la Mujer	96 2do. Curso de Instructoras Pedagógicas
1965 – 1966	96 en estudio- trabajo en el Curso Instrucción Pedagógica (2do. año)		134 3er. Curso de Instructoras Pedagógicas

Fuente: (Calcines, 1995: Anexos)

La repercusión de estas transformaciones no sólo se hizo sentir en el plano económico, ya que desde el punto de vista subjetivo también se pudo valorar su incidencia. Natalia, ex doméstica de 47 años y madre de 4 hijas explica: *“A mí me embullaron las conversaciones de otras que habían venido aquí. Yo en realidad, pensé trabajar, pero nunca tan rápido ni en un Banco. La emoción que siento es tan intensa que no puedo expresar todo lo que quisiera”* (A, 1961: 8).

Del mismo modo, reconocen el impacto de estos programas para las nuevas generaciones hijos/as, nietos/as, sobrinos/as, entre otros. Este sentir se pudo corroborar en la visita realizada por Nora Lin (1961) a una de las Escuelas Nocturnas de Superación para Domésticas, donde aconteció la anécdota que se presenta a continuación: Carmelina

González Travieso, doméstica de 54 años, con un rostro negro y una cabeza surcada en canas, expresó:

“¿Qué quiere que piense sobre la Revolución que nos da todo esto? ¡Son tantas cosas buenas! ¡Es lo más maravilloso del mundo! Y yo no que bajo la pendiente, sino los cuatro sobrino – nietos que estoy criando con tanto trabajo y tantas lagrimas. Ellos disfrutarán más y más y tendrán el mañana seguro, que yo no tuve nunca (...) Imagínese, gano \$35.00 y los tengo a ellos cuatro y a mi madre. Vengo a pie todas las noches. Y seguiré viniendo hasta capacitarme para conseguir otro trabajo que me permita ganar más para seguirlos ayudando hasta hacerlos hombres preparados, como espero verlos gracias a lo que se nos ofrece ahora a los pobres. Los dos mayores, de catorce y dieciséis años, son alfabetizadores. En alguna forma, tenemos que pagarle a Fidel lo que hace por nosotros.”

Mientras Carmelina hablaba, Claribel Ramírez (otra estudiante) va frente a la pizarra, toma la tiza y sin titubeo, con mano bien segura, escribe: “FIDEL, ESTAMOS CONTIGO”. En el aula, al unísono estalla un aplauso. Se ponen en pie para aplaudir. Y muchas voces gritan con júbilo y confianza. Ella escribe también “VENCEREMOS”.

Esta década contiene sin discusión las páginas más hermosas que se pueden escribir en el libro de la Revolución Cubana. Fue una época de grandes transformaciones en pos de la justicia y la equidad social. Se desestabilizan las estructuras del poder, clasista, racial y patriarcal. Caracterizan el periodo: la efervescencia revolucionaria, el entusiasmo de construir un mañana mejor y la constatación diaria de un proyecto construido ciertamente para, por y con los humildes.

SEGUNDA PARTE: SUBVERTIR LOS SILENCIOS DE LA HISTORIA (SEGUNDA MITAD DE LA DÉCADA DEL 70/FINES DE LOS 80)

“No fue con un discurso como la luz se hizo ni como se ordenaron las tinieblas”.

Fina García Marruz Dos cartas

2.1: ¡EN CUBA NO HAY DOMÉSTICAS! ¿QUIÉN ES LA “COMPAÑERA” QUE TE “AYUDA” EN CASA?

A partir de las década del setenta del siglo pasado, comienza a promulgarse en Cuba “el fin de las domésticas”. Esta era una idea que se repetía constantemente y que formó parte del discurso tanto de los líderes políticos como de las ex – domésticas sumadas al proceso. Un ejemplo de

ello, lo constituye el siguiente pronunciamiento de Fidel en el año 1961, en él da por sentado que en unos años, este grupo socio ocupacional formará parte de un pasado que no retornará más:

El país va a necesitar brazos. ¿Quiénes van a incorporarse al trabajo industrial y técnico? Todas esas muchachas. En el futuro será muy difícil encontrar a nadie que se quede en la casa como criada, como les llamaban. ¿Qué se creen? ¿Qué esa muchacha tiene que ser toda la vida esclava? (...) Porque es lógico que dentro de algunos años no haya nadie que pudiendo ganar en una industria cien, ciento cincuenta pesos, va a estar trabajando por cuarenta pesos, ni va a aceptar ese tipo de trabajo. Lo aceptan hoy por una necesidad (Fragmento del discurso pronunciado por Fidel ante compositores musicales premiados La Habana, 27 de septiembre de 1961, en Ferrer y Aguilar (comps.), 2006: 64-65).

Del mismo modo, las ex domésticas, se hicieron eco de tal afirmación y hasta idearon poesías teniendo como base dicho argumento. Tal es el caso de Olga Marty, quien en 1961 afirmaba a través de versos lo siguiente (Calderón, 1961):

“Se acabaron las criadas”
Los ricos nos explotaban, pero ahora no podrán,
porque estamos estudiando, para superarnos más.
Las “señoras” del Vedado, del Country o de Miramar,
se sienten un poco tristes porque ¡hay que trabajar!

Se les acabó la criada que tenía que llegar,
a las seis de la mañana y ponerse a trabajar.
Y Fidel en un discurso, lo dejó bien claro ya
“Esa cosa de criadas aquí se tiene que acabar”.

Pero ellas no creyeron, se rieron sin cesar,
Y ahora están llorando porque vieron que es verdad.
En un país socialista, ellos no pueden mandar
porque el pueblo es el que manda y junto a su líder triunfará.

Estas proyecciones se amparaban en la masiva incorporación de las antiguas criadas a los programas de superación e inserción laboral creados para ellas. También en el desarrollo de estrategias y políticas sociales que tributaban a que este tipo de servicio privado fuera sustituido paulatinamente por el que brindaban las empresas y demás ins-

tituciones estatales creadas para tal fin. Entre los de mayor impacto estuvieron (Romero, 2010:29):

- Las lavanderías populares
- El incremento en la oferta de efectos electrodomésticos aliviadores del trabajo en el hogar
- La creación de los comedores obreros y estudiantiles, para que las mujeres trabajadoras no tuvieran que regresar a sus casas en el horario del almuerzo
- La construcción de nuevos Círculos y Jardines Infantiles.
- El incremento en el número de becas para estudiantes, tanto de la enseñanza media, preuniversitaria y superior.
- La inauguración de Campamentos y Palacios de Pioneros.
- El perfeccionamiento de los planes vacacionales

Con las nuevas posibilidades de empleo para las domésticas, el alivio de la sobrecarga de funciones que usualmente se delegaban en ellas y el éxodo de las personas adineradas que residían en el país, se va desvaneciendo el contingente de domésticas existente. Sin embargo, no debe pensarse que este cambio ocurrió de manera acelerada y mucho menos que ellas llegaron a extinguirse por completo. Este fue un proceso paulatino, que requirió de mucho convencimiento y apoyo. De hecho, un grupo importante de ellas abandonó sus antiguos puestos sólo tras haber culminado sus estudios y/o haber tenido, en mano, una oferta de trabajo mejor remunerado.

Otras, las menos, no se incorporaron a ninguno de los programas y permanecieron realizando estas tareas en paralelo con las alternativas estatales creadas para este tipo de servicio. Trabajaban para las mismas familias o para otras que habían quedado sin domésticas como consecuencia del proceso que se llevaba a cabo en el país. Las que optaron por esta vía, fueron objeto de duras críticas, no se entendía cómo teniendo la oportunidad de estudiar o de conseguir un empleo decente, optaban por permanecer desempeñando esas funciones.

Pero no sólo ellas fueron mal vistas por la sociedad, sino sus empleadores/as. Por aquel entonces primaba la concepción de que este tipo de empleo, solo podía existir en un país subdesarrollado y de explotación social. “Se creía que las personas que contrataban este servicio eran burguesas” (Valle, 2014) y por lo tanto, eran incompatibles con las aspiraciones socialistas que se tenían. Fue por

ello que muchas domésticas se ocultaron bajo el pretexto de ser “la compañera que ayudaba en casa”, con el fin de invisibilizar las relaciones mercantiles que se establecían entre ellas y sus empleadores/as, las cuales de todas formas eran percibidas con cierta sospecha. En la novela de Pérez Sarduy, se recoge este hecho a través del siguiente fragmento:

Cuando le pregunté a Olguita cómo había conseguido ese trabajo tan bueno, lo único que me respondió fue que como él era un gran artista muy querido por casi todo el mundo, ella se sentía en la revolucionaria obligación de ayudarlo en su carrera ¡Pero todo eso era un cuento de ella que no quería entrar en detalles! No tanto por ella, porque si uno la aprieta un poquito habla como una cao, sino más bien para proteger a Omar, porque todo el mundo lo conoce y aprecia mucho. A decir verdad, pocas personas sabían que él tenía sirvienta, por eso Olguita se las daba de secretaria, y aunque ella es muy graciosa, no tiene tipo de ser secretaria de nadie (Pérez, 2001: 272).

Las concepciones existentes tributaron a estigmatizar el ejercicio de estas funciones, en lugar de las condiciones precarias en que se realizaban antes del 1959, las cuales permanecen hasta el presente en la mayoría de los países. Esta es una de las ocupaciones donde el déficit de trabajo decente es mayor y en las que todavía tienen lugar situaciones próximas a la esclavitud. (De Souza, 2010: 35).

No obstante, debe aclararse que este no es un trabajo esclavo per se, ni propio de un sistema sociopolítico en particular; aún cuando se realice casi siempre en condiciones de servidumbre, suponga como punto de partida una relación desigual (económica, racial, territorial, de género, generacional, etc.) y la explotación laboral al que las y los trabajadores de este sector están sometidas/os se agudicen en el capitalismo. El trabajo doméstico, es una actividad laboral como otras, en la que una persona vende su fuerza de trabajo a cambio de una remuneración en efectivo y/o en especie y aunque tiene la peculiaridad de ser realizado en el domicilio particular de quien contrata los servicios (lo que supone limitaciones para ser controlado e inspeccionado). Este también puede ser realizado en condiciones de libertad, equidad, seguridad y dignidad humana, es decir puede llegar a ser un empleo decente (OIT/PNUD, 2009: 21-23).

2.2: DE LOS TRABAJOS PERDIDOS A UNA SOCIOLOGÍA CAPAZ DE ENCONTRARLOS⁹

“Sólo una filosofía iconoclasta puede emprender la pesada tarea de separar todos los sufijos de belleza, atreverse a encontrar, detrás de las imágenes que se muestran, las imágenes que se ocultan, ir a la raíz misma de la fuerza imaginante”.

Este pensamiento de Gaston Bachelard (1941) recoge en esencia el empeño que puso la autora del presente trabajo para desentrañar las particularidades de esta época de silencio, de turbulenta quietud. Este fue un periodo en que los prejuicios existentes no sólo invisibilizaron estas actividades y ocultaron el rostro de quienes ofertaban o compraban este servicio en el sector informal de la economía, sino que marcaron de modo contundente la política del país, haciendo que fracasaran algunas iniciativas.

Tal fue el caso de la “Empresa de Servicios a la Familia”, la que por iniciativa de Vilma Espín y bajo la tutela de la FMC comenzó a funcionar en Noviembre de 1979. La experiencia se desarrolló en el municipio capitalino Plaza de la Revolución y tenía por objetivo “propiciar determinados servicios que ayudaran a la mujer trabajadora en su carga doméstica, al tiempo que se propiciaba una fuente de empleo para aquellas, que no podían permanecer fuera de sus hogares jornadas laborales completas, estaban pasadas de la edad laboral o tenían otras limitantes” (FMC, 1981). Para garantizar su despliegue: se prepararon materiales y realizaron seminarios a las prestadoras del servicio, se celebraron reuniones con la CTC, los sindicatos, la dirección provincial de comercio, el secretariado del Partido Comunista de Cuba a nivel provincial, entre otras,

A esta experiencia se sumaron un total de 150 mujeres, residentes fundamentalmente en los municipios de Playa, Plaza y Ciudad de la Habana. Entre los servicios ofrecidos por ellas dentro de la empresa estaban: la limpieza de viviendas, la descongelación, el fregado de ventanas y escaleras, el lavado, planchado y zurcido de ropas, la preparación de alimentos y de dulces, así como el cuidado de niños, enfermos y/o discapacitados.

Entre noviembre de 1979 y febrero de 1981, se realizaron a esta Unidad 2, 281 solicitudes, siendo los servicios más demandados: la limpieza de viviendas (639) y el cuidado de ancianos/enfermos (283) y niños (160) (FMC, 1981). Tanto el número de demandas realizadas, como la

⁹ Parafraseando al Dr. Juan José Castillo. Sociólogo del Trabajo de la Universidad Complutense de Madrid

percepción de quienes estaban a cargo de esta empresa y de quienes recibían el servicio, demostraban la pertinencia y utilidad de tener Unidades como esta. Sin embargo, se considera que la experiencia se adelantó a su época (Valle, 2014; Carcaño, 2014; Casas, 2014).

Entre las principales limitaciones de su implementación estuvieron:

- La existencia de horarios limitados para ofrecer el servicio. Las prestadoras no realizaban trabajos después de las 5:00 pm, ni los fines de semana, horarios y jornadas en los que las solicitudes se hacían más numerosas por estar la mujer trabajadora en su casa.
- No había transporte para llevar a las empleadas a los lugares distantes donde debían realizar el trabajo.
- Carencia de inspectores para medir las casas y calcular el valor económico de labor a desarrollar.
- Los altos precios del servicio, los cuales fueron sometidos a evaluación para reducirlos en el segundo semestre de 1980, mas no se aprobó la medida.
- Insuficiente divulgación de los objetivos y el alcance de la Unidad, lo que incidió en que la demanda no tuviera la magnitud que se había proyectado.

Súmelese a ello, la falta de un capital inicial para el arranque la experiencia y dificultades de salud que presentó la administradora de la empresa en un periodo clave, en el que se había planteado hacer un esfuerzo crucial por parte de todas las personas implicadas para salvar la iniciativa. Por otra parte, el apoyo gubernamental a este emprendimiento no fue el esperado, no se comprendía la magnitud de esta empresa, ni se valoró como una inversión de cara al futuro. Tampoco se entendía por qué después de haber trabajado tanto en la superación e inserción laboral de las domésticas en otros empleos se hacía esta propuesta. Estos razonamientos no tenían en cuenta que la propuesta se enmarcaba en otras circunstancias y se les daba otras garantías y seguridad social (Valle, 2014). Fue así que en febrero de 1981 la empresa cerró sus puertas.

Una peculiaridad de esta etapa fue el desarrollo de una política de cambios en la legislación nacional; mediante la misma, se pretendía refrendar los resultados tangibles alcanzados en la sociedad cubana hasta el momento. En tal sentido se elaboraron diversas leyes como: La ley de Maternidad, el Código de Trabajo, la Constitución de la República de Cuba, entre otras. Todas refrendaban el derecho de las mujeres, espe-

cialmente las trabajadoras, a la igualdad cultural, política y económica. Sin embargo, a los efectos del fenómeno que se aborda en el presente trabajo, interesa el decreto ley 14/1978 "Sobre el ejercicio de las actividades laborales por cuenta propia" (Gaceta Oficial de la República de Cuba, 1978: 261 - 264).

A través del mismo se estipulaba que solo podrían brindarse a los ciudadanos cubanos aquellos servicios que las organizaciones estatales no estaban en condiciones de satisfacer totalmente en un momento dado, tanto en su cuantía como en la forma de su prestación. En el artículo 7 del citado decreto se establecía que los mismos serían determinados anualmente por el Comité Estatal de Finanzas, conjuntamente con el Comité Estatal de Trabajo y Seguridad Social, el Ministerio de Comercio Interior y otros organismos rectores en la actividad que les competa, tomando en consideración los Órganos Locales del Poder Popular.

A partir de este momento quedaba restringido el desarrollo de un grupo importante de actividades, entre ellas las domésticas. Estas pasaban a ser desempeñadas de manera ilegal, en tanto el ejercicio no autorizado y/o registrado de estas funciones se contraponía con la legislación vigente y por tanto podía ser penado.

Del mismo modo, el artículo 5 del citado decreto refería que solo podrían realizarse estas actividades en las misiones diplomáticas, consulares, representaciones de organismos internacionales radicadas en el país y para la atención del personal que labora en estas sedes, si el ejercicio de las mismas se correspondía con una legislación especial establecida por las entidades estatales cubanas. Se resaltaba que la contratación del personal para la prestación de estos servicios, sería regulada únicamente por la agencia empleadora CUBALSE (Cuba al Servicio del Extranjero o Cuba all Services Enterprise).

Si bien desde el surgimiento de esta agencia en el año 1962 se establecieron los procedimientos a completar para la contratación del personal que laboraría para las misiones antes enunciadas (Ley 1029, Ley 1231, Circular 7/1971), se considera que es el Decreto Ley 55/82 (1982) lo suficientemente claro al respecto:

Artículo 2: "Los ciudadanos cubanos y los extranjeros residentes permanentes en el país no podrán realizar labores, administrativas, técnicas o de servicios, incluyendo las domésticas o de cualquier otro tipo a representaciones extranjeras, si no han sido objeto de contrato entre la citada representación extranjera y la empresa estatal correspondiente".

Y por si fuera insuficiente, expresa este documento en Disposición Especial:

Se considera actividad económica ilícita la prestación de servicios personales, sean estos de naturaleza administrativa, técnica o de cualquier otra, incluido el servicio doméstico, a las representaciones extranjeras a que se refiere el artículo 1 de este Decreto Ley, por ciudadanos cubanos o por extranjeros residentes permanentes en nuestro país, cuando esta prestación se contrate directamente por dichos trabajadores con la representación extranjera (...) La conducía referida en el párrafo anterior, es sancionada de acuerdo con la legislación penal vigente.

No obstante estas restricciones, se conoce que algunas mujeres se mantuvieron realizando estas labores en el mercado informal de la economía, prestando sus servicios fundamentalmente a los y las técnicos/as extranjeros que trabajaban en el país. Por ejemplo:

“Beba, había conseguido un trabajito de limpieza dos veces por semana en casa de una francesa que se llamaba como ese famoso ballet, Gisela y que vivía en el edificio FOCSA. Ella era técnica extranjera y trabaja en Radio Habana Cuba, que transmitía solamente para afuera (...) En una ocasión me dice: “Fíjate que ella me pagaba con lateríos y carnita de puerco y todos los mandaditos que se me antojan de la tienda de los técnicos extranjeros hasta cubrir mi salario de 70 pesos, pues yo no hago nada con los pesos, mi vida”. (...) La mayoría de mis clientas (Marta trabajaba arreglando el pelo) estaban en el giro de las colocaciones en casa de los extranjeros (...) mi gente lo que quería era resolver el fogón” (Pérez, 2001: 170 - 172).

Así transcurrieron los años 70 y 80 en el país, entre lo prohibido y lo restringido, entre lo autorizado y lo desestimado, entre lo formal, aludido y lo informal, disimulado. En general, se pueden denominar como décadas de silencio en el abordaje del fenómeno. Pocas publicaciones se referían a las domésticas, sólo esporádicamente se aludía al impacto de las Escuelas Nocturnas de Superación en sus vidas. Los estudios destacaban más el empoderamiento que estas habían experimentado, que los desafíos existentes en relación a este rol. Este vacío también se evidencia en las estadísticas, los censos dejan de tomar esa categoría socio ocupacional como referencia. Entonces, resulta imposible conocer el número exacto de domésticas que dejaron ese empleo tras la década del 60 (aún cuando se pueden establecer estimados), la cantidad que para ese entonces contaban con empleos diferentes y mucho menos las que se mantenían en el mercado informal realizando las mismas funciones.

TERCERA PARTE: TIEMPO DE CRISIS, ¿TIEMPO DE DOMÉSTICAS? (LA DÉCADA DEL 90)

3.1: LAS DOMÉSTICAS Y LOS REAJUSTES DE LOS 90

“No puedo ni debo renunciar a lo que sé por una especie de prejuicio a favor de lo que meramente vivo. El problema está en multiplicar las artes combinatorias, en conseguir nuevas aperturas”

Julio Cortázar (2004)

Tras la desaparición de la URSS, la desintegración del bloque socialista europeo y el fortalecimiento del bloqueo económico de Estados Unidos a Cuba, el país entra en una etapa de crisis aguda. Aparece un escenario en el que, aunque se mantuvo la equidad como principio rector de la política social, se originaron efectos sociales indeseados: marcado deterioro de la calidad de vida de la población, ampliación de la diferenciación socioeconómica, producción y reproducción de las brechas de equidad e incremento de la pobreza y la vulnerabilidad.

Fue durante la primera mitad de la década de los 90 del siglo pasado, cuando el impacto de todos estos acontecimientos se hizo más latente en las economías domésticas. Se atraviesa por una etapa de carencia de productos y servicios de primera necesidad, en la que eran insuficientes los útiles del hogar y los artículos para garantizar la higiene y limpieza de los mismos. También era limitada la cantidad de combustible que se le otorgaba a cada núcleo familiar para cocinar (kerosene, gas licuado o manufacturado, alcohol), disminuyeron los productos para la alimentación de la población, acontecían largas jornadas sin electricidad (“apagones”) y no había disponibilidad de ropa ni de calzado. Del mismo modo, tienden a desaparecer o a deteriorarse las condiciones de las escuelas internas (becas) para adolescente y jóvenes, los planes vacacionales establecidos en las sedes laborales de los progenitores para el cuidado de las descendencia en períodos de receso docente, los centros creados para el cuidado de ancianos en el horario laboral, así como algunos servicios que a precios módicos, servían de apoyo a los quehaceres domésticos, como: lavatines, comedores obreros, autoservicio, entre otros.

Se dice que la población cubana sintió el impacto de esta crisis de modo más intenso de lo que sintieron los ciudadanos de otros países de la región latinoamericana y caribeña en la llamada “década perdida”. Ello se debió fundamentalmente al hecho de que las cubanas y los cubanos arribaron a esta crisis con sus necesidades básicas satisfechas a un nivel relativamente alto y en el lapso de un año vieron descender

abruptamente un nivel de vida que había ascendido sostenidamente en los últimos treinta años (Núñez, 2011:148).

Sin duda fueron las mujeres quienes más directamente sufrieron estas carencias. Algunas dejaron sus empleos para hacerse cargo de las tareas domésticas y de cuidado en sus familias. Otras emprendieron en actividades mejor remuneradas en el sector informal, haciendo uso de las habilidades aprendidas/entrenadas a partir del modelo socio-genérico patriarcal en el que habían sido educadas. Entre las actividades desarrolladas se encuentran: la elaboración y venta de dulces y otros alimentos caseros, el apoyo informal a pequeños negocios o paladares y el ejercicio del trabajo doméstico remunerado a domicilio. No se puede olvidar que el trabajo doméstico remunerado a tiempo completo o alternativo a otras responsabilidades laborales, constituye una puerta de acceso fácil de las mujeres al mercado de trabajo en situaciones de crisis, sobre todo de aquellas que se encuentran en situaciones de desventaja social y se dedican al trabajo doméstico no remunerado.

Este fenómeno se puede corroborar en estudio reciente desarrollado con un grupo de 78 trabajadoras domésticas no remuneradas, de las cuales 38 se dedicaban a esta actividad a tiempo parcial (las que cuentan con empleos en el ámbito público) y 38 a tiempo completo (mal llamadas “amas de casa”). En el mismo se constató que:

El 17.95% de las trabajadoras domésticas no remuneradas a tiempo parcial entrevistadas declaró contar con ingresos adicionales a sus salarios a través de la combinación de sus empleos formales con otras actividades durante sus “tiempos libres” como comercializar algunos comestibles elaborados por ellas o realizar manualidades con el fin de venderlas. De otra parte, el 25.64% de las trabajadoras domésticas no remuneradas a tiempo completo declaró hacer arreglos de costuras, lavar y planchar para la calle, limpiar espacios ajenos a su hogar a cambio de dinero (en divisa), vender duro frío, comercializar ron y revender ropas de uso (Romero, 2010: 53 - 54).

De igual modo, otras indagaciones estiman que en los primeros años de la década del noventa, unas 25 mil personas practicaban informalmente 75 tipos de actividades laborales, principalmente en la alimentación, oficios de reparación y los servicios personales (Togores, 1996).

Ante estas circunstancias, urgía al Estado limitar el crecimiento de la economía y del trabajo subterráneo. Con este objetivo y la finalidad de paliar el creciente nivel de desempleo en el país, se aprobó el Decreto Ley 141/93. A través del mismo se ampliaba la actividad por

cuenta propia en Cuba, que había existido a niveles poco significativos desde la ofensiva revolucionaria de 1968. Esta apertura, provocó un crecimiento explosivo de este sector, sobre todo durante los dos primeros años. “Se conoce que de 28.600 patentes activas en 1988, se pasó a 169.098 licencias a finales de 1994 y a 208.786 en el mes de diciembre de 1995” (Ritter, 2000).

En la opción 32 de las actividades aprobadas para este ejercicio, reaparece la categoría de “personal doméstico”. Este es un hecho que se presume de trascendental importancia, no sólo porque vuelve a reconocerse este ejercicio como posible empleo, sino porque abre las puertas a la oficialización de su condición como empleadas a un ejército numeroso de mujeres. Desafortunadamente no se cuenta con estadísticas oficiales que permitan delimitar el número de mujeres que se acogieron a esta opción del cuentapropismo durante este periodo; sin embargo, todas las expertas entrevistadas coinciden en reconocer los primeros años de esta década (la del 90) como el momento de reaparición de las domésticas remuneradas en el país.

Si bien este cambio en el marco jurídico abrió las puertas para que un grupo significativo de personas oficializaran su condición de trabajadoras/es por cuenta propia, quedó limitada la inserción al sector de las y los universitarios. A partir del análisis en profundidad de las disposiciones de este decreto se infiere la intención del Estado de controlar el desempeño de la fuerza profesional calificada y reservarla fundamentalmente para el trabajo en sus instituciones. Sin embargo, esta prohibición no limitó que algunas mujeres combinaran las responsabilidades que tenían como empleadas en el ámbito estatal con este desempeño. En la novela de Pérez Sarduy (2001), se recoge el siguiente ejemplo:

“Olguita... negra achiná... había llegado a La Habana desde Gibara, un pueblecito al norte de la provincia de Oriente, con ganas de estudiar cualquier cosa, y hasta lo logró porque se hizo traductora de ruso en la Makarenko, una escuela de idiomas allá por La Copa, en Miramar; pero ahora también se había colocado – sin que la gente de su escuela lo supiera, por supuesto, pues era militante de la Juventud y creo que hasta la iban a procesar para el Partido – en casa de una norteamericana, que según decía estaba haciendo un trabajo de investigación con el Ministerio de Salud Pública sobre las Campañas de vacunación infantil y para la atención a la mujer (...) Me decía: “¡Ay mi cielo!, lo que pasa es que una resuelve más con las boberías que te dan los blancos, que con los 164 pesos que gano matándome con mis alumnos seis horas de lunes a viernes enseñándoles

ruso (...) con los mandados que me da, resuelvo tres o cuatro veces más” (Pérez, 2001: 272).

Pero, no sólo contrataron los servicios de estas mujeres las/los extranjeras/os residentes en el país, sino algunas/os cubanas/os con ingresos en moneda libremente convertible o dólares (fundamentalmente cuentapropistas que se dedicaban al alquiler de habitaciones a turistas o dueñas/os de paladares, personas que recibían remesas del extranjero o laboraban en el sector del turismo o mixto y contaban con estímulos en “la otra moneda, entre otros). Es una época en que se hacen más notables las distancias sociales entre quienes tienen acceso a la moneda libremente convertible y los que no. Para que se tenga una idea del impacto social que tuvo la liberalización del dólar y el establecimiento de un régimen de dualidad monetaria en el país: “En 1993 la tasa de cambio del peso frente al dólar era de 100:1 y en 1994, en pleno apogeo de la crisis, de 130:1, cuando el salario medio alcanzaba solamente los 185 pesos (BCC, 2001).

Estas circunstancias potenciaron no sólo la inserción laboral de nuevas mujeres al mundo de las domésticas, sino que crearon las bases para que otras, que habían desempeñado estas funciones antes del triunfo de la Revolución retornaran a su oficio. Tal es el caso de Acela Elizalde (2014), quien comenta su experiencia del siguiente modo:

“Cuando me jubilaron (porque yo no quería hacerlo), enseguida comencé a buscar trabajo. Me costó mucho encontrar una plaza, ya que por aquel entonces estaba establecido que el salario a devengar por mí, no podía ser superior al que yo tenía en mi antiguo trabajo y como ganaba bien, las opciones disponibles eran las de auxiliar de limpieza y personal de seguridad. Fue por ello que me inserté en un puesto destinado a custodiar un albergue de damnificados que habían perdido sus casas a causa de eventos climatológicos y otras cuestiones. Ese albergue era bueno y me sentía a gusto trabajando allí, pero al tiempo la persona por la que yo entré reclamó su plaza y a mí me enviaron a hacer guardia a otro albergue, cuyas condiciones no eran similares (...) Estando en este, me va a ver una compañera y me dice que necesitaba a una persona para que cuidara a su mamá. Me pagaba \$ 300. 00 pesos y tenía conmigo determinadas consideraciones... Luego con el tiempo, tuve que dejar ese trabajito con mucha pena, porque aunque esa familia era buena conmigo y teníamos excelentes relaciones me afectaba el problema del transporte y a veces salía de ese reparto a oscuras (...) Tras ese puesto, estando en

mi casa, me fue a buscar otra mujer. Ella quería que le cuidara al padre, debía quedarme con él durante la noche, un día sí y un día no a cambio del mismo salario que me ofrecían en la otra casa (...) Después de esa experiencia tuve otras y otras hasta la actualidad, que trabajo para dos familias. En una voy dos veces a la semana y cocino; mientras que en la otra, sólo tengo que limpiar los sábados”.

Como puede observarse, los años 90 del SXX marcaron el inicio de un escenario social de profunda crisis, con efectos visibles en la dinámica del país y en las relaciones cotidianas de su gente. El proceso de reestratificación social acontecido, unido a la aparición de nuevos actores económicos, la apertura del cuentapropismo y el debilitamiento de los mecanismos de apoyo estatal a la familia, tuvieron gran incidencia en el aumento de la demanda del servicio doméstico. Fue una época de reaparición de las domésticas en Cuba y con ellas de un marco jurídico para su protección como trabajadoras. Sin embargo, no todas supieron aprovechar esta cobertura, pues los estudios alertan que un por ciento significativo de quienes realizaban estas funciones lo hacían sin licencia. Por eso, se considera que si bien la apertura acontecida potenció la estabilidad laboral de algunas ofreciéndoles garantías, también fue el marco propicio para que otras retrocedieran en materia de derechos laborales y se ubicaran en posiciones tendientes a la precariedad.

CUARTA PARTE: LAS DOMÉSTICAS EN EL NUEVO SIGLO

“Estoy convencida de que el pensamiento se nutre de acontecimientos, de la experiencia vivida y debe permanecer ligado a ellos como a los únicos guías que pueden orientarlo”

Hannah Arendt en La crisis de la cultura.

4.1: ¡EL BOOM!

Durante los primeros años del siglo XXI se inicia un proceso de recuperación de la economía cubana y el Estado comienza a retomar lentamente su papel como principal proveedor de empleo. Este hecho se constata fundamentalmente en el fomento de programas de empleo en la esfera de los servicios sociales y otros en los que se asumen el estudio como modalidad laboral (por ejemplo: los programas emergentes de formación en trabajo social, enfermería y magisterio; así como los destinados al sector industrial azucarero). Estas medidas

tuvieron un impacto favorable en relación al empleo femenino y de otros grupos en clara desventaja social, dígame jóvenes, de procedencia social obrera, negros o mestizos, etc. La aprobación e implementación de las mismas marcó una distinción del país en relación a otros contextos, en los que en épocas de crisis o de recuperación, se reducen los gastos en la esfera social.

Sin embargo, la autora de este trabajo coincide con Echevarría (2013: 137) en apuntar que si bien esta estrategia contribuyó a mitigar los efectos inmediatos de la crisis – entre estos la incapacidad de crear empleos en sectores productivos –, se pospusieron las soluciones a las dificultades que se venían arrastrando desde la década de los 80 y que se profundizaron en los 90. Entre las mismas destacan el subempleo y la poca articulación entre la capacitación adquirida, el puesto de trabajo y los resultados obtenidos, como pudo observarse en el acápite anterior.

Una de las consecuencias negativas de este procedimiento fue la caída de la productividad entre 2008 y 2010, años en que si bien los indicadores relacionados con el crecimiento económico se mantienen creciendo, lo hacen a ritmos mucho más lentos: el PIB a razón de 2.5% anual, la ocupación a 1.3% y la productividad a 1.2% (García, Anaya y Piñeiro, 2011:7 citada por Echevarría, 2013:137). Ante esta realidad el país se propone una estrategia para la actualización del modelo económico y social, cuyos principios se recogen en los Lineamientos de la Política Económica y Social (LPES) (PCC, 2011).

Con la aprobación e implementación de dichos lineamientos, se produjeron un conjunto de cambios que implicaron una reorientación sustantiva de la política de Empleo y Seguridad Social en el país. Dentro de los más significativos resalta la nueva apertura al Trabajo por Cuenta Propia, la cual ha tenido un visible impacto en el mundo del trabajo y en especial del doméstico remunerado a domicilio.

Vale destacar como algo sumamente positivo la aparición con esta apertura de un marco legal perfeccionado que garantiza un sistema de protección laboral a quienes se insertan en el sector. A través de él y específicamente con la aprobación del Decreto –Ley No. 284 del 2011 modificativo del Decreto-Ley N° 278 del 2010, quedó establecido un régimen especial de seguridad social a través del que se dictan los derechos al beneficio de licencias retribuidas por maternidad y a pensiones por invalidez total, temporal o permanente, por edad o a familiares por causa de muerte según el tiempo de servicios y el periodo de contribución (MINJUS, 2011).

Este ha sido un verdadero incentivo hasta la fecha, reconocido por la mayor parte de las domésticas remuneradas cuentapropistas contactadas (Mas, 2012). No obstante, la evidencia más significativa del impacto que han tenido estos cambios, es el crecimiento exponencial

que presentó esta categoría (personal doméstico) tras el 2010. Si en septiembre de ese año solo existían en el país 211 licencias para desplegar estas labores, al cierre del pasado año (2013) sumaban 3149 las personas que contaban con la aprobación para ejercer este desempeño (MINTRAB, 2014)¹⁰.

Sin embargo, estos no parecen haber sido elementos suficientemente atractivos para un grupo de personas que funcionan de forma paralela a estas/os cuentapropistas y no declaran su condición como trabajadoras/es domésticas/os remuneradas/as domicilio en aras de evitar el fisco o las inspecciones. “Se calcula que 3.5 personas, como promedio, viven de la actividad informal por cada una que está registrada”¹¹ (Martin y Capote, s.a). Este grupo de domésticas (las que laboran en el mercado informal), según el estimado anteriormente mencionado estaría conformado aproximadamente por 11, 021 mujeres. En la inserción laboral de estas, juegan un papel fundamental las redes sociales, así como las posibilidades que tienen de colocar su anuncio en los portales digitales que funcionan en el país. En ellos, se puede leer convocatorias o anuncios como los que se presentan a continuación:

“Buenas tardes:

Estoy buscando una persona fija para trabajar en una casa, limpiar, lavar, cuidar a una anciana y atenderla (bañarla, darle comida, conversación). Mi mamá está ahí y le da las instrucciones. La necesito a tiempo completo, dormir y todo. Se le da libre el sábado y el domingo. Para eso necesito resumen, pues se le hará entrevista. Viven en Marianao.

Me debe contactar a mi correo y ahí, nos pondremos de acuerdo.

Gracias, L. (Convocatoria publicada en Porlalivre el 24 de agosto de 2014, 3:36 pm)

10 Se debe acotar que si bien la etapa precedente el cuentapropismo y sus diversas formas se caracterizó por la generación de ingresos relativamente altos, en la nueva coyuntura esta circunstancia debe variar debido a la masificación de las actividades en el sector y a la inserción en el mismo de un grupo importante de personas que se enfrentarán a esta posibilidad en condición de desventaja, por lo que tendrán que optar por emprendimientos que exijan muy poca o ninguna inversión inicial y pocos medios de producción. En esta variante se concentran las ocupaciones de más bajos ingresos (servicio doméstico) y dentro del grupo de personas que se acogen a las mismas existe una sobre representación de mujeres, no blancas, de origen campesino u obrero y con bajo nivel de escolaridad (Espina, 2012: 168).

11 Este hecho, si bien refuerza la condición del sector cuentapropista como fuente de empleo, por otro, demuestra su condición de espacio encubridor de trabajo invisible (y también de empleo invisible)

“Hola: Soy muchacha de 32 años que necesita un trabajo extra para los fines de semana. Tengo experiencia en el tema porque ya he trabajado como doméstica y tengo carta de recomendación. Puedo limpiar, lavar y planchar, no cocino. Contactar a través de correo”. (Anuncio publicado en Porlalive el 8 de septiembre de 2014, 3:59 pm)

“Doméstica bilingüe. Tengo 30 años y busco empleo como doméstica. Sé lavar, limpiar, ordenar, cocinar y hablo el idioma francés perfectamente” (Anuncio publicado en Porlalive, el 23 de agosto de 2014, 4:49 pm)

Aunque esta forma de localizar u ofertar fuerza de trabajo es relativamente nueva en el país y no existen estudios que permitan realizar una valoración en profundidad del fenómeno, este es un espacio a considerar; pues a través de la lectura de convocatorias y anuncios se perciben rasgos que pueden evidenciar retrocesos. La indefinición de tareas a asumir, el pernoctar y sólo tener libres los fines de semana, la necesidad de contar con recomendaciones para pasar a un proceso de entrevista, son algunos de los más preocupantes, en tanto pueden remitir a situaciones de explotación laboral muy similares a las que acontecieron en el pasado.

Del mismo modo, existe un signo de alarma en el hecho de que muchachas jóvenes y preparadas no encuentren o no se proyecten en una alternativa diferente al ejercicio de estas funciones. La autora de este trabajo, el curso escolar pasado, leyendo estos anuncios, encontró la oferta que hacía para trabajar como doméstica una de las estudiantes que tenía en el aula del 5to año de Sociología, quien se suponía estuviera dedicando buena parte de su tiempo libre a culminar su Tesis de Diploma (dicho sea de paso, procedente de otra provincia, negra y humilde).

No se puede culminar este acápite sin antes aludir a las domésticas de la Agencia Empleadora PALCO (sustituye a CUBALSE (agencia anteriormente mencionada)), quienes brindan sus servicios al personal de las misiones diplomáticas, consulares y organismos internacionales radicados en el país. Cuba es de los pocos países en el mundo que garantiza a través de una agencia específica el personal que trabajará para las misiones diplomáticas existentes. La selección de esta plantilla se rige por un procedimiento previamente establecido en el que las personas deben demostrar no sólo idoneidad física para realizar estas funciones, sino condiciones éticas, morales, adecuada presencia y saber conducirse correctamente.

Al cierre del 2013 la cantidad de personas contratadas por esta agencia para ejercer funciones domésticas sumaban un total de 102, la inmensa mayoría mujeres. Ellas como empleadas estatales disfrutaban de las garantías que tiene cualquier trabajador/a estatal: la ley de maternidad, vacaciones, certificados médicos, entre otros. Por las condiciones laborales que se supone ellas tienen, podría pensarse que forman parte de los grupos de domésticas con más ventajas en el país, ya que además del salario que les entrega el gobierno cubano por su condición de trabajadoras, reciben ingresos extras (en CUC y otros estímulos materiales) que quedan fuera del alcance de la generalidad de las domésticas cubanas. También pueden tener la oportunidad de viajar al extranjero acompañando a sus empleadores/as (sobre todo si hay en ese núcleo infantes de los que ellas se tienen que hacer cargo), contar con autos que la embajada les ofrece con tal de que estén disponibles en los horarios establecidos o tener otras prebendas como regalos, pagos adicionales por jornadas extra, etc.

Sin embargo, la realidad de quienes trabajan en este grupo es diversa y no puede absolutizarse. En visita realizada por directivos de esta agencia a los hogares de la mayoría de sus empleados/as en el año 2008, se pudo constatar que algunos de sus trabajadores/as no contaban con el bienestar o las comodidades esperadas. “En algunos casos llegué a preguntarme: ¿Cómo es posible que esta persona viva así, si trabaja en una misión diplomática? (Entrevista a Herrera, 2014)”. Del mismo modo, quien atiende el área de Recursos Humanos en esta agencia, refiere:

Cuando hacemos los encuentros con las domésticas y les preguntamos sobre sus condiciones de trabajo, la valoración general que se obtiene es positiva. Sin embargo, algunas se quejan de tener jornadas de trabajo extendidas, una carga de trabajo excesiva en familias numerosas, tener que asumir habitualmente funciones que se salen de su contrato laboral y también de ser en ocasiones víctimas de maltratos (Martínez, 2014).

Como puede observarse, el escenario del trabajo doméstico remunerado a domicilio y de sus trabajadoras en la Cuba actual es diverso. Las realidades mostradas a través del presente acápite permiten aseverarlo, existen rasgos distintivos por cada grupo, en cada sector, al tiempo que presentan problemáticas comunes, realidades muy semejantes. Del mismo modo, queda demostrada la importancia que tienen como grupo socio ocupacional en nuestros días, sean cuentapropistas, trabajadoras informales/ilegales o se inserten en la dinámica de una agencia empleadora. Sobre este ejército de trabajadoras recae un peso importante de

las tareas que son difíciles de sustentar hoy por el sector estatal y que son vitales para la reproducción del sistema/de la vida. La desaparición paulatina en los últimos años del Estado como garante fundamental de los servicios de apoyo a la familia y a la mujer trabajadora, la existencia de procesos sociodemográficos que imponen nuevos desafíos y la multiespacialidad económica que convierte a la realidad laboral en un ámbito heterogéneo, complejo y diferenciado, son algunos de los factores que explican el presente panorama en su complejidad. Como puede observarse los cambios acontecidos no sólo inciden o son el resultado de las transformaciones que ha experimentado el empleo (Martin y Nicolau, 1999), sino del cambio operado en las relaciones de trabajo (Martín, 1997), las de género y en la estructura social del país (Espina, 2008).

4.2: LAS DOMÉSTICAS EN CUBA HOY: ENTRE RUPTURAS Y CONTINUIDADES

Referirse al trabajo doméstico hoy constituye un gran reto, sobre todo porque resulta imposible recoger en pocas páginas la diversidad de situaciones que presentan quienes se dedican a este desempeño. A diferencia de lo que acontecía en épocas anteriores en las que se podía establecer una caracterización bastante cercana a la realidad de este grupo socio ocupacional por la relativa homogeneidad entre ellas, en el presente existen marcadas diferencias. Esta diversidad está dada no sólo por las especificidades del sector en que se insertan o por el status económico de sus empleadores/as, sino en relación a sus estilos de vida, percepciones de lo cotidiano y proyecciones futuras.

No obstante, partiendo de los resultados alcanzados en las investigaciones realizadas sobre este fenómeno en el ámbito urbano – capitalino por la autora del presente trabajo y el colectivo de estudiantes que ha tutorado a lo largo de los últimos cinco años (Hernández, 2010, Mas, 2012 e Iglesias, 2013); así como de las reflexiones que aportan especialistas de otras provincias a raíz de los estudios de campo realizados (Álvarez, Téllez, Giro y Riverí, 2013), se pueden delimitar algunas particularidades. Este ejercicio también posibilita establecer algunas rupturas y continuidades en relación a lo que acontecía en el país antes de la década del 60 del siglo pasado y de lo que se manifiesta hoy en el contexto latinoamericano.

Si bien las domésticas antes del Triunfo de la Revolución, se caracterizaban en términos generales por ser mujeres adultas, negras y mestizas, casadas, con hijos a mantener, poseer niveles de instrucción escolar muy bajos, pertenecer a las capas más humildes de la población y tener pésimas condiciones de trabajo, sin un marco jurídico que les amparara como trabajadoras y les ofreciera un mínimo de garantías laborales. Hoy el panorama se presenta diferente; pues:

- Son diversas en sus edades, niveles de instrucción, procedencia social y el color de su piel; aunque se pueden observar tendencias a: desempeñarse en la capital del país, tener edades comprendidas entre los 17 y 45 años, ostentar la condición de bachiller (12mo grado) y haber estado desvinculadas o desempeñándose como trabajadoras domésticas no remuneradas en el ámbito familiar antes de insertarse laboralmente. Este análisis se realiza a partir de los datos que sobre las domésticas que han oficializado su condición de cuentapropistas presentan los informes del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de Cuba (MINTRAB, 2014), en los cuales no se incluye información sobre las que desempeñan estas funciones en el ámbito informal de la economía).
- Cuentan con un marco jurídico laboral que las protege, siempre y cuando hayan oficializado su condición como cuentapropistas. A través del mismo pueden acceder a un conjunto de garantías importantes entre las que destacan: certificados médicos, vacaciones, licencia de maternidad, jubilación, entre otras.
- Reciben por lo general altos ingresos a cambio de sus desempeños. Sus remuneraciones pueden hasta quintuplicar el salario medio de la población empleada en el sector formal de la economía.
- Existe alta demanda del servicio en un contexto donde las instituciones y programas estatales de apoyo a la familia y a la mujer trabajadora tienden a desaparecer, al tiempo que se desencadenan procesos socio demográficos con incidencia directa en la profundización de un vacío en torno al cuidado (destacan el acelerado envejecimiento poblacional y la emigración de potenciales cuidadores).

Además de estas tipicidades existen otras que distinguen el contexto cubano de otros, las mismas guardan estrecha conexión con los principios de justicia social que emergen del proyecto socialista en el que se insertan ellas. Este hecho propició condiciones de partida diferentes en el momento de la explosión cuantitativa del fenómeno y garantiza hasta la actualidad la presencia de un mercado estatal planificado que asegura un consumo básico para los diferentes grupos poblacionales (Núñez, 1997: 45). Entre los aspectos más relevantes se encuentran: a. La presencia de niveles de instrucción y cualificación elevados de la fuerza de trabajo en este sector; b. La inexistencia o bajísima presencia de explotación infantil dentro del servicio doméstico y c. La relativa escasez de personas que ejercen estas labores en situación de supervivencia.

Esta realidad también difiere en gran medida de la que enfrentan la mayor parte de estas trabajadoras domésticas remuneradas en la región, donde: “las jornadas de trabajo son las más extensas (especialmente en el caso de las trabajadoras que viven en la residencia de sus empleadores), las remuneraciones tienden a estar entre las más bajas de las economías nacionales y existe un alto nivel de incumplimiento respecto a las obligaciones legales de celebrar contrato de trabajo, registro y aporte a la seguridad social. Igualmente, se ven enfrentadas a accidentes laborales propios de la actividad que realizan, pero muchos de estos no son reconocidos como tales ni forman parte de los listados de enfermedades profesionales” (Valenzuela, 2010:1).

Sin embargo, no podemos pensar que la mayoría de las domésticas en Cuba está conforme con su situación y se siente realizada con lo alcanzado. No debe olvidarse que la generalidad de las veces sus contratos se enmarcan en relaciones de poder asimétricas; estos no son garantía de un empoderamiento real y les pueden conducir a situaciones de vulnerabilidad ante la pobreza o a serias desventajas sociales. Por otra parte, y como ha podido observarse a lo largo del presente documento, dentro de este grupo de trabajadoras aparecen casos sometidos a extensas jornadas de trabajo, en las que se incluyen tareas no pactadas, por tanto no remuneradas. Del mismo modo, son víctimas de la violencia sutil, expresada mediante disímiles actitudes de discriminación y maltrato por parte de sus empleadores/as (tratarlas irrespetuosamente, humillaciones delante de terceros, ridiculización de sus opiniones, la subvaloración de sus conocimientos, entre otras).

Además, a menudo el dedicarse a estas labores les genera contradicciones con sus sueños o los de sus progenitores. Las aspiraciones de muchas van más allá de los ingresos (que varían y no son sostenibles), estas tienen que ver con las posibilidades de realización profesional, el cumplimiento de metas personales y familiares, la garantía de un futuro digno para su descendencia y otras de tipo social.

Por eso, el desempeño de un grupo significativo de mujeres cubanas en estas tareas hoy, “debe verse como tránsito y no como destino. La sociedad tiene que estar basada en el bienestar y la solidaridad. Debemos apostar por los servicios colectivos de atención a la familia” (Aguilar, 2014) y por la existencia de un trabajo doméstico remunerado a domicilio que cumpla con los requisitos establecidos para ser valorado como un empleo decente.

REFLEXIONES FINALES. DEL LEGADO REVOLUCIONARIO A LOS DESAFÍOS DEL PRESENTE

Los debates teóricos y políticos actuales en torno al empleo a nivel internacional, se desplazan entre posicionamientos que remarcan la imposibilidad, dada las transformaciones económicas actuales, de seguir operando con la categoría trabajo como eje estructurador de los grupos sociales, organizaciones y políticos, preconizando el “fin de la sociedad del trabajo” (Offe, 1992); mientras otras recuperan la centralidad del trabajo como eje articulador de las sociedades contemporáneas (Neffa, 2001), resaltando las peculiaridades de los procesos recientes en los que el mundo del trabajo manifiesta una significativa heterogenización, complejización y fragmentación (Antunes, 2002).

Las políticas constituyen la forma esencial de intervención estatal en este mundo, ellas afectan directamente el bienestar, las instituciones y las relaciones sociales. También modulan la distribución de los recursos y hacen parte del proceso de reproducción social, convirtiéndose en mediadoras entre las estructuras y los sujetos, entre modelos de sociedad y organización cotidiana, entre las estructuras socioeconómicas y familiares (Danani y Grassi, 2009). En ese sentido, el rol que ocupan en las democracias modernas y sus transformaciones, desafían la reflexión teórica en torno al trabajo y a la situación de las personas tanto en la estructura social como en los sistemas de protección.

Un análisis de las políticas sociales (sobre todo de las destinadas al empoderamiento femenino y de las enmarcadas en la esfera del empleo) en conexión con los cambios culturales, políticos, jurídicos, sociales y económicos acontecidos en Cuba, ha permitido un primer acercamiento a la impronta que estas han tenido en el desarrollo del trabajo doméstico remunerado a domicilio en el país, así como en el desempeño de las personas que se han dedicado al mismo tras la década del 60 del siglo pasado. También ha tributado al conocimiento de la configuración subjetiva que se fue generando dentro de este grupo socio ocupacional respecto a su posición dentro de la estructura social y a las oportunidades/amenazas que representó y representa cada contexto en términos de desarrollo, bienestar y seguridad.

Han quedado expuestas en estas páginas las profundas transformaciones acontecidas en el trabajo doméstico remunerado a domicilio a lo largo de estos años de Revolución. En su desarrollo se encuentran épocas específicas, marcadas por las políticas, los discursos, los silencios, los vacíos, etc. Sin conocerlas, es imposible comprender en profundidad las actuales circunstancias; donde se presentan como principales desafíos:

- La insuficiencia de estudios relativos a la temática en los que se aborde la repercusión de las recientes transformaciones en las brechas territoriales, de género, socio estructurales, raciales y de otros tipos que se presentan en este grupo socio ocupacional.
- La necesidad de revisar el marco jurídico existente y el recién aprobado Código del Trabajo en el país, teniendo en cuenta que aún quedan elementos a perfeccionar en relación a la seguridad y protección de estas trabajadoras.
- La carencia de herramientas metodológicas que permitan un estudio estadístico del fenómeno objeto de interés, sobre todo de su expresión en el mercado informal de la economía.
- La ausencia de programas específicos, ajustados a las condiciones actuales del país que tributen a incentivar al ejército de domésticas remuneradas que permanecen en el mercado informal de trabajo a integrarse en el mercado formal de la economía, para que puedan disfrutar de las garantías que el mismo les ofrece.
- Exiguos mecanismos para el control e inspección de la actividad, que garanticen que este desempeño cumpla con los requisitos establecidos por la OIT para ser considerado un trabajo decente.
- Escaso debate en relación a los posibles retrocesos que puede traer aparejada la inserción de un número significativo de mujeres en esta labor; debe tenerse en cuenta que este fenómeno puede potenciar la (re)producción de desigualdades de género, socio clasistas, raciales y otras.
- Poco estímulo a la sindicalización de quienes se dedican a este desempeño, sobre todo de las que prestan el servicio en las misiones diplomáticas, consulares. Téngase en cuenta que ante la carencia de un órgano de justicia laboral, el sindicato puede constituir una vía para la canalización y protección ante cualquier abuso, discriminación o explotación en el trabajo.
- Insuficiente presión para que dentro del plan anual de la economía, se priorice el restablecimiento de los servicios de apoyo a la familia ya existentes y se fomentan nuevos, en los que se disponga de una mejor infraestructura a la existente.

Estos desafíos y otros que puedan quedar fuera de los aquí esbozados, deben ser tenidos en cuenta en la elaboración de las agendas de trabajo para el corto y el mediano plazo; así como en el perfeccionamiento de los programas que se llevan a cabo en la actualidad. De igual forma, las

estrategias que se implementen para darle respuestas, tienen que estar en estrecha conexión con el pasado; sólo de ese modo se podrá aprovechar el legado revolucionario relativo a la labor desplegada a favor de las trabajadoras domésticas remuneradas en el país y el establecimiento de garantías para que puedan ejercer sus funciones en condiciones de decencia. Entre los elementos más significativos del mismo, se encuentran:

- La certeza de que la educación constituye la base del desarrollo sostenible y la autonomía femenina. Resulta indiscutible la impronta que tuvieron las Escuelas Nocturnas de Superación para Domésticas y los diversos programas de formación y especialización creados para ellas.
- La utilidad de potenciar políticas específicas con enfoque de género y de familia, que permitan la transformación sostenible de la división sexual del trabajo y el entendimiento del trabajo doméstico como un deber social, una responsabilidad compartida, en tanto de él depende la propia sostenibilidad de la vida.
- La necesidad de crear un marco jurídico para la protección y seguridad social ante el trabajo de este sector, en el que se incluyan un grupo importante de garantías sociales para quienes en él se desempeñan, aún cuando este trabajo suponga retos por sus propias características, asociadas sobre todo al espacio en que se desarrolla y a las peculiaridades que presentan las relaciones que se establecen entre empleadas/empleadores/as.
- La pertinencia de una organización de mujeres, que vele por sus intereses, al tiempo que impulse programas para su superación y autonomía.
- La importancia de crear planes específicos de inserción laboral en condiciones de dignidad, seguridad, respeto y libertad para este grupo de trabajadoras. Los mismos deben contar con el respaldo y compromiso de los ministerios, organizaciones políticas y de masa, así como de la alta dirección del país.
- El valor de las investigaciones sobre este fenómeno, sobre todo si se realizan desde la perspectiva de género. Sólo a través de las mismas se pueden entender las claras desventajas que tiene estas mujeres y su vulnerabilidad dentro del mercado de trabajo tanto formal como informal.
- El provecho de visibilizar el valor social y económico de estas tareas, así como de quienes las realizan. De esta manera se pueden deconstruir estigmas, estereotipos y mitos que han limitado

a lo largo de la historia el reconocimiento social de la grandeza y utilidad de este desempeño.

- El beneficio de construir experiencias ajustadas a las particularidades del contexto en que se pretenden enmarcar, entendiendo que cuando las mismas se adelantan a su tiempo pueden tener resultados muy desalentadores; tal fue el caso de la Empresa de Servicios a la Familia (1979 - 1981), una idea que pudiera ser retomada en la actualidad, sea en la misma modalidad o en impulsando el trabajo en cooperativas.

Estos son sólo algunos elementos a tener en cuenta para garantizar que no existan retrocesos o que estos sean mínimos en el escenario complejo que se vive. Recuérdese que en situaciones de crisis y/o reestructuración, tienden a acentuarse las brechas de desigualdad asociadas a la distribución y apropiación de los recursos y riquezas, a las garantías y derechos formalmente institucionalizados y la concreción de los mismos en la práctica.

Es evidente que aún resta mucho camino por recorrer. No obstante, se piensa que los pasos que se han venido dando pueden favorecer el establecimiento de un sistema global de atención y protección a la de trabajadoras/es del servicio doméstico ajustado a un orden social que cambia buscando el desarrollo. En sentido general, la experiencia acumulada permite comprobar que sólo un sistema que se enfoca en las clases desfavorecidas y va más allá del discurso, crea estrategias para transformar las circunstancias de explotación en que viven las mujeres, puede tener como fruto el establecimiento de la equidad. Sin embargo, esta no es tarea de un Gobierno, una organización, un grupo de mujeres o una sola persona; en esta misión nos debemos involucrar todas/os, dado que es un problema social y la solución también debe ser colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- A.C 1961 "En la educación del pueblo está la gran fuerza de las Revoluciones" en *Mujeres* (La Habana) N°12, diciembre.
- Aguilar, Carolina 2014 Entrevista concedida a la autora del presente trabajo, en la que se rescatan datos, experiencias y percepciones respecto al sector de las trabajadoras domésticas remuneradas, tomando como referencia su desempeño en el Secretariado Nacional de la FMC desde sus inicios y a lo largo de los años.

- Aleman, Carmen; Borderias, Cristina y Carrasco, Cristina 1994 *Las mujeres y el Trabajo Rupturas Conceptuales* (Madrid: Editorial Icaria).
- Alfonso, Ramón M. 1902 *La prostitución en Cuba y principalmente en La Habana* (La Habana: Editora P. Fernández).
- Alfonso, Ramón M. (1903) *Manumisión económica de la mujer cubana; necesidad y medios de obtenerla* (La Habana: Papelería El Iris).
- Álvarez, Isaac F., Téllez, Víctor, Giro, Zaida E. y Riverí, José A. 2013 “Las relaciones socio laborales en la actividad doméstica remunerada en el municipio Santiago de Cuba. Estudio de Caso” en *Santiago* (Santiago de Chile) N° 132, septiembre/diciembre.
- Álvarez, Mayda 2014 Entrevista concedida como experta en temas de género y trabajo a la autora del presente trabajo.
- Antunes, R 2002 *¿Adeus ao Trabalho?* (Sao Paulo: Ediciones Cortez).
- Bachelard, Gaston 1941 *L'eau et les rêves. Essai sur l'imagination de la matière* (Paris: Librairie José Corti.)
- Banco Central de Cuba (BCC) 2001 *Informe económico* (La Habana: BBC).
- Calcines, Oria E. 1995 “Una experiencia pedagógica singular: la superación de la mujer y otros planes educacionales de los primeros años de la Revolución”. Testimonio, Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona.
- Calderón, Mirta 1961 “Se llamaban domésticas” en *Diario Revolución* (La Habana) 25 de octubre.
- Carcaño, Dora 2014 Entrevista concedida a la autora del presente trabajo, en la que se rescatan datos, experiencias y percepciones respecto al sector de las trabajadoras domésticas remuneradas, tomando como referencia su desempeño en el Secretariado Nacional de la FMC en las primeras décadas de trabajo.
- Casas, Marta 2014 Entrevista concedida a la autora del presente trabajo, en la que se rescatan datos, experiencias y percepciones respecto al sector de las trabajadoras domésticas remuneradas, tomando como referencia su desempeño en el Secretariado Nacional de la FMC desde sus inicios y a lo largo de los años.
- Castaño, Gladis 1973 “¿Qué éramos? Las domésticas ¿Qué somos?” en *Mujeres* (La Habana) N° 8, agosto.

- Castaño, Gladis 1980 “Y al fin aprendí” en *Mujeres* (La Habana) N° 8, agosto.
- Castro, Fidel 1974 2006 “Discurso pronunciado en el II Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas” en Ferrer, Yolanda y Aguilar, Carolina (comps.) *Mujeres y Revolución* (La Habana: Editorial de la Mujer).
- Carcaño, Dora 2014 Entrevista concedida a la autora del presente trabajo, en la que se rescatan datos, experiencias y percepciones respecto al sector de las trabajadoras domésticas remuneradas en Cuba, tomando como referencia su desempeño en el Secretariado Nacional de la FMC desde sus inicios y a lo largo de los años.
- Cortázar, Julio 2004 *Rayuela* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Danani, C. y Grassi, E. (comps.) 2009 *El mundo del trabajo y los caminos de la vida. Trabajar para vivir, vivir para trabajar* (Buenos Aires: Editorial Espacio).
- De Souza, Asha 2010 *Camino del trabajo decente para el personal del servicio doméstico: panorama de la labor de la OIT* (Ginebra: Oficina de la OIT para la igualdad de género).
- Echevarría, Dayma 2013 “Procesos de reajustes en Cuba y su impacto en el empleo femenino: entre dos siglos y repetidas desigualdades” en Pérez, Omar E. Y Torres, Ricardo (comps.) *Miradas a la economía cubana. Entre la eficiencia económica y la equidad social* (La Habana: Editorial Caminos).
- Elizalde, Acela 2014 Entrevista concedida a la autora de este trabajo con motivo de su experiencia como doméstica antes de triunfo de la Revolución y en la actualidad.
- Espín, Vilma 1990 *Informes centrales de los Congresos de la FMC* (La Habana: Imprenta central de las FAR).
- Espina, Mayra 2008 *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana* (Buenos Aires: CLACSO).
- Estrada, Alba Victoria 1961 Entrevista concedida a C. A con motivo del artículo “En la Educación del pueblo está gran fuerza de las Revoluciones” en *Mujeres* (La Habana) N° 2, diciembre.
- Ferrer, Yolanda y Aguilar, Carolina (comps) 2006 *Fidel Castro Ruz: Mujeres y Revolución* (La Habana: Editorial de la Mujer).

- FMC 1981 *Análisis del comportamiento por semestre de la puesta en práctica de la Unidad de Servicios a la Familia* (La Habana: Esfera de producción FMC provincial).
- Gaceta Oficial de la República de Cuba 1978 *Decreto Ley 14/78 sobre el ejercicio de actividades laborales por cuenta propia* (La Habana: Empresa de Finanzas al día).
- García, Anisia; Anaya, Betsy y Piñeiro, Camila 2011 “Reestructuración del empleo en Cuba: el papel de las empresas no estatales” en *Seminario sobre Economía Cubana y Gerencia Empresarial*, Centro de Estudios de la Economía Cubana, La Habana, citado por Echevarría, Dayma 2013 “Procesos de reajustes en Cuba y su impacto en el empleo femenino: entre dos siglos y repetidas desigualdades” en Pérez, Omar E. Y Torres, Ricardo (comps.) *Miradas a la economía cubana. Entre la eficiencia económica y la equidad social* (La Habana: Editorial Caminos).
- García, Fina 2008 *Obra poética* (La Habana: Editorial Letras Cubanas) Tomos I y II.
- Gómez, Carmen 1873 ‘La mujer cubana en la colonia’ en *Mujeres* (La Habana) N° 7, julio.
- Gómez, Gertrudis 2013 (1860) *Prólogo a la poesía de Luisa Pérez de Zambrana* en Multimedia sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda (La Habana: Ediciones Cubarte).
- González, Julio Cesar 2005 (2003) *En busca de un espacio: Historia de mujeres en Cuba* (La Habana: Editorial de la Mujer).
- Hernández, Yissell 2010 “Una aproximación al estudio del Trabajo Doméstico Remunerado desde la Sociología. Su visión como una modalidad de Trabajo Informal en el contexto cubano”. Tesis de Diploma, Departamento de Sociología, Universidad de la Habana.
- Hernández, Zaylin 2008 “El fenómeno del servicio doméstico como expresión de las relaciones sociales en la vida cotidiana cubana de la década del cincuenta”. Tesis de Diploma, Departamento de Historia, Universidad de la Habana.
- Herrera, Nivaldo 2014 Entrevista concedida a la autora del presente trabajo como Director del Área de Contratación al Personal Doméstico en la Agencia Empleadora Palco.
- Iglesias, Daniel 2013 “El proceso de trabajo de las Cuentapropistas Asistentes Infantiles para el Cuidado de Niños del poblado de

- Cojimar. Su análisis desde la perspectiva de género”. Tesis de Diploma, Departamento de Sociología, Universidad de la Habana.
- Lara, Teresa 2014 Entrevista concedida como experta en temas de género y trabajo a la autora del presente trabajo.
- Lin, Nora 1961 “Por los nuevos caminos” en *Vanidades* (La Habana) N° 12, diciembre.
- Martín, José L. 1997 “El reajuste de los ’90 y sus consecuencias sociales. Una reflexión desde el trabajo”. Resultado de Investigación, CIPS (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas), La Habana.
- Martín, José L. y Capote, Armando (s.a) “Reajuste, empleo y subjetividad”, Resultado de Investigación, CIPS (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas), La Habana.
- Martín, José L. y Nicolau, José L. 1999 “La problemática del empleo en Cuba y los elementos de precariedad que incorpora”. Resultado de Investigación, CIPS (Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas), La Habana.
- Martínez, Margarita 2014 Entrevista concedida a la autora de este trabajo, como especialista de Recursos Humanos de la Agencia Empleadora Palco.
- Mas, María C. 2012 “Incidencia de la organización genérica de la sociedad en las percepciones y el desempeño de rol del personal doméstico. Particularidades del municipio Playa”. Tesis de Diploma, Departamento de Sociología, Universidad de la Habana.
- Ministerio de Justicia (MINJUS) 2011 *Gaceta Oficial No. 028 Extraordinaria Especial*, (La Habana), 6 de septiembre de 2011.
- Ministerio del Trabajo y de Seguridad Social (MINTRAB) (2014) *Informes Estadísticos (2010 - 2014)* (La Habana).
- Munster, Blanca 2014 Entrevista concedida como experta en temas de género y trabajo a la autora del presente trabajo.
- Neffa, J.C 2001 “Presentación del debate reciente sobre el fin del trabajo” en de la Garza, E. y Neffa, J.C. Neffa (comps) *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo* (Buenos Aires: CLACSO).
- Núñez, Lilia 1997 “Más allá del cuentapropismo en Cuba” en *Revista Temas (La Habana)* N°11.
- Núñez, Marta 2014 Entrevista concedida como experta en temas de género y trabajo a la autora del presente trabajo.

- Offe, C 1992 *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas del futuro* (Madrid: Editorial Alianza).
- OIT 2010 “Nota 1: Trabajo decente para las trabajadoras domésticas remuneradas del continente” en <http://www.oit.org.ar/WDMS/bib/publ/documentos/td_nota_oit_1.pdf> acceso 1 de septiembre de 2014.
- OIT-PNUD 2009 *Trabajo y Familia: Hacia nuevas formas de conciliación con corresponsabilidad social* (Chile: Andros).
- PALCO 2014 “Informe Estadístico de Cierre de Año”, Grupo Palco, La Habana.
- Pérez, Pedro 2001 *Las criadas de La Habana* (Madrid: Editorial Plaza Mayor).
- Ritter, Archibald 2000 “El régimen impositivo para la microempresa en Cuba” en *Revista de la CEPAL*. N° 71, agosto.
- Rodríguez, Inés 2009 “Las pautas de la cultura patriarcal de la domesticidad en la construcción teórica sobre el ordenamiento trabajo-género en Cuba. La subversión en la etapa revolucionaria”. Tesis de Doctorado, Departamento de Filosofía, Universidad de La Habana.
- Romero, Magela 2009 “Trabajadoras domésticas no remuneradas a tiempo completo. Un estudio de su rol desde la perspectiva de género”. Tesis de Maestría en Estudios de Género, Cátedra de la Mujer, Universidad de La Habana.
- Romero, Magela 2010 “Mujeres y trabajo doméstico no remunerado. Una reflexión latente en la Sociología del Trabajo Contemporánea”. Tesis de Maestría en Sociología, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana.
- Sabas, Mariblanca 2003 *Feminismo* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente).
- Sacchetti, Elena 2012 *Vivir en la cuerda floja. La microempresa en Cuba. Culturas del trabajo e identidades sociales* (Madrid: Editorial académica española)
- Sierra, Abel 2006 *Del otro lado del espejo. La sexualidad en la construcción de la nación cubana* (La Habana: Fondo editorial Casa de las Américas).
- Suárez, Armando 1949 “La rebelión de los sirvientes” en *Carteles* (La Habana) N° 11, enero.

- Togores, Viviana 1996 *El trabajo por cuenta propia. Desarrollo y peculiaridades en la economía cubana* (La Habana: Fondos del CEEC (Centro de Estudios de la Economía Cubana).
- Torres, Eduardo 1995 “La sociedad esclavista y sus contradicciones” en Colectivo de autores del Instituto de Historia de Cuba *La colonia, evolución socioeconómica y formación nacional* (La Habana: Editora Política).
- Valenzuela, María E. 2010 “Trabajo doméstico remunerado en América Latina” en <http://www.trabajo.gob.ar/downloads/newsletter/ctio/plurales2/trabajo_domestico_ma-elena-valenzuela.pdf> acceso 25 de agosto de 2014.
- Valle, Élidea 2014 Entrevista concedida a la autora del presente trabajo, en la que se rescatan datos, experiencias y percepciones respecto al sector de las trabajadoras domésticas remuneradas, tomando como referencia su desempeño en el Secretariado Nacional de la FMC en las primeras décadas de trabajo.
- Villaverde, Cirilo 2001 *Cecilia Valdés* (La Habana: Editorial Letras Cubanas).
- Vinat, Raquel 2004 *Las cubanas en la posguerra (1898-1902) Acercamiento a la reconstrucción de una etapa olvidada* (La Habana: Editora Política).
- Zabala, María del Carmen 2013 “Retos de la equidad social en el actual contexto de cambios económicos” en Everlenny, Omar y Torres, Ricardo (comps) *Miradas a la economía cubana. Entre la eficiencia económica y la equidad social* (La Habana: Editorial Caminos).

José Antonio Monje*

SALUD DE EXPORTACIÓN
ECONOMÍA POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO,
COOPERACIÓN INTERNACIONAL Y MODELOS
ALTERNATIVOS DE DESARROLLO
DESDE LA SALUD PÚBLICA CUBANA

Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida.

Ernesto Che Guevara. *“El socialismo y el hombre en Cuba”*. La Habana, 1965.

INTRODUCCIÓN

Desde el triunfo de la Revolución en 1959, muchos han sido los sectores en los cuales se han ido planteando en Cuba modelos alternativos de desarrollo (pedagogía, ciencias sociales, arte y cultura, agroecología urbana, etc.), todos ellos susceptibles de ser aplicados tanto en países latinoamericanos como en otras regiones del orbe. Uno de los más importantes de estos modelos alternativos, conocido en todo el mundo, es el modelo de salud pública, el mismo que no sólo es capaz de mostrar éxitos incomparables referidos a la mejora directa de los

Nació en El Aaiún, República Árabe Saharaui Democrática. Antropólogo social. Doctor (c) en dirección de proyectos, Master in Project Management.

principales indicadores sanitarios, sino también de evidenciar su gran capacidad de impacto en todos aquellos países en los que implementa sus programas de cooperación internacional. Gracias a dicho modelo, la isla muestra sosteniblemente indicadores de salud que se encuentran al mismo nivel que países como Canadá, Suiza o los Estados Unidos de Norteamérica (USA), destacando entre ellos sus índices de esperanza de vida, desnutrición o mortalidad infantil. Por tal motivo, este modelo sanitario, basado en el ejercicio de la medicina familiar y comunitaria, se ha convertido en el más emblemático de los generados por la Revolución Cubana.

Organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) o la propia Organización de Naciones Unidas (ONU) reconocen a la mayor de las Antillas como el único país latinoamericano con uno de los mejores sistemas sanitarios del mundo. Y esto se debe tanto a la particular estructura que posee como a la dinámica de retroalimentación permanente que generan sus componentes constitutivos. Esta es la razón principal por la cual se asignó a Cuba, por primera vez en su historia, la presidencia de la 67ª Asamblea Mundial de la Salud durante este año 2014.

Además, Cuba es el único país en América Latina y probablemente en todo el mundo cuyo principal rubro de exportación son los servicios profesionales de su talento humano, especialmente el de su personal sanitario. Esta condición *sui generis* está permitiendo desarrollar mayores capacidades de transformación interna de su economía, dirigida a continuar con la actualización del modelo socialista.

El sustentado convencimiento que el Sistema Nacional de Salud (SNS) de la isla es cualitativamente superior al de muchos países del Norte industrializado no sólo proviene de sectores afines y/o de organismos supuestamente imparciales como los adscritos a la ONU. Las constataciones empíricas de tal superioridad también surgen del propio núcleo académico de un país como USA, el mismo que afirma contar con uno de los mejores y más exclusivos sistemas de educación universitaria. Un reciente estudio publicado en la revista *Science*¹ y realizado por los doctores Paul Drain y Michele Barry, científicos de la escuela de Medicina de la Universidad de Stanford (California), reconoce que los cubanos cuentan con los mejores indicadores sanitarios de toda América Latina, comparables con la mayor parte de los países desarrollados. Dicho análisis resalta una de las claves más importantes del éxito del sistema cubano, su estrecho vínculo con el sistema educativo

1 <http://med.stanford.edu/news/all-news/one-to-one/2010/paul-drain-on-health-care-in-cuba-.html>

nacional. Y es que cuando se educa adecuadamente a la población, sobre todo desde una perspectiva de prevención de enfermedades y promoción de la salud, no es necesario recurrir frecuentemente a los establecimientos del sistema sanitario. El alto índice educativo de la población cubana garantiza elevados niveles de prevención y organización social. A esto hay que sumarle la gran eficacia de los programas de inmunizaciones, junto con la extensa red de establecimientos de salud, siempre cercanos y accesibles.

A pesar de las severas restricciones impuestas por el bloqueo económico norteamericano, las ciencias médicas en la isla se han desarrollado a escalas insospechadas. La formación académica en las universidades cubanas de los médicos y las médicas, los enfermeros y las enfermeras, los y las terapeutas, los tecnólogos y las tecnólogas médicos y personal sanitario en general cuenta con un incuestionable reconocimiento internacional, aunque el máximo baluarte de este progreso lo representa la avanzada tecnología médica y la industria farmacéutica impulsadas por la Revolución. Productos estrella como el Heberprot-p, medicamento único en el mundo prescrito para la terapia de la úlcera del pie diabético, las vacunas contra el cáncer de pulmón desarrolladas por el Centro de Inmunología Molecular o aquellos productos de innovación ortopédica creados en el Complejo Científico Ortopédico Frank País de La Habana dan cuenta de la profunda transformación del aparato productivo cubano, el mismo que se encuentra actualmente enfocado en gran medida en lograr en el corto plazo la consolidación de una auténtica economía del conocimiento.

A continuación, vamos a analizar detalladamente al SNS cubano, su estructura, dinámica de funcionamiento, sus componentes y, sobre todo, las razones por las cuales alcanza logros tan impresionantes tratándose de un país pobre de América Latina, sometido a un férreo e injusto bloque económico desde hace más de cincuenta años. La intención principal es recoger los más importantes aprendizajes de esta experiencia, de modo que pueda ser replicada en contextos afines o, por lo menos, proporcione diversos componentes validados que faciliten la construcción de nuevos modelos alternativos de atención sanitaria en países en vías de desarrollo.

LA SALUD PÚBLICA EN CUBA. ACTORES, PROCESOS E INSTRUMENTOS

Existen dos grandes formas de concebir la salud pública y cada uno de sus componentes constitutivos (formación sanitaria, industria farmacéutica, atención primaria, etc.). La primera es, lamentablemente, la más extendida en todo el mundo e implica verla tan sólo como un servicio condicionado al poder adquisitivo del público demandante. En cambio, la segunda forma concibe a la salud como un derecho inalie-

nable, que debe ser garantizado permanentemente por el Estado. El ejercicio de este derecho implica la provisión incondicional y universal de servicios por parte de este mismo Estado garante. En dicho esquema, la iniciativa privada como proveedora de servicios sanitarios, con evidente interés de lucro gracias al mal estado de salud de las personas, no tiene cabida y está plenamente descartada.

El SNS en Cuba se enmarca dentro de esta segunda forma de concebir la salud y, desde hace ya varias décadas, viene construyendo lo que podríamos denominar un “modelo de economía del conocimiento sanitario” interrelacionando los diferentes componentes de su estructura constitutiva. En términos generales, este modelo está conformado por dos grandes dimensiones: la interna y la externa, coincidentes con las grandes dinámicas propias de implementación del sistema de salud de la isla. A continuación, vamos a analizar cada una de las mencionadas dimensiones.

DIMENSIÓN INTERNA

EL SISTEMA NACIONAL DE SALUD

Con respecto a su estructura administrativa, el órgano rector del SNS de la mayor de las Antillas es el Ministerio de Salud Pública (MINSAP), el mismo que tiene bajo su responsabilidad la dirección, ejecución y supervisión de la política estatal del sector en todo el territorio cubano. Asimismo, como parte de su estructura operativa, de acuerdo a las estadísticas oficiales del MINSAP, en el año 2012 dicho sistema contaba con 152 hospitales (entre ellos 56 generales, 29, clínico-quirúrgicos, 23 pediátricos, 12 ginecobstétricos, 4 materno-infantiles, 2 oncológicos, 2 ortopédicos), 13 institutos de investigación, 452 policlínicos, 118 clínicas estomatológicas, 27 bancos de sangre, 150 hogares maternos², 144 hogares permanentes para adultos mayores, junto con 233 casas diurnas también dedicadas a ellos. Además, existen 31 hogares para personas con discapacidad severa (MINSAP, 2013: 129).

El mismo año que triunfó la Revolución, Cuba debió reconstruir casi por completo su sistema de salud a partir de los pocos recursos con los que contaba en ese momento, luego de la fuga masiva de los médicos y del personal sanitario en general. De los casi 6.000 médicos que ejercían su profesión en la isla, cerca de 1.500 emigraron inmediatamente a USA y otros tantos solicitaron su salida del país, la misma que se hizo efectiva en los meses siguientes. La recuperación y ampliación de la ca-

² Estos hogares acogen a las mujeres gestantes que presentan algún riesgo durante su embarazo y que desean recibir un seguimiento médico permanente. El SNS cubano garantiza su bienestar en estas residencias, haciéndose cargo de su cuidado durante todo el periodo de gestación.

pacidad instalada para la atención sanitaria fue paulatina y se realizó durante los primeros años de la década de los sesenta.

Conscientes que para lograr avances significativos no sólo en el sector de salud sino en todos los aspectos sociales es imprescindible mejorar los niveles educativos de la población, especialmente la que se encuentra en los lugares más remotos del territorio, una de las primeras actividades integrales que emprendió en 1960 el gobierno revolucionario fue la Campaña Nacional de Alfabetización, logrando el 22 de diciembre de 1961 declarar al país como territorio libre de analfabetismo. A partir de ese momento, todos los emprendimientos sociales realizados en la isla tienen como principal sustento el componente educativo. Esta es una de las características clave que ha hecho posible alcanzar tan elevados niveles de eficacia, eficiencia y sostenibilidad en diferentes sectores.

Posteriormente, se inició el intenso desarrollo de importantes centros e industrias en el sector salud. La primera de ellas fue la biotecnológica, gracias a la incomparable visión estratégica del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Fue por aquellos planteamientos técnicos iniciales de Fidel que ya desde inicios de la década de los ochenta se empezó a discutir en la isla sobre biotecnología, cuando por esos mismos años sólo se hablaba del tema en países como USA o Japón. Durante la misma década se fundaron importantes instituciones como el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología, el Centro Nacional de Investigaciones Científicas, el Cardiocentro de Cirugía Infantil William Soler³, el Centro de Inmunoensayo y el Centro de Trasplantes y Regeneración del Sistema Nervioso. Asimismo, la capacidad instalada para el diseño y producción de equipo médico de alta tecnología también se desarrollaba paralelamente. Entre los más importantes logros de esos años se encuentra la creación de un equipo de resonancia magnética con sistema Evalimage para la visualización y análisis termográfico de imágenes junto con el bisturí láser cubano.

Todos estos avances han tenido una incidencia directa en la mejora de las condiciones de salud de la población cubana, incrementando significativamente los índices en casi todos los aspectos sanitarios. Esto lo podemos apreciar al comparar los principales indicadores de salud

3 El Hospital Infantil William Soler, de gran reconocimiento y demanda mundial, fue creado en mayo de 1960 y brinda atención gratuita a niños y niñas hasta los 18 años. Desde su fundación ha ido incorporando diversas unidades de atención tales como el Instituto de Hematología e Inmunología, el campamento de niños y niñas con asma en Tará o el Cardiocentro. Este hospital también cuenta con una amplia historia internacionalista, especialmente de apoyo e intercambio con hospitales afines en Vietnam y Laos, colaboración realizada de manera más intensa durante los años de las intervenciones armadas de USA en estos países.

de la isla con los que presentan el resto de países en el mundo. Su esperanza de vida al nacer, por ejemplo, para el año 2012 fue de 79,07 años mientras que la de USA fue de 78,74 años.

Por tratarse de un indicador síntesis, con carácter multidimensional y capaz de aglutinar un conjunto de resultados alcanzados por diversos sectores sociales complementarios, probablemente el mayor de los grandes logros sanitarios del gobierno revolucionario lo encontramos en las reducidas tasas de mortalidad infantil registradas entre la población cubana. De acuerdo a los datos oficiales proporcionados por el MINSAP para el año 2012, Cuba logró ubicarse entre las primeras naciones del mundo en obtener los índices de mortalidad infantil más bajos en menores de un año y de cinco años, llegando a 4,6 por mil nacidos vivos como promedio nacional para menores de un año y 5,9 para menores de cinco años. Además, son cinco las provincias que muestran índices aún más bajos que dicho promedio nacional (Artemisa, Cienfuegos, Sancti Spiritus, Holguín y Granma) para el caso de estos dos indicadores (MINSAP, 2013: 48). Al mismo tiempo, según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), desde el año 2010 estos mismos índices mostraban mejores resultados que los presentados por países como USA, Nueva Zelanda y Canadá (PNUD, 2010), ubicando a la mayor de las Antillas como el país latinoamericano con los mejores indicadores de salud infantil.

Esta favorable situación es fruto de un modelo social de convivencia que se preocupa prioritariamente por los infantes y su entorno, desde el momento mismo de su gestación en el vientre materno. Por ello, es muy frecuente escuchar a la población cubana afirmar que los niños y niñas han nacido para ser felices. Y no les falta razón. En Cuba el gobierno revolucionario y la población en su conjunto hacen todo lo que está a su alcance para que este dicho popular sea permanentemente una realidad cotidiana.

Como parte del esfuerzo por brindar un entorno favorable para el desarrollo de los niños y niñas desde los primeros meses de existencia, Cuba consolida también los resultados de su programa destinado a la reducción de las complicaciones y decesos de las madres gestantes, logrando reportar para el año 2012 una tasa de mortalidad materna de 33,4 por cada 100 mil nacidos vivos, registrándose un índice de 21,5 por causas directas y de 11,9 por causas indirectas (MINSAP, 2010: 80).

Otro de los indicadores que muestra también el notable impacto positivo alcanzado por el sistema sanitario cubano es el número de habitantes por médico, que llega tan sólo a 137, junto con el número de profesionales de enfermería por cada 10.000 habitantes que es igual a 81,9. Estos niveles superan largamente las recomendaciones de la OMS, organismo especializado que plantea como mínimo necesario para

prestar servicios esenciales de salud materna e infantil a la población la cifra de 23 profesionales de la salud (médicos, enfermeras y parteras) por cada 10.000 habitantes.

Por otro lado, de acuerdo con la información proporcionada por este mismo organismo internacional, el porcentaje del Producto Interno Bruto (PIB) destinado a gastos en salud para 2012 en la isla fue 8,6%, mientras que la inversión per cápita ascendió a 405 dólares americanos⁴. Si comparamos los altos niveles de los indicadores básicos de salud anteriormente vistos con estos volúmenes de inversión, no hay duda que estamos frente al país pobre con las inversiones sanitarias más costo-eficientes del mundo.

Estos impresionantes logros sanitarios cubanos, imposibles de describir en su totalidad en un breve ensayo como éste, también se reflejan en su enorme capacidad de erradicación de enfermedades de su territorio. Por ejemplo, se ha logrado desterrar progresivamente, desde los primeros años de la Revolución, enfermedades como la poliomielitis, el tétanos neonatal, la difteria, la meningitis tuberculosa, la rubéola congénita, la tos ferina y la desnutrición crónica infantil, entre las más importantes. De acuerdo a los datos proporcionados por UNICEF⁵, Cuba es el único país en Latinoamérica que ha logrado erradicar la desnutrición infantil, gracias a un modelo integral de atención a la infancia promovido permanentemente desde el Estado. Además, se cuenta con el programa de inmunizaciones más exitoso del mundo para el caso de la Hepatitis B, gracias a la creación de una vacuna propia.

Como hemos visto, el sistema sanitario cubano posee diversos logros y componentes de desarrollo emblemático. Entre los más representativos sin duda alguna también se encuentran los grandes avances alcanzados en neurocirugía. El Centro Internacional de Restauración Neurológica (CIREN) de La Habana, fundado en 1989, es considerado como único en su tipo a nivel mundial. Se especializa en neuropediatría, lesiones raquímedulares, lesiones estáticas del sistema nervioso, trastornos del movimiento, enfermedades neurodegenerativas y neurocirugía. Entre 1996 y 2013 la institución recibió a un total de 116.411 pacientes, de los cuales 14.431 fueron extranjeros provenientes de 91 países. Cuenta con un promedio de 2.000 solicitudes por año y un índice de retorno del 30 por ciento.

Esta institución presenta una muy alta demanda internacional, gracias a una modalidad de neuro-rehabilitación exclusiva, única en el mundo. El modelo de atención implementado por el CIREN se basa en

4 <http://www.who.int/countries/cub/es>

5 http://www.unicef.org/spanish/infobycountry/cuba_statistics.html

un trabajo muy cercano con el paciente, de seguimiento personalizado y empático, realizado durante siete horas diarias con un equipo multidisciplinario de trece especialidades. Bajo esta modalidad, el CIREN atiende pacientes con Parkinson, autismo, parálisis cerebral y degeneraciones del Alzheimer, entre otros.

La atención oncológica pediátrica cubana, también muy reconocida y demandada mundialmente, tiene una historia solidaria realmente conmovedora que constituye su mejor carta de presentación. El 26 de abril de 1986 ocurrió uno de los mayores desastres nucleares mundiales en la central nuclear Vladimir Ilich Lenin, a 18 kilómetros de la ciudad de Chernóbil, en Ucrania. Fue considerado el más grave accidente nuclear en la escala internacional conocido hasta ese momento. Y aunque los verdaderos efectos de la tragedia aún no se pueden calcular con exactitud, fueron aproximadamente 600.000 personas las que recibieron fuerte dosis de radiación en los trabajos de descontaminación, mientras que 5.000.000 de personas vivieron en áreas contaminadas y 400.000 en áreas gravemente contaminadas. Varios fueron los países europeos afectados por la expansión de la ola radioactiva. Además de Ucrania, también se presentaron altos niveles de radiación causados por el accidente en Rusia, Bielorrusia, Suecia, Finlandia y Austria.

Una vez conocida la desgracia, fueron varios los gobiernos de todo el mundo quienes ofrecieron su ayuda incondicional para apoyar a la población afectada. Cuba estuvo entre los primeros en presentar su solidaridad. Debido a ese ofrecimiento se creó el Programa Cubano de Atención a los Niños de Chernóbil, auspiciado por el MINSAP. El apoyo a la población infantil afectada se pudo concretar cuando el 29 de marzo de 1990 empezaron a llegar los primeros 139 niños y niñas. Un 67% de todos los pequeños pacientes ucranianos participantes en este programa provenían de orfanatos e instituciones de acogida, por tanto se trataba de menores con escasas posibilidades de ser tratados por otro medio con todos los requerimientos de atención que una situación tan difícil implicaba. Los pequeños se instalaron para recibir tratamiento en las antiguas edificaciones del centro vacacional de los pioneritos José Martí, complejo recreacional que fue donado por los propios pioneritos en un magnánimo gesto de compromiso social y desprendimiento. Poco después se crearía allí el Hospital Pediátrico Tarará, responsable de la atención integral de estos infantes afectados por el desastre nuclear.

Como se podrá suponer, estos tratamientos son extremadamente complejos, costosos y prolongados. Gracias a este programa, en la isla se han atendido (y se siguen atendiendo) casos que van desde el estrés post traumático hasta el cáncer terminal, incluidos tratamientos contra leucemia que implican siempre trasplantes de médula. En los casos más dramáticos, la extensa prolongación del apoyo está plenamente justifi-

cada pues el material radioactivo vertido en Chernóbil, Cesio 137, sigue actuando durante décadas. Es por esta razón que actualmente muchos de los y las participantes de este programa son niños y niñas que aún no habían nacido cuando ocurrió el fatídico accidente.

Hasta el día de hoy se han atendido más de 25.000 personas, entre las cuales 21.340 son niños y niñas. Cada año siguen llegando entre 700 y 800 menores para ser atendidos de diversas dolencias. Generalmente, dicha atención se plantea en un periodo de 45 días, aunque muchas veces se presentan casos en los cuales se hace necesaria una permanencia mucho más prolongada.

LA BIOTECNOLOGÍA MÉDICA CUBANA

En 1981 se inicia la producción del interferón alfa leucocitario, siendo actualmente Cuba uno de los seis países en los que se produce dicho medicamento en todo el mundo. Al año siguiente se creó el Centro de Investigaciones Biológicas, uno de los primeros centros nacionales dedicados a la biotecnología cuya finalidad principal es desarrollar fármacos, vacunas recombinantes, trabajando tanto la ingeniería genética como la biología molecular aplicadas a diversos sectores (la medicina, la agricultura y a los procesos industriales, principalmente).

Por su parte, el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB) se crea en 1986 y tiene como principales líneas de trabajo la obtención por vía recombinante de proteínas y hormonas, vacunas y medios de diagnóstico, producción de anticuerpos monoclonales, aprovechamiento de la biomasa y su transformación por vía químico-enzimática así como la micro-propagación de células y cultivos de tejidos.

El trabajo coordinado entre todas las instituciones afines involucradas, con un decidido y permanente apoyo gubernamental, permitió que en casi una década se contara con una treintena de proteínas recombinantes totalmente desarrolladas y en uso biomédico junto con otros tantos anticuerpos monoclonales en aplicación, los mismos que sirvieron de base para la instauración de diferentes programas nacionales, basados en productos de alta tecnología todos desarrollados en el país.

Al llegar la caída del bloque soviético en 1989 y con él la mayor parte de los apoyos internacionales que recibía la isla, se pensó que esta pujante industria aún en plena formación iba también a derrumbarse. Sin embargo, la decidida voluntad política, valorando estratégicamente el peso específico de esta rama industrial, impidió que eso ocurriese. Luego del periodo especial, se vio la necesidad de impulsar más aún los aspectos de comercialización e intercambio tecnológico con diversos países, en especial con aquellos fuera de la influencia directa norteamer-

ricana, de modo que muchos profesionales se especializaron en dichos sectores al tiempo que los centros de investigación y desarrollo formaron empresas asociadas tales como Heber Biotec o CIMAB, entre otras.

Para potenciar la capacidad de su industria farmacéutica, Cuba inició a fines del año 2000 una reestructuración corporativa que implicó el traspaso de toda la Industria Médico-Farmacéutica (IMEFA) bajo la responsabilidad directa de la Unión Química, perteneciente al Ministerio de la Industria Básica. Al mismo tiempo, se creó el Grupo Empresarial Químico Farmacéutico (QUIMEFA), para dirigir la actividad del sector a través de la Unión de Empresas de la Industria Farmacéutica, integrada por 19 firmas que agrupan a 41 fábricas y un centro de investigación y desarrollo. Este proceso de integración mejoró enormemente las sinergias entre las instituciones involucradas, optimizando el uso de recursos y los resultados de su trabajo.

La referencia emblemática de toda esta industria en la isla es el llamado Polo Científico del Oeste de La Habana, el mismo que está integrado por 38 instalaciones, en las que trabajan más de 4.000 profesionales, entre científicos, ingenieros, biólogos y diversos especialistas de la salud. Como parte de sus más importantes instituciones de punta se encuentra el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNIC), fundado en 1967, institución que logró incorporar una de las primeras promociones de la carrera de medicina en la isla y otras en ciencias, convirtiéndose en un auténtico referente de formación aplicada para las siguientes generaciones de profesionales en el sector. El Polo Científico también incluye al Instituto Finlay, el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología, el Centro Nacional de Biopreparados (BIOCEN), el Centro de Inmunología Molecular (CIM), el Centro de Inmunoensayo, el Centro Nacional de Producción de Animales de Laboratorio (CENPALAB) y el Centro de Química Farmacéutica (CQF). Todos estos centros trabajan actualmente en más de 100 proyectos de investigación y tienen múltiples convenios con institutos de investigación y empresas internacionales del sector. Gracias a su dedicado trabajo, hoy cuentan con 150 patentes registradas en diferentes países.

Entre los más importantes productos propios desarrollados figuran el factor de crecimiento epidérmico (crema cicatrizante contra las quemaduras), vacuna contra la hepatitis B, vacuna antimeningocócica tipo B (único país productor), vacunas recombinantes contra la meningitis B – C y hepatitis C, estreptoquinasa recombinante (medicamento de acción contra el infarto del miocardio), eritropoyetina recombinante, (para el tratamiento de las anemias), vacuna pentavalente (sólo Cuba y Francia la producen), Ateromixol (PPG) que es anticolesterolémico natural derivado de la caña de azúcar, Interferones (interferón alfa, gamma, recombinante y natural leucicitario), necesarios en el control de

enfermedades virales, cáncer y como inmunomoduladores, anticuerpo monoclonal T3 (utilizado en el trasplante de órganos), factor de transferencia (para enfermedades que producen inmunodeficiencia), enzimas de restricción y modificación (para el trabajo de la biología molecular), trofín (reconstituyente del sistema inmune) y medicamentos contra los tromboembolismos, problemas en el sistema inmunitario, hipertensión, colesterol y algunas formas de cáncer.

A pesar de los constantes intentos de invisibilización gestados desde la mayor parte de países del Norte, la biotecnología médica en Cuba se sigue proyectando como una industria estratégica en plena y rápida expansión en todo el mundo. La expresión más representativa de esta creciente tendencia la encabeza el grupo empresarial estatal BioCubaFarma el mismo que, según las propias declaraciones de su vicepresidente primero, Dr. José Luis Fernández Yero, se proponía a fines del año 2013 duplicar sus exportaciones en el próximo lustro, calculando una previsión de ingresos brutos de 5.076 millones de dólares americanos. BioCubaFarma está integrado por 38 grandes empresas, surgiendo de la fusión realizada a fines del año 2012⁶ entre “Quimefa”, productora de medicamentos, y el Polo Científico de la Biotecnología. La nueva organización actualmente produce medicamentos genéricos, vacunas terapéuticas y profilácticas (preventivas), biofármacos, sistemas de diagnósticos y equipos médicos de avanzada tecnología, y además trabaja en el desarrollo de las neurociencias y neurotecnologías.

De esta manera, BioCubaFarma se ha convertido en uno de los engranajes clave en el proceso de actualización del modelo económico socialista. Por su dinámica propia, está llamado a convertirse en uno de los principales impulsores del tránsito hacia la economía socialista del conocimiento, basada en el desarrollo del talento humano y la alta tecnología cubana.

Reconociendo la gran capacidad científica y de innovación desarrollada en la isla, algunas empresas públicas y privadas de países fuera de la influencia directa yanqui también han establecido importantes alianzas estratégicas. Es el caso de la biofarmaceutica francesa Abivax, con quienes se ha firmado un acuerdo para el desarrollo, la producción y la venta conjunta de una vacuna terapéutica desarro-

⁶ El Consejo de Ministros, mediante el Decreto 307, de fecha 27 de noviembre de 2012, aprobó la creación del Grupo de las Industrias Biotecnológica y Farmacéuticas, BioCubaFarma. La decisión está basada en el cumplimiento de los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución, aprobados en el VI Congreso del Partido Comunista Cubano (PCC), especialmente en el Lineamiento 221, el mismo que propone: “Consolidar la Industria Farmacéutica y Biotecnológica como una de las actividades de mayor capacidad exportadora de la economía e incorporar nuevos productos al mercado nacional para sustituir importaciones”.

llada en Cuba contra la hepatitis B crónica denominada ABX203. Esta alianza es clave pues la isla no cuenta con los recursos suficientes para financiar las fases de ensayos clínicos y terapéuticos de dicha vacuna. La característica principal de este fármaco es que no se trata de una vacuna preventiva, pues ya existe este producto en el mercado. La ABX203 está dirigida a los pacientes ya afectados por la enfermedad y tiene por objetivo erradicarla.

El alto nivel productivo cubano garantiza un importante margen de autosostenibilidad en medicamentos del orden del 66%. Del cuadro básico de 881 medicamentos, 583 se producen en el país. Además, de las 13 vacunas de su programa nacional de inmunización, 8 también son de producción nacional.

Otra de las importantes luchas en las que se reflejan claramente los estándares de autonomía tecnológica en el sector es la emprendida por el MINSAP contra el cáncer de cuello uterino. Actualmente se cuenta en el país con 121 videocolposcopios para el diagnóstico precoz de dicha dolencia. El mencionado equipamiento fue elaborado por especialistas técnicos del Centro de Inmunoensayo, en colaboración con el Hospital Materno Diez de Octubre de La Habana. Gracias a dicho equipo, es posible la detección de la enfermedad en sus estadíos iniciales y la consecuente atención oportuna. Este tipo de cáncer es el más frecuente en las mujeres cubanas entre 20 y 59 años.

En estos últimos años, la creación de productos exclusivos que no tienen análogos en el mercado internacional es una de las actividades que está concentrando buena parte del interés de los científicos cubanos. El caso del Heperprot P, fármaco que permite evitar las amputaciones a los diabéticos que padecen de úlcera de pies, es uno de los logros más representativos. Al no existir tratamiento previo para las úlceras avanzadas, este medicamento se ha convertido en un producto totalmente exclusivo y con patente cubana.

El interés por producir medicamentos únicos también está impulsado a los especialistas cubanos, entre otros proyectos, a la búsqueda de las medicinas que puedan curar el SIDA y el cáncer. De hecho, ya están logrando importantes avances al respecto. En relación con la búsqueda de la cura para el cáncer se han creado dos sustancias que pueden combatir tumores malignos: el Vidatox, elaborado en base al veneno del escorpión, y la CimaVax, primera vacuna terapéutica contra el cáncer de pulmón. Mientras que en relación a la cura para el SIDA desde hace algunos meses los investigadores cubanos han iniciado la fase de pruebas en seres humanos de algunos medicamentos que podrían acercarlos a dicho descubrimiento.

La CimaVax-EGF fue desarrollada por los especialistas del Centro de Inmunología Molecular. Tardaron 25 años en obtenerlo. Cabe

aclarar que esta vacuna no previene la enfermedad, pero mejora significativamente el estado de los pacientes graves aumentando su esperanza de vida. Es indicada para el tratamiento de pacientes que ya se han sometido a quimioterapia o radioterapia y están considerados terminales sin alternativa terapéutica. Gracias a este medicamento, una dolencia mortal como el cáncer avanzado se convierte en una enfermedad crónica controlable.

Al hacer este rápido recorrido por todo lo que ha alcanzado el desarrollo biotecnológico cubano, resulta prácticamente imposible de concebir para muchos que estemos hablando de una de las mejores industrias del sector en el mundo, instalada en un país pobre en recursos financieros y además bloqueado por el imperio más poderoso del planeta. Y estos impresionantes logros, además de ser mérito del gran espíritu de lucha y resistencia que tiene el pueblo cubano, está estrechamente relacionado con la implementación de una genial estrategia.

La estrategia integral de desarrollo de la biotecnología cubana es difícil de sintetizar en unas cuantas líneas, pues implica la participación de diversos sectores afines destinados a generar importantes sinergias en mutuo beneficio. Sin embargo, intentaremos caracterizarla de manera muy básica, remarcando sus aspectos constitutivos centrales a través de los siguientes componentes:

- Decisión política desde el gobierno central: Elemento clave para asegurar la sostenibilidad institucional y económica de la iniciativa. El gobierno cubano es el promotor principal que mantiene, con gran criterio visionario, importantes volúmenes de inversión destinados al permanente desarrollo de esta industria.
- Soporte científico en profesionales cubanos altamente cualificados: Producto de la también elevada y permanente inversión que el Estado realiza en su talento humano, especialmente en este sector, junto con la inmediata incorporación de dicho personal a puestos claves de la industria atendiendo rigurosos criterios de excelencia.
- Integración de todo el sector biotecnológico en el sistema sanitario cubano: Conscientes de la necesidad de articular los diferentes componentes que contribuyen al mantenimiento de los elevados estándares de salud de la población, el SNS de salud funciona como núcleo aglutinante de dichos componentes.
- Táctica de “ciclo cerrado”: Bajo una concepción y práctica integral del proceso, se trabaja de manera consistente en cada uno de los componentes de la cadena de valor industrial, desde la investigación,

pasando por el respectivo desarrollo de los productos, su producción, comercialización, finalizando con la post comercialización.

- Colaboración nacional interdependiente: En clara oposición con el esquema de marcada competencia que existe entre las diferentes empresas complementarias al interior de otros países. En Cuba existe una coordinación permanente entre todas las instituciones del sector dedicadas a la I+D y aquellas que aplican resultados obtenidos por las anteriores.
- Alianzas estratégicas con empresas internacionales del sector: Muchas de las cuales cuentan con tecnología altamente desarrollada y concepciones fundamentales afines tales como empresas farmacéuticas de la República de la India, China o Irán, las mismas que plantean y desarrollan esquemas afines de producción y comercialización. Estas alianzas también han posibilitado la conformación de equipos científicos mixtos a través de los cuales se ha generado un importante intercambio tecnológico.
- Prioridad de atención a la demanda nacional: El propósito principal de este desarrollo industrial es la sustitución de importaciones y la plena satisfacción de las necesidades sanitarias nacionales, subordinando a este propósito los intereses y metas de producción y comercialización. Por ello, se pone mucho énfasis en la periódica identificación de las necesidades sociales y de salud pública para luego orientar al aparato científico y productivo hacia la satisfacción de dichas necesidades.
- Nuevas empresas derivadas de instituciones científicas o de producción: Surgidas a partir de la especialización de las mismas en determinados campos de la biotecnología que necesitan ser desarrollados de formas más específicas.
- Mantenimiento de estándares competitivos internacionales: Los productos de la industria farmacéutica cubana deben satisfacer la demanda nacional y ubicarse competitivamente en el mercado internacional, con competitivos estándares de calidad, volúmenes de producción, costos, innovación y de alianzas estratégicas con otras empresas afines.

Gracias a la puesta en marcha de esta estrategia, la isla hoy dispone de un significativo margen de maniobra favorable para dar una atención médica marcadamente autónoma de su propia población, contrarrestando en alguna medida las terribles consecuencias del criminal bloqueo que mantiene el imperio del Norte.

Las empresas norteamericanas producen actualmente más del 50 % de los nuevos fármacos existentes en el mercado internacional y más del 80 % de los productos biotecnológicos de punta. También fabrican buena parte de los equipos médicos de alta tecnología del mundo. Pero los férreos condicionamientos del bloqueo impiden el acceso a estos importantes avances desde la isla. Estos condicionamientos han originado muchas situaciones complicadas para el pueblo cubano. Entre las más dramáticas se encuentran las dificultades que los médicos cubanos al atender diversos casos de cáncer infantil, teniendo que adquirir en terceros países productos como el antitumoral denominado Temozolamida. Este medicamento, excesivamente caro, se usa para combatir tumores cerebrales. La misma situación se presenta al intentar conseguir las placas de yodo radiactivo para la braquiterapia intraocular, padecimiento que provoca el crecimiento de tumores en la retina (Marimón y Torres, 2013).

EL MUNDO MÁGICO DE LA SALUD

Toda la inmensa producción de medicamentos nacionales es complementada con la investigación, producción y distribución de sustancias de uso farmacéutico dentro de la llamada medicina natural o tradicional, recuperando la sabiduría popular en el uso de plantas medicinales y tratamientos ancestrales. La inserción efectiva del enfoque transversal de interculturalidad en las intervenciones sanitarias oficiales cubanas ha sido un criterio permanente de aplicación en todo su sistema. Se lleva a cabo mucho antes que el discurso oficial de los países del Norte lo saque a la luz, para ponerlo luego como supuesto requisito indispensable en la implementación de sus políticas sociales y de cooperación. La sociedad cubana es un colectivo multiétnico por naturaleza, en el cual la armónica mixtura de razas, tradiciones y creencias se ha convertido en su característica principal. Su fuerte tradición africana (especialmente de procedencia angolana y congoleña) junto con la heredada de China le da un soporte histórico y cultural invaluable para el desarrollo de una medicina mixta, que se nutre de todos estos aportes. Actualmente son muchos los médicos y médicas que aplican como parte de su protocolo habitual de tratamiento diversas terapias tradicionales tales como homeopatía, acupuntura, fitoterapia, apiterapia, hidroterapia, ozonoterapia, peloides, etc. Y esta práctica ha contribuido en muchas ocasiones a resolver graves problemas presentados. Por ejemplo, cuando se presentan dificultades por alguna razón en el uso de la anestesia general, se suele usar en la isla analgesia acupuntural, inclusive en casos de cirugías mayores.

El uso de la medicina tradicional está regulado oficialmente en Cuba desde hace varios lustros. En marzo de 1995 se promulgó la Di-

rectiva N° 26, la misma que creó la Comisión Nacional de Medicina Natural y Tradicional (MNT) y en septiembre del mismo año, se establece la Dirección de MNT en el MINSAP, entidad responsable de la articulación entre estas dos prácticas médicas.

En 1997 se emite la Resolución Ministerial N° 9/97, la cual da origen al programa nacional para el desarrollo y generalización de la MNT, el mismo que comprende actividades de formación y capacitación de recursos humanos especializados, investigación científica, prescripción en las unidades de sistema nacional de salud y producción de medicamentos naturales. Además, se establece una red de Servicios y Centros de MNT en todo el país. Es por esta razón que actualmente el total de las unidades del SNS ofrecen dichos servicios. Durante los años 2003 y 2004 se crean el Centro Nacional de MNT y los Servicios de Rehabilitación Integral en todos los Policlínicos, siendo la MNT una de las especialidades que forma parte de este proceso.

Esta concepción y práctica tradicionales han enriquecido enormemente al SNS cubano, aportándole una perspectiva complementaria a través de la cual se promueve un estilo de vida sano, armónico con la naturaleza, de pleno respeto con el entorno y con el empleo de medios al alcance de todos, desmitificando el ejercicio de la medicina y el mantenimiento de la salud, haciéndola más cercana y asequible para la población. Se desarrolla así una concepción de salud para todos y desde todos.

Asimismo, desde esta perspectiva más holística también se ha facilitado la adecuada inserción del personal sanitario cubano en realidades multiculturales complejas presentadas frecuentemente en las misiones internacionalistas. De esta forma, se han incorporado diversas prácticas tradicionales en el ejercicio de la colaboración sanitaria en países como Bolivia, Ecuador, Perú, Guatemala, Angola, Mozambique, etc. Por ello, no es extraño ver en estos países a los y las profesionales de la salud participando de ceremonias sanitarias como la limpia, el temezcal, etc.

Las prácticas interculturales realizadas en el ámbito de la medicina no sólo representan una enorme riqueza de intercambio entre diferentes tradiciones hermanadas y una importante capitalización del conocimiento médico ancestral sino que, en términos más prácticos, son una valiosa opción frente a las restricciones impuestas a la isla por el bloqueo norteamericano. Su uso permite ahorrar costos importantes, utilizar directamente tanto la sabiduría tradicional sanitaria como los productos básicos disponibles en la isla que generalmente son la materia prima principal de muchos medicamentos occidentales al mismo tiempo que posibilita practicar diversas terapias alternativas, muchas de ellas comprobadamente más eficaces que las convencionales.

LA FORMACIÓN SANITARIA

Reconocida como una de las mejores formaciones sanitarias del mundo, la profesionalización médica cubana funciona como otra de las bisagras efectivas al interior de su modelo, a través de la cual se interrelaciona colaboración internacionalista, práctica pre-profesional, fortalecimiento de los sistemas sanitarios a nivel mundial y sensibilización del personal sanitario en formación, el mismo que toma consciencia de la necesidad e importancia de su servicio.

La formación de personal sanitario desde una perspectiva distinta, orientada al servicio público gratuito y cercano de la población y no al negocio, rompe el paradigma clásico de las universidades del entorno occidental. Visto como una rápida forma de ascenso social, muchos y muchas jóvenes optan por esta carrera profesional esperando recibir una considerable retribución económica que les permita llevar una vida plena de comodidades. Y es que la imagen del médico en dicho entorno, lejos de estar asociada a la asistencia cercana a los más necesitados y a todo tipo de labores altruistas (las mismas que suelen ser presentadas como servicios puntuales, de carácter caritativo y absolutamente marginales en el ejercicio cotidiano de la profesión) está ligada con cuantiosas remuneraciones, alto posicionamiento y gran reconocimiento en las altas esferas de la sociedad. Indudablemente, para formar esa errónea imagen ha influido la educación en valores absolutamente tergiversada en dichas sociedades y, fundamentalmente, los medios de comunicación. En especial, son estos medios de (des)información masiva los que, fundamentalmente a través de nocivos enlatados televisivos, intencionalmente presentan y refuerzan estas poco solidarias imágenes, convirtiéndolas en auténticos referentes para las futuras generaciones. De esta forma, cuando desde alguna de estas sociedades se piensa en médicos inmediatamente se asocia dicho imaginario al afamado cirujano llegando en un coche último modelo al parqueadero reservado del ficticio Grey-Sloan Memorial Hospital, antes que al sacrificado profesional de Médicos Sin Fronteras, por ejemplo, prestando servicios en algún convulsionado país del Cuerno de África.

En toda su historia de cooperación médica, Cuba ha formado gratuitamente a un total de 38.940 médicos provenientes de 121 países. En el año 2012 se encontraban 14.263 jóvenes extranjeros estudiando en la isla diversas especialidades sanitarias. La mayor parte de ellos seguían la carrera de medicina (13.729 estudiantes) (MINSAP, 2010: 189). Uno de los centros emblemáticos de formación profesional en la isla es la famosa Escuela Latinoamericana de Medicina (ELAM). Esta institución educativa fue fundada el primero de marzo de 1999 por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz y forma parte del Programa Integral

de Salud (PIS)⁷, eje fundamental de la colaboración internacionalista sanitaria. La ELAM es la responsable de graduar Médicos Generales Básicos, con una fuerte orientación a la atención primaria de salud.

DIMENSIÓN EXTERNA

Ya desde sus inicios, el modelo de salud pública cubano también se convirtió en paradigmático debido a su destacado componente de cooperación internacional o, como prefieren llamarlo en la isla, colaboración internacionalista, para diferenciarlo claramente de otros referentes occidentales teóricamente solidarios. En mayo del año 1963 se llevó a cabo una de las más importantes misiones internacionalistas cubanas, intencionalmente silenciada hasta hoy por los grandes medios de comunicación e instituciones relacionadas con el mundo de la cooperación internacional oficial realizada desde los países del Norte. Cincuenta y cinco profesionales de la salud (veintinueve médicos, tres odontólogos, quince enfermeros y ocho técnicos medios) salieron de la mayor de las Antillas con rumbo a Argelia para reforzar el debilitado sistema de atención primaria de este país árabe. Al llegar, se instalaron en seis de sus principales ciudades, incluida su capital Argel.

A lo largo de esta primera experiencia de colaboración internacionalista, el compromiso político con la causa argelina, triunfante frente al colonialismo francés y a los intereses expansionistas marroquíes, era expresado abiertamente por las más altas autoridades cubanas. El mismo año de inicio del envío de las brigadas médicas, con motivo del primer aniversario de su independencia, el propio Che Guevara hizo una visita oficial, en la que incluyó entrevistas directas con cada uno de los grupos de colaboradores cubanos desplazados a lo largo de la geografía argelina.

Posteriormente, Cuba empezó a enviar misiones médicas internacionalistas a diversos rincones del entonces llamado Tercer Mundo. Países como la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), Angola, Etiopía, Guinea Bissau, Mozambique, Yemen, Nicaragua, entre otros, experimentaron un tipo distinto de cooperación médica, de muy alta calidad técnica, fuertemente cargada de un explícito apoyo político a sus propios procesos revolucionarios y, sobre todo, una forma distinta de concebir y ejercer la medicina. Un ejercicio profesional honesto, solidario y desinteresado que rompe con la tradicional y perversa conversión del paciente en cliente, tan común en nuestras actuales sociedades occidentales.

7 El PIS fue creado en octubre de 1998 como respuesta ante los desastres naturales causados por los huracanes Mitch y George, que afectaron fuertemente la región centroamericana y caribeña, ocasionando la muerte de aproximadamente diez mil personas.

De acuerdo con la información proporcionada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba, entre 1963 y 2014 la cooperación internacional cubana ha contado con la participación directa de 325.710 profesionales presentes en 158 países. En el año 2006 se estaba cooperando con 107 países en todo el mundo, en los que se venían implementando más de 800 proyectos en los campos de la salud, la educación, el deporte y la asistencia técnica principalmente, con la participación de 36.640 profesionales y técnicos cubanos. El sector salud fue el más importante en esta cooperación, comprendiendo 28.277 colaboradores presentes en 70 países. Dentro del sector salud destacan programas especiales como el Contingente “Henry Reeve” (2.975 profesionales), el Programa Integral de Cooperación con Venezuela (21.461, de los cuales el 67 % es personal médico), la Cooperación Compensada (1.078 profesionales) y el Programa Integral de Salud (2.702 profesionales, de los cuales el 75 % son médicos).

En el año 2012 existían aproximadamente 50.000 profesionales sanitarios en misiones internacionalistas ubicadas en 66 países, de los cuales 26 países constituyen sedes de Cooperación Compensada. Por su ubicación geográfica, 39,4 % de estos 66 países se encuentra en América Latina, 41 % en África Subsahariana, 7,5 % en el norte de África y Medio Oriente, 10,6 % en Asia Oriental y el Pacífico e incluso existe un 1,5 % de esta colaboración ubicada en Europa⁸. De este total, el Programa Integral de Salud (PIS) está presente en 40 países (MINSAP, 2010: 127).

En esta colaboración existen diversos programas emblemáticos a través de los cuáles no sólo se propone una solución solidaria específica a un problema internacional de salud pública sino que, al mismo tiempo, se sigue construyendo un modelo alternativo de cooperación desde la dinámica Sur-Sur. La Operación Milagro es uno de esos programas clave que posibilitan la mejor comprensión del modelo de cooperación médica internacionalista cubana e, irónicamente, se convierte también en otro de los flagrantes ejemplos silenciados por los grandes medios de comunicación masiva de los países del Norte. Creada como una iniciativa conjunta de los gobiernos de Cuba y Venezuela en el año 2004, atiende a pacientes de escasos recursos económicos que presentaban diversas afecciones oculares, en su mayoría cataratas. El proyecto se implementó inicialmente en Venezuela donde hasta octubre de 2008 se habían intervenido quirúrgicamente a 566.704 pacientes. En el año 2012, el programa estaba presente en 33 países, 15 de ellos del Caribe (54.801 pacientes) y 14 de América Latina (511.358 pacientes). Hasta ese momento se habían intervenido quirúrgicamente 1.313.213 pacientes, incluyendo 171.183 cubanos.

⁸ El país donde se colabora en Europa es Portugal.

La Operación Milagro tiene una gran carga simbólica que no debemos dejar de analizar, más allá de las impresionantes metas alcanzadas. En primer lugar, se trata de uno de los esfuerzos iniciales de colaboración internacionalista realizados en conjunto por Cuba y Venezuela, los países impulsores de la Alianza Bolivariana para los pueblos de nuestra América – Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA – TCP), un nuevo paradigma de integración regional promovido en contraposición al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), mecanismo impulsado desde USA cuyo propósito era consolidar el neoliberalismo en la región. La Operación Milagro, junto con el programa de alfabetización de adultos Yo si Puedo, se convirtieron en dos de los más importantes referentes solidarios del ALBA, mostrando la faceta más cercana, altruista y efectiva de la propuesta integradora. En segundo lugar, Operación Milagro tiene como propósito principal devolver la visión a aquellas personas que por injusticia del sistema fueron despojados de dicho sentido. Y efectivamente lo viene haciendo, no sólo con los pacientes que son directamente atendidos en los centros médicos, sino con todos aquellos que desean conocer que es lo que hay detrás de esta masiva acción solidaria, con todos los que desean involucrarse con esta revolucionaria propuesta. Y en tercer lugar, Operación Milagro también está trabajando directamente en países que no han mostrado aún un interés en formar parte del ALBA. Es decir, colabora con las poblaciones necesitadas más allá de la vocación política de sus gobiernos, sin ningún interés proselitista ni de captación de simpatías.

HITOS EN LA COLABORACIÓN INTERNACIONALISTA CUBANA

Con la intención de desarrollar algunos aspectos claves del modelo de colaboración, en este ensayo presentaremos de manera sintética cinco importantes experiencias que, desde nuestro punto de vista, han marcado hitos trascendentales en la historia y la concepción del internacionalismo cubano en el mundo. Los inicios de la primera experiencia que presentamos se remontan al año 1977 y fue desarrollada en apoyo a uno de los pueblos más olvidados del mundo, el pueblo saharauí. En dicho año, 22 jóvenes de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) fueron becados e iniciaron sus estudios de medicina en Cuba. Como consecuencia de este apoyo, en el año 1982 se graduaron los primeros ocho médicos saharauíes (Monje, 2011: 146). Después de ese año, múltiples brigadas internacionalistas trabajarán en los campamentos de refugiados de Tindouf, en Argelia, apoyando los esfuerzos del Ministerio de Salud Pública de la RASD por mantener las condiciones mínimas aceptables de salud entre su población.

Hasta el año 2002, un total de 477 profesionales de la salud formaron parte de misiones internacionalistas en los campamentos de

refugiados saharauis de Tindouf. Posteriormente, se siguieron enviando misiones integradas por 4 o 5 profesionales, que eran reemplazados cada dos años. Su objetivo principal es reforzar la capacidad de atención instalada en el Hospital Central de Rabouni, sede administrativa de la RASD en el exilio. Asimismo, la brigada apoya a través de visitas semanales a las 4 wilayas (El Aaiún, Smara, Ausserd y Dajla) brindando atención en los respectivos dispensarios.

Todo este apoyo técnico llegó acompañado de un importantísimo respaldo político a la causa saharauí, surgida en 1976 como respuesta ante la ilegal ocupación marroquí de sus territorios a través de la tristemente célebre Marcha Verde, el inicio de su propia Nakba. De esta forma, Cuba mostraba al mundo que la real colaboración internacionalista, para ser realmente efectiva, debe ser íntegra e integral, coherente, sincera y transparente, profundamente ética y debe tomar partido siempre por el más débil, siempre debe estar abiertamente al lado de aquel al que se le están vulnerando sus derechos fundamentales. Es esta una de las principales razones por las cuales la mayor de las Antillas, coherentemente con este apoyo político, no mantiene relaciones diplomáticas con la monarquía alauí del reino feudal de Marruecos, al igual que tampoco las tiene con el genocida Estado sionista de Israel, en claro apoyo a la causa palestina, tan semejante a la saharauí en múltiples aspectos. El gobierno de la isla así demuestra que tiene muy clara su posición frente a la situación existente en el norte de África y en el Medio Oriente, la zona más convulsionada del mundo actualmente. Y es que, al contrario de los que muchos países piensan y hacen, incluso algunos que erróneamente se consideran “progresistas” o más audazmente “socialistas”, la cooperación internacional debe ser plenamente coherente, dejando de lado lógicas de doble rasero y expresiones portadoras de ambiguos discursos.

Las grandes lecciones aprendidas de la experiencia internacionalista en la RASD, la misma que hasta el día de hoy permanece activa, están directamente relacionadas con esta consistencia en el discurso y la práctica, entre lo técnico y lo político, entre lo estrictamente médico y lo social en su sentido más amplio. Lecciones ligadas con una visión integradora del quehacer sanitario que rebasa los límites de lo meramente instrumental, que incorporan conscientemente una actitud contestataria y de testimonio permanente. El pueblo saharauí es un pueblo oprimido que pasa por diversos tipos de carencias, entre ellas la atención sanitaria. Pero su principal problema no es ese conjunto de carencias, sino el hecho de haber sido despojado de su territorio, lleno de riquezas naturales y culturales. Y Cuba, conocedor de esta injusta realidad, toma partido por ese pueblo, contribuyendo al mismo tiempo para mejorar las condiciones

de salud de la población y apoyando internacionalmente en diversos espacios la causa saharauí.

La mayor parte de organizaciones humanitarias integradas al modelo sanitario hegemónico de cooperación internacional presentan siempre la necesidad de mantener la neutralidad antes los conflictos, pues eso posibilita muchas veces el acceso y la atención indiscriminada a todo aquel que requiera del apoyo, más allá de sus posiciones, identidades e intereses. Y esto, en un primer momento, podría parecer correcto. Sin embargo, las acciones desarrolladas por estas organizaciones simplemente apuntan a resolver problemas relacionados con los efectos o las consecuencias de los problemas mas no con sus causas, convirtiéndose así en meros paliativos que, aunque desarrollen una importante labor por el trascendental hecho de salvar vidas y aliviar el sufrimiento de los afectados, indirectamente pueden estar contribuyendo a la prolongación de las condiciones causantes de estos mismos problemas. Es por eso que, además de un trabajo técnico profesional con calidad y calidez, es imprescindible tener una posición clara y coherente frente a la situación conflictiva y/o de injusticia en la que se actúa. Como decía el gran Desmond Tutu, “si eres neutral en situaciones de injusticia has elegido el lado del opresor”.

La experiencia saharauí también contiene una particularidad muy importante. Se trata del único país árabe que tiene como segunda lengua el castellano. Y que, además, cuenta con una tradición de hermanamiento e intercambio cultural muy profunda con Cuba, precisamente a partir de esta colaboración internacionalista. Los lazos entre estas dos repúblicas son muy estrechos, a tal punto de existir un conjunto bastante numeroso de la población de la RASD que estudiaron en Cuba y volvieron a los campamentos de refugiados en Tindouf (Argelia) donde están concentrados cerca de 165.000 saharauís actualmente. Ellos y ellas trabajan junto al resto de sus compatriotas por seguir construyendo un Estado democrático en el exilio, en clave de resistencia, aplicando todos los conocimientos y experiencia ganados en la isla. Son los famosos “cubarahuis” (Monje, 2011: 154).

La segunda experiencia que queremos analizar tuvo su origen en un trágico suceso que marcaría la vida de la población pakistaní para siempre. El 8 de octubre de 2005 un terremoto de 7,6 grados en la escala de Richter asoló la región de Cachemira, al norte del país, trayendo como fatal consecuencia la muerte de 86.000 y más de 106.000 heridos, mientras que alrededor de tres millones de personas perdieron sus hogares. Para asistir a la población afectada, el gobierno cubano envió a la semana siguiente un importante contingente de profesionales sanitarios, expertos en atención de emergencias. Al llegar al país, los primeros internacionalistas cubanos se instalaron en las afueras

de la casi totalmente destruida ciudad de Balakot. Eran los primeros médicos que aparecían por esa zona tan remota después de la tragedia. En total se enviarían cerca de 2.000 profesionales de la salud al país, los mismos que instalaron 30 hospitales de campaña, alcanzando una cobertura de más de un millón y medio de personas atendidas.

Las condiciones en las que se desarrolló esta misión fueron particularmente difíciles, por lo que se considera una de las más duras que han tenido los internacionalistas cubanos en todos sus años de trabajo. Estaban en una de las zonas más inhóspitas del mundo, enfrentando una fuerte barrera cultural e idiomática, con la urgencia de atender una situación de grave y masiva emergencia, con una seria escasez de medios y todas las premuras que dicha situación exigía. Es por ello que uno de los valerosos integrantes del Contingente Henry Reeve, tratando de compartir de forma resumida su radical experiencia, afirmaba desde aquellas laderas del Himalaya lo siguiente: “Los primeros cinco días vivimos de chocolate y leche, pero lo hacíamos felices, lo hacíamos contentos. Ya te digo el mes que dormimos en el piso.... Todos los días tiembla la tierra, ya vivimos con el temblor. Lo que nunca ha temblado ha sido ni la voluntad ni los corazones”⁹

Al brindar cualquier tipo de servicio social a los demás, especialmente a aquellos que se encuentran en una grave situación de vulnerabilidad, una de las cosas que más se aprecia no sólo es la calidad de los servicios ofrecidos, en términos estrictamente técnicos, sino principalmente la calidez en el trato, la confianza brindada junto con el profundo nivel de compromiso, empatía y solidaridad. Este también ha sido un valioso aporte que reflejó en todo momento la calidad humana de los miembros de la misión internacionalista en Pakistán. Es por ello que múltiples expresiones de afectuoso agradecimiento por esta cercana solidaridad han sido presentadas por el pueblo pakistaní hacia Cuba, incluyendo una llamada personal del entonces Presidente, Pervez Musharraf, al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Tal como ya nos tiene acostumbrados el Contingente Henry Reeve, el trabajo desarrollado en Pakistán tuvo un carácter integral y profundamente motivador, incluyendo un importante componente de rehabilitación psicosocial, especialmente dirigido a los niños y niñas afectados por la tragedia. En base a dicho ejemplo, este aspecto clave de la colaboración ya ha sido incorporado por otras importantes organizaciones humanitarias como elemento fundamental de su trabajo. Hoy vemos, por ejemplo, al personal especializado de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA) trabajando de manera muy dedicada la rehabilitación psicosocial de

9 Documental *En las laderas del Himalaya*. Enero 2006. La Habana.

niños y niñas gravemente afectados por el último ataque genocida del sionismo en la Franja de Gaza.

Entre las cosas que más destacaron los integrantes varones de la misión internacionalista en Pakistán fue la enorme entereza de sus compañeras, las mismas que constituyeron un auténtico pilar en medio de condiciones tan adversas. Esas mujeres cubanas, siempre fuertes ante las más serias dificultades, fueron capaces una vez más de sobreponerse en aquellas lejanas, superar sus propios temores y frustraciones, y brindar un invaluable apoyo moral y técnico no sólo a la población destinataria de su trabajo sino también a sus propios colegas.

El nivel de compromiso e involucramiento fue, como en otras misiones de este tipo, muy elevado. Siempre se encontraba a los internacionalistas absolutamente avocados a la misión, las veinticuatro horas del día. En los horarios que no tenían pacientes que atender, estos y estas profesionales preparan sus estudios analíticos, hacían visitas de reconocimiento de la zona o practicaban los idiomas locales, Urdu y Pastún, para poder atender mejor a la población y estar aún más cerca de ellos (Saab, 2006).

Los medios de (des)información masivos que brindaban cobertura sobre la tragedia, como por ejemplo la famosa CNN, resaltaron la cooperación realizada desde como Alemania, Australia, Bélgica, Canadá, USA, India, Turquía, Japón, Reino Unido o Republica Checa. Sin embargo, siendo la cooperación cubana una de las más representativas, tanto en términos monetarios como de presencia efectiva de recursos humanos, no recibió una sola mención. Y este intencionado silencio se ha presentado no sólo en Pakistán, sino en todas y cada una de las misiones internacionalistas donde Cuba está presente. Así se demostraba una vez más como el bloqueo informativo de los países del Norte tratan inútilmente de empañar la loable labor de los internacionalistas en el mundo.

Otra de las experiencias símbolo de la colaboración internacionalista cubana es el trabajo que se realiza en la República Bolivariana de Venezuela y, en particular, la Misión Barrio Adentro, la misma que surge en abril del 2003 para consolidar la atención primaria de salud en el país y convertirla en el eje articulador del Sistema Nacional Público de Salud venezolano, tal como funciona en Cuba. De acuerdo a la información proporcionada por el portal Cubainformación¹⁰, la Misión Barrio Adentro integra cerca de 10.000 consultorios populares, principalmente ubicados en barrios urbanos y poblados rurales, donde un total de 31.600 médicos internacionalistas cubanos atienden de manera gratuita a más de 11 millones de personas. En 11 años de trabajo,

¹⁰ www.cubainformacion.tv

Barrio Adentro ha efectuado 617 millones de consultas y han salvado 1.750.000 vidas.

Barrio Adentro fue un programa controversial desde un primer momento, símbolo de la estrecha relación entre Cuba y Venezuela. Significó la puesta en evidencia de muchos de los aspectos negativos de la sociedad venezolana aún pendientes de erradicar, como por ejemplo la existencia de una casta parasitaria de personal sanitario perteneciente en su inmensa mayoría al Sistema Privado de Salud, la misma que se oponía al ingreso de los médicos cubanos en el país. Casta similar a la existente también en Bolivia, Perú, Portugal, Panamá o Brasil, donde mostraron la misma deplorable actitud frente a la llegada al país de los internacionalistas. La presencia cubana para ellos significaba un público pronunciamiento de sus mezquinos intereses, de su falta de profesionalidad y de su profundo desinterés por las poblaciones más necesitadas de su país. No podían permitir que un testimonio tan lacerante como ese abra los ojos de su sociedad y acabe con su criminal negocio.

Estos enemigos de la colaboración cubana manifestaron en reiteradas oportunidades su rechazo. Las agresiones fueron múltiples. Pero tal vez las más significativas y, al mismo tiempo, las más peligrosas fueron las ocurridas en abril del año 2013, tras la victoria electoral del Presidente Nicolás Maduro. En esa ocasión fueron atacados 25 consultorios atendidos por internacionalistas de la isla, siendo algunas de estas instalaciones incendiadas, poniendo en serio riesgo la vida de los colaboradores cubanos.

Como comenta Enrique Ubieta, la experiencia internacionalista desarrollada en la República Bolivariana de Venezuela tiene características muy particulares al estar inmersa en un país que se encuentra desarrollando un profundo proceso revolucionario, recordándonos las misiones desarrolladas en la Nicaragua sandinista de los años ochenta o la participación activa en la luchas por la liberación de Angola, Guinea Bissau y Mozambique. El trabajo de colaboración aquí tiene un doble rol. El primero es el más inmediato y está dirigido a atender a la población necesitada de servicios de salud, mientras que el segundo tiene un carácter más testimonial, solidarizándose con el proceso de transformación social emprendido y ofreciendo un referente empírico directo de lo que para los venezolanos simbolizar el modelo exitoso de sociedad socialista (Ubieta, 2006).

Por otro lado, una de las más duras y al mismo tiempo gratificantes experiencias por las que han pasado los integrantes de las misiones en el exterior es el trabajo realizado en la República de Haití. Es por ello que este país representa sin lugar a dudas un importante bastión del internacionalismo cubano y, al mismo tiempo, una auténtica vitrina de los modelos de cooperación internacional vigentes en occidente.

A escasos días de ocurrida la desgracia, el mismo 13 de enero, 60 especialistas en catástrofes del Contingente Henry Reeve se embarcan para reforzar la misión internacionalista en Haití, llevando medicamentos, alimentos, suero y plasma. Las condiciones del país eran muy precarias, desde antes del propio terremoto. Por tal motivo, no sólo se tenía que actuar rápido sino con mucha originalidad y aprovechando hasta el más mínimo recurso disponible. En Cuba existe mucha experiencia de ello debido a las profundas restricciones que impone el bloqueo norteamericano. Es por eso que la increíble habilidad para el reciclaje, la sofisticada ingeniería a partir de elementos básicos y la asignación del auténtico valor de las cosas son características consustanciales del pueblo cubano. Gracias a ello, la casa de la brigada médica cubana en Puerto Príncipe se convirtió en pocas horas en un auténtico hospital de campaña.

La rápida y oportuna reacción es otra de las características clave de la colaboración cubana en emergencias, así como la inmediata instalación en los lugares más inaccesibles y de mayor necesidad. Acostumbrado a trabajar en condiciones extremadamente duras, los internacionalistas cubanos saben que el tiempo de reacción es el factor decisivo para garantizar el éxito de una misión de emergencia. La intervención inmediata incrementa muchísimo sus niveles de eficacia cuando en el lugar de trabajo ya existe una misión internacionalista previa que tiene pleno manejo de las condiciones en el terreno y que facilita el ingreso y la distribución de más ayuda.

Como viene ocurriendo en otros países durante los últimos años, en Haití se produjo luego del desastre natural, otra desgracia aún mayor: la invasión humanitaria estadounidense. So pretexto de apoyar a la población afectada y a su gobierno para inicial las labores de reconstrucción, un total 5.000 marines norteamericanos se instalaron en el país, además de contar con la plena disponibilidad de otros 12.500 pertenecientes a la base yanqui de Nassau, listos para entrar en acción en cualquier momento. Al parecer, ya no bastaba con el inmenso número de ONGs presentes allí, cantidad por la cual se conoce a Haití como “el país de las ONGs”, sino que adicionalmente el país del Norte quería garantizar el resguardo de sus intereses realizando una descarada invasión neocolonial aplicando su ya característica política de “salacot”.

Haití ha demostrado de manera contundente la absoluta ineficacia del modelo de cooperación internacional Norte-Sur, además de los elevados niveles de corrupción a los que está permanentemente sometido dicho modelo. La mayor parte del dinero comprometido por países como USA jamás fue enviado. Sin contar que la mínima porción que logró desembolsarse fue a parar principalmente a manos de las propias ONGs y empresas contratistas norteamericanas presentes en el país

para tal propósito. Manejada como un auténtico negocio, la cooperación estadounidense puso en práctica en Haití muchos de sus habituales “instrumentos” de gestión “solidaria”: marines invasores, préstamos leoninos a través de corporaciones financieras internacionales bajo su mando, ilustres personalidades testaferros de su régimen promoviendo campañas de supuesta solidaridad (con el magnífico dúo Bush/Clinton a la cabeza) y, por supuesto, la intervención activa de sus famosas empresas contratistas. En esta oportunidad, Chemonics fue la principal beneficiada de la desgracia haitiana al recibir buena parte de los millonarios contratos firmados por su “trabajo altruista” de cooperación.

En contraposición a este modelo de cooperación, Cuba hizo una alianza estratégica con Venezuela para inaugurar un modelo de cooperación triangular con Haití. Dicho esquema de trabajo fue permanentemente silenciado por la mayor parte de los medios masivos de comunicación, intentando desconocer la magnífica labor realizada por estos países en la reconstrucción y la atención primaria de los damnificados. En este apoyo, merece una mención especial el incomparable trabajo realizado contra la epidemia del cólera, iniciada a fines de octubre de 2010. Esta enfermedad fue traída al país por aquellos que formaban parte del contingente de supuesta ayuda internacional, los cascos azules nepaleses. Las consecuencias de su presencia fueron catastróficas. Para fines de marzo de 2013, los reportes indicaban la muerte de 8.053 personas debido a la epidemia.

La colaboración cubana en Haití no apareció con el terremoto. Desde 1998 se desarrolla en este país un plan integral de salud, destinado a fortalecer su sistema nacional sectorial y prestar asistencia primaria básica. Poco más de 6.000 cooperantes cubanos han participado de este programa hasta el día de hoy. Complementaria a esa intervención, existe también un importante plan de becas que posibilita a muchos estudiantes haitianos estudiar en la ELAM. Es por esta razón que al llamado de conformación de la brigada internacionalista para atender a las víctimas del terremoto, 400 estudiantes haitianos que se encontraban en ese momento capacitándose en Cuba acudieron de inmediato a ofrecer su ayuda.

También debemos ser conscientes que el drama de Haití no aparece con el terremoto. A lo largo de su historia ha sido víctima de diversas intervenciones extranjeras, derrocamientos de presidentes legítimamente elegidos, saqueos de sus riquezas e incumplimiento de ayudas comprometidas. Y más allá de las demenciales declaraciones de algún líder religioso norteamericano, profundamente trastornado, que osó afirmar que el terremoto en Haití había sido un “castigo divino”, lo cierto es que el imperio norteamericano sigue castigando aquella nación por lo que para los países del Norte es considerado una verda-

dera afrenta a su condición cuasi divina de dominación: la resistencia y la emancipación. Haití fue el primer país latinoamericano que obtuvo su independencia, en 1804, gracias a una valerosa y sacrificada lucha armada abolicionista contra los franceses. Alcanzada la ansiada independencia, se dedicó a apoyar diversos movimientos insurreccionales que pretendían alcanzar los mismos logros en sus respectivos países. Incluso el propio José Martí y Simón Bolívar recibieron valioso apoyo haitiano en las luchas por la independencia de sus respectivos países.

Es por esta razón que Haití se convierte en un país paradigmático, referente de muchos importantes procesos sociopolíticos que explican la lógica neocolonial con la que los países del Norte siguen actuando. De igual manera, la historia de Haití refleja la inconsecuencia del modelo occidental imperante de cooperación internacional, el mismo que generalmente actúa bajo una lógica de cinismo y doble rasero, protegiendo en todo momento los desmedidos intereses de los países hegemónicos.

Por último, encontramos a la más reciente experiencia internacionalista sanitaria cubana que ya había marcado un auténtico hito incluso antes de iniciarse formalmente. Se trata de la misión impulsada desde el mes de octubre en Sierra Leona y luego extendida a Liberia y Guinea Conakry como parte de la lucha contra la epidemia del Ébola. De acuerdo a los datos de la OMS, hasta el 16 de noviembre de 2014, este letal virus había afectado a siete países del África Occidental (Liberia, Sierra Leona, Guinea Conakry, Nigeria, Senegal, República Democrática del Congo y Mali), registrándose un total de 15.145 casos, con 5.420 muertos. Estas cifras incluyen también a personal sanitario registrado en África que está siendo gravemente afectado, así como a los infectados y muertos evacuados a USA y España. Hasta el momento el país más afectado es Liberia, con un total de 7.069 casos y 2.964 muertos, seguido de Sierra Leona con 6.073 infectados y 1.250 muertos, junto con Guinea Conakry que registraba para esa fecha 1.971 casos y 1.192 muertos. Nigeria y Senegal, a pesar de haber reportado casos de infección y muertos, para esa fecha ya se encontraban libres del virus (WHO, 2014:1).

Ante la convocatoria directa realizada por parte de la OMS y la ONU, Cuba fue el primer país en brindar su respuesta inmediata, comprometiendo el contingente internacional más grande ofrecido hasta ese momento. Esta organización convocó principalmente a cuatro países en el mundo, en reconocimiento a su capacidad de afrontar emergencias sanitarias de grandes dimensiones con altos niveles de profesionalismo y eficacia: USA, Reino Unido, Francia y Cuba. El 12 de septiembre de 2014 la República de Cuba comprometió ante la OMS un primer envío de 165 profesionales de la salud. Se trataba de 62 médicos

y 103 enfermeros, todos varones, con una edad promedio de 46 años y más de 15 años de experiencia profesional, incluyendo misiones internacionalistas en Pakistán, Haití, Indonesia, Qatar y diversos países del continente africano. Todos ellos especialistas en epidemiología, terapia intensiva, infectología, atención primaria, enfermería y promoción de la salud.

Al presentar esta oferta, el Ministro de Salud Pública de la isla, Dr. Roberto Morales Ojeda, también hizo extensiva la invitación de la OMS y la ONU para que muchos más países se sumen a este importante e imposterizable esfuerzo. En este contexto, China confirmó que estaría enviando próximamente un laboratorio móvil con 59 expertos para acelerar los análisis y diagnósticos necesarios. Por su parte, el presidente norteamericano Barack Obama no tardó en reaccionar. Ofreció el envío de 3.000 soldados a Liberia para combatir al virus.

Antes de viajar a Sierra Leona, estos 165 profesionales sanitarios cubanos recibieron un intenso entrenamiento en el Instituto de Medicina Tropical Pedro Kouri con especialistas de la ONG Médicos Sin Fronteras y de la OMS en bioseguridad, enfermedades hemorrágicas virales, tratamientos específicos y experimentales, así como reforzando el idioma inglés. Necesitaban ir lo más preparados posible para optimizar el trabajo que iban a desarrollar allí durante seis meses y obtener los mejores resultados. Este fue el primer grupo de otros voluntarios que también llegaron a Liberia y Guinea Conakry el mismo mes de octubre. Un total de 461 profesionales cubanos de la salud se han ofrecido para apoyar al pueblo africano en la lucha contra esta epidemia.

La presencia de la colaboración sanitaria cubana en Sierra Leona no surge con la reciente aparición del Ébola en este país. Antes del generoso ofrecimiento, ya existía un contingente de 23 profesionales de la salud allí. Se cuenta también con otros 16 colaboradores que forman parte de la misión en Guinea Conakry. Estos internacionalistas son dignos representantes de todo el inmenso trabajo que desde hace 51 años se viene realizando en África, habiéndose atendido a 39 países del continente, con una participación total de 76.744 colaboradores. Especial atención ha tenido el fortalecimiento de capacidades y transferencia de conocimientos para poder crear y consolidar sistemas de salud propios. Una muestra de ello es que, en sus largos años de colaboración internacionalista, Cuba ha fundado escuelas locales de medicina en países como Etiopía (año 1984), Uganda (año 1986), Ghana (año 1991), Guinea Ecuatorial y Gambia (año 2000) y Guinea Bissau (año 2004). En el año 2014 un total de 4.048 internacionalistas están prestando sus servicios en 32 naciones africanas, de los cuales 2.269 son médicos. Asimismo, en la isla se han formado gratuitamente en estas cinco décadas 3.392 médicos provenientes de 45 países africanos.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Bruno Rodríguez Padilla, en una reunión de alto nivel sobre el brote del Ébola convocada por la Organización de Naciones Unidas (ONU), dijo el pasado 25 de septiembre que “hacen falta recursos humanos, materiales y financieros para combatir al Ébola, pero también se requieren recursos para el desarrollo de África”. Con ello nos invitaba a no perder el verdadero norte del trabajo pendiente. Siendo la nación que mostraba más generosidad y rapidez en atender al llamado de solidaridad realizado, con estas palabras el Canciller cubano estaba recordando al mundo que este virus es un grave problema para África actualmente, pero no deja de ser un problema coyuntural. El continente africano tiene problemas estructurales que necesitan ser resueltos y para ello también hace falta del concurso de todos los países del mundo, especialmente de aquellos directamente responsables de originar dichos problemas.

La colaboración internacionalista cubana es antisistémica por naturaleza, pues desde su propia esencia ofrece alternativas radicalmente distintas de concebir, ejercer y difundir la cooperación internacional y la promoción del desarrollo. Y aunque suene paradójico para muchos, ella es la única encargada desde hace varias décadas de humanizar el que, se supone, es el ejercicio más humano y más sublime entre los pueblos: la solidaridad.

Desde hace casi un cuarto de siglo se vienen planteando serios cuestionamientos a las actividades de cooperación internacional y su muy poco constatada eficacia¹¹. Es innegable que en la actualidad la inmensa mayoría de modelos vigentes de cooperación internacional se encuentran profundamente viciados de intereses y conveniencias, cada vez más distantes de la búsqueda del bien común y el auténtico ejercicio de la solidaridad. Sus principales lineamientos programáticos están regidos por los planteamientos básicos de las políticas exteriores de los Estados cooperantes y no por las necesidades de las poblaciones receptoras de la ayuda. Bajo estos esquemas, la supuesta participación democrática de las poblaciones destinatarias no pasa de ser una descarada manipulación o, en el mejor de los casos, un discreto involucramiento condicionado.

Es por ello que el ejemplo del internacionalista cubano constituye un inigualable referente, legítimo modelo de cooperante y de profesional al servicio de los más necesitados, en cualquier parte del mundo. Fidel Castro Ruz, refiriéndose a sus compatriotas internacionalistas, con gran acierto afirmaba lo siguiente: “Esta humanidad tiene que

¹¹ Existen numerosos trabajos académicos al respecto. Entre los más representativos encontramos los elaborados por David Llistar, Gustau Nerin, Chema Caballero, David Sogge, entre otros.

llegar algún día a ser humanidad de verdad y sólo es posible que llegue a serlo con gente como ustedes"¹².

Entre las diferencias fundamentales que presenta la colaboración internacionalista sanitaria cubana y la cooperación internacional implementada desde otros países, incluso algunos del Sur, encontramos el apoyo real y efectivo a la construcción y/o reconstrucción de los sistemas de salud en los países destinatarios. Cuba, además de destinar personal a asesorar a los sistemas de salud, como es el reciente caso de Haití, también es responsable de procesos sostenibles de transferencia tecnológica, formación de talento humano, asesoría técnica, establecimiento de alianzas estratégicas y generación de conocimiento conjunto. Por tanto, existe una apuesta efectiva por la transferencia de capacidades y competencias necesarias, complementada por una comprometida solidaridad política con las legítimas luchas de liberación de los pueblos.

Es cierto que en la mayor parte de los países en vías de desarrollo es muy bien recibida la ayuda sanitaria, aunque sea puntual, venga de donde venga. Los niveles de carestía son tales que efectivamente un apoyo específico, un solo tratamiento oportuno, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte para muchas personas. Sin embargo, a pesar de la gran importancia que tienen estos apoyos puntuales, no hay que negar tampoco que, a mediano y largo plazo, dichos apoyos no hacen más que prolongar ese estado de dependencia y privación permanente, generando la sensación intermitente de alivio temporal. En este sentido, el objetivo principal de la cooperación internacional en estos países debe ser, a la par de ir atención casos asistenciales para evitar situaciones de mayor riesgo, fortalecer los sistemas sanitarios y proveer de las condiciones necesarias para que sean los propios países los que en puedan resolver sus problemas en la brevedad posible.

La razón principal por la cual se presentan estas radicales contradicciones tiene que ver directamente con un tema de fondo que planteamos al inicio de este ensayo: la concepción de la medicina, la salud pública y el bienestar de las personas en general. Los dos paradigmas analizados no sólo son distintos, sino que son antagónicos. Desde Cuba en particular y desde el socialismo en general, concebimos la salud como un derecho fundamental e inalienable, tal como es la educación, el trabajo, la vivienda o la vida misma. No se trata de una mera mercancía. No es un bien transable con el que se puede negociar y al que necesitamos hacer cotizar en bolsa. Y, ante todo, debe ser garantizado y provisto por el Estado.

Las dinámicas de cooperación triangular Sur-Sur-Sur, como la implementada desde Cuba-Venezuela para Haití destinada a atender a

12 Documental *En las laderas del Himalaya*. Enero 2006. La Habana.

los damnificados del terremoto o Cuba-Venezuela para Ecuador en el emblemático caso de la Misión Manuela Espejo¹³, nos dan cuenta claramente del enorme potencial de estas sinergias en los procesos de descolonización de la cooperación internacional. Estos modelos los estrenó Cuba con Venezuela y son pocos aún los países que los implementan actualmente como esquemas prioritarios de cooperación.

Uno de los giros más importantes en las actividades de colaboración emprendidas desde la República de Cuba, no sólo en el campo sanitario, ha sido su progresiva racionalización. Este cambio representa la reforma que ha tenido mayor repercusión en estos últimos años al interior de la colaboración cubana internacional, razón por la cual requiere ser adecuadamente explicado y entendido en su real dimensión. Muchos detractores del internacionalismo cubano acusan al gobierno de la isla de vender actualmente los servicios sociales que antes eran ofrecidos de forma gratuita y sin ningún tipo de discriminación. Y esto, en gran medida, es cierto ya que desde la década de los noventa, teniendo como trasfondo el trágico periodo especial, Cuba no se podía dar el lujo de brindar gratuitamente servicios sociales en países que se encontraban en plena capacidad de remunerarlos económicamente mientras su propia población pasaba diversos tipos de limitaciones. El sistema sanitario cubano necesita insumos, equipamiento, junto con recursos monetarios para pagar y mejorar los salarios de su personal, entre otras cosas, mientras que países como Qatar, Venezuela o Brasil, poseedores de economías emergentes con amplia disponibilidad de recursos, son plenamente capaces de reconocer con un justiprecio el trabajo del personal sanitario de la Isla, uno de los mejor cualificado del mundo.

Tenemos de esta forma la aplicación de un criterio de justicia en la implementación de los lineamientos de política de colaboración internacionalista, ya que en aquellos países capaces de retribuir los esfuerzos desplegados con las brigadas, se brinda un servicio remunerado, a través del establecimiento de un acuerdo de contraprestación económica, y en aquellos países que no pueden pagar dichos servicios, los mismos que, consecuentemente, suelen ser los más necesitados de dicha atención, la República de Cuba ofrece dichos servicios de manera absolutamente gratuita.

Esta medida sin duda, además de generar ingresos para la mejora permanente del sistema sanitario cubano, ha posibilitado el significativo incremento de los niveles remunerativos del personal sanitario.

13 Para mayor detalle de la implementación de esta misión puede ver: Monje, José Antonio. "Misión Manuela Espejo, paradigma de la solidaridad convertida en política de Estado en Ecuador". En: *Revista Cubana de Salud Pública* Volumen 39. N° 3. Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas. La Habana, Julio – Septiembre 2013. http://bvs.sld.cu/revistas/spu/vol39_3_13/spu14313.htm

El 21 de marzo de 2014, el Consejo de Ministros aprobó el incremento salarial para más de 400 mil trabajadores del sector de la salud, incluyendo a los colaboradores internacionalistas que conforman las brigadas en los diferentes países que apoya la isla. Dicho incremento beneficiará a la sociedad en su conjunto pues además de representar una evidente mejora en la calidad de vida de los profesionales de la salud y, consecuentemente, en su capacidad de consumo, también permitirá dinamizar un poco más la economía local.

A pesar de los grandes esfuerzos mediáticos por silenciar esta colosal obra social, todo el trabajo de colaboración internacional cubana ha tenido una repercusión insospechada en el mundo, especialmente entre los países del Sur. Irónicamente, una de las más contundentes pruebas de ese enorme impacto, sobre todo como referente alternativo de un nuevo modelo de salud pública y colaboración internacionalista sanitaria, lo constituye el escandaloso programa denominado “Cuban Medical Professional Parole” (CMPP)¹⁴, impulsado y financiado por el Departamento de Estado y el Departamento de Seguridad Nacional del gobierno de USA desde hace ya ocho años. Dicho programa tiene como objetivo principal provocar la deserción entre los cooperantes cubanos¹⁵, ofreciéndoles asilo político automático en cualquier embajada o consulado estadounidense del mundo. Los medios de comunicación masivos, dirigidos por las grandes corporaciones mediáticas, se han encargado de sobredimensionar los mínimos alcances de estos patéticos esfuerzos, presentando los escasos casos existentes como tendencia general. Al respecto, cabe mencionar que la tasa de deserción de los colaboradores cubanos destinados a misiones internacionalistas es aproximadamente del 1,89 %, porcentaje que refleja el rotundo fracaso de este nefasto programa¹⁶.

Al parecer, el CMPP fue ideado por uno de los miembros activos de la mafia cubanoamericana de Miami, el ex Coronel del Ejército norteamericano Emilio González. Muy bien recibido por el entonces presidente George W. Bush, el propósito de sus actividades, según sus propios artífices, es neutralizar la “influencia política” de los programas

14 <http://www.state.gov/p/wha/rls/fs/2009/115414.htm>

15 De hecho, no sólo promueve la deserción de médicos, sino que también incluye en su paquete a paramédicos, terapistas, personal de enfermería, entrenadores físicos, dentistas y técnicos de laboratorio; junto a sus familiares.

16 Hasta el día 16 de diciembre de 2010, un total de 1.574 médicos cubanos se habían acogido a este programa de deserción promovido por el gobierno norteamericano. Para mayor información se puede consultar <http://www.cubadebate.cu/especiales/2014/02/18/un-escandalo-silenciado-el-programa-de-los-ee-uu-para-la-desercion-de-cooperantes-medicos-cubanos/#.VCHeZvl50-Y>

de colaboración internacionalista impulsada desde la isla. Debido a que son los propios programas de “ayuda internacional” norteamericana los que mantienen una fuerte influencia política en los que definen arbitrariamente como sus “beneficiarios”, estos oscuros personajes intentan hacer creer al mundo que el modelo cubano imita sus poco éticas intenciones. Son incapaces de concebir que pueda existir algo absolutamente distinto a lo suyo, éticamente adecuado y replicable en el complejo terreno de la cooperación internacional.

Desgraciadamente, no es el único esfuerzo desestabilizador de este tipo que el país del Norte impulsa en contra de la solidaridad isleña. Al CMPP se une el programa “Barrio Afuera”, ambos programas facilitados por la ONG norteamericana paradójicamente denominada “Solidaridad Sin Fronteras”. Barrio Afuera también busca, a través de información proporcionada vía internet, promover la desertión del personal sanitario cubano, esta vez aquel que se encuentra específicamente ubicado en la República Bolivariana de Venezuela, tratando de minar los inmensos logros alcanzados por el Programa Barrio Adentro.

Estas condenables actividades de sabotaje corroboran una vez más que el choque de paradigmas de salud pública existentes en América Latina no tiene un carácter meramente conceptual. Se trata de una lucha política efectiva, una batalla de las ideas y de las acciones, tal como las definiera Fidel Castro hace algunos años. Una batalla que Cuba va ganando largamente.

Considerando que es USA el país que más invierte, en términos de cantidades absolutas, en cooperación internacional destinada a los países en vías de desarrollo, superando ampliamente (en monto absoluto de inversión, más no en proporción de su PBI destinado a inversión en cooperación internacional) a países con un amplio reconocimiento en este sector como son los países nórdicos, resulta irónico que sea precisamente este país el que se vea embarcado en una confrontación de este estilo. Parecería que la intención principal tiene más que ver con la propaganda negativa que se desea lanzar contra la cooperación cubana antes que con lograr una meta realmente significativa de desertiones.

El rechazo del gobierno norteamericano al exitoso modelo sanitario cubano es tan irracional que lo ha llevado en reiteradas oportunidades a perjudicar el bienestar de su propia población. Entre las más conocidas ocasiones se encuentra la absurda negación por parte del presidente George W. Bush de aceptar la generosa oferta que hicieron los Comandantes Fidel Castro y Hugo Chávez a fines del año 2005 para apoyar a los damnificados del Huracán Katrina en los estados más afectados, especialmente Luisiana. Cuba y Venezuela fueron los primeros países en ofrecer su ayuda, comprometiendo más de un millón de dólares, varios hospitales móviles, plantas de depuración, comida, agua

embotellada, 1.100 médicos y 26.4 toneladas de medicinas. Recordemos que este huracán origino la muerte de 1.833 personas y 135 desaparecidas, además de poner en evidencia ante el mundo el deficiente sistema de prevención y atención que los yanquis tienen frente a este tipo de desastres naturales.

La segunda elocuente evidencia de la necesidad de la jefatura del Estado norteamericano ante los numerosos éxitos aprovechables del sistema sanitario cubano es la prohibición del uso del Heberprot-p para sus pacientes diabéticos con úlceras en los pies. Como hemos visto anteriormente, este producto, único en el mundo, evitaría la mayor parte de las 80.000 amputaciones que se hacen anualmente en este país producto de la diabetes, mejorando significativamente la calidad de vida de los afectados. En Estados Unidos de Norteamérica está prohibida su importación y uso.

ECONOMÍA CUBANA DEL CONOCIMIENTO

El SNS no sólo ha logrado mejorar significativamente la calidad de vida de la población cubana sino que también, a través de sus magníficos logros en el campo biotecnológico, viene dinamizando la economía de la isla con la inyección de importantes ingresos de divisas al país. En el año 2012, la exportación de medicamentos representó un total de 387,68 millones de dólares americanos, manteniéndose como el segundo rubro de exportación de bienes, después del níquel, desde el año 2005. Fueron 38 el total de medicamentos exportados a 40 países. En este mismo rubro ya en 2007 se habían registrado ingresos cercanos a los 350 millones de dólares americanos y desde aquel año se ha mantenido una tendencia ascendente.

En el año 2012, el sector terciario en su conjunto reportó 12.600 millones de dólares americanos en ingresos y para el año 2014 representará las dos terceras partes de las exportaciones totales de la isla. Esto muestra una importante transición de las exportaciones desde el sector de bienes hacia el de servicios, incrementando progresivamente la tendencia iniciada desde el año 2000. Por otro lado, también para el año 2014 se ha presupuestado un total de 8.200 millones de dólares americanos por la venta de servicios médicos en el exterior, lo que convertiría a este concepto en el principal rubro de exportación del país (64% de las ventas totales al exterior), siendo Venezuela el destino principal de dichos servicios.

Además de Venezuela, desde el año 2013 se ha empezado a atender la demanda de servicios médicos de Brasil a través de su programa “Mais Médicos”, mientras que este año también se ha respondido al pedido inicial de Ecuador. El año pasado Brasil pagó unos 212,9 millones de dólares americanos por la contratación de los servicios de

4.000 médicos cubanos para trabajar en los barrios y zonas más pobres del país, donde se ubica la población con escasa cobertura sanitaria.

De esta manera, la colaboración internacionalista compensada se está convirtiendo actualmente en el punto neurálgico del proceso de transformación de la economía cubana. Otra bisagra estratégica dentro del modelo, a través de la cual no sólo se vincula la cooperación internacional con la dinámica económica interna, sino también todo el potencial del SNS con el proceso de actualización del modelo socialista.

Para fortalecer y racionalizar esta tendencia en las exportaciones se elaboró una Estrategia Integral de Exportación de Servicios (EIES) para el periodo 2011-2015¹⁷, aprobada por el gobierno cubano en el año 2011. Dichos lineamientos señalan cuatro sectores potenciales para desarrollar esta actividad en un futuro inmediato: salud, turismo, informática y telecomunicaciones. Al mismo tiempo, también considera otros campos como deportes, fletamento, enseñanza y seguros. La EIES presenta la urgente preocupación de diversificar este tipo de exportaciones pues se viene presentando una marcada concentración en los servicios de salud y en un principal destino, la República Bolivariana de Venezuela.

La EIES también propone crear productos de oferta exportable a modo de paquetes o soluciones integrales a través de los cuales sea posible incluir bienes. La idea es poder relacionar dichos bienes con los servicios ofrecidos y así obtener un mayor valor agregado en las ventas. Esta iniciativa ya lanzó sus primeros productos, relacionando en algunas exportaciones los servicios médicos especializados con los productos de biotecnología, pero aún este desarrollo es muy incipiente. La generación de estos paquetes se hace para potenciar la producción de bienes, propiciando sinergias y mejorando la oferta exportable. Nuevamente, el sector salud es el que presenta las mejores perspectivas para desarrollar exitosamente esta propuesta.

Además de Brasil y Ecuador, planteados como destinos inmediatos de los servicios médicos, la EIES propone tomar en cuenta como destinos relevantes en el futuro cercano a Sudáfrica, Angola, Namibia y Argelia, países que ya han mostrado su interés en la compra de diversos servicios. Asimismo, también se están analizando otros mercados como Qatar y Arabia Saudita, especialmente para servicios no sanitarios, considerando que en Qatar se viene implementando actualmente un programa grande de cooperación sanitaria compensada.

17 Para mayor detalle consultar: Pico García, Nieves. 2012. *Conferencia "La externalización de los servicios: una oportunidad de inserción para Cuba en el comercio internacional"*. Santiago de Chile.

Otro factor importante en la promoción de las exportaciones de servicios es la necesidad de dinamizar los mercados locales, de modo que se presenten encadenamientos permanentes desde los cuales se perciba directamente al interior del país los beneficios de dichas exportaciones. Por esta razón, actualmente existe un importante debate en Cuba que plantea una alternativa distinta. Desde este novedoso planteamiento, la exportación de los servicios médicos no debería necesariamente implicar el desplazamiento físico de los profesionales de la salud responsables de la prestación, en el caso de la Cooperación Compensada. Al contrario de lo que se ha ejecutado mayoritariamente en estos años, se podría promover más intensivamente una mayor oferta de turismo de salud que ofrezca atenciones especializadas a extranjeros en la isla, con lo cual sería posible dinamizar una mayor cantidad de componentes de la economía local.

También se plantea la necesidad de crear empresas de promoción de las exportaciones especializadas, de modo que se puedan establecer de mejor manera canales de comercialización de los servicios a nivel internacional. Esa es la principal razón por la cual se creó Comercializadora Servicios Médicos Cubanos S.A, perteneciente al MINSAP.

LECCIONES APRENDIDAS

Son muchas las lecciones heredadas y las buenas prácticas adquiridas que podemos extraer de las experiencias cubanas relacionadas con el desarrollo de su SNS, tanto en lo referido a su estructura orgánica como a los procesos emprendidos y a los respectivos logros alcanzados. Pero sin duda alguna, las más importantes son aquellas que están dirigidas directamente a humanizar la concepción y la gestión de la salud pública. Factores clave como la empatía, la calidez, la retribución a las deudas social e histórica, la justicia en el servicio o la solidaridad se han convertido en auténticos ejes de la propuesta sanitaria en la mayor de las Antillas, elementos inseparables del ejercicio profesional dentro y fuera de sus fronteras.

Partiendo de esta nueva perspectiva, el personal sanitario cubano inauguró desde los primeros años de la Revolución una particular dinámica en su quehacer. La promoción de la salud ocupó un lugar protagónico en los procesos y la propia población destinataria empoderada se convirtió en cogestora del sistema gracias a sus elevados niveles de participación. La nación en su conjunto, al lado de sus médicos, médicas, enfermeros, enfermeras, etc., trabajó por mejorar sus condiciones de vida mediante la educación sanitaria y la prevención. De esta forma, la atención primaria se convirtió en el eje central del SNS, garantizando la cercanía necesaria con su pueblo. Lo saludable se hizo cotidiano y gracias a esa cotidianeidad las nuevas generaciones empezaron a

adoptar comportamientos adecuados y responsables como parte de sus propios estilos de vida.

En la base de esta transformación social y cultural se encuentran los logros alcanzados en materia educativa. El pueblo cubano es una nación muy culta, con cero por ciento de analfabetismo y la tasa de matrícula universitaria más elevada del mundo. Asimismo, la internacionalmente reconocida formación profesional sanitaria se perfecciona cada vez más, teniendo como horizonte permanente la excelencia. Se actualiza constantemente incorporando los últimos conocimientos científicos además de promover provechosos intercambios con importantes equipos de expertos para realizar una mutua transferencia de tecnología.

La focalización explícita del modelo, como toda la práctica profesional sanitaria cubana, prioriza la atención a los sectores más vulnerables de la población. Tanto el número de centros, de especialistas, el tipo de medicinas desarrolladas como las temáticas tratadas en las investigaciones, entre otros componentes, todo refleja inequívocamente esta opción. Esta característica, junto con la promoción de altos niveles participativos de la población destinataria, es la que le asigna una incuestionable legitimidad social y bases para una consolidada sostenibilidad social e institucional.

Por fuera de sus fronteras, la colaboración internacionalista es la fuente más rica de aprendizajes colectivos para Cuba. La coherencia entre la teoría y la práctica, la solidaridad política y la empatía cultural generadas en el contacto con la RASD, por ejemplo, al lado del sacrificio y la entrega evidenciados en Pakistán o la entereza y la fidelidad a toda prueba con la causa revolucionaria cubana demostradas en Venezuela son sólo algunas de las numerosas joyas de ese inmenso tesoro. Las brigadas de colaboradores han dejado múltiples lecciones en cada uno de los países en los que han trabajado y, ante todo, han adquirido grandes e invaluable aprendizajes. Experiencias de lo más diversas, muchas de las cuales han sido recogidas magistralmente por la pluma del gran intelectual Enrique Ubieta o a través de la magnífica poesía de Tarek Saaab. Procesos que se encuentran en pleno desarrollo y de los que aún nos queda muchísimo por aprender.

Es así como las lecciones de experiencias tan radicales como las de Sierra Leona, Liberia y Guinea Conakry no han dejado de presentarse, incluso mucho antes que los valerosos internacionalistas ofrecidos pisen su territorio. El explícito llamado de la OMS y la ONU, la enorme y merecida confianza depositada, profundo gesto de reconocimiento internacional hacia Cuba, al lado de la concienzuda preparación para el trabajo por parte de los colaboradores o la notable visibilización que está teniendo dicha misión son aspectos que le dan una sólida estructura orgánica.

El desarrollo de capacidades y los procesos de empoderamiento se convierten en dos temas de fondo al recoger las lecciones aprendidas del internacionalismo. Estos dos componentes han sido claves para todos los trabajos emprendidos de fortalecimiento de los sistemas de salud de los países destinatarios de la colaboración cubana. A estos esfuerzos hay que sumarle el profundo impacto que está teniendo la esmerada formación sanitaria brindada desde la isla a estudiantes de estos mismos países.

Todos estos componentes estratégicos en sí mismos, cuando los vemos articulados y potenciados, también nos conducen al desarrollo de una economía del conocimiento sanitario desde el socialismo. Una innovadora creación cubana que sigue planteando profundos retos al país y al mundo entero. Se trata de una experiencia relativamente novedosa, especialmente para esta región, y aunque sus bases se vienen forjando desde hace décadas en la isla, su crecimiento y consolidación está demandando procesos muy prolongados. Cuba se encuentra aún en un estadio intermedio de dicha experiencia, empezando a percibir los tempranos resultados directos de la transformación estructural generada desde el sistema de salud.

La industria farmacéutica nacional y la venta de servicios médicos se han convertido en las puntas de lanza de este proceso. Una industria farmacéutica con valores muy distantes a los impuestos por las transnacionales hegemónicas del sector, que sigue promoviendo, por ejemplo, la investigación científica y el desarrollo de medicamentos destinados a combatir enfermedades endémicas tropicales, las mismas que no interesan a esas mismas transnacionales farmacéuticas que gobiernan el mercado mundial de medicinas por su reducida posibilidad de recuperación de la inversión. Por esta razón, resulta clave seguir potenciando su capacidad, buscando nuevos productos únicos que respondan a las necesidades sanitarias de la población cubana y, al mismo tiempo, puedan tener un significativo volumen de demanda en el mercado internacional.

Esta experiencia nos está mostrando que es posible construir una economía diferente, basada en principios éticos antagónicos a los propugnados por el capitalismo. Es factible construir un modelo económico exitoso sin recurrir a las armas melladas del capitalismo, como las llamaba el Che. Sin embargo, resulta imprescindible incorporar una serie de correctivos destinados a potenciar la capacidad transformadora del propio modelo tales como diversificación de la oferta de servicios, creación de productos exportables mixtos que comprendan tanto bienes como servicios integrados, de muy alta calidad, y generación de mecanismos de dinamización de la economía local. Estas son algunas de las direcciones estratégicas en las que debe ir el proceso de actualización del modelo económico socialista.

Por esta razón, se hace necesario capitalizar en la brevedad posible el máximo de experiencias generadas a través de las colaboraciones internacionalistas junto con desarrollos específicos al interior del SNS y convertirlas en paquetes tecnológicos de intervención social, en “cajas de herramientas”, soluciones tecnológicas específicas, susceptibles de ser utilizadas bajo la modalidad de servicios profesionales, sean éstos gratuitos o no. La Misión Manuela Espejo es un claro ejemplo como una misión internacionalista, desarrollada a partir de toda la tecnología cubana de trabajo con población discapacitada, puede convertirse en un referente de política social exportable a diversos países de la región.

Como parte de este esfuerzo de capitalización, también se hace necesaria la generación de innovadores instrumentos técnicos específicos para medir la eficiencia social desde la propia experiencia desarrollada por el SNS. Para construir un cuerpo de conocimiento técnico alternativo al ofertado desde el capitalismo, es imprescindible deconstruir y reconstruir la mayor parte de las categorías clásicas de dicho paradigma. En este sentido, es necesario reinventar, por ejemplo, buena parte de los instrumentos pertenecientes a la planificación estratégica y evaluación de tecnologías sanitarias, de modo que sea posible demostrar, a través de categorías propias, los altos niveles de eficiencia social que están siendo alcanzados con estas experiencias alternativas.

Acallando las cavernosas voces del neoliberalismo que siempre nos han tratado de convencer que el Estado es un mal gestor, Cuba ha demostrado absolutamente lo contrario. Y lo ha presentado aplicando parámetros más acordes con su concepción humanista de la realidad, poniendo a las personas por encima del capital en todo momento. Se rompe así una máxima capitalista que propugna la rentabilidad como criterio absoluto de la acción. Y la eficiencia, medida en términos monetarios, como máximo criterio de medición. En la isla se ha demostrado que de lo que debemos hablar es de la humanización de la práctica económica. Que los conceptos de mercado no nos son útiles para desarrollar un nuevo modelo de producción, de comercialización, de generación de bienestar. Que si vamos a medir la eficiencia, una labor siempre necesaria, se haga siempre bajo parámetros de eficiencia social, no de eficiencia monetaria, porque lo que se busca es mejorar la calidad de vida de la población y no enriquecer a unos pocos acaparadores.

Detrás de la propuesta cubana de sistema sanitario está la búsqueda de lo que podríamos denominar como “soberanía sanitaria”, condición autónoma para el libre ejercicio de la salud pública, en todas sus dimensiones, liberada de ataduras sistémicas de mercado y de bloqueos. En definitiva, una forma diferente, más humana, de concebir y ejercer la promoción de la salud.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Carlos y varios 2006 *Barrio Adentro. Derecho a la salud e inclusión social en Venezuela* (Caracas: Organización Panamericana de la Salud).
- ALOP 2010 *Cooperación sur-sur: un desafío al sistema de la ayuda. The Reality of Aid. Reporte especial sobre cooperación sur-sur* (Medellin: ALOP).
- Bisang, Roberto, Mercedes Campi y Verónica Cesa 2009 *Biotecnología y desarrollo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- D'Elia, Yolanda (coord) 2006 *Las misiones sociales en Venezuela. Una aproximación a su comprensión y análisis* (Caracas: ILDIS).
- Hadad Hadad, Jorge 2011 "La cooperación Cuba-Organización de las Naciones Unidas en la salud" en *Revista Cubana de Salud Pública*. La Habana. Sociedad Cubana de Administración de Salud. Volumen 37. N° 4, pp. 519-526.
- IVEX Cuba 2005 *Productos farmacéuticos en Cuba* (La Habana: IVEX/ Generalitat Valenciana).
- Lage Dávila, Agustín 2011 "El espacio de la biotecnología en el control del cáncer: oportunidades y desafíos en Cuba" en *Revista Cubana de Salud Pública*. La Habana. Sociedad Cubana de Administración de Salud. Vol. 37., pp. 661-674.
- Marimón Torres, Néstor y Esther Torres Martínez 2013 "Efectos del bloqueo económico, financiero y comercial de los Estados Unidos en el Sistema Nacional de Salud". En: *Revista Cubana de Salud Pública* Volumen 39. N° 2, páginas 298 – 313. Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas. La Habana, Abril – Junio 2013.
- Martínez Reinoso, Milagros Elena 2008 "Las relaciones entre Cuba y Haití: un modelo ejemplar de cooperación Sur-Sur" en *OSAL: Observatorio Social de América Latina*. Año 8, N° 23 (Buenos Aires CLACSO).
- Ministerio de Salud Pública (MINSAP) 2013 *Anuario Estadístico de Salud 2012* (La Habana: MINSAP/Dirección Nacional de Registros Médicos y Estadísticas de Salud).
- Monje, José Antonio 2011 "Solidaridad con nombre de isla y arena. Las lecciones del internacionalismo cubano en la República Árabe Saharaui Democrática". en: *Pensar a contracorriente VIII. Concurso internacional de ensayo* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

- Monje, José Antonio 2013 “Misión Manuela Espejo, paradigma de la solidaridad convertida en política de Estado en Ecuador” en *Revista Cubana de Salud Pública* Volumen 39. N° 3. Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas. La Habana, Julio – Septiembre 2013. http://bvs.sld.cu/revistas/spu/vol39_3_13/spu14313.htm
- PNUD 2010 *Informe de Desarrollo Humano* (Washington: DC. PNUD).
- Saab, Tarek William 2006 *Los niños del infortunio. Memorias de la misión médica cubana en Pakistán* (La Habana: Ediciones Plaza).
- SODEPAZ 2009 *Cuba: principal protagonista de la cooperación sur-sur* (Madrid. Editorial Atrapasueños).
- Trasberg, Märt 2012 *La cooperación internacional en la reconstrucción de Haití: un acercamiento desde la perspectiva de la eficacia de la ayuda*. Salamanca (Universidad de Salamanca. Instituto de Iberoamérica).
- Trikarty-Hipercon Biotech 2005 *La biotecnología en Cuba* (Madrid: Genoma España).
- Ubieta Gómez, Enrique 2006 *Venezuela Rebelde. Solidaridad versus Dinero* (La Habana: Casa Editora Abril).
- World Health Organization (WHO) 2014 *Ebola response roadmap situation report (19 november 2014)*.